La Historia Secreta de los Jesuitas

EDMOND PARIS

La Historia Secreta de los Jesuitas

EDMOND PARIS

Esta obra se tradujo del francés al inglés en 1975.
Traducido al español por Eduardo y Gladys Aparicio.

CHICK
PUBLICATIONS
Ontario, Calif. 91761

Para obtener una lista de los distribuidores
internacionales que venden este libro,
llame a Chick Publications, o visite
www.chick.com/distrib.asp

Publicado por:
CHICK PUBLICATIONS
P. O. Box 3500, Ontario, Calif. 91761-1019 E.U.A.
Tel: (909) 987-0771
Fax: (909) 941-8128

Esta obra se tradujo del francés al inglés en 1975.
Traducido al español por Eduardo y Gladys Aparicio.

VISITE:
www.chick.com para ver todas las obras
de Chick Publications.

ESCRÍBANOS A:
postmaster@chick.com

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN: 0-7589-0628-5

CONTENIDO

Prólogo por Edmond Paris 8

Parte I

La Fundación de la Orden Jesuita

1 Ignacio de Loyola 17
2 Los Ejercicios Espirituales 22
3 La Fundación de la Compañía 25
4 El Espíritu de la Orden 27
5 Los Privilegios de la Compañía 30

Parte II

Los Jesuitas en Europa en los Siglos 16 y 17

1 Italia, Portugal y España 33
2 Alemania 36
3 Suiza 41
4 Polonia y Rusia 43
5 Suecia e Inglaterra 45
6 Francia 48

Parte III

Misiones en el Extranjero

1 India, Japón y China 53
2 Las Américas: El Estado Jesuita de Paraguay 58

Parte IV

Los Jesuitas en la Sociedad Europea

1 La Enseñanza de los Jesuitas 62
2 La Moral de los Jesuitas 67
3 El Eclipse de la Compañía 71
4 El Renacimiento de la Sociedad de Jesús en el Siglo 19 77
5 El Segundo Imperio y la Ley de Falloux —
La Guerra de 1870 80
6 Los Jesuitas en Roma — El Syllabus 87
7 Los Jesuitas en Francia Desde 1870 Hasta 1885 93
8 Los Jesuitas, el General Boulanger y el Caso Dreyfus 101
9 Los Años Previos a la Guerra: 1900-1914 117

Parte V

El Ciclo Infernal

1 La Primera Guerra Mundial 123
2 Preparativos Para la Segunda Guerra Mundial 131
3 La Agresión Alemana y los Jesuitas: Austria,
Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia 149
4 El Movimiento Jesuita en Francia Antes de la
Guerra de 1939-1945 y Durante Ella 167
5 La Gestapo y la Compañía de Jesús 175
6 Los Campos de la Muerte y la Cruzada Antisemita 185
7 Los Jesuitas y el Collegium Russicum 191
8 El Papa Juan XXIII se Quita la Máscara 198

Conclusión 208
Bibliografía 217

Introducción por el Editor

No existe persona más calificada para presentar el libro de Edmond Paris, "La Historia Secreta de los Jesuitas", que el Dr. Alberto Rivera, ex sacerdote jesuita que estuvo bajo su admisión y juramento extremos, siendo capacitado después en el Vaticano e instruido respecto a la historia de los jesuitas.

La información en esta obra se basa en hechos y está totalmente documentada, y todo cristiano que cree en la Biblia debe leerla. La Biblia dice: "Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento" (Oseas 4:6).

J.T.C.

Introducción por el Dr. Rivera

Las personas más peligrosas son aquellas que parecen ser muy religiosas, especialmente cuando están organizadas y ocupan puestos de autoridad. Así cuentan con el profundo respeto de la gente, que ignora su oculto y maligno afán de poder.

Estos hombres religiosos, que pretenden amar a Dios, recurren al homicidio e incitan a revoluciones y guerras si éstas ayudan a su causa. Son políticos religiosos astutos, inteligentes y sagaces que viven en un mundo misterioso de secretos, intrigas y santidad falsa. En lo espiritual, el patrón de conducta que se ve en "La Historia Secreta de los Jesuitas" puede verse también en los escribas, fariseos y saduceos del tiempo de Jesucristo. Ese mismo espíritu de maldad guió a los emperadores romanos a proclamar los diez decretos asesinos para perseguir a la iglesia cristiana primitiva.

Los "primeros Padres" seguían la mayor parte del antiguo sistema babilónico, además de la teología judía y la filosofía griega. Pervirtiendo la mayoría de las enseñanzas de Cristo y Sus apóstoles, prepararon el camino para la maquinaria católica romana que se iniciaría. Con fervor atacaron a la Biblia y la corrompieron, añadiéndole y quitándole palabras. Ese espíritu religioso de un anticristo que actuó por medio de ellos, se vio otra vez cuando Ignacio de Loyola creó la organización jesuita. El objetivo era lograr secretamente dos objetivos principales para la institución católica romana: 1) poder político universal, y 2) una iglesia universal. Así se cumplían las profecías de Apocalipsis 6, 13, 17 y 18.

Cuando surgió Ignacio de Loyola, la Reforma protestante había dañado seriamente el sistema católico romano. Él llegó a la conclusión

de que su "iglesia" sólo podría sobrevivir si ponían en vigor los cánones y las doctrinas sobre el poder temporal del papa y de la institución católica romana. Para lograrlo, no sólo destruirían físicamente a la gente —como lo estaban haciendo los sacerdotes dominicos mediante la Inquisición—, sino que se infiltrarían en todos los sectores de la vida. El protestantismo debía ser vencido y usado para beneficio de los papas. Esto es lo que Ignacio de Loyola propuso personalmente al papa Pablo III y a otras personas. Los jesuitas de inmediato se pusieron en acción, infiltrándose secretamente en TODOS los grupos protestantes, incluyendo sus familias, lugares de trabajo, hospitales, escuelas, universidades, etc. En la actualidad, los jesuitas casi han cumplido esa misión.

Según la Biblia, el poder de la iglesia local debe estar en manos de un pastor consagrado a Dios. Sin embargo, a través de los años, los jesuitas lograron tomar ese poder para ponerlo en manos de las sedes denominacionales, y ahora han empujado a casi todas las denominaciones protestantes hacia los brazos del Vaticano. Este era exactamente el objetivo de Ignacio de Loyola: una iglesia universal y el fin del protestantismo.

Al leer "La Historia Secreta de los Jesuitas" verá que existe un paralelo entre el sector religioso y el político. El autor, Edmond Paris, revela la penetración e infiltración de los jesuitas en los gobiernos y en las naciones del mundo; esto se hizo con el fin de manipular el curso de la historia, estableciendo dictaduras y debilitando democracias como la de los Estados Unidos de América, abriendo el camino para la anarquía social, política, moral, militar, educativa y religiosa.

El Hombre — Edmond Paris

A la luz de las enseñanzas proféticas del Apocalipsis, Edmond Paris llegó a ser un mártir por Jesús. Al denunciar la conspiración, puso en peligro su vida para dar a conocer la verdad de las señales proféticas. Edmond Paris nunca me conoció, pero, aunque jamás lo vi personalmente, yo lo conocí cuando a mí y a otros jesuitas bajo la admisión y el juramento extremos, nos informaron los nombres de instituciones e individuos en Europa que eran peligrosos para los objetivos de la institución católica romana. Allí mencionaron su nombre.

Obras de Edmond Paris

- *Le Vatian Contre la France* (El Vaticano contra Francia)
- *Genocide in the Satellite Croatia* (Genocidio en la Croacia satélite)
- *The Vatican Against Europe* (El Vaticano contra Europa)

Las obras de Edmond Paris acerca del catolicismo romano motivaron a los jesuitas a prometer que: 1) destruirían a Paris, 2) destruirían su reputación y la de su familia, y 3) destruirían su trabajo. Aun ahora intentan destrozar sus obras, pero estamos orando para que Dios continúe preservándolas porque son sumamente necesarias para que el pueblo católico romano sea guiado a la salvación.

Para la salvación del pueblo católico romano,
sinceramente,

Dr. Alberto Rivera
(ex sacerdote jesuita)

"El amor a la verdad es nuestra única salvación".
Jean Guehenno — Academia Francesa

"Por lo cual, desechando la mentira,
hablad verdadcada uno con su prójimo".
(Efesios 4:25)

Prólogo

Según recordaba Adolphe Michel, escritor del siglo 19, Voltaire calculó que a través de los años se habían escrito alrededor de seis mil obras sobre los jesuitas. "¿Cuál será el total un siglo después?", se preguntaba Michel, pero de inmediato concluyó: "No importa. Mientras haya jesuitas, se tendrán que escribir libros contra ellos. No queda nada nuevo que se pueda decir al respecto, pero cada día hay nuevas generaciones de lectores... ¿Buscarán estos lectores los libros antiguos?"[1]

Bastaría esa razón para justificar que tratemos de este tema tan discutido. En realidad, ya no existen muchos de los primeros libros que relataban la historia de los jesuitas. Sólo se encuentran en algunas bibliotecas públicas, por lo que resultan inaccesibles para la mayoría de los lectores. Siendo nuestro objetivo informar al público en general, creímos necesario ofrecer un resumen de esas obras.

Hay otra razón, tan válida como la anterior. Así como surgen nuevas generaciones de lectores, surgen también nuevas generaciones de jesuitas. Y éstos trabajan ahora con los mismos métodos tortuosos y tenaces que, en el pasado, activaron los reflejos de defensa de naciones y gobiernos. Los hijos de Loyola son hoy —y podríamos decir, más que nunca— el ala principal de la Iglesia Romana. Tan bien disfrazados como en el pasado, si no mejor, siguen siendo los más notables "ultramontanos", agentes discretos pero eficaces de la Santa Sede en todo el mundo, defensores camuflados de su política y el "ejército secreto del papado".

Por esta razón, el tema de los jesuitas nunca se agotará. Aunque abunde literatura sobre ellos, cada época deberá añadir algunas páginas, marcando la continuidad del sistema oculto que principió hace cuatro

1. Adolphe Michel, "Les Jesuites" (Sandoz et Fischbacher, París, 1879).

siglos "para la gran gloria de Dios", pero que existe realmente para la gloria del papa.

A pesar del movimiento general hacia una creciente "laicización", y del inevitable progreso del racionalismo que cada día reduce más el dominio del "dogma", la Iglesia Romana no podía abandonar su gran objetivo inicial: reunir bajo su báculo a todas las naciones del universo. Pase lo que pase, esta monumental "misión" debe continuar entre los "infieles" y los "cristianos separados". El clero secular tiene el deber de mantener las posiciones adquiridas (un arduo trabajo en la actualidad), mientras que de ciertas órdenes regulares depende el crecimiento del redil de fieles, convirtiendo a los "herejes" e "infieles", que es una tarea aún más ardua. El deber es preservar o adquirir, defender o atacar, y en el frente de batalla está la fuerza móvil de la Sociedad de Jesús: los jesuitas.

Hablando propiamente, la Sociedad no es secular ni regular en términos de su Constitución. Es una compañía sutil que interviene donde y cuando sea conveniente, en la iglesia y fuera de ella. En resumen, es "el agente más hábil, perseverante, audaz y convencido de la autoridad papal", como escribió uno de sus mejores historiadores.[2]

Veremos cómo se formó este cuerpo de "jenízaros" y cuál era el servicio invaluable que rendían al papado. Asimismo, veremos que su eficaz celo lo hizo indispensable para la institución que servía, ejerciendo sobre ella tal influencia que a su general se le llamó el "papa negro", y con razón, porque en el gobierno de la iglesia cada vez era más difícil distinguir la autoridad del papa blanco de la de su poderoso coadjutor.

Por tanto, este libro es una mirada retrospectiva y, a la vez, una actualización de la historia del "jesuitismo". La mayoría de las obras sobre los jesuitas no tratan de su importante rol en los eventos que afectaron al mundo en los últimos 50 años. Por tanto, creímos que era tiempo de llenar ese vacío, o, más precisamente, de iniciar con nuestra modesta contribución un estudio más profundo del tema, sin ocultar los obstáculos a los que se enfrentarán los autores no apologistas que deseen escribir sobre este tema candente.

Entre todos los factores que fueron parte de la vida internacional en un siglo lleno de confusión y agitación, uno de los más decisivos —y más reconocidos— es la ambición de la Iglesia Romana. Su afán

2. O. Michel, op. cit.

secular de extender su influencia hacia el este, la convirtió en la aliada "espiritual" del pangermanismo y en su cómplice en el intento de obtener supremo poder; esto causó muerte y destrucción a los pueblos de Europa dos veces: en 1914 y en 1939.[2a]

La gente prácticamente desconoce la enorme responsabilidad del Vaticano y de los jesuitas en el inicio de las dos guerras mundiales; esto, en parte, se debió a los grandes recursos financieros que el Vaticano y los jesuitas tenían a su disposición, dándoles poder en muchos ámbitos, especialmente después del último conflicto.

En realidad, su papel en aquellos trágicos eventos casi no se ha mencionado sino hasta estos tiempos, excepto por apologistas deseosos de encubrirlo. A fin de rectificar esto y dar a conocer los hechos, presentamos en este libro y en otros la actividad política del Vaticano durante la época contemporánea, la cual tiene que ver también con los jesuitas.

Este estudio se basa en irrefutables documentos de archivo, en publicaciones de conocidos políticos, diplomáticos, embajadores y escritores eminentes —en su mayoría, católicos—, legalizadas incluso por el imprimátur.

Estos documentos revelan las acciones secretas del Vaticano y sus hechos malignos para originar conflictos entre naciones cuando esto beneficiaba sus propios intereses. Con la ayuda de artículos concluyentes, mostramos el papel de la "iglesia" en el surgimiento de regímenes totalitarios en Europa.

Estos testimonios y documentos constituyen una acusación devastadora y, hasta ahora, ningún apologista ha intentado refutarlos.

El 1o de mayo de 1938, el "Mercurio de Francia" nos hizo recordar lo que se había dicho cuatro años antes:

"El Mercurio de Francia del 15 de enero de 1934 afirmó —y nadie lo contradijo— que Pío XII 'hizo' a Hitler. Éste subió al poder, no por medios legales, sino por la influencia del papa sobre el Centro (partido católico alemán)... ¿Piensa el Vaticano que cometió un error político al abrirle a Hitler el camino al poder? Al parecer, no..."

Aparentemente no pensaban así cuando se escribieron esas palabras, un día después del "Anschluss" cuando Austria se unió al tercer Reich, ni después, cuando aumentó la agresión nazi, ni durante la Segunda

2a. Véase Edmond Paris, Le Vatican contre l'Europe (Fischbacher, París; P.T.S., Londres); y L. Duca, "L'Or du Vatican" (Laffront, París).

Guerra Mundial. De hecho, el 24 de julio de 1959, Juan XXIII, sucesor de Pío XII, le otorgó a su amigo Franz Von Papen el título honorario de chambelán privado. Éste había sido espía en los Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial, y uno de los responsables de la dictadura de Hitler y del Anschluss. Se tendría que sufrir de un tipo peculiar de ceguera para no ver esos hechos tan evidentes.

Respecto al acuerdo diplomático entre el Vaticano y el Reich nazi el 8 de julio de 1933, el escritor católico Joseph Rovan dice:

"El Concordato le dio al gobierno nacionalista-socialista —que en la opinión de casi todos estaba formado por usurpadores, si no bandoleros— el sello de un acuerdo con el poder internacional más antiguo (el Vaticano). En cierto modo, equivalía a un diploma de honorabilidad internacional" ("Le catholicisme politique en Allemagne", París, 1956, p. 231, Ed. du Seuil).

El papa, no satisfecho con brindarle su apoyo "personal" a Hitler, le dio así el apoyo moral del Vaticano al Reich nazi.

Al mismo tiempo que el terror empezaba a reinar en el otro lado del Rin, siendo aceptado y aprobado tácitamente, los llamados "camisas negras" habían puesto ya a 40,000 personas en campos de concentración. Los pogromos aumentaban al paso de esta marcha nazi: "Cuando la sangre judía corre por el cuchillo, nos sentimos bien otra vez" (Horst-Wessel-Lied).

En los siguientes años, Pío XII vio cosas aún peores sin escandalizarse. No es de sorprender que los líderes católicos de Alemania compitieran entre sí en su servilismo hacia el régimen nazi, inspirados por su "Cabeza" en Roma. Resulta una experiencia increíble leer los pensamientos confusos y las acrobacias verbales de teólogos oportunistas como Michael Schmaus. Pío XII lo nombró después "príncipe de la iglesia" y, el 2 de septiembre de 1954, "La Croix" lo describió como "el gran teólogo de Munich", lo que hizo también el libro "Katholisch Konservatives Erbgut", del cual alguien escribió:

"Esta antología reúne textos de los principales teóricos de Alemania, desde Gorres hasta Vogelsang; nos hace creer que el nacional-socialismo nació pura y simplemente de ideas católicas" (Gunther Buxbaum, "Mercure de France", 15 de enero de 1939).

Los obispos, que debido al Concordato debían jurar lealtad a Hitler, procuraban siempre superarse el uno al otro en su "devoción":

"Bajo el régimen nazi, constantemente hallamos el apoyo ferviente de los obispos en toda la correspondencia y en las declaraciones de los dignatarios eclesiásticos" (Joseph Rovan, op. cit., p. 214).

Según Franz Von Papen, a pesar de la obvia diferencia entre el universalismo católico y el racismo hitleriano, estas dos doctrinas se habían "reconciliado armoniosamente"; este escandaloso acuerdo se dio porque el "nazismo es una reacción cristiana contra el espíritu de 1789".

Retornemos a Michael Schmaus, profesor de la Facultad de Teología de Munich, quien escribió:

"Imperio e Iglesia es una serie de escritos que deberían contribuir al desarrollo del tercer Reich porque une a un estado nacional-socialista con el cristianismo católico...

"Estos escritos, totalmente alemanes y totalmente católicos, exploran y favorecen las relaciones y reuniones entre la Iglesia Católica y el nacional-socialismo; abren el camino para una cooperación fructífera, como se describe en el Concordato... El movimiento nacional-socialista es la protesta más fuerte y masiva contra el espíritu de los siglos 19 y 20... La idea de tener un pueblo de una sola sangre es la idea central de sus enseñanzas, y todos los católicos que obedecen las instrucciones de los obispos alemanes tienen que admitir que es así... Las leyes del nacional-socialismo y las de la Iglesia Católica tienen el mismo objetivo..." (Begegnungen zwischen Katholischem Christentum und nazional-sozialistischer Weltanschauung Aschendorff, Munster, 1933).

Este documento prueba que la Iglesia Católica jugó un papel primordial para elevar a Hitler al poder; en realidad fue un arreglo establecido de antemano. Muestra el horrendo acuerdo entre el catolicismo y el nazismo. Se ve claramente el odio del liberalismo, que es la clave en este asunto.

En su libro "Católicos de Alemania", Robert d'Harcourt, de la Academia Francesa, dice:

"De todas las declaraciones episcopales que siguieron a las elecciones triunfales del 5 de marzo de 1933, el punto más vulnerable se halla en el primer documento oficial de la iglesia que contiene las firmas de todos los obispos alemanes. Nos referimos a la carta pastoral del 3 de junio de 1933, que involucra a todo el episcopado alemán.

"¿Qué forma tiene este documento? ¿Cómo principia? Con una nota de optimismo y una declaración alentadora: 'Los hombres a la cabeza de este nuevo gobierno, para alegría nuestra, nos han asegurado que ellos y su trabajo tienen un fundamento cristiano. Una declaración de tan profunda sinceridad merece la gratitud de todos los católicos'" (París, Plon, 1938, p. 108).

Desde el principio de la Primera Guerra Mundial varios pastores han

llegado y se han ido, pero su actitud, sin variar, ha sido la misma hacia las dos facciones que se enfrentaron en Europa.

Muchos autores católicos no pudieron ocultar su sorpresa —y tristeza— al escribir sobre la indiferencia inhumana de Pío XII ante las peores atrocidades cometidas por aquellos que contaban con el favor del papa. De los numerosos testimonios, citaré uno de los ataques más moderados contra el Vaticano, presentado por Jean d'Hospital, corresponsal de "Monde":

"El recuerdo de Pío XII está rodeado de dudas. En primer lugar, observadores de cada nación, y aun dentro de los muros del Vaticano, plantean esta pregunta candente: ¿Sabía él de ciertas atrocidades que se cometieron durante esta guerra que Hitler inició y dirigió?

"Teniendo siempre a su disposición los informes regulares y trimestrales de los obispos... ¿podía ignorar él lo que los líderes militares alemanes nunca pudieron pretender que ignoraban: la tragedia de los campos de concentración —civiles condenados a la deportación—, las masacres a sangre fría de los que 'estorbaban' —el terror de las cámaras de gas—, donde millones de judíos fueron exterminados por razones administrativas? Y si lo sabía, como fideicomisario y líder principal del evangelio, ¿por qué no salió vestido de blanco, con los brazos extendidos formando la cruz, para denunciar un crimen sin precedentes y gritar: ¡No!?...

"Almas devotas buscarán en vano en las encíclicas, discursos y mensajes del papa ya fallecido; no hay indicio de condenación de esta 'religión de sangre' instituida por Hitler, el anticristo... no encontrarán condenación del racismo, que es una obvia contradicción del dogma católico" ("Rome en confidence", Grasset, París, 1962, pp. 91ss).

En su libro "Le silence de Pie XII" (publicado por Du Rocher, Mónaco, 1965), el autor Carlo Falconi escribe:

"La existencia de tales monstruosidades (exterminaciones masivas de minorías étnicas, prisioneros y civiles deportados) destruye todo estándar de bien y mal. Va contra su dignidad como individuos y como sociedad en general, a tal grado que nos vemos obligados a denunciar a quienes hubieran podido influir en la opinión pública, ya fueran civiles comunes o gobernantes.

"Permanecer callados ante tales atrocidades sería colaborar con ellos. Estimularía la maldad de los criminales, fomentando su crueldad y vanidad. Pero, si toda persona tiene el deber moral de reaccionar al enfrentar tales crímenes, tal deber es aun doble para las sociedades

religiosas y sus líderes, y sobre todo para el líder de la Iglesia Católica.

"Pío XII nunca condenó directa y explícitamente la guerra de agresión, mucho menos los inconcebibles crímenes que los alemanes o sus cómplices cometieron durante esa guerra.

"Pío XII no permaneció callado por ignorar lo que sucedía; desde el principio supo de la gravedad de la situación, quizá aún mejor que cualquier otro jefe de estado del mundo..." (pp. 12ss).

¡La situación es aún peor! El Vaticano ayudó a cometer esos crímenes al "prestar" a dos de sus prelados para que actuaran como agentes pro nazis: monseñores Hlinka y Tiso. También envió a Croacia a su legado, el R.P. Marcone, quien con la ayuda del monseñor Stepinac debía vigilar el "trabajo" de Ante Pavelic y sus "ustashis". Dondequiera que miremos, vemos el mismo espectáculo.

Como hemos mostrado, no censuramos tan solo esa monstruosa parcialidad y complacencia. El crimen imperdonable del Vaticano fue su participación decisiva para causar las dos guerras mundiales.[3]

Veamos lo que dice Alfred Grosser, profesor del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de París:

"El conciso libro de Guenter Lewy, 'The Catholic Church and nazi Germany' (La Iglesia Católica y la Alemania nazi —Nueva York, McGrawhill, 1964), afirma que todos los documentos concuerdan al mostrar que la Iglesia Católica cooperó con el régimen de Hitler...

"En julio de 1933, cuando el Concordato obligó a los obispos a hacer un juramento de lealtad al gobierno nazi, los campos de concentración ya estaban operando... las citas compiladas por Guenter Lewy lo prueba abrumadoramente. En ellas encontramos evidencias devastadoras sobre personas importantes como el cardenal Faulhaber y el jesuita Gustav Gundlach".[4]

Realmente no hay argumento que pueda refutar esta cantidad de pruebas sobre la culpabilidad del Vaticano y de los jesuitas. Su ayuda fue la principal fuerza que permitió el rápido ascenso de Hitler al poder, quien juntamente con Mussolini y Franco —a pesar de las apariencias— eran sólo peones para la guerra que el Vaticano y sus jesuitas manipulaban.

Los turiferarios del Vaticano deben bajar la cabeza avergonzados cuando un miembro del parlamento italiano exclama: "Las manos del papa están bañadas de sangre" (discurso que Laura Díaz, miembro del parlamento por Livourne, presentó en Ortona el 15 de abril de 1946), o cuando los estudiantes de la Universidad de Cardiff escogen este tema para una conferencia: "¿Se debería juzgar al papa como criminal de guerra?" ("La Croix", 2 de abril de 1946).

3. E. Paris, "The Vatican against Europe" (P.T.S., Londres).
4. Saul Friedlander, "Pie XII et le IIIe Reich" (Ed. du Seuil, París, 1964).

* * *

El papa Juan XXIII, refiriéndose a los jesuitas, dijo: "Perseveren, amados hijos, en las actividades por cuyos méritos ya son conocidos... Así alegrarán a la iglesia y crecerán con incansable ardor: el camino del justo es como la luz de la aurora... Que esa luz crezca e ilumine la formación de los adolescentes... De ese modo ayudarán a cumplir nuestros deseos e intereses espirituales... De todo corazón damos nuestra bendición apostólica a vuestro Superior General, a ustedes y a sus coadjutores, y a todos los miembros de la Sociedad de Jesús".[5]

El papa Paulo VI dijo:

"Desde el tiempo de su restauración, esta familia religiosa goza de la dulce ayuda de Dios y se ha enriquecido rápidamente progresando en gran manera... los miembros de la Sociedad han realizado muchas obras importantes, todas para la gloria de Dios y el beneficio de la religión católica... la iglesia necesita soldados de Cristo con valentía, armados de una fe sin temor, listos para enfrentar dificultades... por esa razón tenemos una enorme esperanza en la ayuda que brindarán sus actividades... que en la nueva era la Sociedad marche por el mismo sendero honorable que recorrió en el pasado...

"Declarado en Roma, cerca de San Pedro, el 20 de agosto de 1964, durante su segundo año como papa".[6]

* * *

El 29 de octubre de 1965, "L'Osservatore Romano" anunció: "El reverendísimo padre Arrupe, general de los jesuitas, celebró la santa misa para el Concilio Ecuménico el 16 de octubre de 1965".

Vemos aquí la apoteosis de la "ética papal", el anuncio simultáneo de un proyecto para beatificar a Pío XII y a Juan XXIII: "A fin de

5. L'Osservatore Romano, 20 de octubre de 1961.
6. L'Osservatore Romano, 18 de septiembre de 1964.

fortalecernos en nuestro esfuerzo por alcanzar una renovación espiritual, hemos decidido iniciar los procedimientos canónicos para beatificar a estos dos grandes y piadosos pontífices a los que tanto amamos" (Papa Paulo VI).[7]

* * *

Nuestro deseo es que este libro le revele la verdadera naturaleza del amo romano, cuyas palabras son tan "dulces" como feroces son sus hechos secretos.

7. L'Osservatore Romano, 26 de noviembre de 1965.

Parte I
La Fundación de la Orden Jesuita

Capítulo 1
Ignacio de Loyola

El fundador de la Sociedad de Jesús, el español vasco don Iñigo López de Recalde, nació en 1491 en el castillo de Loyola, provincia de Guipúzcoa. Fue uno de los tipos más extraños de monje-soldado que haya engendrado el mundo católico. Entre los fundadores de órdenes religiosas, su personalidad quizá sea la que ha dejado la marca más fuerte en la mente y conducta de sus discípulos y sucesores.

Tal vez a ello se deba esa "apariencia conocida" o "sello característico", que llega aun a la semejanza física. Aunque Folliet lo rechaza,[1] muchos documentos prueban que se ha mantenido un tipo "jesuita" a través de las edades. El testimonio más gracioso al respecto se encuentra en el museo de Guimet. Sobre el trasfondo dorado de un biombo del siglo 16, con todo el humor de su raza, un artista japonés pintó la llegada de los portugueses, y de los hijos de Loyola en particular, a las islas japonesas. El asombro de este amante de la naturaleza y de los colores brillantes es obvio al ver la forma en que representó aquellas sombras, largas y negras, con rostros tristes, expresando la arrogancia del fanático líder. Para todos es evidente la similitud entre la obra del artista oriental del siglo 16 y la de Daumier en 1830.

Como muchos otros santos, Iñigo —que después romanizó su nombre cambiándolo a Ignacio— no parecía ser el predestinado para iluminar a sus contemporáneos.[2] Su juventud tormentosa estuvo llena de fallas y aun "crímenes atroces". Según un informe policial, él era "traicionero, violento y vengativo". Al hablar de la violencia de los instintos —algo común en aquel tiempo—, sus biógrafos reconocen que él no se rendía ante ninguno de sus compañeros cercanos. Uno de sus confidentes dijo que Loyola fue "un soldado indisciplinado y presumido", y según su secretario Polanco, "llevó una vida sin control

1. "La Croix", 31 de julio de 1956.
2. Como San Agustín, San Francisco de Asís y muchos otros.

en lo concerniente a mujeres, juegos de azar y duelos".[3] Esto lo relata uno de sus hijos espirituales, R.P. Rouquette, quien trató de explicar y justificar de alguna manera ese temperamento vehemente, que finalmente se tornó "ad majorem Dei gloriam" (a la mayor gloria de Dios).

Como en el caso de muchos héroes de la Iglesia Católica Romana, fue necesario un severo problema físico para cambiar su personalidad. Él había sido paje del tesorero de Castilla hasta que su amo cayó en deshonra. Después, sirvió como caballero del virrey de Navarra. Habiendo sido cortesano hasta entonces, emprendió la vida de soldado, defendiendo a Pamplona contra los franceses comandados por el conde de Foix. Fue en esa lucha donde sufrió la herida que decidiría el futuro de su vida.

Cuando una bala de cañón le quebró la pierna, los franceses victoriosos lo enviaron al castillo de Loyola, el hogar de su hermano. Allí enfrentó el martirio de una cirugía sin anestesia. Como ésta no se realizó en forma correcta, pasó por una segunda operación en la que tuvieron que romperle la pierna para acomodarla. A pesar de todo, Ignacio quedó cojo. Realmente es comprensible que esa experiencia le causara un colapso nervioso. El "don de lágrimas" que se le concedió "en abundancia", y que sus biógrafos piadosos vieron como un favor de lo alto, quizá sólo fue resultado de su naturaleza sumamente emocional, afectándolo cada vez más.

Mientras yacía herido y en dolor, sólo se entretenía leyendo "La Vida de Cristo" y "La Vida de los Santos", los únicos libros que halló en el castillo.

Puesto que prácticamente carecía de educación y sufría aún los efectos de su tragedia, la angustia de la pasión de Cristo y el martirio de los santos dejaron en él un impacto imborrable. Esta obsesión llevó al guerrero inválido hacia el camino del apostolado.

"Él dejaba a un lado los libros y soñaba despierto. Era un caso claro de ese juego imaginario de la niñez que continúa en los años de la edad adulta... Si permitimos que esto invada el área de lo síquico, resulta en neurosis y abandono de la voluntad; ¡lo real llega a ser secundario!"[4]

A primera vista, tal diagnóstico no parece aplicarse al fundador de

3. R.P. jesuita Robert Rouquette, "Saint Ignace de Loyola" (París: Ed. Albin Michel, 1944), p. 6.
4. Ibid., p. 9.

esa Orden tan activa, ni a otros "grandes místicos" y creadores de sociedades religiosas que, al parecer, poseían una enorme capacidad organizativa. Sin embargo, vemos que ninguno de ellos podía resistir su imaginación extremadamente activa y, para ellos, lo imposible llega a ser posible.

Al respecto, el mismo autor dice: "Quisiera señalar el resultado obvio cuando alguien, poseedor de una inteligencia brillante, practica el misticismo. La mente débil que cede al misticismo está en terreno peligroso, pero el místico inteligente constituye un peligro aún mayor porque su intelecto trabaja en forma más amplia y profunda... Cuando en una inteligencia activa el mito toma control de la realidad, se convierte en mero fanatismo, una infección de la voluntad que sufre de aumento parcial o distorsión".[5]

Ignacio de Loyola fue un ejemplo perfecto del "misticismo activo" y la "*distorsión de la voluntad*". No obstante, la transformación del caballero-guerrero en "general" de la Orden más militante de la Iglesia Romana, fue lenta. Antes de encontrar su verdadera vocación, dio muchos pasos vacilantes.

Nuestro objetivo no es examinar cada etapa, sino recordar los puntos principales: en la primavera de 1522 salió del castillo ancestral, decidido a ser un santo semejante a aquellos de cuyas hazañas inspiradoras había leído en el gran volumen "gótico". Además, ¿no se le había aparecido la Virgen una noche, llevando en sus brazos al Niño Jesús? Después de hacer una confesión total en el monasterio de Montserrat, planeaba ir a Jerusalén. Pero, debido a la peste en Barcelona y el cierre del tráfico marítimo, tuvo que permanecer en Manresa casi un año. Allí pasó mucho tiempo en oración y súplica, en ayunos prolongados, flagelándose y practicando toda forma de maceración, y presentándose ante el "tribunal de penitencias" aunque, al parecer, su confesión en Montserrat había durado tres días enteros. Una confesión tan exhaustiva habría sido suficiente para un pecador menos concienzudo. Todo esto muestra el estado mental y nervioso del hombre. Al fin, librándose de la obsesión con el pecado al decidir que era una treta de Satanás, se dedicó por entero a las visiones variadas y abundantes que acosaban su mente febril.

5. Dr. Legrain, "Le Mysticisme et la folie" (Herblay: Ed. de l'Idee Libre, [S. et O.], 1931), pp. 14-16.

H. Boehmer dice: "Fue debido a una visión que él empezó a comer carne otra vez. Una serie de visiones le revelaron los misterios del dogma católico y le ayudaron a vivirlo en verdad. De esa manera, medita en la Trinidad considerando la forma de un instrumento musical con tres cuerdas; en el misterio de la creación del mundo, como 'algo' nebuloso y una luz proveniente de un rayo solar; en el milagroso descenso de Cristo en la eucaristía, como rayos de luz que entraban en el agua consagrada cuando el sacerdote la sostenía mientras rezaba; en la naturaleza humana de Cristo y la santa Virgen bajo la forma de un deslumbrante cuerpo blanco; y, finalmente, en Satanás como una forma sinuosa y reluciente, similar a una multitud de ojos misteriosos y centelleantes".[6] ¿No es este el inicio de las conocidas imágenes creadas por los jesuitas?

Boehmer añade que el profundo significado de los dogmas le fue revelado como un favor especial de lo alto, mediante intuiciones transcendentales. "De pronto comprendió con claridad muchos misterios de la fe y la ciencia; después aparentó haber aprendido más en esos breves momentos que durante todos sus estudios. Sin embargo, nunca pudo explicar cuáles eran los misterios que había comprendido repentinamente. Sólo tenía un vago recuerdo, la sensación de algo milagroso, como si en ese momento hubiera llegado a ser 'otro hombre con otra inteligencia'".[7]

Todo eso pudo ser resultado de un trastorno nervioso, similar a la experiencia de los que fuman opio y consumen hachís: incremento o extensión del ego, la ilusión de estar elevándose por encima de lo real, una sensación brillante que deja sólo un recuerdo confuso.

Las visiones e iluminaciones maravillosas fueron los compañeros constantes de este místico durante toda su vida.

"Él jamás dudó de que esas revelaciones fueran reales. Perseguía a Satanás con un palo como lo hubiera hecho con un perro bravo; le hablaba al Espíritu Santo como se le habla a otra persona; pedía la aprobación de Dios, de la Trinidad y de la Virgen en todos sus proyectos; y derramaba lágrimas de gozo cuando ellos se le aparecían. En esas ocasiones experimentaba de antemano la dicha celestial; los cielos se le abrían y la Deidad era visible y perceptible para él".[8]

6-7. H. Boehmer, profesor, Universidad de Bonn, "Les Jesuites" (París: Armand Colin, 1910), pp. 12-13.
8. Ibid., p. 14.

¿No es este el caso perfecto de una persona alucinada? Esta Deidad perceptible y visible es la misma que los hijos espirituales de Loyola ofrecerían constantemente al mundo, no sólo por razones políticas —apoyándose en la inclinación a la idolatría tan arraigada en el corazón humano y elogiándola— sino también por convicción, por haber sido muy bien adoctrinados. Desde el principio el misticismo medieval ha predominado en la Sociedad de Jesús, y aún es lo que la motiva, a pesar de sus evidentes aspectos mundanos, intelectuales y culturales. Su axioma básico es: "Todas las cosas a todos los hombres". Las artes, la literatura, la ciencia y aun la filosofía han sido sólo medios o redes para atrapar almas, como las indulgencias fáciles otorgadas por los casuistas, por cuyo relajamiento moral fueron reprobados con tanta frecuencia. Para esta Orden, no existe ámbito alguno en el que sea imposible trabajar en la debilidad humana, motivando al espíritu y a la voluntad a rendirse y retornar a una devoción más tranquila y semejante a la de un niño. Por tanto, trabajan para desarrollar el "reino de Dios" conforme a su ideal: un gran redil bajo el báculo del Santo Padre. Parece extraño que hombres eruditos puedan tener un ideal tan anacrónico, pero es innegable, y confirma una realidad que a menudo se pasa por alto: la preeminencia de las emociones en la vida del espíritu. Además, Kant afirmó que toda filosofía es tan solo la expresión del temperamento o carácter del filósofo.

Aparte de los métodos individuales, el "temperamento" jesuita parece ser más o menos uniforme entre ellos. "Una combinación de piedad y diplomacia, ascetismo y sabiduría del mundo, misticismo y cálculo frío; tal como era el carácter de Loyola, así es la idiosincrasia de esta Orden".[9]

En primer lugar, todo jesuita eligió esta Orden debido a su propia disposición natural; pero realmente llega a ser un "hijo" de Loyola después de pasar por pruebas rigurosas y una educación sistemática que dura no menos de 14 años.

De esa forma, la paradoja de la Orden ha continuado por 400 años: una Orden que se esfuerza por ser "intelectual", pero que, a la vez, siempre ha defendido la disposición más estricta dentro de la Iglesia Romana y la sociedad.

9. J. Huber, profesor de teología católica en Munich, "Les Jesuites" (París: Sandoz et Fischbacher, 1875), p. 127.

Parte I

Capítulo 2

Los Ejercicios Espirituales

Cuando llegó el momento de que Ignacio partiera de Manresa, él no podía prever su destino, pero la ansiedad respecto a su salvación ya no era su principal preocupación. En marzo de 1523 partió hacia la Tierra Santa, ya no como simple peregrino, sino como misionero. Después de muchas aventuras llegó a Jerusalén el 1 de septiembre, pero pronto tuvo que salir de allí por orden del provincial de los franciscanos. Éste no deseaba que un proselitismo prematuro pusiera en peligro la precaria paz entre cristianos y turcos.

El frustrado misionero pasó por Venecia, Génova y Barcelona de camino a la Universidad de Alcalá, donde inició estudios teológicos. Fue allí también donde empezó su "cura de almas" entre los oyentes voluntarios.

"En estos conventículos, las manifestaciones más comunes de piedad entre el bello sexo eran los desmayos; así vemos con cuánta severidad aplicaba sus métodos religiosos, y por qué esa propaganda ferviente pronto despertaría la curiosidad y luego las sospechas de los inquisidores... En abril de 1527, la Inquisición puso en la prisión a Ignacio para juzgarlo por hereje. La investigación examinó esos peculiares incidentes entre sus devotos, las extrañas aseveraciones del acusado respecto al poder maravilloso que le confería su castidad, y sus raras teorías sobre la diferencia entre los pecados mortales y los veniales. Estas teorías tenían semejanzas sorprendentes con las de los casuistas jesuitas de la época subsecuente".[10]

Puesto en libertad, pero bajo prohibición para celebrar reuniones, Ignacio se dirigió a Salamanca donde pronto inició las mismas actividades. Allí, sospechas similares entre los inquisidores lo llevaron a la cárcel nuevamente. Quedó libre sólo con la condición de que abandonara tal conducta. Por tanto, viajó a París para continuar sus estudios en la Universidad de Montaigu. Sus esfuerzos para adoctrinar a los compañeros, conforme a sus métodos peculiares, le causaron problemas con la Inquisición otra vez. Entonces, actuando con más

10. H. Boehmer, op. cit., pp. 20-21, 25.

prudencia, se reunía sólo con seis de sus compañeros universitarios, dos de los cuales llegarían a ser seguidores muy apreciados: Salmerón y Laínez.

¿Qué había en este estudiante de más edad que atraía tan poderosamente a los jóvenes? Era su ideal, y algo especial que llevaba consigo: un librito. Éste, a pesar de ser tan pequeño, es uno de los que han influido en el destino de la humanidad. Esta obra se ha impreso tantas veces que se desconoce el número total de copias; además, fue objeto de más de 400 comentarios. Se trata del libro texto de los jesuitas y, a la vez, el resumen del extenso desarrollo interior de su maestro: "Ejercicios Espirituales".[11] Boehmer declaró después:

"Ignacio comprendió, con más claridad que cualquier otro líder previo a él, que la mejor forma de elevar a un hombre a cierto ideal es convirtiéndose en amo de su imaginación. 'Inculcamos en él fuerzas espirituales que difícilmente podrá eliminar después', fuerzas más perdurables que todos los principios y las doctrinas más sublimes. Estas fuerzas pueden salir a la superficie nuevamente, a veces después de años en que ni siquiera se han mencionado, y llegan a ser tan poderosas que la voluntad, incapaz de ponerles obstáculos, tiene que seguir su irresistible impulso".[12]

Por tanto, el que se dedica a estos "Ejercicios", no sólo tendrá que meditar en todas las "verdades" del dogma católico, sino que deberá vivirlas y sentirlas con la ayuda de un "director". En otras palabras, deberá ver y revivir el misterio con la mayor intensidad posible. La sensibilidad del candidato queda impregnada con estas fuerzas, cuya persistencia en su memoria —y aun más en su subconsciente— será tan poderosa como el esfuerzo que hizo para evocarlas y asimilarlas. Además de la vista, los otros sentidos como el oído, el olfato, el gusto y el tacto desempeñarán su parte. En resumen, es simplemente una autosugestión controlada. Puede decirse que, frente al candidato, se reviven la rebelión de los ángeles, la expulsión de Adán y Eva del paraíso, el tribunal de Dios, y las escenas y fases en los evangelios acerca de la Pasión. Escenas tiernas y felices se alternan con otras más sombrías, a un ritmo diestramente arreglado. El infierno, por supuesto, ocupa el lugar prominente en ese "mágico espectáculo de luces", con el lago de fuego al que son arrojados los que han sido condenados, con el horrendo concierto de gritos y el hedor atroz de azufre y carne quemada. Sin embargo, Cristo está siempre presente allí, para sostener al visionario que no sabe cómo darle gracias

11-12. Ibid., pp. 25, 34-35.

por no haberlo lanzado ya al infierno para que pague sus pecados pasados.

Edgar Quinet escribió:

"No sólo las visiones están previamente estructuradas; también están anotados los suspiros, las inhalaciones y la respiración; las pausas y los intervalos de silencio se indican como en una partitura. Si no me cree, lo citaré: 'La tercera forma de orar, midiendo las palabras y los períodos de silencio'. Esta manera particular de orar consiste en dejar fuera algunas palabras entre cada respiración; más adelante dice: 'Asegúrese de mantener intervalos iguales entre cada respiración, cada sollozo y cada palabra' ("Et paria anhelituum ac vocum interstitia observet"). Esto quiere decir que el hombre, esté inspirado o no, se convierte en una máquina que debe suspirar, sollozar, gemir, llorar, gritar o respirar en el momento exacto y en el orden que, según ha demostrado la experiencia, son los más beneficiosos".[12a]

Resulta comprensible que después de dedicarse a estos Ejercicios intensivos durante cuatro semanas, acompañado únicamente por un director, el candidato esté listo para la instrucción y quebrantamiento subsecuentes.

Al referirse al creador de ese método tan alucinante, Quinet dice:

"¿Sabe qué es lo que lo distingue de todos los ascetas del pasado? El hecho de que podía observarse y analizarse lógica y fríamente en ese estado de éxtasis, mientras que para los otros aun la idea de reflexionar les era imposible.

"Imponiéndoles a sus discípulos acciones que para él eran espontáneas, con su método necesitaba sólo 30 días para quebrantar la voluntad y el razonamiento, tal como un jinete doma a su caballo. Él sólo requería de 30 días, "triginta dies", para someter un alma. Nótese que el jesuitismo se extendió junto con la Inquisición moderna: mientras que la Inquisición dislocaba el cuerpo, los Ejercicios espirituales quebrantaban los pensamientos bajo la máquina de Loyola".[12b]

En todo caso, uno no podría examinar su vida "espiritual" con mucha profundidad, aun sin tener el honor de ser jesuita; los métodos de Loyola deben recomendarse a los fieles y a los clérigos en particular, como nos lo recuerdan comentaristas como el R.P. Pinard de la Boullaye, autor de "Oración mental para todos". Esta obra, inspirada por Ignacio y una ayuda valiosa para el alma, tendría —pensamos nosotros— un título más explícito si dijera "alienación" en vez de "oración".

12a,12b. Michelet et Guinet, "Des Jesuites" (París: Hachette, Paulin, 1845), pp. 185-187.

Parte I

Capítulo 3

La Fundación de la Compañía

La Sociedad de Jesús se constituyó como tal el día de la Asunción, en 1534, en la capilla de Notre Dame de Montmartre.

Ignacio tenía entonces 44 años de edad. Después de comulgar, el originador de la idea y sus compañeros prometieron que, tan pronto como finalizaran sus estudios, irían a la Tierra Santa para convertir a los infieles. Sin embargo, al año siguiente se encontraban en Roma. Allí, el papa —que con el emperador alemán y la república de Venecia organizaba una cruzada contra los turcos— les mostró que debido a ésta les sería imposible realizar su proyecto. Por tanto, Ignacio y sus compañeros se dedicaron al trabajo misionero en territorios cristianos. En Venecia su apostolado levantó una vez más las sospechas de la Inquisición. La Constitución de la Compañía de Jesús fue al fin redactada y, en 1540, Pablo III la aprobó en Roma. Los jesuitas se pusieron a la disposición del papa, prometiéndole obediencia incondicional. El campo de acción de la nueva Orden eran la enseñanza, la confesión, la predicación y las obras de caridad. No obstante, no excluían el trabajo misionero en otros países, ya que en 1541 Francisco Javier y dos compañeros partieron de Lisboa para evangelizar en el Lejano Oriente. En 1546 se inició el aspecto político de su carrera, cuando el papa escogió a Laínez y a Salmerón para que lo representaran ante el Concilio de Trento como "teólogos pontificios".

Boehmer escribe lo siguiente:

"Luego, el papa empleó a la Orden sólo en forma temporal. Pero ésta desempeñó sus funciones con tanta prontitud y celo que, ya bajo Pablo III, estaba firmemente establecida en toda clase de actividades selectas y se había ganado la confianza de la Curia para siempre".[12c]

Esta confianza estaba totalmente justificada. Durante las tres sesiones del concilio, que concluyó en 1562, los jesuitas —y Laínez en particular, con su devoto amigo, el cardenal Morone— se convirtieron en hábiles e incansables defensores de la autoridad pontificia y la

12c. H. Boehmer, op. cit., pp. 47-48.

intangibilidad del dogma. Mediante sus astutas maniobras y dialéctica, vencieron a la oposición y todas las propuestas "herejes", incluyendo el matrimonio de los sacerdotes, la comunión con el uso de los dos elementos, el empleo del idioma local en los servicios y, en especial, la reforma del papado. En la agenda sólo se mantuvo la reforma de los conventos. Laínez mismo, con un poderoso contraataque, defendió la infalibilidad papal que el Concilio Vaticano promulgó tres siglos después.[13] Gracias a las acciones firmes de los jesuitas, la Santa Sede salió fortalecida de la crisis en la que casi fue derrotada. Por tanto, los términos que Pablo III escogió para describir a esta nueva Orden, en su Bula de Autorización, se justificaban ampliamente: "Regimen Ecclesiae militantis".

El espíritu de lucha continuó creciendo con el paso del tiempo, porque además de las misiones en países extranjeros, las actividades de los hijos de Loyola empezaron a enfocarse en las almas de los hombres, especialmente entre las clases gobernantes. La política es su principal campo de acción, ya que todos los esfuerzos de estos "directores" se concentran en un objetivo: la sujeción del mundo al papado y, para lograrlo, primeramente las "cabezas" deben ser conquistadas. ¿Cómo se puede alcanzar este ideal? Con dos armas importantes: ser los confesores de los poderosos y de aquellos que están en puestos elevados, y la educación de sus hijos. De este modo, se asegura el presente mientras se prepara el futuro.

La Santa Sede pronto se dio cuenta de la fuerza que aportaría la nueva Orden. Al principio, el número de miembros se había limitado a 60, pero esta restricción se anuló de inmediato. Cuando falleció Ignacio, en 1556, sus hijos estaban trabajando entre los paganos en la India, China, Japón y el Nuevo Mundo, pero también y especialmente en Europa: Francia, Alemania del sur y occidental —donde lucharon contra la "herejía"—, España, Portugal, Italia y aun Inglaterra, introduciéndose a través de Irlanda. Su historia, llena de vicisitudes, trata de una red "romana" que constantemente tratan de extender por el mundo, cuyos nexos siempre se rompen y se restauran.

13. Concilio Vaticano (1870).

Parte I

Capítulo 4

El Espíritu de la Orden

"No olvidemos —escribe el jesuita Rouquette— que históricamente, el 'ultramontanismo' ha sido la afirmación práctica del 'universalismo'... Este universalismo necesario sería una palabra hueca si no resultara en una obediencia práctica o cohesión del cristianismo; por ello Ignacio deseaba que su equipo estuviera a disposición del papa... y que fuera el defensor de la unidad católica, la que sólo se logra mediante una sujeción efectiva al vicario de Cristo".[13a]

Los jesuitas deseaban imponer este absolutismo monárquico en la Iglesia Romana, y lo mantuvieron en la sociedad civil ya que debían ver a los soberanos como representantes temporales del Santo Padre, la verdadera cabeza del cristianismo. Mientras los monarcas fueran totalmente dóciles a su amo común, los jesuitas eran sus más fieles partidarios. Pero si esos gobernantes se rebelaban, los jesuitas eran sus peores enemigos.

En Europa, dondequiera que los intereses de Roma requerían que la gente se sublevara contra su rey, o si los gobernantes temporales tomaban decisiones que avergonzaban a la iglesia, la Curia sabía que fuera de la Sociedad de Jesús, no encontraría gente más capaz, hábil y osada para intrigas, propaganda o incluso franca rebelión.[14]

Hemos visto, en el espíritu de los Ejercicios, que el fundador de esta Compañía estaba atrasado en su misticismo simplista, la disciplina eclesiástica y, en general, en su concepto de subordinación. Las Constituciones y los Ejercicios, fundamentales en ese sistema, no dejan duda alguna al respecto. No importa qué digan sus discípulos —en especial ahora, cuando las ideas modernas sobre el tema son totalmente diferentes—, la obediencia ocupa un lugar muy especial, sin duda el primero al resumir las reglas de la Orden. Folliet quizá pretenda ver sólo "obediencia religiosa", necesaria en toda congregación. El R.P. Rouquette escribe desafiante: "Lejos de constituir una disminución del

13a. R.P. jesuita Rouquette, op. cit., p. 44.
14. Rene Fulop-Miller, "Les Jesuites et le secret de leur puissance" (París: Librería Plon, 1933), p. 61.

hombre, esta obediencia inteligente y voluntaria es el pináculo de la libertad... una liberación de la esclavitud a uno mismo". Sólo hay que leer esos textos para percibir el carácter extremo, si no monstruoso, de la sujeción del alma y del espíritu que se impone a los jesuitas, haciéndolos instrumentos dóciles en las manos de sus superiores; y peor aún, convirtiéndolos desde el principio en enemigos naturales de toda clase de libertad.

Según Folliet, la famosa frase "perinde ac cadaver" (como cadáver en manos del sepulturero) se encuentra en toda la "literatura espiritual", y en el oriente, en la Constitución de los Haschichins. Los jesuitas deben estar en las manos de sus superiores "como una vara que obedece cada impulso; como una bola de cera que puede ser modelada y estirada en cualquier dirección; como un pequeño crucifijo que uno levanta y mueve como desea"; sin embargo, estas agradables fórmulas son reveladoras. Los comentarios y explicaciones del creador de esta Orden no nos permiten dudar de su verdadero significado. Además, entre los jesuitas no sólo la voluntad, sino también el razonamiento y los escrúpulos morales deben sacrificarse para dar lugar a la virtud primordial de la obediencia, que, según Borgia, es "la muralla más fuerte de la Sociedad".

Loyola escribió: "Estemos convencidos de que todo es bueno y correcto cuando lo ordena el superior". También declaró: "Incluso si Dios les diera un animal sin raciocinio como señor, no vacilarán en obedecerle como amo y guía, porque Dios ordenó que así fuera".

Hay algo aún mejor: el jesuita debe ver en su superior, no a un hombre falible, sino a Cristo mismo. J. Huber, profesor de teología católica en Munich y autor de una de las obras más importantes acerca de los jesuitas, escribió: "He aquí un hecho comprobado: las Constituciones repiten 500 veces que uno debe ver a Cristo en la persona del General".[15]

La disciplina de la Orden, equiparada tan a menudo con la del ejército, es nada entonces cuando se compara con la realidad. "La obediencia militar no es el equivalente de la obediencia jesuita; ésta es más amplia porque controla al hombre total, y no queda satisfecha, como la otra, con un acto externo, sino que requiere que se sacrifique la voluntad y se deje de lado el criterio propio".[16]

Ignacio mismo, en su carta a los jesuitas portugueses, escribió: "Si la iglesia lo dice, debemos ver lo negro como blanco".

Tales son el "pináculo de la libertad" y la "liberación de la esclavitud

15-16. J. Huber, "Les Jesuites" (París: Sandoz et Fischbacher, 1875), pp. 71, 73.

a uno mismo", alabados antes por el R.P. Rouquette. El jesuita en verdad se libera de sí mismo al sujetarse totalmente a sus amos; toda duda o escrúpulo le serían imputados como pecado. Boehmer escribe:

"En las adiciones a las Constituciones se aconseja a los superiores que, tal como hizo Dios con Abraham, ordenen a los novicios que hagan cosas aparentemente criminales para probarlos. Sin embargo, esas tentaciones deben estar en proporción a la fortaleza de cada uno. No es difícil imaginar cuáles podrían ser los resultados de tal educación".[17]

La vida de altibajos de la Orden —no hay un solo país del cual no haya sido expulsada— da testimonio de que todos los gobiernos, aun los más católicos, vieron esos peligros. Al introducir a hombres tan ciegamente devotos a su causa para enseñar entre las clases altas, a la Compañía —defensora del universalismo y, por tanto, del ultramontanismo— se le consideraba inevitablemente como una amenaza para la autoridad civil, ya que la actividad de la Orden, por el simple hecho de su vocación, se volcó cada vez más hacia la política.

En forma paralela, entre sus miembros se estaba formando lo que llamamos el espíritu jesuita. No obstante, el fundador no había descuidado la aptitud, siendo inspirado principalmente por las necesidades de las "misiones", en el país y fuera de él. En su "Sententiae asceticae" escribió: "Una cautela sagaz junto con una pureza mediocre es mejor que una pureza mayor con una aptitud menos perfecta. Un buen pastor de almas tiene que saber cómo ignorar muchas cosas y pretender que no las entiende. Una vez que sea amo de las voluntades, podrá guiar sabiamente a sus estudiantes a donde él elija. La gente está totalmente absorta por intereses pasajeros, por lo que no debemos hablarles muy directamente acerca de sus almas: sería lanzar el anzuelo sin la carnada".

Se declaraba enfáticamente aun la expresión que se deseaba en los hijos de Loyola: "Deben mantener la cabeza ligeramente baja, sin girar a la izquierda ni a la derecha; no deben mirar arriba, y cuando le hablen a alguien, no deben mirarlo directo a los ojos sino sólo indirectamente".[18]

Los sucesores de Loyola retuvieron muy bien esta lección en su memoria, aplicándola extensamente para lograr sus planes.

17. Gabriel Monod, en Introduction aux "Jesuites", de H. Boehmer (París: Armand Colin), p. XVI.

18. Pierre Dominique, "La politique des Jesuites" (Paris: Grasset, 1995), p. 37

Parte I

Capítulo 5

Los Privilegios de la Compañía

Después de 1558, Laínez, el ingenioso táctico del Concilio de Trento, fue nombrado general de la congregación con la facultad para organizar la Orden como fuera inspirado. Las Declaraciones que redactó con Salmerón se agregaron a las Constituciones, formando un comentario; ellos acentuaron aún más el despotismo del general electo con carácter vitalicio. Un monitor, un procurador y asistentes, que también residían en Roma, lo ayudaban generalmente a administrar la Orden, dividida entonces en cinco congregaciones: Italia, Alemania, Francia, España, e Inglaterra y Estados Unidos. Estas congregaciones, a su vez, se dividían en provincias que agrupaban las diferentes instituciones de la Orden. Sólo el monitor (o supervisor) y los asistentes eran nominados por la congregación. El general nombraba a los demás oficiales, promulgaba ordenanzas que no debían modificar las Constituciones, administraba las finanzas de la Orden conforme a sus propios deseos, y dirigía las actividades de la misma respondiendo por ello únicamente ante el papa.

A esta milicia —tan firmemente unida en las manos de su líder, y que necesitaba la mayor autonomía para que sus acciones fueran eficaces—, el papa le concedió privilegios que quizá les parecían exorbitantes a otras órdenes religiosas.

Debido a sus Constituciones, los jesuitas estaban exentos de la regla de aislamiento que se aplicaba a la vida monástica en general. En realidad eran monjes que vivían "en el mundo" y, en lo externo, nada los distinguía del clero secular. Pero, a diferencia de éste y de otras congregaciones religiosas, no estaban sujetos a la autoridad del obispo. Ya desde 1545, una bula de Pablo III les permitió predicar, escuchar confesiones, dispensar los sacramentos y decir misa; es decir, podían ejercer su ministerio sin tener que referirse al obispo. Lo único que no podían hacer era oficiar matrimonios.

Tenían poder para dar la absolución, para cambiar los votos por otros que se pudieran cumplir más fácilmente, o incluso cancelarlos.

Gastón Bally escribe:

"El poder del general respecto a la absolución y las dispensaciones es aun mayor. Puede anular todo castigo infligido a los miembros de la Sociedad antes o después que entraron en la Orden, absolver todos sus pecados incluyendo el de herejía y cisma, la falsificación de escritos apostólicos, etc.

"El general absuelve, en persona o mediante un delegado, a todos los que están bajo su obediencia, del desdichado estado que resulta de la excomunión, suspensión o interdicto, siempre y cuando estas censuras no hayan sido infligidas por excesos tan enormes que, además del tribunal papal, otros estén enterados de ellos.

"También absuelve de irregularidades que resulten por bigamia, lesiones causadas a otras personas, crimen, asesinato... siempre y cuando estos hechos malvados no se conozcan públicamente y sean causa de escándalo".[19]

Por último, Gregorio XIII otorgó a la Compañía el derecho de hacer negocios comerciales y bancarios, un derecho que después usó extensamente.

Estas dispensaciones y poderes sin precedente les fueron totalmente garantizados.

"Los papas recurrían aun a príncipes y reyes para defender estos privilegios; amenazaban con aplicar la excomunión automática a todo el que intentara anularlos. En 1574, una bula de Pío V le dio al general el derecho de restaurar estos privilegios a su magnitud original, oponiéndose a todo intento de alterarlos o reducirlos, aunque tales reducciones estuvieran documentadas con la autoridad de una revocación papal...

"Al otorgar a los jesuitas esos privilegios exorbitantes, contrarios a la anticuada constitución de la iglesia, el papado deseaba, no sólo proveerles armas poderosas para pelear contra los "infieles", sino, en especial, usarlos como guardaespaldas para que defendieran su propio poder ilimitado en la iglesia y contra la iglesia". "Para preservar la supremacía espiritual y temporal que usurparon durante la Edad Media, los papas vendieron la iglesia a la Orden de Jesús, y, en consecuencia, se entregaron en sus manos... Si el papado era apoyado por los jesuitas, la existencia total de éstos dependía de la supremacía espiritual y temporal del papado. En esta forma, los intereses de ambos partidos estaban íntimamente unidos".[20]

19. Gaston Bally, "Les Jesuites" (Chambery: Imprimerie Nouvelle, 1902), pp. 11-13.
20. Ibid., pp. 9-10; 16-17.

No obstante, esta unión selecta necesitaba ayudantes secretos para dominar a la sociedad civil: este papel recayó en aquellos que estaban afiliados a la Compañía llamada Jesuitas. "Mucha gente importante estuvo conectada de esta manera con la Sociedad: los emperadores Ferdinando II y Ferdinando III; Segismundo III, rey de Polonia que había pertenecido oficialmente a la Compañía; el cardenal Infante, un duque de Savoy. Y éstos no fueron los menos útiles".[21]

Lo mismo sucede hoy. Los 33,000 miembros oficiales de la Sociedad trabajan en todo el mundo como su personal; son oficiales de un ejército verdaderamente secreto, que en sus tropas cuenta con líderes de partidos políticos, oficiales de alto rango, generales, magistrados, médicos, catedráticos, etc.. Todos ellos se esfuerzan por llevar a cabo, en su propia esfera, el "Opus Dei", la obra de Dios, que en realidad son los planes del papado.

21. Pierre Dominique, op. cit., p. 37.

Parte II

Los Jesuitas en Europa en los Siglos 16 y 17

Capítulo 1

Italia, Portugal y España

"Francia —escribió Boehmer— es la cuna de la Sociedad de Jesús, pero en Italia recibió su programa y constitución. Por tanto, en Italia echó raíces primero y, de allí, se extendió a otros países".[1]

El autor menciona el creciente número de universidades (128) y academias jesuitas (1,680). "Pero —dice— la historia de la civilización italiana en los siglos 16 y 17 muestra sus resultados en forma más sorprendente. Si un italiano instruido abrazaba otra vez la fe y las ordenanzas de la iglesia, sentía nuevo celo por el ascetismo y las misiones, componía poemas piadosos e himnos para la iglesia, dedicaba concienzudamente los pinceles de pintor y los cinceles de escultor para exaltar el ideal religioso, ¿no era acaso porque las clases educadas se instruían en universidades y confesionarios jesuitas?"[2]

Desaparecieron la "sencillez del niño, la alegría, la vivacidad y el simple amor por la naturaleza..."

"Los alumnos de los jesuitas son demasiado clericales, devotos y absortos como para preservar esas cualidades. Las visiones e iluminaciones extáticas los dominan; literalmente, se embriagan con pinturas de las aterradoras mortificaciones y los tormentos atroces de los mártires; necesitan la pompa, el brillo y lo teatral. Desde fines del siglo 16, la literatura y el arte italianos reproducen fielmente esa transformación moral... El desasosiego, la ostentación y la afirmación aterradora que caracterizan a las creaciones de aquel período fomentan un sentimiento de repulsión —en vez de simpatía— por las creencias que debían interpretar y glorificar".[3]

Es la característica *sui géneris* de la Compañía. El amor por lo distorsionado, afectado, brillante y teatral podría parecer extraño entre místicos formados por los Ejercicios Espirituales, si no detectáramos el objetivo esencialmente jesuita de impactar la mente. Es una aplicación

1. H. Boehmer, op. cit., p. 82.
2-3. Ibid., pp. 82-83.

de la máxima "el fin justifica los medios", que los jesuitas ponían en práctica en las artes, la literatura, la política y la moral.

La Reforma apenas había tocado a Italia. Sin embargo, los valdenses, que habían sobrevivido desde la Edad Media a pesar de la persecución, y se habían establecido en el norte y sur de la península, se unieron a la Iglesia Calvinista en 1532. Según un informe del jesuita Possevino, Emmanuel Filiberto de Savoy lanzó otra persecución sangrienta contra sus súbditos "herejes" en 1561. Lo mismo ocurrió en Calabria, en Casal de San Sixto y la Guardia Fiscal. "Los jesuitas estaban implicados en esas masacres; estuvieron ocupados convirtiendo a las víctimas..."[4]

El padre Possevino, por su parte, "seguía al ejército católico como su capellán, y recomendaba la exterminación por fuego de los pastores herejes como un acto necesario y santo".[5]

En los siglos 16 y 17, los jesuitas eran poderosos en Parma, en la corte de los Farnese, así como en Nápoles. Pero el 14 de mayo de 1606 los expulsaron de Venecia —donde se les había colmado de favores—, por considerarlos como "los más fieles siervos y portavoces del papa".

Sin embargo, en 1656 les permitieron volver, pero su influencia en la república sólo fue una sombra de la que habían tenido en el pasado.

Portugal fue un país favorito de la Orden. "Estando bajo Juan III (1521-1559), era ya la comunidad religiosa más poderosa en el reino".[6] Su influencia creció aún más tras la revolución de 1640, que puso a los Braganza en el trono. "Bajo el primer rey de la casa de Braganza, el padre Fernández fue miembro del gobierno; además, fue el consejero más escuchado por la reina regente Luisa mientras Alfonso VI era menor de edad. El padre De Ville logró derrocar a Alfonso VI en 1667, y el nuevo rey, Pedro II, ese mismo año nombró al padre Emmanuel Fernández como su representante en las 'Cortes'... Aunque los Padres no cumplían deberes públicos en el reino, eran más poderosos en Portugal que en cualquier otra nación. No eran sólo consejeros espirituales de la familia real, sino que el rey y sus ministros les consultaban en toda situación importante. Por uno de sus testimonios sabemos que, sin su consentimiento, nadie podía obtener cargo alguno en la administración del estado y de la iglesia; a tal grado que el clero, las clases altas y la gente disputaban entre sí para ganarse el favor y la

4. J. Huber, op. cit., p. 165.
5. H. Boehmer, op. cit., p. 89.
6. Ibid., pp. 85-86.

aprobación de ellos. La política extranjera estaba también bajo su influencia. Cualquier persona perspicaz podía darse cuenta de que esa situación no beneficiaba al reino".[7]

Los resultados se ven en el estado de decadencia en el que cayó esa tierra desafortunada. A mediados del siglo 18, se requirió de toda la energía y perspicacia del marqués de Pombal para librar a Portugal del control mortal de la Orden.

En España la penetración de la Orden fue más lenta. Por mucho tiempo el clero superior y los dominicos se opusieron a ella. Aun los reyes Carlos V y Felipe II, aunque aceptaban los servicios de estos soldados del papa, desconfiaban de ellos y temían que invadieran su autoridad. No obstante, con mucha astucia la Orden finalmente venció la resistencia. "En el siglo 17 tenían todo poder entre las clases altas y en la corte de España. El padre Neidhart, ex oficial de la caballería alemana, incluso gobernó el reino como Consejero de Estado, Primer Ministro y Gran Inquisidor... En España y en Portugal, la ruina del reino coincidió con el apogeo de la Orden..."[8]

Edgar Quinet dijo lo siguiente:

"Dondequiera que muere una dinastía, puedo ver que se levanta y se para tras ella una especie de genio malo, una de esas figuras sombrías que son los confesores, atrayéndola en forma gentil y paternal hacia la muerte".[9]

En realidad uno no puede imputar la decadencia de España únicamente a esta Orden. "Sin embargo, es verdad que la Compañía de Jesús, junto con la iglesia y otras órdenes religiosas, aceleraron su caída; mientras más rica se hacía la Orden, más pobre era España, tanto así que cuando Carlos II falleció, en las arcas del estado no había suficiente dinero para pagar por las 10,000 misas que generalmente se decían por la salvación del alma de un monarca fallecido".[10]

7. H. Boehmer, op. cit., pp. 85-88.
8. Ibid.
9. Michelet et Quinet, op. cit., p. 259.
10. H. Boehmer, op. cit., pp. 85—88.

Parte II

Capítulo 2

Alemania

"La lucha histórica entre el catolicismo y el protestantismo no se libró en el sur de Europa, sino en Europa central: Francia, Holanda, Alemania y Polonia. Por tanto, estos países fueron el principal campo de batalla para la Sociedad de Jesús".[11]

La situación era particularmente grave en Alemania. "No sólo los pesimistas, sino también católicos sabios y estudiosos consideraban que estaba casi perdida la causa de la antigua iglesia en todo el territorio alemán. Aun en Austria y Bohemia, el rompimiento con Roma estaba tan generalizado que, para los protestantes, era razonable tener la esperanza de conquistar Austria en unas décadas. Entonces, ¿por qué no ocurrió ese cambio, dividiéndose más bien el país en dos secciones? El partido católico, a fines del siglo 16, no titubeó en responder esta pregunta porque siempre reconoció que los Witelsbach, los Habsburg y los jesuitas eran responsables por el afortunado cambio de circunstancias".[12]

Rene Fulop-Miller escribió acerca del papel de los jesuitas en estos eventos: "La causa católica sólo podía esperar verdadero éxito si los Padres eran capaces de influir en los príncipes, guiándolos en todo tiempo y circunstancia. Los confesionarios les brindaban a los jesuitas el medio para tener una influencia política duradera, y por tanto, una acción efectiva".[13]

En Baviera, el joven duque Alberto V, hijo de un católico celoso y educado en Ingolstadt, la antigua ciudad católica, llamó a los jesuitas para combatir la herejía:

"El 7 de julio de 1556, ocho padres y doce maestros jesuitas llegaron a Ingolstadt. Fue el inicio de una nueva era para Baviera... el estado mismo recibió un nuevo sello... los conceptos católicos romanos dirigieron la política de los príncipes y el comportamiento de las clases altas. Pero, este nuevo espíritu tomó control sólo de las clases más altas. No se ganó el corazón de la gente común... No obstante, bajo la

11-12. H. Boehmer, op. cit., pp. 89, 104, 112, 114.
13. Rene Fulop-Miller, op. cit., II, pp. 98, 102.

dura disciplina del estado y la iglesia restaurada, otra vez se volvieron católicos devotos, dóciles, fanáticos e intolerantes ante toda herejía...

"Quizá parezca excesivo atribuir virtudes y actos tan prodigiosos a un simple grupo de extraños. Sin embargo, en esas circunstancias, la proporción de su fuerza fue inversa a su número y, al no enfrentar obstáculos, fueron efectivos de inmediato. Los emisarios de Loyola se ganaron el corazón y la mente del país desde el principio... A partir de la siguiente generación, Ingolstadt se convirtió en el modelo perfecto de la ciudad alemana jesuita".[14]

Al leer lo siguiente, se puede juzgar el estado mental que los Padres introdujeron a esta fortaleza de fe:

"El jesuita Mayrhofer, de Ingolstadt, en su 'Espejo del Predicador' enseñó: 'No se nos juzgará si demandamos la muerte de los protestantes, así como no se nos juzgaría si pidiéramos la pena capital para ladrones, asesinos, falsificadores y revolucionarios'".[15]

Los sucesores de Alberto V —sobre todo Maximiliano I (1597-1651)— completaron su obra. Pero Alberto V era concienzudo en su "deber" de garantizar la "salvación" para sus súbditos.

"Tan pronto como los Padres llegaron a Baviera, su actitud hacia los protestantes y a quienes los apoyaban se tornó más severa. Desde 1563 expulsó sin piedad a los reincidentes, y no mostró misericordia hacia los anabaptistas, que fueron ahogados, quemados, encarcelados y encadenados, actos alabados por el jesuita Agricola... A pesar de esto, tuvo que desaparecer toda una generación de hombres antes de que la persecución se considerara totalmente exitosa. Aun en 1586, los anabaptistas moravos lograron esconder del duque Guillaume a 600 víctimas. Este ejemplo prueba que no sólo cientos, sino miles de personas se vieron forzadas a huir, siendo una terrible ruptura en un país poco poblado.

"Pero —dijo Alberto V al concilio de la ciudad de Munich— debemos poner el honor de Dios y la salvación de almas por encima de todo interés temporal".[16]

Poco a poco toda la enseñanza en Baviera se dejó en manos de los jesuitas, llegando a ser esa tierra la base para su penetración en el este, oeste y norte de Alemania.

14. H. Boehmer, ibid.
15. Rene Fulop-Miller, ibid.
16. H. Boehmer, ibid.

"Desde 1585, los Padres convirtieron la sección de Westfalia que dependía de Colonia; en 1586, llegaron a Neuss y Bonn, una de las residencias del arzobispo de Colonia; abrieron universidades en Hildesheim en 1587 y en Munster en 1588. Ésta en particular tenía ya 1,300 estudiantes en 1618... De ese modo, el catolicismo reconquistó gran parte de Alemania occidental, gracias a los Wittelsbach y a los *jesuitas*.

"La alianza entre los Wittelsbach y los jesuitas quizá fue aún más importante para las 'tierras austríacas' que para Alemania occidental".[17]

El archiduque Carlos de Styrie, último hijo del emperador Ferdinando, se casó en 1571 con una princesa bávara, "que introdujo en el castillo de Gratz las estrechas tendencias católicas y la amistad con los jesuitas, que prevalecían en la corte de Munich". Bajo su influencia, Carlos se esforzó para "extirpar la herejía" de su reino y, cuando estaba muriendo en 1590, hizo jurar a su hijo y sucesor, Ferdinando, que continuaría el trabajo. En todo caso, Ferdinando estaba preparado para eso. "Durante cinco años había sido discípulo de los jesuitas en Ingolstadt; además, tenía una mentalidad tan estrecha que, para él, no existía tarea más noble que el restablecimiento de la iglesia católica en los estados que había heredado. No le interesaba si esta tarea beneficiaba o no a sus tierras. "Prefiero", decía él, "reinar sobre un país en ruinas que sobre uno que está condenado".[18]

En 1617, el emperador coronó al archiduque Ferdinando como rey de Bohemia. "Influenciado por su confesor jesuita, Viller, Ferdinando de inmediato empezó a combatir el protestantismo en su nuevo reino. Esto marcó el inicio de la sangrienta guerra religiosa que, durante los siguientes 30 años, mantuvo en suspenso a Europa. En 1618, cuando los trágicos sucesos en Praga dieron la señal para una franca rebelión, el anciano emperador Matías primero trató de transigir, pero carecía del poder suficiente como para que predominaran sus intenciones contra el rey Ferdinando, quien estaba dominado por su confesor jesuita; por tanto, se perdió la última esperanza de resolver el conflicto en forma amistosa". "Al mismo tiempo, las tierras de Bohemia habían tomado medidas especiales, decretando solemnemente que se debía expulsar a todos los jesuitas, puesto que los veían como promotores de la guerra civil".[19]

Pronto Moravia y Silesia siguieron ese ejemplo, y los protestantes de

17-18. H. Boehmer, op. cit., pp. 117, 120.
19. J. Huber, op. cit., pp. 180-183.

Hungría —donde el jesuita Pazmany gobernaba con vara de hierro— también se rebelaron. Pero, en la batalla de la montaña Blanca (1620) venció Ferdinando, a quien habían hecho emperador otra vez tras la muerte de Matías.

"Los jesuitas persuadieron a Ferdinando para que infligiera el castigo más cruel a los rebeldes; el protestantismo fue expulsado de todo el país, usando medios demasiado horrendos como para describirlos... Al finalizar la guerra, la ruina material del país era total".

"El jesuita Balbinus, historiador de Bohemia, se preguntaba cómo pudieron quedar aún algunos habitantes en ese país. No obstante, la ruina moral fue aún peor... La floreciente cultura de los nobles y la clase media, la rica literatura nacional que no podía remplazarse: todo fue destruido; incluso se abolió la nacionalidad. Bohemia dio libertad a las actividades de los jesuitas, y éstos quemaron la literatura checoeslovaca en forma masiva. Bajo su influencia, aun el nombre del gran santo de la nación, Juan Huss, gradualmente se fue apagando hasta extinguirse en los corazones de la gente... El mayor grado de poder de los jesuitas —decía Tomek— coincidió con la más grande decadencia del país en su cultura nacional; la influencia de la Orden hizo que el despertamiento de esta tierra desdichada llegara casi un siglo demasiado tarde..."

"Al concluir la Guerra de los Treinta Años, estableciéndose la paz y asegurándoles a los alemanes protestantes los mismos derechos políticos que disfrutaban los católicos, los jesuitas hicieron lo posible para continuar la pelea; fue en vano".[20]

Sin embargo, lograron que su discípulo Leopoldo I —el emperador reinante entonces— prometiera que perseguiría a los protestantes en los territorios que le pertenecían, y especialmente en Hungría. "Escoltados por dragones imperiales, los jesuitas iniciaron el trabajo de conversión en 1671. Los húngaros se levantaron y comenzaron una guerra que duró casi toda una generación... Pero la insurrección fue victoriosa bajo el liderazgo de Francis Kakoczy. El vencedor quiso expulsar a los jesuitas de todos los países que cayeron bajo su poder; pero influyentes protectores de la Orden consiguieron poner fin a esas medidas, y la expulsión no ocurrió sino hasta 1707...

"El príncipe Eugenio culpó, con dura franqueza, a la política de la

20. Rene Fulop-Miller, op. cit., II, pp. 104-105.

casa imperial y las intrigas de los jesuitas en Hungría. Escribió: 'Austria casi pierde a Hungría debido a su persecución contra los protestantes'. Un día exclamó amargamente que la moral de los turcos era mucho más elevada que la de los jesuitas, al menos en la práctica. Estos 'no sólo desean dominar las conciencias, sino tener el derecho sobre la vida y muerte de los hombres'.

"Austria y Baviera cosecharon los frutos de la total dominación jesuita: la reducción de toda tendencia progresista y la anulación sistemática de la gente".

"La profunda miseria que siguió a la guerra religiosa, la política impotente, la decadencia intelectual, la corrupción moral, la horrenda disminución de la población y el empobrecimiento de Alemania: estos fueron los resultados de las acciones de la Orden".[21]

21. J. Huber, op. cit., pp. 183-186.

Parte II

Capítulo 3

Suiza

En el siglo 17, los jesuitas lograron al fin establecerse en Suiza, habiendo sido llamados y luego expulsados por algunas ciudades de la Confederación en la segunda mitad del siglo 16.

El arzobispo de Milán, Carlos Borromee, que había aprobado que se establecieran en Lucerna en 1578, pronto comprendió cuáles serían las consecuencias de sus actos, como nos lo recuerda J. Huber: "Carlos Borromee le escribió a su confesor que la Compañía de Jesús, gobernada por líderes que eran más políticos que religiosos, se estaba volviendo demasiado poderosa como para preservar la moderación y sujeción necesarias... Domina a reyes y príncipes, y gobierna sobre asuntos temporales y espirituales; la institución piadosa ha perdido el espíritu que la animaba originalmente; nos veremos forzados a abolirla".[22]

Al mismo tiempo, en Francia, el famoso experto legal Etienne Pasquier escribió: "Introduzcan esta Orden en nuestro medio, y también introducirán disensión, caos y confusión".[23]

¿No es esa la queja que se escuchaba en todos los países, una y otra vez? Fue la misma que hubo en Suiza cuando, a través de la halagadora apariencia con que la Compañía se cubría tan bien, se vio la evidencia de sus obras malvadas.

"Dondequiera que los jesuitas lograban echar raíces, seducían a grandes y pequeños, a jóvenes y ancianos. Muy pronto las autoridades empezaban a consultarles respecto a asuntos importantes; sus donaciones comenzaban a llegar y, en poco tiempo, ocupaban todos los colegios y escuelas, los púlpitos de la mayoría de las iglesias, los confesionarios de la gente más influyente y de más alto nivel. Como confesores a cargo de la educación de todas las clases de la sociedad, y consejeros y amigos íntimos de miembros del concilio, su influencia

22. J. Huber, op. cit., p. 131.
23. Citado por H. Fulop-Miller, "Les Jesuites et le secret de leur puissance" (París: Plon, 1933), p. 57.

crecía de día en día, y, no esperaron mucho para ejercerla en asuntos públicos. Lucerna y Fribourg eran los centros principales; desde allí manejaban la política exterior de la mayoría de los cantones católicos...

"Todo plan contra el protestantismo en Suiza, forjado en Roma o por otros poderes extranjeros, contaba con el apoyo total de los jesuitas...

"En 1620, lograron que la población católica de Veltlin se levantara contra los protestantes y mataran a 600. El papa otorgó la indulgencia a todos los que participaron en ese terrible acto.

"En 1656, provocaron una guerra civil entre miembros de las distintas confesiones... Tiempo después, los jesuitas iniciaron una nueva guerra religiosa.

"En 1712, se discutía respecto a la paz en Aarau. Lucerna y Uri ya la habían aceptado cuando, por orden de Roma, los jesuitas hicieron lo posible para revertir la situación. Negaban la absolución a todos los que se negaban a tomar las armas. Proclamaban a todo volumen, desde sus púlpitos, que uno no estaba obligado a cumplir su palabra si se la había dado a un hereje; a los concejales moderados los impulsaban a sospechar y trataban de quitarlos de sus cargos; y, en Lucerna, provocaron un amenazante levantamiento del pueblo contra el gobierno, al grado que la autoridad suprema se resignó a violar la paz. En esa lucha los católicos fueron derrotados y firmaron un gravoso acuerdo de paz.

"Desde entonces la influencia de la Orden en Suiza fue disminuyendo gradualmente".[24]

Hoy, el artículo 51 de la constitución suiza prohíbe que la Sociedad de Jesús celebre actividades culturales o educativas en el territorio de la Confederación, y todo esfuerzo para abolir esa ley siempre se ha rechazado.

24. J. Huber, op. cit., pp. 188ss.

Parte II

Capítulo 4

Polonia y Rusia

En ningún otro territorio fue tan mortal la dominación jesuita como lo fue en Polonia. Esto lo prueba el historiador moderado H. Boehmer, quien no muestra una hostilidad sistemática contra la Sociedad.

"Los jesuitas fueron totalmente responsables por la aniquilación de Polonia. La acusación expresada de ese modo resulta exagerada. La decadencia del estado polaco había principiado antes que ellos llegaran. Pero, sin duda aceleraron la desintegración del reino. Entre todos los estados, Polonia, donde había millones de cristianos ortodoxos, debería haber aplicado la tolerancia religiosa como uno de los principios más esenciales de su política interior. Sin embargo, los jesuitas no lo permitieron. Peor aún, pusieron la política exterior de Polonia al servicio de los intereses católicos en una manera fatal".[25]

Esto se escribió a fines del siglo 18; es muy similar a lo que el coronel Beck, ex ministro de Asuntos Exteriores de Polonia (1932-1939) dijo después de la guerra de 1939-1945:

"El Vaticano es una de las causas principales de la tragedia de mi país. Muy tarde comprendí que habíamos trabajado en nuestra política exterior sólo para servir a los intereses de la Iglesia Católica".[26]

Por tanto, con varios siglos de separación, la misma influencia desastrosa había dejado su marca una vez más en esa desafortunada nación.

Ya en 1581 el padre Possevino, legado pontificio en Moscú, había procurado que el zar Iván el Terrible se uniera a la Iglesia Romana. Iván no estaba totalmente contra ésta. Lleno de esperanza, en 1584 Possevino actuó como mediador del tratado de paz de Kirewora Gora entre Rusia y Polonia, un acuerdo que salvó a Iván de dificultades inextricables. Esto era precisamente lo que deseaba el astuto soberano. Después no se habló más de la conversión de los rusos. Possevino tuvo que salir de Rusia sin haber logrado nada. Dos años después, los Padres

25. H. Boehmer, op. cit., p. 135.
26. Declaración del 6 de febrero de 1940.

tuvieron una oportunidad aún mejor de controlar a Rusia: Grischka Ostrepjew, un monje a quien habían obligado a colgar los hábitos, le reveló a un jesuita que él era Demetrio, hijo del zar Iván que había sido asesinado; y declaró que si ocupaba el trono de los zares, él pondría a Moscú bajo el control de Roma. Sin pensarlo, los jesuitas se encargaron de presentar a Ostrepjew al gobernante de Sandomir, quien le dio a su hija en matrimonio. Ellos hablaron en su favor al rey Segismundo III y al papa respecto a sus expectativas, y lograron que el ejército polaco se levantara contra el zar Boris Godunov. Como recompensa por estos servicios, el falso Demetrio renunció a la religión de sus padres en Cracovia, uno de los centros jesuitas, y le prometió a la Orden que se establecería en Moscú, cerca del Kremlin, después de derrotar a Boris.

"Sin embargo, estos favores de los católicos despertaron el odio de la Iglesia Ortodoxa Rusa contra Demetrio. El 27 de mayo de 1606 fue masacrado por cientos de seguidores polacos. Hasta entonces casi no se podía hablar de un sentimiento nacional ruso; pero después, ese sentimiento era muy fuerte, convirtiéndose de inmediato en odio fanático contra la Iglesia Romana y Polonia.

"La alianza con Austria y la política de ataque de Segismundo III contra los turcos, impulsadas fuertemente por la Orden, fueron también desastrosas para Polonia. En resumen, ningún otro estado sufrió tanto como Polonia bajo la dominación jesuita. Y, aparte de Portugal, en ningún otro país fue tan poderosa la Sociedad. Polonia no sólo tenía un 'rey de los jesuitas', sino también un rey jesuita, Jean-Casimir, que había pertenecido a la Orden antes de ascender al trono en 1649...

"Mientras Polonia se dirigía en forma acelerada a la ruina, el número de establecimientos y colegios jesuitas estaba creciendo tan rápidamente que el general convirtió a Polonia en una congregación especial en 1751".[27]

27. H. Boehmer, op. cit., pp. 135ss.

Parte II

Capítulo 5

Suecia e Inglaterra

"En los países escandinavos —escribió Pierre Dominique— el luteranismo opacó todo lo demás y, cuando los jesuitas contraatacaron, no hallaron lo mismo que en Alemania: un partido católico ya minoritario pero aún fuerte".[28]

Su única esperanza era la conversión del soberano, quien apoyaba al catolicismo en secreto. Además el rey Juan III, de la dinastía Vasa, en 1568 se había casado con Catalina, una princesa polaca que era católica romana. En 1574, el padre Nicolás y otros jesuitas fueron llevados a la escuela de teología recién establecida, donde se despertó en ellos el fervor para convertir a la gente al catolicismo, aunque oficialmente seguían el luteranismo. Después, el astuto negociador Possevino logró la conversión de Juan III y recibió la responsabilidad de la educación de su hijo, el futuro Segismundo III, rey de Polonia. Cuando llegó el tiempo de someter a Suecia a la Santa Sede, las condiciones que presentó el rey —matrimonio de los sacerdotes, uso del idioma vernáculo en los servicios, y la comunión con los dos elementos—, y que la Curia romana ya había rechazado, hicieron que las negociaciones se paralizaran. En todo caso, el rey, cuya primera esposa había fallecido, se había casado con una luterana sueca. Los jesuitas tuvieron que salir del país.

"La Orden obtuvo otra gran victoria en Suecia 50 años después. La reina Cristina —hija de Gustavo Adolfo, el último de los Vasas— se convirtió bajo la enseñanza de dos profesores jesuitas, quienes habían llegado a Estocolmo simulando ser nobles viajeros italianos. Pero, a fin de cambiar de religión sin conflictos, ella tuvo que abdicar el 24 de junio de 1654".[29]

En Inglaterra, por otro lado, la situación parecía ser más favorable para la Sociedad. Ésta podía abrigar la esperanza, al menos por un tiempo, de lograr que el país volviera a estar bajo la jurisdicción de la Santa Sede.

28. Pierre Dominique, op. cit., p. 76.
29. H. Boehmer, op. cit., pp. 137-139.

"Cuando la reina Isabel ascendió al trono en 1558, Irlanda aún era totalmente católica, e Inglaterra en un 50 por ciento... En 1542, el papa había enviado a Salmerón y a Broet para evaluar la situación en Irlanda".[30]

Se habían establecido seminarios dirigidos por jesuitas en Douai, Pont-a-Mousson y Roma, con la idea de capacitar a misioneros ingleses, irlandeses y escoceses. Poniéndose de acuerdo con Felipe II de España, la Curia romana trabajó para derrocar a Isabel y poner en su lugar a la católica María Estuardo. Un levantamiento irlandés, provocado por Roma, había sido derrotado. Pero los jesuitas, que habían llegado a Inglaterra en 1580, participaron en una gran asamblea católica en Southwark.

"Después, bajo distintos disfraces, fueron de condado en condado, de las casas de campo a los castillos. En la noche escuchaban confesiones; en la mañana predicaban y servían la comunión, y luego desaparecían en forma tan misteriosa como habían llegado. La razón era que, a partir del 15 de julio, Isabel los había proscrito".[31]

Por tanto, imprimieron y distribuyeron en secreto folletos mordaces contra la reina y la Iglesia Anglicana. Uno de ellos, el padre Campion, fue apresado y condenado a la horca por alta traición. En Edimburgo también tramaron ganarse al rey Santiago de Escocia para su causa. El resultado de estos disturbios fue la ejecución de María Estuardo en 1587.

Luego siguió la expedición española, la armada invencible que hizo temblar a Inglaterra por un tiempo, produciendo la "unión sagrada" en torno al trono de Isabel. Pero la Compañía continuó sus proyectos, capacitando a sacerdotes ingleses en Valladolid, Sevilla, Madrid y Lisboa, a la vez que difundía su propaganda en Inglaterra bajo la dirección del padre Garnett. Después del complot de Gunpowder contra Santiago I, sucesor de Isabel, el padre Garnett fue condenado por complicidad y terminó en la horca como el padre Campion.

Bajo Carlos I, que entonces estaba en la Mancomunidad de Cromwell, otros jesuitas pagaron sus intrigas con la vida. La Orden había pensado que triunfaría bajo Carlos II, quien había firmado un tratado secreto con Luis XIV en Dover, prometiendo restaurar el catolicismo en el territorio.

30. Ibid.
31. Ibid., pp. 140-142.

"La nación no estaba totalmente informada al respecto, pero lo poco que se supo bastó para crear una terrible conmoción. Inglaterra entera tembló ante la sombra de Loyola y las conspiraciones de los jesuitas".[32]

La reunión que éstos celebraron en el palacio despertó la furia del pueblo.

"Carlos II, que disfrutaba la vida de rey y no quería embarcarse en otra 'travesía por los mares', envió a la horca a cinco sacerdotes por alta traición en Tyburn... Esto no desanimó a los jesuitas... Sin embargo, Carlos II era demasiado prudente y escéptico para el gusto de ellos, dispuesto siempre a abandonarlos. Cuando Santiago II subió al trono, pensaron que verían la victoria. De hecho, el rey siguió el antiguo juego de María Tudor pero con medios más suaves. Pretendiendo haber convertido a Inglaterra, en el palacio de Savoy estableció un colegio para los jesuitas, a donde llegaron de inmediato 400 estudiantes en residencia. Una evidente camarilla de jesuitas ocuparon el palacio...

"Todas estas circunstancias fueron la causa principal de la revolución de 1688. Los jesuitas tenían que actuar contra una corriente demasiado poderosa. Para entonces, en Inglaterra había 20 protestantes por cada católico. El rey fue derrocado; todos los miembros de la Compañía terminaron en prisión o fueron ejecutados. Por algún tiempo, los jesuitas reiniciaron su trabajo de agentes secretos, pero sólo fue una agitación fútil. Habían perdido la causa".[33]

32. Ibid., pp. 140, 142.
33. Pierre Dominique, op. cit., pp. 101-102.

Parte II

Capítulo 6

Francia

La Orden empezó a establecerse en Francia en 1551, es decir, 17 años después de su fundación en la capilla de Saint-Denis en Montmartre.

Los jesuitas se presentaban como adversarios eficaces de la Reforma, la cual había ganado a una séptima parte de la población francesa; sin embargo, la gente desconfiaba de estos soldados tan devotos a la Santa Sede. Por tanto, su penetración en el territorio francés fue lenta. Como hicieron en otros países donde la opinión general no les era favorable, se introdujeron sutilmente entre la gente de la corte; luego, por medio de ésta llegaron a las clases altas. En París, no obstante, el parlamento, la universidad y aun el clero se mantuvieron hostiles. Esto fue evidente cuando intentaron establecer allí un colegio.

"La Facultad de Teología, cuya misión es salvaguardar los principios religiosos en Francia, el 1 de diciembre de 1554 decretó que 'esta sociedad parece ser extremadamente peligrosa respecto a la fe; es enemiga de la paz de la iglesia, destructora del estado monástico, y parece haber nacido para causar ruina en vez de edificar'".[34]

No obstante, a los Padres les permitieron establecerse en Billom, en un extremo de Auvergne. Desde allí, organizaron una gran actividad contra la Reforma en las provincias del sur de Francia. El famoso Laínez, representante en el Concilio de Trento, se distinguió en polémica, especialmente en el Coloquio de Poissy, en un desafortunado intento de conciliar las dos doctrinas (1561).

Gracias a la reina madre Catalina de Médicis, la Orden abrió su primer establecimiento parisino, el Colegio de Clermont, que competía con la universidad. La oposición de parte de esta universidad, el clero y el parlamento fue más o menos apaciguada mediante concesiones —al menos verbales— que hizo la Compañía, prometiendo conformarse al derecho común. Pero la universidad peleó en forma ardua y prolongada

34. Gaston Bally, op. cit., p. 69.

contra la introducción de "hombres sobornados a expensas de Francia, para tomar armas contra el rey". Esta declaración, hecha por Etienne Pasquier, poco después resultó cierta.

No es necesario preguntar si los jesuitas "consintieron" en que se realizara la masacre de San Bartolomé (1572). ¿La "prepararon" ellos? Quién sabe... La política de la Compañía, sutil y variable en sus procedimientos, tenía metas muy claras. La política de los papas era "destruir la herejía". Todo debía subordinarse a este objetivo principal. "Catalina de Médicis trabajó para lograr esta meta y la Compañía podía contar con los Guises".[35]

Pero, este plan principal, que recibió tanta ayuda con la masacre de la noche del 24 de agosto de 1572, despertó un terrible odio fratricida.

Tres años después surgió la Liga, tras el asesinato del duque de Guise —llamado "el rey de París"—, y la apelación a Su Muy Cristiana Majestad para que peleara contra los protestantes.

"El astuto Enrique III hizo lo posible para evitar una guerra de religiones. Poniéndose de acuerdo con Enrique de Navarra, reunieron a los protestantes y a la mayoría de los católicos moderados para luchar contra París, la Liga y los partidarios romanos fanáticos apoyados por España...

"Los jesuitas, poderosos en París, protestaron que el rey de Francia se había rendido a la herejía... El comité que dirigía a la Liga deliberó en la casa de los jesuitas, en la calle San Antonio. ¿Estaba París bajo el dominio de España? Era poco probable. ¿Lo controlaba la Liga? Ésta era sólo un instrumento usado por manos capaces... La Compañía de Jesús que había estado luchando en nombre de Roma por 30 años... era el amo secreto de París".

"Enrique III fue asesinado. Puesto que el heredero era protestante, al parecer el motivo no era político; pero, ¿acaso quienes planearon el asesinato, y persuadieron al jacobino Clement para que lo ejecutara, esperaban que la Francia católica se levantara contra el heredero hugonote? Lo cierto es que el jesuita Camelet llamó "ángel" a Clement; y el jesuita Guignard, que después fue ejecutado en la horca, moldeaba la opinión de sus alumnos dándoles textos tiranicidas como ejercicios de latín".[36]

35. Pierre Dominique, op. cit., p. 84.
36. Ibid., pp. 85-86, 89.

Entre otras cosas, esos ejercicios decían: "Jacques Clement realizó un acto meritorio inspirado por el Espíritu Santo... Si podemos librar guerra contra el rey, hagámoslo; si no, matémoslo". También decían: "Cometimos un gran error en San Bartolomé; deberíamos haber hecho que la vena real se desangrara".[37]

En 1592, Barriere —que intentó asesinar a Enrique IV— confesó que el padre Varade, rector de los jesuitas en París, lo había persuadido para que lo hiciera. En 1594 lo intentó Jean Chatel, ex discípulo de los jesuitas, quienes escucharon su confesión justo antes del atentado. Fue en esa ocasión cuando, en la casa del padre Guignard, se encontraron los ejercicios escolares antes mencionados. "El sacerdote fue ejecutado en la horca en Greve, mientras el rey confirmaba un edicto del parlamento, desterrando del reino a los hijos de Loyola por 'corromper a jóvenes, perturbar la paz pública y ser enemigos del estado y la corona de Francia...'"

Sin embargo, el edicto no se cumplió totalmente. En 1603 el rey lo derogó, actuando en contra del consejo del parlamento. Aquaviva, el general de los jesuitas, actuó con astucia, haciendo creer a Enrique IV que la Orden, restablecida en Francia, serviría lealmente a los intereses nacionales. Siendo tan sutil, ¿cómo pudo creer el rey que esos romanos fanáticos aceptarían el Edicto de Nantes (1498), que determinaba los derechos de los protestantes en Francia, y peor aún, que apoyarían sus proyectos contra España y el emperador? La realidad es que Enrique IV escogió como confesor y tutor de los Dauphin al padre Cotton, uno de los miembros más distinguidos de la Compañía.[38a] El 16 de mayo de 1610, en la víspera de su campaña contra Austria, fue asesinado por Ravaillac, quien confesó haber recibido la inspiración de los escritos de los padres Mariana y Suárez. Ambos aprobaban el asesinato de "tiranos" herejes, o de quienes no eran suficientemente devotos a los intereses del papado. El duque de Epernon, quien hizo que el rey leyera una carta mientras el asesino esperaba, era amigo de los jesuitas, y Michelet probó que éstos sabían lo que se planeaba hacer. "Momentos antes, Ravaillac se había confesado al jesuita d'Aubigny, y cuando los jueces interrogaron al sacerdote, éste sólo respondió que Dios le había dado el don de olvidar de inmediato lo que escuchaba en el confesionario".[38]

37. Ibid., pp. 85-86, 89.
38a. Siendo Cotton la palabra en inglés para "algodón", los adversarios de este sacerdote solían decir que él tenía "algodón" en los oídos.
38. Henri Fulop-Miller, op. cit., p. 113.

El parlamento, persuadido de que Ravaillac había sido sólo el instrumento de la Compañía, ordenó al verdugo que quemara el libro del padre Mariana.

"Afortunadamente Aquaviva aún estaba allí. Una vez más, este gran general tramó todo bien; condenó con severidad la legitimidad del tiranicidio. La Compañía siempre tenía autores que, en el silencio de sus estudios, exponían la doctrina con toda su rectitud; también tenía grandes políticos que, cuando era necesario, la cubrían con las máscaras apropiadas".[39]

Gracias al padre Cotton, que se hizo cargo de la situación, la Sociedad de Jesús salió ilesa de la tormenta. Rápidamente crecieron sus riquezas, el número de sus establecimientos y de sus adherentes. Pero cuando Luis XIII ascendió al trono y Richelieu tomó en sus manos los asuntos del estado, hubo un choque de voluntades. El cardenal jamás permitía que alguien se opusiera a su política. El jesuita Caussin, confesor del rey, descubrió esta realidad cuando lo enviaron a la prisión de Rennes por orden de Richelieu, como criminal estatal. Esto dio buen resultado. A fin de permanecer en Francia, la Orden incluso colaboró con el terrible ministro.

Al respecto, Boehmer escribió: "La falta de consideración que el gobierno francés —desde Felipe el Bello— siempre mostró hacia la iglesia, en los conflictos entre los intereses nacionales y los religiosos, una vez más fue la mejor política".[40]

El ascenso de Luis XIV al trono marcó el principio de la época más próspera para la Orden. Los confesores jesuitas usaron extensamente su actitud "laxa" —la tolerancia astuta con la que atraían a pecadores que no ansiaban hacer penitencia— entre la gente común y en la corte, en especial con el rey, que era más dado a las mujeres que a la devoción.

Su Majestad no tenía intención alguna de renunciar a sus amoríos y, aunque estaba cometiendo adulterio, el confesor cuidaba de no tocar el tema. Pronto toda la familia real tenía sólo confesores jesuitas, y la influencia de éstos creció entre la alta sociedad. Los sacerdotes de París atacaron en sus "Escritos" la moral disoluta de los famosos casuistas de la Compañía, pero sin resultado. Pascal mismo, durante la gran disputa teológica de aquel tiempo, intervino en vano a favor de los jansenistas.

39. Pierre Dominique, op. cit., p. 95.
40. H. Boehmer, op. cit., p. 100.

En sus "Cartas provinciales" expuso al ridículo a los jesuitas, sus oponentes extremadamente mundanos.

A pesar de eso, el lugar seguro que tenían en la corte les dio la victoria, mientras que los de Puerto Real sucumbieron. La Orden obtuvo otra victoria para Roma, cuyas consecuencias eran contrarias a los intereses nacionales. Por supuesto, aunque tuvieron que aceptar la paz religiosa establecida por el Edicto de Nantes, continuaron su guerra secreta contra los protestantes franceses. Al envejecer, Luis XIV se hizo cada vez más intolerante, siguiendo la influencia de Madame de Maintenon y del padre La Chaise, su confesor. En 1681, éstos lo persuadieron para reiniciar la persecución contra los protestantes. Finalmente, el 17 de octubre de 1685, firmó la "Revocación del Edicto de Nantes", convirtiendo en criminales a los que rehusaban aceptar la religión católica. Poco después, a fin de acelerar las conversiones, surgieron los famosos "dragones". Este nombre siniestro fue parte de todo intento subsecuente para lograr conversiones por medio de fuego y cadenas. Mientras los fanáticos vitoreaban, los protestantes huían en masa del reino. Según Marshal Vauban, Francia perdió así a 400,000 habitantes y 60 millones de francos. Fabricantes, comerciantes, dueños de barcos y diestros artesanos se fueron a otros países, llevando el beneficio de sus habilidades.

"El 17 de octubre de 1685 fue un día de victoria para los jesuitas, la recompensa final por una guerra que había continuado por 125 años sin cesar. Pero el estado pagó el precio de la victoria de los jesuitas.

"La despoblación y la reducción de la prosperidad nacional fueron las graves consecuencias materiales de su triunfo, seguidas por un empobrecimiento espiritual que ni el mejor colegio jesuita podía sanar. Esto es lo que Francia sufrió y lo que la Sociedad de Jesús pagaría después".[41]

Durante el siglo siguiente, los hijos de Loyola no sólo fueron expulsados de Francia, sino de todos los países europeos; pero, una vez más, fue sólo por un tiempo. Estos fanáticos janisarios del papado no habían terminado de causar ruina en su afán por alcanzar su sueño imposible.

41. Ibid., p. 103.

Parte III

Misiones en el Extranjero

Capítulo 1

India, Japón y China

La conversión de "paganos" fue el primer objetivo del fundador de la Sociedad de Jesús. Aunque la necesidad de combatir al protestantismo en Europa ocupó cada vez más la atención de sus discípulos, y esta acción política y religiosa —de la cual vimos un breve resumen— se convirtió en su tarea principal, aún procuraban evangelizar las tierras lejanas.

Su ideal teocrático —poner al mundo bajo la autoridad de la Santa Sede— les demandaba ir a todas las regiones del mundo para conquistar almas.

Francisco Javier —uno de los primeros compañeros de Ignacio y canonizado también por la iglesia— fue el gran promotor de la evangelización de Asia. En 1542 desembarcó en Goa; allí encontró a un obispo, una catedral y un convento de franciscanos, que con algunos sacerdotes portugueses habían tratado ya de difundir la religión de Cristo. Debido al impulso que dio Javier a ese primer intento, lo llamaron "apóstol de la India". En realidad, fue pionero y "motivador", pero no logró resultados duraderos. Siendo impetuoso y entusiasta, buscaba nuevos campos de acción y señalaba el camino, pero no siempre despejaba el terreno. En el reino de Travancore, Malaca, las islas de Banda, Macasar y Ceilán, su encanto personal y sus discursos elocuentes maravillaron. Como resultado, se convirtieron 70,000 "idólatras", especialmente de la casta baja. Para lograrlo, no menospreció el apoyo político y aun militar de los portugueses. Estos resultados, espectaculares más que sólidos, despertaron en Europa el interés en las misiones y dieron renombre a la Sociedad de Jesús.

Este apóstol incansable, aunque no perseverante, pronto partió de la India para ir al Japón y luego a la China, donde iba a trabajar, pero falleció en Cantón en 1552.

Su sucesor en la India, Roberto de Nobile, aplicó allí los mismos métodos que los jesuitas usaban con éxito en Europa. Apeló a las clases más altas. Y, a los "intocables", sólo les alcanzaba la hostia consagrada en la punta de un palo.

Con la aprobación del papa Gregorio XV, adoptó las vestiduras,

costumbres y estilo de vida de los brahmanes, mezclando los ritos cristianos con los de ellos. Gracias a esta ambigüedad, afirmaba que había "convertido" a 250,000 hindúes. Pero, "un siglo después de su muerte, cuando el intransigente papa Benedicto XIV prohibió que se observaran esos ritos hindúes, todo colapsó y desaparecieron los 250,000 seudo católicos".[1]

En el norte de la India, en el territorio del gran mogol Akbar —un hombre tolerante que incluso intentó introducir el sincretismo religioso en sus estados—, se permitió a los jesuitas edificar un establecimiento en Lahore en 1575. Los sucesores de Akbar les concedieron los mismos favores. Sin embargo, Aureng-Zeg (1666-1707), un musulmán ortodoxo, puso fin a todo eso.

En 1549, Javier se embarcó al Japón con dos compañeros y un japonés, Yagiro, a quien había convertido en Malaca. Los inicios no fueron muy promisorios. "Los japoneses tienen su propio concepto de la muerte, son reservados y su pasado los ha afirmado en el paganismo. Los adultos sonríen al mirar a esos hombres extraños, y los niños los siguen para mofarse de ellos".[2]

Yagiro, siendo japonés, logró empezar una pequeña comunidad de 100 seguidores. Francisco Javier, en cambio, sin hablar bien el japonés, ni siquiera obtuvo audiencia con el Mikado. Cuando él se fue del Japón, dos padres se quedaron allí y tiempo después lograron la conversión de los daimios de Arima y Bungo. Cuando este último hizo su decisión en 1578, lo había estado considerando por 27 años.

El siguiente año los Padres se establecieron en Nagasaki. Afirmaban haber convertido a 100,000 japoneses. En 1587, la situación interna de la nación —destruida por guerras entre clanes— cambió por completo. "Los jesuitas habían sacado provecho de esa anarquía y de su estrecha relación con comerciantes portugueses".[3] Hideyoshi, que había nacido en la clase baja, usurpó el poder atribuyéndose el título de Taikosama. Él desconfió de la influencia política de los jesuitas, de su asociación con los portugueses, y de su conexión con los grandes vasallos guerreros, los samurai.

Por tanto, la joven iglesia católica japonesa fue perseguida violentamente. Seis franciscanos y tres jesuitas fueron crucificados, muchos convertidos fueron asesinados y la Orden fue expulsada del país.

1. "Les Jesuites", "Le Crapouillot", No. 24, 1954, p. 42.
2. Ibid., p. 43.
3. H. Boehmer, op. cit., p. 162.

Sin embargo, el decreto nunca se implementó y los jesuitas continuaron su apostolado en secreto. Pero en 1614, al primer Shogún, Tokugawa Yagasu, le inquietaron esas actividades ocultas y reinició la persecución. Además, los holandeses habían ocupado el lugar de los portugueses en los negocios, por lo que el gobierno los observaba muy de cerca. Una profunda desconfianza hacia los extranjeros —eclesiásticos o laicos— inspiró desde entonces la conducta de los líderes. En 1638, una rebelión de los cristianos de Nagasaki fue apagada con sangre. Para los jesuitas, la aventura en el Japón había concluido, y así permaneció por mucho tiempo.

En la notable obra de Lord Bertrand Russell, "Ciencia y Religión", leemos lo siguiente acerca de Francisco Javier, el hacedor de milagros: "Él y sus compañeros escribieron muchas cartas extensas que se han conservado; en ellas relatan sus labores, pero en ninguna de las que se escribieron durante su vida se mencionan poderes milagrosos. José Acosta, el jesuita que se preocupó por los animales del Perú, expresamente negó que esos misioneros hubieran contado con la ayuda de milagros en su esfuerzo para convertir a los paganos. Pero, poco después de morir Javier, empezaron a surgir numerosas historias de milagros. Se dijo que tenía don de lenguas, aunque en sus cartas habló muchas veces de la dificultad para dominar el idioma japonés o para encontrar buenos intérpretes.

"Se contaba que cuando sus amigos tuvieron sed en el mar, él había convertido el agua salada en agua fresca. Cuando se le cayó el crucifijo al mar, un cangrejo se lo devolvió. Según una versión posterior, había lanzado el crucifijo al mar para calmar una tempestad. Cuando fue canonizado en 1622, se había probado —para satisfacción de las autoridades del Vaticano— que había hecho milagros, ya que sin éstos nadie puede ser santo. El papa dio garantía oficial del don de lenguas; en especial, le impresionó que Javier hubiera hecho arder las lámparas con agua bendita en vez de aceite.

"Este papa, Urbano VIII, fue el mismo que rehusó creer las declaraciones de Galileo. La leyenda siguió mejorando: una biografía escrita por el padre Bonhours, publicada en 1682, dice que el santo resucitó a 14 personas a lo largo de su vida... Autores católicos aún le atribuyen el don de milagros; en una biografía publicada en 1872, el padre Coleridge de la Sociedad de Jesús reiteró que Javier tenía el don de lenguas".[4]

4. Bertrand Russell, "Science and Religion" (París: Ed. Gallimard, 1957), pp. 84-85.

A juzgar por las hazañas mencionadas, san Francisco Javier bien merecía su aureola.

En la China, los hijos de Loyola disfrutaron de una estadía prolongada y favorable, con sólo algunas expulsiones; lograron esto con la condición de que trabajarían principalmente como científicos, postrándose ante los milenarios ritos de esta antigua civilización.

"El tema principal fue la meteorología. Francisco Javier ya sabía que los japoneses ignoraban que la tierra era redonda, así que deseaban que les enseñara al respecto y otros temas similares. En la China llegó a ser oficial y, puesto que los chinos no eran fanáticos, la situación marchó pacíficamente". "Un italiano, el padre Ricci, fue quien inició todo. Al llegar a Pekín, asumió el papel de astrónomo ante los científicos chinos... La astronomía y las matemáticas eran importantes en las instituciones chinas. Estas ciencias permitían al soberano establecer las fechas para sus ceremonias religiosas y civiles... Ricci llevó información que lo hacía indispensable, lo cual aprovechó para hablar del cristianismo... Mandó llamar a dos Padres que enmendaron el calendario tradicional, estableciendo la armonía entre el curso de las estrellas y los eventos terrenales. Ricci ayudó también en tareas menores; por ejemplo, dibujó un mapa mural del imperio, en el que situó cuidadosamente a la China en el centro del universo".[5]

Este fue el trabajo principal de los jesuitas en el Imperio Celestial; en cuanto al aspecto religioso de su misión, el interés de la gente en éste fue mínimo. Resulta curioso que, en Pekín, los Padres se dedicaron a rectificar los errores astronómicos de los chinos, mientras que en Roma, la Santa Sede persistió en condenar el sistema de Copérnico hasta 1822. Aunque los chinos no mostraban inclinación por el misticismo, en 1599 se abrió la primera iglesia católica en Pekín. Al morir Ricci, lo remplazó un alemán, el padre Shall von Bell, un astrónomo que también publicó tratados notables en el idioma chino. En 1644 recibió el título de "Presidente del Tribunal de Matemáticas", despertando celos entre los mandarines. Mientras tanto, las comunidades cristianas se organizaron. En 1617 el emperador, previendo quizá los peligros de esta penetración pacífica, ordenó la salida de todos los extranjeros. Los Padres fueron enviados en jaulas de madera a trabajar entre los portugueses de Macao. Sin embargo, pronto les pidieron que volvieran por ser buenos astrónomos.

En realidad eran también buenos misioneros, con 41 residencias en la China, 159 iglesias y 257,000 miembros bautizados. Pero, una nueva reacción contra ellos causó su expulsión, y el padre Shall fue condenado a muerte. No cabe duda de que él no recibió esa sentencia únicamente por su trabajo de matemáticas. Un terremoto y el incendio del palacio imperial, presentados astutamente como señal de la ira del cielo, le salvó la vida; dos años después falleció en paz. No obstante, sus compañeros tuvieron que salir de la China.

5. "Le Crapouillot", op. cit., p. 44.

A pesar de todo, apreciaban tanto a los jesuitas que el emperador Kang-Hi se sintió obligado a llamarlos otra vez en 1669, y ordenó que se celebrara un funeral solemne para los restos de Iam Io Vam (Jean-Adam Shall). Estos honores inusuales fueron tan solo el principio de excepcionales favores".[6]

El padre belga Verbiest sucedió a Shall como director de misiones y del Instituto Imperial de Matemáticas. Él le dio al Observatorio de Pekín los famosos instrumentos, cuya precisión matemática fue ocultada con quimeras, dragones, etc. Kang-Hi, "el déspota iluminado" que reinó por 61 años, apreció los servicios de aquel científico que le dio sabios consejos, lo acompañó a la guerra e incluso administró una fundición para cañones. Pero esta actividad profana y militar estaba dirigida "a la mayor gloria de Dios", como le recordó el Padre al emperador en una nota que le envió antes de morir: "Señor, muero feliz porque usé casi cada momento de mi vida para servir a Su Majestad. Pero oro a Él muy humildemente para que recuerde, después de mi muerte, que mi objetivo en todo lo que hice fue conseguir un protector para la religión más santa en el universo; y ese protector era usted, el más grande rey en el oriente".[7]

Sin embargo, en la China así como en Malabar, esta religión no podía sobrevivir sin alguna estratagema. Los jesuitas tuvieron que poner la doctrina romana al nivel de los chinos, identificar a Dios con el cielo ("tien") o con el "Chang-Ti" (emperador de lo alto), mezclar los ritos católicos con los rituales chinos, aceptar las enseñanzas de Confucio, la adoración a los ancestros, etc.

El papa Clemente XI, quien fue informado de todo esto por órdenes rivales, condenó este "laxismo" doctrinal. Como resultado, quedó destruido todo el trabajo misionero de los jesuitas en el Imperio Celestial.

Los sucesores de Kang-Hi prohibieron el cristianismo. Los últimos padres que quedaron en la China murieron allí, y nunca los sustituyeron.

6. H. Boehmer, op. cit., p. 168.
7. "Correspondence" de Verbiest (Bruselas, 1931), p. 551.

Parte III

Capítulo 2

Las Américas: El Estado Jesuita de Paraguay

Los misioneros de la Sociedad de Jesús descubrieron que el Nuevo Mundo era mucho más favorable que Asia para realizar su proselitismo. Allí no existían civilizaciones antiguas y conocidas, religiones firmemente establecidas ni tradiciones filosóficas; sólo hallaron tribus pobres y bárbaras, indefensas en lo espiritual y secular frente a los conquistadores blancos. Sólo México y Perú, que aún tenían fresco en su mente el recuerdo de los dioses aztecas e incas, se opusieron por mucho tiempo a esta religión importada. Además, los dominicos y franciscanos ya estaban bien establecidos.

Por tanto, los hijos de Loyola realizaron su actividad agresiva entre las tribus salvajes, los cazadores y pescadores nómades. Sus resultados variaban según la fiereza y oposición de las distintas poblaciones.

En Canadá, los indios hurones —pacíficos y dóciles— aceptaron fácilmente el catecismo; pero sus enemigos, los iroqueses, atacaron las estaciones creadas alrededor del fuerte Santa María y masacraron a sus habitantes. Los indios hurones prácticamente fueron exterminados en unos diez años. En 1649, los jesuitas tuvieron que salir de allí con unos 300 sobrevivientes.

Al pasar por los territorios que ahora forman los Estados Unidos, los jesuitas no causaron mayor impresión. Recién en el siglo 19 empezaron a echar algunas raíces en esa parte del continente.

En Sudamérica el trabajo de los jesuitas enfrentó factores positivos y negativos. En 1546, los portugueses los invitaron a trabajar en los territorios que poseían en el Brasil. Mientras convertían a los nativos, experimentaron numerosos conflictos con las autoridades civiles y otras órdenes religiosas. Lo mismo ocurrió en Nueva Granada.

En Paraguay, por el contrario, se vivió la gran "experiencia" de la colonización jesuítica. Este país se extendía desde el Atlántico hasta los Andes, abarcando territorios que hoy pertenecen a Brasil, Uruguay y Argentina. El único medio de acceso por la selva virgen eran los ríos Paraguay y Paraná. La población estaba formada por indígenas nómades y dóciles, listos a postrarse ante cualquier dominación mientras les proveyeran alimento y un poco de tabaco.

Los jesuitas no podrían haber hallado mejores condiciones para establecerse, lejos de la corrupción de blancos y mestizos, el tipo perfecto de colonia, una ciudad de Dios conforme al deseo de sus corazones. A principios del siglo 17, el general de la Orden, a quien la corte de España había otorgado todo poder, convirtió a Paraguay en Provincia y el "Estado Jesuita" se desarrolló y floreció.

Los dóciles salvajes fueron catequizados e instruidos para vivir en forma sedentaria, bajo una disciplina gentil y fuerte a la vez: "Como mano de hierro en guante de terciopelo". Estas sociedades patriarcales deliberadamente ignoraban todas las libertades.

"Todo lo que el cristiano posee y usa, la choza donde vive, los campos que cultiva, el ganado que le provee alimento y vestimenta, las armas que lleva, las herramientas con que trabaja, aun el único cuchillo de mesa que se le da a cada pareja joven cuando establece su hogar, es 'Tupambac', propiedad de Dios. Partiendo de este concepto, el 'cristiano' no puede disponer de su tiempo y de su persona libremente. El bebé que lacta está bajo la protección de su madre. Tan pronto como puede caminar, está bajo el poder del Padre o de sus agentes... Cuando la hija crece, aprende a hilar y usar el telar. En el caso del hijo, aprende a leer y escribir, pero sólo en guaraní; el español está prohibido para impedir el comercio con los criollos corruptos... Tan pronto como una muchacha cumple 14 años y un muchacho cumple 16, se les casa porque los Padres no desean verlos caer en algún pecado carnal... Ninguno de ellos puede ser sacerdote, monje y menos aún jesuita... Prácticamente no les queda ninguna libertad. Pero, respecto a lo material, es obvio que están felices... En la mañana, después de misa, cada grupo de trabajadores va cantando a los campos, uno tras otro, precedido por alguna imagen sagrada. En la noche regresan a la villa de la misma manera, para escuchar el catecismo o rezar el rosario. Los Padres también han pensado en diversiones y recreaciones honestas para los 'cristianos'...

"Los jesuitas los cuidan como padres; y, como padres también castigan los más pequeños errores... El látigo, el ayuno, la prisión, exponerlos a la vergüenza en la plaza principal, penitencia pública en la iglesia, estos son los castigos que usan... Así que, los hijos 'rojos' de Paraguay no conocen otra autoridad sino la de los buenos Padres. No tienen ni la vaga sospecha de que el rey de España es su soberano".[8]

8. H. Boehmer, op. cit., pp. 197ss.

¿No es éste un cuadro perfecto, algo caricaturesco, de la sociedad teocrática ideal?

Consideremos cómo afectó el avance intelectual y moral de los beneficiarios de ese sistema, esos "pobres inocentes", como los llamó el marqués de Loreto: "La alta cultura de las misiones no es sino el producto artificial de un invernadero que lleva en sí una semilla de muerte. Porque, a pesar de toda la instrucción y capacitación, el guaraní continuó siendo en lo profundo lo que era: un salvaje perezoso, de mentalidad estrecha, sensual, codicioso y sórdido. Como los Padres mismos dicen, él sólo trabaja cuando siente detrás de él el aguijón del supervisor. Tan pronto como se les deja solos, no les importa que la cosecha se esté pudriendo en el campo, que los instrumentos se estén deteriorando y que los rebaños estén esparcidos. Si no se le vigila mientras trabaja en los campos, tal vez hasta le quite el yugo a un buey y lo mate allí mismo, encienda una fogata con la madera del arado y, con sus compañeros, empiece a comerse la carne medio cocida hasta que no quede nada. Sabe que recibirá 25 latigazos por eso, pero sabe también que los Padres nunca lo dejarían morirse de hambre".[9]

Un libro dice lo siguiente respecto a los castigos de los jesuitas: "El culpable, vistiendo los atavíos de penitente, era escoltado a la iglesia donde confesaba su falta. Luego era azotado en la plaza de acuerdo con el código penal... Los culpables siempre recibían este castigo, no sólo sin murmuraciones, sino con gratitud... El culpable, habiendo sido castigado y reconciliado, besaba la mano de aquel que lo había golpeado, diciendo: 'Que Dios te recompense por liberarme, mediante este leve castigo, de los sufrimientos eternos que me amenazaban'".[10]

Después de leer esto, comprendemos la conclusión a la que llegó Boehmer: "Bajo la disciplina de los Padres, muy poco se enriqueció la vida moral del guaraní. Éste se convirtió en un católico devoto y supersticioso que veía milagros por doquier, y que parecía disfrutar flagelándose hasta sangrar. Aprendió a obedecer y se apegó a los Padres —que cuidaban muy bien de él— con una gratitud filial que, aunque no era muy profunda, era tenaz. Este resultado deficiente prueba que existía un serio defecto en los métodos educativos de los Padres. ¿Cuál fue? Que nunca trataron de desarrollar en sus hijos indígenas las facultades inventivas, la necesidad de actividad y el

9. H. Boehmer, op. cit., pp. 197ss.
10. Clovis Lugon, "La Republique communiste chretienne des Guaranis", p. 197.

sentido de responsabilidad. Ellos mismos inventaban juegos y entretenimientos para sus cristianos, y pensaban por ellos en vez de incentivarlos a pensar por sí mismos. Simplemente sometieron a los que estaban bajo su cuidado a una 'instrucción' mecánica en vez de educarlos".[11]

¿Qué otra cosa podían hacer, si ellos mismos habían pasado por una "*instrucción*" que duraba 14 años? ¿Podían enseñar a los guaraníes y a sus alumnos blancos a "pensar por sí mismos", cuando para ellos eso estaba terminantemente prohibido?

Las siguientes palabras no fueron escritas por un jesuita antiguo, sino uno contemporáneo: "Él (el jesuita) no olvidará que la virtud característica de la Compañía es obediencia total de la acción, la voluntad y aun el criterio... Todos los superiores estarán obligados de la misma forma a otros superiores a ellos, y el Padre General lo estará al Santo Padre... Se organizó así para otorgar a la Santa Sede una autoridad universalmente eficaz, y san Ignacio estaba seguro de que la enseñanza y educación conducirían a la Europa dividida para retornar a la unidad católica".

El padre Bonhours escribió que con la esperanza de "reformar al mundo", él había "adoptado en particular este medio: la instrucción de la juventud".[12]

La educación de los nativos de Paraguay se realizó con los mismos principios que los Padres aplicaron en el pasado, aplican ahora, y aplicarán a todos y en todo lugar. Su meta —deplorada por Boehmer, pero considerada ideal por esos fanáticos— es: la renuncia a todo criterio personal y a toda iniciativa, y una sujeción ciega a los superiores. ¿No es este el "pináculo de la libertad" y la "liberación de la esclavitud a uno mismo", alabada por el R.P. Rouquette como ya se mencionó?

Los guaraníes fueron "liberados" en forma tan eficaz por el método jesuítico, durante más de 150 años, que cuando sus maestros se fueron en el siglo 18, ellos retornaron a sus selvas y a sus antiguas costumbres, como si nada hubiera sucedido.

11. H. Boehmer, op. cit., pp. 204-205.
12. F. Charmot, s.j., "La Pedagogie des Jesuites" (París: Edit. Spes, 1943), p. 39.

Parte IV
Los Jesuitas en la Sociedad Europea

Capítulo 1
La Enseñanza de los Jesuitas

"El método pedagógico de la Compañía", escribió el R.P. Charmot, S.J., "consiste primeramente en rodear a los alumnos con una gran cadena de oraciones".

Después cita al jesuita Tacchini: "Que el Espíritu Santo los llene como se llenan los alabastros con perfumes; que penetre tanto en ellos que, al pasar el tiempo, ¡puedan respirar más y más la fragancia celestial y el perfume de Cristo!"

El padre Gandier aporta lo siguiente: "No olvidemos que la educación, *tal como la ve la Compañía, es el ministerio más semejante al de los* ángeles".[1]

El padre Charmot dice después: "¡No nos preocupemos de dónde y cómo se inserta el misticismo en la educación!... No se hace por medio de un sistema o una técnica artificial, sino mediante infiltración, por 'endósmosis'. Las almas de los niños son impregnadas al estar en estrecho 'contacto con maestros que están literalmente saturados con él".[2]

El mismo autor da el siguiente "objetivo del profesor jesuita": "Por medio de su enseñanza se propone formar, no una élite cristiana intelectual, sino cristianos elitistas".[3]

Estas pocas citas nos dicen suficiente acerca del objetivo principal de estos educadores. Veamos ahora cómo forman a los cristianos elitistas, y qué clase de misticismo se "inserta" (o inocula), "infiltra" o "bombea en" los niños sometidos a su sistema educativo.

En primer lugar —algo característico de esta Orden— encontramos a la virgen María. "Loyola consideró a la Virgen como lo más importante en su vida. La adoración a María era la base de sus devociones religiosas y la traspasó a su Orden. Esta adoración se desarrolló tanto que a menudo se decía, y con razón, que era la verdadera religión de los jesuitas".[4]

Eso no lo escribió un protestante, sino J. Huber, profesor de teología católica.

1-3. F. Charmot, S.J., op. cit., pp. 413, 415, 417, 442, 493.
4. J. Huber, op. cit., pp. 98-99.

Loyola estaba convencido de que la Virgen lo había inspirado cuando él formuló sus "Ejercicios". Un jesuita tuvo una visión de María cubriendo a la Sociedad con su manto, como señal de su protección especial. Otro jesuita, Rodrigo de Gois, quedó tan cautivado con la indescriptible belleza de María que lo vieron elevarse en el aire. Un novicio de la Orden, que murió en Roma en 1581, fue sostenido por la Virgen cuando luchaba contra las tentaciones del diablo; a fin de fortalecerlo, de tiempo en tiempo ella le daba a probar la sangre de su Hijo y "el consuelo de sus pechos".[5]

La doctrina de la "inmaculada concepción", creada por Duns Escoto, fue adoptada con entusiasmo por la Orden, la que logró que Pío IX la convirtiera en dogma en 1854.

"Erasmo describía satíricamente la adoración a María en su tiempo. En el cuarto siglo se había inventado la historia de la casa de Loreto, una casa que, al parecer, los ángeles habían llevado desde Palestina. Los jesuitas aceptaron esa leyenda y la defendieron. Canisio llegó al extremo de mostrar cartas supuestamente escritas por María y, gracias a la Orden, comenzó a llegar mucho dinero a Loreto (como en el caso de Lourdes, Fátima, etc.).

"Los jesuitas presentaron toda clase de reliquias de la Madre de Dios. Cuando llegaron a la iglesia de San Miguel, en Munich, ofrecieron para veneración de los fieles algunos trozos del velo de María, varios mechones de su cabello y pedazos de su peine; se instituyó un culto especial para adorar esos objetos...

"Esta adoración degeneró en manifestaciones inmorales y sensuales, especialmente en los himnos que el padre Jacques Pontanus dedicó a la Virgen. El poeta expresaba que no había nada más hermoso que el seno de María, nada más dulce que su leche, y nada más agradable que su abdomen".[6]

Se podrían citar innumerables afirmaciones semejantes. Ignacio quería que sus discípulos tuvieran una piedad "perceptible" y aun sensual, similar a la que él tenía, y obviamente lo lograron. Con razón tuvieron tanto éxito con los guaraníes; este fetichismo erótico era muy apropiado para ellos. Pero los Padres siempre pensaron que también sería apropiado para los "blancos". Puesto que el fundamento de su doctrina era el menosprecio total a la gente como seres humanos, los

5. J. Huber, op. cit., pp. 98-99.
6. "Oeuvres completes" de Bucher (Munich, 1819, II), pp. 477ss.

"blancos" y los "indígenas" eran iguales, y ambos debían ser tratados como niños.

Por tanto, trabajaban sin cesar propagando ese espíritu y las prácticas idólatras. Debido a su influencia sobre la Santa Sede, la cual no puede funcionar sin ellos, impusieron sus ideas y prácticas a la Iglesia Romana, a pesar de la oposición que ha disminuido gradualmente.

"El padre Barri escribió un libro titulado 'El paraíso se abre por medio de 100 devociones a la Madre de Dios'. En él expone la idea de que no es importante cómo entremos en el paraíso; lo importante es entrar. Enumera ejercicios de piedad externa a María que abren las puertas del cielo. Entre otras cosas, estos ejercicios consisten en ofrecer a María salutaciones matutinas y vespertinas; dando con frecuencia a los ángeles la tarea de saludarla; expresando el deseo de construirle más iglesias que todas las que han construido los monarcas; llevando día y noche un rosario como brazalete, o una imagen de María, etc.

"Estas prácticas son suficientes para proveernos salvación; y cuando estemos a punto de morir, si el diablo reclama nuestras almas, sólo tenemos que recordarle que María es responsable por nosotros y que debe tratar con ella".[7]

En su "Pietas quotidiana erga S.D. Mariam", el padre Pemble recomienda: "Golpearnos o flagelarnos, ofreciendo cada golpe como sacrificio a Dios por medio de María; tallar con un cuchillo el sagrado nombre de María en nuestro pecho; cubrirnos decentemente en la noche para no ofender la casta mirada de María; decirle a la Virgen que usted estaría dispuesto a ofrecerle su lugar en el cielo si ella no tuviera uno propio; desear no haber nacido jamás o preferir el infierno si María no hubiera nacido; no comer jamás una manzana, como María había sido guardada del error de probarla".[8]

Eso se escribió en 1764; pero, al mirar numerosas obras similares que se publican hoy, vemos que, durante más de 200 años, esa idolatría sin control creció. El papa Pío XII se distinguió por el derecho de propiedad sobre María. Y, bajo su gobierno, gran parte de la Iglesia Romana siguió su ejemplo.

Además, los hijos de Loyola, que siempre ansían conformarse al espíritu de la época, trataron también de acomodar estos asuntos medievales pueriles. Existen varios tratados publicados por algunos de

7-8. J. Huber, op. cit., pp. 106-108.

estos Padres, bajo el gran auspicio del "Centre National de la Recherche Scientifique" (C.N.R.S.).

Si a esto añadimos los escapularios multicolores con sus virtudes apropiadas, la adoración a los santos, las imágenes, las reliquias, la defensa de los "milagros", la adoración del Sagrado Corazón, tendremos una idea del "misticismo" con el que "las almas de los niños son impregnadas" mediante su contacto con maestros "que están saturados con él", como escribió el R.P. Charmot en 1943.

No existe otra manera de formar "cristianos elitistas".

No obstante, para vencer en la lucha contra las universidades, los colegios jesuitas tenían que expandir su enseñanza e incluir cursos seculares, ya que el Renacimiento había despertado la sed de aprender. Sabemos que así lo hicieron, tomando las precauciones necesarias para que tal aprendizaje no contradijera el objetivo de su enseñanza: mantener las mentes en completa obediencia a la iglesia.

Por esa razón, sus alumnos son "rodeados" primero por esa "gran cadena de oraciones", las cuales no bastarían si al enseñar no eliminaran cuidadosamente toda idea y espíritu heterodoxos. Por tanto, el griego y el latín (muy apreciado en estos colegios) se estudiaban por su valor literario; en cuanto al pensamiento ortodoxo "antiguo", explicaban sólo lo suficiente como para establecer la llamada filosofía escolástica superior. Los "humanistas" a los que estaban instruyendo podían componer discursos y versos en latín, pero el único amo de sus pensamientos era Tomás de Aquino, un monje del siglo 13.

Veamos el "Ratio Studiorum", tratado fundamental de la pedagogía jesuita que cita el R.P. Charmot: "Descartaremos con cuidado los temas seculares que no favorezcan la buena moral y la piedad. Compondremos poemas; pero nuestros poetas serán cristianos, no seguidores de paganos que invocan a las musas, las ninfas de la montaña, las ninfas del mar, Calíope, Apolo... u otros dioses y diosas. Además, si a éstos se les menciona, que sea con el fin de caricaturizarlos, porque son sólo demonios".[9]

Así, todas las ciencias —y en especial las ciencias naturales— son "interpretadas" de manera similar.

El R.P. Charmot ni siquiera trató de ocultarlo cuando habló del profesor jesuita en 1943: "Él enseña ciencias, no por estas mismas, sino

9. F. Charmot, S.J., op. cit., pp. 318-319, 508-509, 494.

sólo con el propósito de dar la mayor gloria a Dios. Es la regla que san Ignacio estableció en sus 'Constituciones'".[10]

También dijo: "Cuando hablamos de toda una cultura, no queremos decir que enseñamos todos los temas y ciencias, sino que damos una educación literaria y científica que no es puramente secular e impermeable a las luces de la Revelación".[11]

La instrucción que daban los jesuitas, pues, estaba destinada a ser más llamativa que profunda, o "formalista" como se le llama a menudo. "No creían en la libertad, lo que resultó fatal para la enseñanza", escribió Boehmer.

"La verdad es que los méritos relativos de la enseñanza de los jesuitas disminuyeron, mientras que la ciencia y los métodos de educación e instrucción progresaban y se desarrollaban, basados en un concepto más amplio y más profundo acerca de la humanidad. Buckle dijo: 'Mientras más avanzaba la civilización, más terreno perdían los jesuitas, no sólo por su propia decadencia, sino debido a todas las modificaciones y los cambios en la mente de los que los rodeaban... Durante el siglo 16, los jesuitas estuvieron adelante, pero durante el siglo 18, quedaron atrás de su tiempo'".[12]

10-11. F. Charmot, S.J., op. cit., pp. 318-319, 508-509, 494.
12. J. Huber, op. cit., II, p. 177.

Parte IV

Capítulo 2

La Moral de los Jesuitas

El espíritu conquistador de la Sociedad, y el ardiente deseo de atraer conciencias y mantenerlas bajo su influencia exclusiva, sólo podía impulsar a los jesuitas a ser más indulgentes con los penitentes que los confesores de otras órdenes o que el clero secular. Como bien dice el proverbio: "Con vinagre no se atrapan moscas".

Como vimos, Ignacio expresó esa misma idea en diferentes términos y sus hijos se inspiraron en ella.

"La extraordinaria actividad de la Orden en el campo de la teología moral muestra que, para él, esta intrincada ciencia tenía mayor importancia práctica que las otras ciencias".[13]

Boehmer, a quien pertenece la frase recién citada, nos recuerda que la confesión rara vez se realizaba durante la Edad Media; los fieles recurrían a ella sólo en casos muy graves. Sin embargo, debido al carácter dominante de la Iglesia Romana, la práctica fue extendiéndose. En el siglo 16, la confesión se había convertido ya en un deber religioso que tenían que cumplir diligentemente. Puesto que Ignacio la consideraba muy importante, recomendó a sus discípulos que el mayor número posible de fieles la observara con regularidad.

Este método tuvo resultados extraordinarios. Los confesores jesuitas pronto recibieron la misma consideración dada a los profesores jesuitas, y todos veían el confesionario como el símbolo del poder y la actividad de la Orden, al igual que el cargo de catedrático y la gramática latina...

"Si leemos las Instrucciones de Ignacio respecto a la confesión y la teología moral, debemos admitir que desde el principio la Orden estuvo preparada para tratar amablemente al pecador. Al pasar el tiempo, mostró cada vez más indulgencia, hasta que esta amabilidad degeneró en relajación...

"Es fácil ver por qué esta astuta indulgencia les permitió tener tanto éxito como confesores. Así se ganaron el favor de los nobles y las clases altas de este mundo, que siempre necesitaban más condescendencia de

13. H. Boehmer, op. cit., pp. 244-246.

sus confesores que las masas de pecadores comunes.

"Las cortes de la Edad Media nunca tuvieron confesores con poder total. Esta figura característica apareció en la vida de las cortes sólo en la época moderna, y la Orden Jesuita la implantó en todas partes".[14]

Boehmer escribió: "En el siglo 17, estos confesores no sólo obtuvieron considerable influencia política por doquier, sino que aceptaron funciones o cargos políticos. Fue entonces cuando el padre Neidhart asumió la dirección de la política española como Primer Ministro y Gran Inquisidor; el padre Fernández tenía derecho a voz y voto en el Concilio de Portugal; el padre La Chaise y su sucesor fueron ministros de Asuntos Eclesiásticos en la corte de Francia.

"Recordemos también el papel que desempeñaron los Padres en la política general, incluso fuera del confesionario: el padre Possevino fue legado pontificio en Suecia, Polonia y Rusia; el padre Petre fue ministro en Inglaterra; el padre Vota fue consejero íntimo de Jean Sobieski de Polonia, 'creador de reyes' en ese país, y mediador cuando Prusia llegó a ser reino. Debemos reconocer que ninguna otra orden mostró tanto interés y talento para la política, ni estuvo tan activa en ella como la Orden Jesuita".[15]

"Si la 'indulgencia' de estos confesores hacia sus augustos penitentes ayudó grandemente a los intereses de la Orden y de la Curia romana, lo mismo ocurrió en las esferas más modestas, donde los Padres usaron métodos convenientes muy similares. Con el espíritu meticuloso y aun entrometido que heredaron de su fundador, los famosos 'casuistas' —como Escobar, Mariana, Sánchez, Busenbaum y otros— se dedicaron a estudiar cada regla y sus aplicaciones a todos los casos que pudieran presentarse ante el tribunal de penitencia. Sus tratados de 'teología moral' le dieron a la Compañía una reputación universal, siendo evidente su sutileza para tergiversar y pervertir los deberes morales más obvios.

He aquí algunos ejemplos de tales maniobras: "La Ley divina prescribe: 'No dirás falso testimonio'. 'Existe falso testimonio sólo si el que prestó juramento usa palabras sabiendo que engañarán al juez. Por tanto, está permitido usar términos ambiguos, y aun la excusa de reserva mental en ciertas circunstancias'. 'Si un esposo le pregunta a su

14. H. Boehmer, op. cit., pp. 244-246.
15. *Ibid.*, pp. 247-248, 238ss.

esposa adúltera si ha roto el contrato conyugal, ella puede decir "no" sin titubear, puesto que ese contrato aún existe. Una vez que haya obtenido la absolución en el confesionario, ella puede decir: "Estoy sin pecado", si, mientras lo dice, piensa en la absolución que le quitó la carga de su pecado. Si el esposo aún permanece incrédulo, puede tranquilizarlo diciendo que no ha cometido adulterio, y si ella agrega (en voz baja) adulterio, está obligada a confesar'.

¡No es difícil imaginar el éxito que tuvo esa teoría entre las bellas damas penitentes!

De hecho, a los galantes acompañantes también los trataban bien: "La Ley de Dios ordena: 'No matarás'. 'Pero, eso no significa que todo hombre que mata, comete pecado contra este precepto. Por ejemplo, si a un noble lo amenazan con golpes o una paliza, él puede matar a su agresor; por supuesto, este derecho es sólo para los nobles, no para los plebeyos, porque para el hombre común no es deshonroso recibir una paliza... Asimismo, un criado que ayuda a su amo a seducir a una muchacha, no comete pecado mortal si teme serias desventajas o maltrato en caso de que rehúse hacerlo. Si una joven está embarazada, se puede inducir el aborto si su falta es causa de deshonra para ella o para un miembro del clero".[17]

El padre Benzi se hizo famoso al declarar: "Tocar el seno de una monja es sólo una ofensa leve". Por esta razón, los jesuitas recibieron el apodo de "teólogos mamilares".

Sin embargo, el famoso casuista Tomás Lanchz merece el premio por su tratado "De Matrimonio". Allí, el piadoso autor estudia en detalle todas las variedades del "pecado carnal".

Estudiemos ahora las máximas acerca de la política, en especial la legitimidad de asesinar a "tiranos", culpables de mostrarse tibios ante los sagrados intereses de la Santa Sede. Boehmer declara: "Como acabamos de ver, no es difícil guardarse del pecado mortal. Dependiendo de las circunstancias, sólo tenemos que usar los excelentes medios permitidos por los Padres: 'equivocación, reserva mental, la sutil teoría de la dirección de las intenciones'; entonces, sin pecar, podremos cometer actos que las masas ignorantes consideran criminales, pero en los que ni el Padre más severo podrá hallar ni un átomo de pecado mortal".[18]

17-18. *Ibid.*, pp. 238, 241.

Entre las reglas jesuitas más criminales, examinemos la que despertó la máxima indignación pública: "Está permitido que un monje o sacerdote mate a los que estén dispuestos a difamarlo a él o a su comunidad".

La Orden, pues, se atribuye el derecho de eliminar a sus adversarios y a miembros de la misma que, habiendo salido de ella, hablen demasiado. Esto lo encontramos en la "Teología del Padre L'Amy".

Hay otro caso en el que se aplica ese principio, ya que el mismo jesuita escribió cínicamente: "Si un Padre, cediendo a la tentación, viola a una mujer y ella hace público lo ocurrido, deshonrándolo así a él, ¡este mismo Padre puede matarla para evitar la vergüenza!"

Otro hijo de Loyola, citado por "Le grand flambeau" Caramuel, opinó que debían mantener y defender dicha regla: "El Padre puede usarla como excusa para matar a la mujer y preservar así su honor".

Esta monstruosa teoría se usó para cubrir muchos crímenes cometidos por eclesiásticos. En 1956 tal vez fue la razón, si no la causa, del lamentable amorío del sacerdote de Uruffe.

Parte IV

Capítulo 3

El Eclipse de la Compañía

Los éxitos de la Sociedad de Jesús en Europa y en tierras más lejanas, aunque intercalados con infortunios, le permitieron mantener una posición preponderante por mucho tiempo. Pero, como ya se ha dicho, el tiempo no le favoreció. A medida que evolucionaban las ideas y el progreso de las ciencias liberaba las mentes, a la gente común y a los monarcas les resultaba más difícil aceptar el control de los defensores de la "teocracia".

Además, debido a sus éxitos, éstos cometieron abusos que dañaron internamente a la Sociedad. Como vimos, se involucraron profundamente en la política en detrimento de los intereses de la nación. Y, pronto su actividad devoradora se hizo sentir también en la economía.

"Los Padres participaban demasiado en asuntos ajenos a la religión: comercio, bolsa de valores y liquidación de bancarrotas. El Colegio Romano, que debía ser el modelo intelectual y moral de todos los colegios jesuitas, mandaba hacer grandes cantidades de telas en Macerata y las vendía a bajo precio en ferias. Sus centros en la India, las Antillas, México y Brasil empezaron a comerciar productos de las colonias. En Martinica, un procurador creó vastas plantaciones que eran cultivadas por esclavos negros".[19]

Este aspecto comercial de las Misiones Extranjeras se mantiene igual ahora. La Iglesia Romana nunca ha despreciado la oportunidad de sacar una ganancia temporal de sus conquistas "espirituales". En esta área, los jesuitas actuaron como las otras órdenes religiosas, y aún peor. En todo caso, sabemos que los Padres blancos se encontraban entre los más ricos terratenientes del norte de áfrica.

Los hijos de Loyola trabajaban con la misma intensidad, ya fuera para aprovechar al máximo la fuerza laboral de los "paganos" o para ganar sus almas.

"En México, poseían minas de plata y refinerías de azúcar; en

19. Pierre Dominique, op. cit., pp. 190-191.

Paraguay, plantaciones de té y cacao, y fábricas de alfombras; además, criaban ganado y exportaban 80,000 mulas cada año".[20]

Como podemos ver, la evangelización de los "hijos indígenas" era una buena fuente de ingresos. Y, para obtener aun mayor ganancia, los Padres no titubeaban en defraudar el tesoro del estado. La prueba es la conocida historia de las supuestas cajas de chocolate que descargaron en Cádiz, que realmente estaban llenas de polvo de oro.

El obispo Palafox, a quien el papa Inocente VIII envió como visitador apostólico, le escribió en 1647: "Toda la riqueza de Sudamérica está en manos de los jesuitas".

Los asuntos financieros eran igualmente ventajosos. "En Roma, las arcas de la Orden hacía pagos a la embajada portuguesa en nombre del gobierno de Portugal. Cuando Augusto Le Fort fue a Polonia, a este monarca necesitado los Padres de Viena le abrieron una cuenta de crédito con los jesuitas de Varsovia. En la China, los Padres prestaban dinero a los comerciantes con intereses del 25, 50 y hasta 100 por ciento".[21]

La vergonzosa codicia de la Orden, su moralidad relajada, sus incesantes intrigas políticas y usurpación de las prerrogativas del clero secular y regular, provocaron por doquier enemistad mortal y odio. La Sociedad se había desprestigiado totalmente entre las clases más altas. En Francia, sus esfuerzos para mantener a la gente bajo una piedad formalista y supersticiosa dio paso a la inevitable emancipación de las mentes.

No obstante, la prosperidad material de la Sociedad, sus cargos en las cortes y, en especial, el apoyo de la Santa Sede a la cual consideraban inamovible, hicieron que los jesuitas se sintieran seguros, aun en vísperas de su ruina. ¿No habían atravesado ya otras tormentas? ¿No los habían expulsado unas 30 veces, desde el tiempo de su fundación hasta mediados del siglo 18? Casi todas las veces, tarde o temprano, recuperaron las posiciones que habían perdido.

Sin embargo, el nuevo eclipse que los amenazaba sería casi total, y esta vez duraría más de 40 años.

Lo extraño es que el primer ataque contra la poderosa Sociedad provino de la Portugal católica, uno de sus principales bastiones en Europa. Quizá una de las causas de tal sublevación fue la influencia que ejerció Inglaterra sobre esa nación desde los inicios del siglo.

20. Andre Mater, citado por Pierre Dominique, op. cit., p. 191.
21. Pierre Dominique, op. cit., p. 191.

Un tratado firmado entre España y Portugal en 1750 —para establecer los límites en América— dio a los portugueses un vasto territorio al este del río Uruguay, donde los jesuitas estaban trabajando. Como resultado, los Padres debían retirarse con sus convertidos, dejando ese lado de la nueva frontera para dirigirse al territorio español. Por tanto, armando a sus seguidores guaraníes, libraron una prolongada guerrilla y, finalmente, quedaron como amos del territorio que le fue devuelto a España.

El marqués de Pombal, primer ministro de Portugal, se sintió insultado. Además, este ex discípulo de los jesuitas no había conservado la "marca" característica de ellos, inspirándose en filósofos franceses e ingleses, más que en sus antiguos educadores. En 1757, expulsó a los confesores jesuitas de la familia real y prohibió que los miembros de la Sociedad predicaran. Después de varias disputas, distribuyó folletos al público —uno de los cuales fue "Breve relato del reino de los jesuitas en el Paraguay", del cual se habló mucho—, logró que el papa Benedicto XIV investigara la conducta de ellos, y finalmente expulsó a la Sociedad de todos sus territorios.

Esto causó conmoción en Europa, sobre todo en Francia, donde poco después se supo de la bancarrota del padre La Valette. Este "hombre de negocios", que administraba enormes transacciones de azúcar y café para la Compañía, se negó a pagar las deudas de los Padres. Esta decisión tuvo terribles consecuencias. El Parlamento, no satisfecho con una condena civil, examinó las constituciones de la Orden, declaró ilegal su establecimiento en Francia y condenó 24 obras de sus autores principales.

El 6 de abril de 1762 se publicó una "declaración de arresto" (acusación) que declaraba: "El mencionado Instituto es inadmisible en todo estado civilizado, ya que su naturaleza es hostil a todas las autoridades espirituales y temporales. Bajo el pretexto plausible de ser un instituto religioso, procura introducir en la iglesia y en los estados, no una Orden deseosa de difundir la perfección evangélica, sino un cuerpo político que trabaja incansablemente para usurpar toda autoridad, usando toda clase de medios indirectos, secretos y deshonestos".

En conclusión, se describió la doctrina jesuita como "perversa; destructora de todos los principios honestos y religiosos; ofensiva a la moral cristiana; perniciosa para la sociedad civil; hostil a los derechos de la nación, al poder real, y aun a la seguridad de los soberanos y la

obediencia de sus súbditos; apropiada para provocar los mayores disturbios en los estados, y para concebir y mantener la peor clase de corrupción en los corazones humanos".

En Francia se confiscaron las propiedades de la Sociedad para beneficio de la Corona. Además, a ninguno de sus miembros se le permitió permanecer en el reino, a menos que renunciara a sus votos y jurara sujetarse a las reglas generales del clero francés.

En Roma, el general de los jesuitas, Ricci, obtuvo del papa Clemente XIII una bula que confirmaba los privilegios de la Orden y proclamaba su inocencia. Pero, era demasiado tarde. En España, los Borbones prohibieron todos los establecimientos de la Sociedad, tanto los metropolitanos como los de las colonias. Así terminó el estado jesuita de Paraguay. Los gobiernos de Nápoles, Parma y aun el Gran Maestro de Malta desterraron a los hijos de Loyola de sus territorios. Los 6,000 jesuitas que estaban en España tuvieron una experiencia extraña después de haber sido llevados a la prisión: "El rey Carlos III envió a todos los prisioneros al papa con una carta, en la que decía que 'los ponía bajo el sabio e inmediato control de Su Santidad'. Pero, cuando iban a desembarcar en Civita Vecchia, los recibió el estruendo de un cañonazo por orden de su propio general, quien ya debía cuidar de los jesuitas portugueses y ni siquiera podía alimentarlos. Simplemente les encontraron un asilo en malas condiciones en Córcega".[22]

"Clemente XIII, electo el 6 de julio de 1758, se había resistido por mucho tiempo a las peticiones apremiantes de varias naciones que demandaban la supresión de los jesuitas. Pero, estaba a punto de ceder. Había convocado a un consistorio para el 3 de febrero de 1769, donde anunciaría a los cardenales su decisión de acceder a los deseos de esas cortes. En la víspera de ese día, cuando se preparaba para dormir, repentinamente se sintió enfermo y exclamó: 'Me muero... ¡Es muy peligroso atacar a los jesuitas!'"[23]

Un cónclave se reunió y estuvo en sesión por tres meses. Al fin, el cardenal Ganganelli se puso la mitra y adoptó el nombre de Clemente XIV. Las cortes que habían desterrado a los jesuitas continuaron pidiendo la supresión total de la Sociedad. Pero, el papado no tenía prisa para abolir el instrumento primordial en la implementación de su

22. Ibid., p. 209.
23. Barón de Ponnat, "Histoire des variations et des contradictions de l'Eglise romaine" (París: Charpentier, 1882), II, p. 215.

política. Cuatro años después, en 1773, forzado por la firme actitud de sus oponentes que habían ocupado algunos estados pontificios, Clemente XIV finalmente firmó el Breve de Disolución "Dominus ac Redemptor". Aun el general de la Orden, Ricci, fue encarcelado en el castillo de San ángelo, donde murió unos años después.

"Los jesuitas sólo aparentaron sujetarse a este veredicto que los condenaba... Escribieron innumerables folletos contra el papa, incitando a la rebelión; difundieron mentiras y difamaron respecto a las supuestas atrocidades cometidas cuando se les confiscaron sus propiedades de Roma".[24]

Un sector de la opinión europea les atribuyó incluso la muerte de Clemente XIV, catorce meses después.

"Los jesuitas, al menos en principio, ya no existían; pero Clemente XIV sabía muy bien que, al firmar la sentencia de muerte de ellos, estaba firmando también la propia. 'Esta supresión se llevó a cabo al fin —exclamó— y no lo lamento... Lo haría otra vez si no se hubiera hecho ya; pero esta supresión me matará'".[25]

Ganganelli tenía razón. Pronto aparecieron letreros en las paredes del palacio, con estas cinco letras: I.S.S.S.V. Todos se preguntaban qué significaban. Clement lo comprendió de inmediato y declaró valientemente: "Significa: 'In Settembre, Sara Sede Vacante' (en septiembre la sede estará vacante, es decir, el papa habrá muerto)".[26]

Veamos otro testimonio. "El papa Ganganelli no sobrevivió por mucho tiempo después de la supresión de los jesuitas", dijo Escipión de Ricci. "El informe de su enfermedad y muerte, enviado a la corte de Madrid por el Ministro para España en Roma, demostró que había sido envenenado. Hasta donde se sabe, ni los cardenales ni el nuevo papa investigaron el suceso. El culpable de tal acto abominable escapó así del juicio del mundo, ¡pero no escapará de la justicia divina!"[27]

"Podemos afirmar, con toda seguridad, que el 22 de septiembre de 1774 el papa Clemente XIV murió envenenado".[28]

Mientras, la emperatriz de Austria, María Teresa, también había desterrado a los jesuitas de todos sus estados. Sólo Federico de Prusia y

24. J. Huber, op. cit., p. 365.
25. Caraccioli, "Vie du Pape Clement XIV" (París: Desant, 1776), p. 313.
26. Barón de Ponnat, op. cit., p. 223.
27. Potter, "Vie de Scipion de Ricci" (Bruselas, 1825), I, p. 18.
28. Barón de Ponnat, op. cit., 224.

Catalina II, emperatriz de Rusia, los recibieron en sus países como educadores. Pero, en Prusia, sólo lograron permanecer diez años, hasta 1786. Rusia les permitió quedarse más tiempo, pero finalmente, por la misma razón, provocaron la animosidad del gobierno.

"La supresión del cisma y la unión de Rusia con el papa los atrajeron como la luz atrae a la polilla. Allí iniciaron un activo programa de propaganda en el ejército y la aristocracia, y lucharon contra la Sociedad Bíblica creada por el zar. Tuvieron algunos éxitos y lograron la conversión del príncipe Galitzine, sobrino del Ministro de Religión. Por tanto, el zar intervino promulgando el decreto del 20 de diciembre de 1815".[29]

Por supuesto, las causas del decreto, que expulsó a los jesuitas de San Petersburgo y Moscú, fueron las mismas que en los otros países. "Nos dimos cuenta de que no cumplían los deberes que se esperaba de ellos... En vez de vivir como habitantes pacíficos en un país extranjero, perturbaban la religión griega que ha existido desde la antigüedad, la religión predominante en nuestro imperio y sobre la cual descansa la paz y felicidad de las naciones bajo nuestro cetro. Abusaron de la confianza que lograron, alejando de nuestra religión a la juventud que se les había confiado y a las mujeres inconstantes... No nos sorprende que hayan expulsado a esta Orden religiosa de todos los países y que sus actos no sean tolerados en ningún lugar".[29]

En 1820, al fin se tomaron medidas generales para desterrarlos de todo Rusia.

Pero, por sucesos políticos que los favorecieron, una vez más se encontraban en Europa occidental cuando el papa Pío VII restableció solemnemente su Orden en 1814.

Daniel-Rops, gran amigo de los jesuitas, expresa con claridad la importancia política de esta decisión. Respecto a la "reaparición de los hijos de Loyola", escribió: "Era imposible no ver en ella un acto obvio de contrarrevolución".[30]

29. Pierre Dominique, op. cit., p. 220.
30. Daniel-Rops, de la Academia Francesa, "Le retablissement de la Compagnie de Jesus" (Etudes, septiembre de 1959).

Parte IV

Capítulo 4

El Renacimiento de la Sociedad de Jesús en el Siglo 19

Cuando a Clemente XIV se le obligó a ordenar la supresión de la Orden Jesuita, al parecer declaró: "Me he cortado la mano derecha".

La frase parece válida. Debió ser difícil para la Santa Sede separarse de su instrumento más importante para dominar al mundo. Sin embargo, la deshonra de la Orden —una medida política impuesta por las circunstancias— fue atenuada gradualmente por Pío VI y Pío VII, sucesores de Clemente XIV. Y, si el eclipse oficial de los jesuitas se prolongó por 40 años, se debió a la conmoción que la Revolución Francesa causó en Europa. En todo caso, tal eclipse nunca fue total.

"La mayoría de los jesuitas permanecieron en Austria, Francia, España e Italia, mezclados con el clero. Se mantenían en contacto o celebraban grandes reuniones cuando les era posible. En 1794, Jean de Tournely fundó en Bélgica la Sociedad del Sagrado Corazón, como un cuerpo docente. Muchos jesuitas se unieron a éste. Tres años después, el tirolés Paccanari —que se consideraba otro Ignacio— fundó la Sociedad de los Hermanos de la Fe. En 1799, las dos sociedades se fusionaron, quedando el padre Clariviere como líder; era el único jesuita francés que aún vivía. En 1803 se unieron a los jesuitas rusos. Así, cierta cohesión estaba retomando vida, pero las masas, y la mayoría de los políticos, no se dieron cuenta al principio".[31]

La Revolución Francesa, y luego el Imperio, le dieron nuevamente a la Compañía una credibilidad inesperada. Fue una reacción defensiva contra las ideas nuevas que estaban surgiendo en las antiguas monarquías.

Napoleón I describió a la Sociedad como "muy peligrosa; nunca se

31. Pierre Dominique, op. cit., p. 219. Según Daniel-Rops, así ocurrió la extraña muerte de Paccanari, fundador de los Padres de la Fe: "Fue llevado ante la Santa Sede, luego lo encarcelaron en el castillo de San ángelo y finalmente fue 'asesinado'" (Etudes, septiembre de 1959).

permitirá su existencia en el Imperio". Pero, cuando triunfó la Santa Alianza, los nuevos "monarcas" no despreciaron la ayuda de los absolutistas para conseguir otra vez la estricta obediencia del pueblo.

No obstante, los tiempos habían cambiado. Los Padres lograron retardar la propagación de las ideas liberales, pero no la pudieron detener; sus esfuerzos fueron más perjudiciales que útiles. En Francia, la Restauración lo experimentó en forma amarga. Luis XVIII, político astuto y no creyente, procuró reprimir el creciente poder de los "ultras". Pero, bajo Carlos X —de criterio estrecho y muy devoto—, los jesuitas no tuvieron problema. La ley que los había expulsado en 1764 aún estaba vigente. Eso no importaba. Dieron vida a la famosa Congregación, el primer tipo de Opus Dei. Esta hermandad religiosa, formada por eclesiásticos y laicos, se encontraba por doquier, pretendiendo que "limpiaba" el ejército, la magistratura, la administración, la profesión docente. Realizaba "misiones" por todo el país, plantando cruces conmemorativas dondequiera que iba; muchas de éstas todavía permanecen hoy. Incitaba a los creyentes a pelear contra los infieles y, llegó a hacerse tan aborrecible que aun Montlosier, un legitimista muy católico, exclamó:

"Nuestros misioneros han provocado incendios en todas partes. Si algo se nos tuviera que enviar, preferiríamos la plaga de Marsella que más misioneros".

En 1828, Carlos X le retiró a la Orden el derecho de enseñar, pero era demasiado tarde. La dinastía cayó en 1830.

Odiados y en deshonra, los hijos de Loyola permanecieron en Francia, pero se mantuvieron ocultos puesto que la Orden aún estaba oficialmente abolida. Luis Felipe y Napoleón III los toleraron. La República los dispersó en 1880, bajo la administración de Jules Ferry. El cierre de sus establecimientos se puso en efecto sólo en 1901, bajo la ley de separación.

Durante el siglo 19, la historia de la Compañía en América y en la mitad de Europa estuvo igualmente llena de altibajos, como en el pasado, mientras peleaba contra las nuevas ideas.

"Dondequiera que ganaban los de mentalidad liberal, los jesuitas eran expulsados. Pero si triunfaba el grupo contrario, volvían a establecerse para defender el trono y el altar. Así, fueron expulsados de Portugal en 1834; de España en 1820, 1835 y 1868; de Suiza en 1848; de Alemania en 1872; y de Francia en 1880 y 1901.

"En Italia, desde 1859 los despojaron gradualmente de todos sus

colegios y establecimientos, viéndose obligados a interrumpir las actividades prescritas en sus leyes. Lo mismo ocurrió en los países latinoamericanos. La Orden enfrentó supresión en Guatemala en 1872; en México en 1873; en Brasil en 1874; en Ecuador y Colombia en 1875; y en Costa Rica en 1884.

"Los jesuitas únicamente vivieron en paz en países donde el protestantismo constituía la mayoría: Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Estados Unidos de América. Esto quizá parezca extraño, pero se debió a que los Padres nunca pudieron ejercer influencia política en esos países. Sin duda, aceptaban esa realidad por necesidad más que por inclinación. De otra manera, habrían aprovechado toda oportunidad para influir en la legislación y administración en forma directa, controlando a las clases gobernantes, o en forma indirecta, agitando constantemente a las masas católicas".[32]

En realidad, los países protestantes no estuvieron totalmente inmunes a la acción de los jesuitas.

"En los Estados Unidos", escribió Fulop-Miller, "la Compañía ha desplegado una actividad sistemática y fructífera por mucho tiempo, porque ninguna ley la restringe". "No estoy contento con el renacimiento de los jesuitas", escribió el ex presidente de la Unión, John Adams, a su sucesor, Tomás Jefferson, en 1816. "Muchos de ellos se presentarán bajo más disfraces de los que haya usado jamás un jefe de los bohemios: como impresores, escritores, editores, maestros de escuela, etc. Si alguna asociación de personas ha merecido condenación eterna en esta tierra y en el infierno, es esta Sociedad de Loyola. Sin embargo, debido a nuestro sistema de libertad religiosa, sólo podemos ofrecerles refugio". Jefferson respondió a su predecesor: "Como usted, me opongo al restablecimiento de los jesuitas, que hace que la luz dé paso a las tinieblas".[33]

Como veremos, un siglo después se comprobó que estos temores estaban justificados.

32. H. Boehmer, op. cit., p. 285.
33. Rene Fulop-Miller, op. cit., pp. 149-150.

Parte IV

Capítulo 5

El Segundo Imperio y la Ley de Falloux — La Guerra de 1870

En el capítulo previo se mencionó la amplia tolerancia que disfrutó la Sociedad de Jesús en Francia, bajo Napoleón III, aunque estaba prohibida oficialmente. Tenía que ser así, ya que ese régimen le debía su existencia —al menos en gran parte— a la Iglesia Romana, cuyo apoyo nunca faltó mientras duró el régimen. No obstante, resultaría costoso para Francia.

Los lectores de "Progres du Pas-de-Calais" —publicación para la que el futuro emperador escribió varios artículos en 1843 y 1844— no podían sospechar que él se inclinaba al "ultramontanismo" al leer lo siguiente:

"Bajo el pretexto de la libertad para enseñar, el clero demanda el derecho de instruir a la juventud. El estado, por otro lado, también demanda el derecho de dirigir la educación pública favoreciendo sus intereses. Esta lucha es el resultado de opiniones, ideas y sentimientos divergentes entre el gobierno y la iglesia. Ambos desean influenciar a las nuevas generaciones, yendo en direcciones opuestas y buscando su propio beneficio. No creemos, como dice un conocido orador, que todos los vínculos entre el clero y la autoridad civil deban romperse para poner fin a esa separación. Desafortunadamente, los ministros de religión de Francia por lo general se oponen a los intereses democráticos. Permitirles construir escuelas sin control es animarlos a enseñar a la gente que odien la revolución y la libertad".

También dijo: "El clero dejará de ser ultramontano tan pronto como se le obligue a educarse como en el pasado, manteniéndose al día y mezclándose con la gente, obteniendo su educación de las mismas fuentes que el público en general".

Refiriéndose a la forma en que los sacerdotes alemanes se capacitaban, el autor aclara sus ideas diciendo: "En vez de aislarlos del resto del mundo desde la niñez, inculcándoles en los seminarios el odio

hacia la sociedad en la que deben vivir, aprenderían desde temprano a ser ciudadanos antes que sacerdotes".[34]

Esto no fortaleció el clericalismo político del futuro soberano, que era entonces un "Carbonari". Pero, la ambición de ascender al trono pronto lo hizo más dócil hacia Roma. ¿No había sido Roma la que lo había ayudado a subir el primer peldaño?

"Después de ser nombrado presidente de la República el 10 de diciembre de 1848, Luis Napoleón Bonaparte reúne a varios ministros alrededor de él; uno de ellos es Falloux. ¿Quién es Falloux? Un instrumento de los jesuitas... El 4 de enero de 1849 instituye una comisión, cuya tarea es 'preparar una gran reforma legislativa de la educación primaria y secundaria'... Durante la discusión, Cousin se toma la libertad de declarar que quizá la iglesia esté errada al unir su destino con los jesuitas. El monseñor Dupanloup defiende firmemente a la Sociedad... Se estaba preparando una ley sobre la enseñanza que 'compensaría' a los jesuitas. En el pasado se protegió al estado y a la universidad de las invasiones jesuitas. Estábamos equivocados y fuimos injustos. Demandábamos que el gobierno aplicara sus leyes contra estos agentes de un gobierno extranjero y les pedimos perdón por eso. Ellos son buenos ciudadanos a quienes se difamó y juzgó mal; ¿qué podemos hacer para mostrarles el respeto y aprecio que merecen?

"Poner en sus manos la enseñanza de las generaciones jóvenes".

"De hecho, ese es el objetivo de la ley del 15 de marzo de 1850. Esta ley nombra un concilio superior para la Instrucción Pública en el que domina el clero (art. 1); convierte a los miembros del clero en maestros de escuelas (art. 44); le da a las asociaciones religiosas el derecho de crear escuelas libres, sin dar explicaciones sobre congregaciones no autorizadas (jesuitas) (art. 17,2); las cartas de obediencia serían sus diplomas (art. 49). Barthelemy Saint-Hilaire trata, en vano, de mostrar que el propósito de los autores del proyecto es darle al clero el monopolio, y que esta ley sería fatal para la universidad... Víctor Hugo exclama también en vano: 'Esta ley es un monopolio en las manos de los que tratan que la enseñanza salga de la sacristía y que el gobierno salga del confesionario".[35]

Sin embargo, la Asamblea ignora las protestas. Prefiere escuchar a Montalembert, que declara: "Nos ahogarán si no paramos de inmediato

34. "Oeuvres de Napoleon III" (París: Amyot et Plon, 1865), II, pp. 31, 33.
35. Adolphe Michel, op. cit., pp. 66ss.

la corriente actual de racionalismo y demagogia; es más, sólo puede pararse con ayuda de la iglesia".

Montalembert agrega estas palabras para que la importancia de esta ley se describa muy bien: "Al desmoralizador y anárquico ejército de maestros, debemos confrontarlo con el ejército del clero". La ley fue aprobada. Nunca antes los jesuitas habían obtenido una victoria tan completa en Francia.

Montalembert lo admitió con orgullo... Dijo: "Defiendo la justicia apoyando lo mejor posible al gobierno de la República, que ha hecho tanto para resguardar el orden y mantener la unión del pueblo francés. En especial, rindió más servicios a la Iglesia Católica que todos los demás gobiernos en el poder durante los últimos dos siglos".[36]

Todo esto sucedió hace más de 100 años, pero aún suena familiar ahora. Sin embargo, veamos cómo la "República", presidida por el príncipe Luis Napoleón, actuó en el ámbito internacional.

Entre otras repercusiones en Europa, la revolución de 1848 había provocado el levantamiento de los romanos contra el papa Pío IX, el soberano temporal que había huido a Gaete. La república romana había sido proclamada. Pero, en una deshonrosa paradoja, la república francesa, de común acuerdo con los austríacos y el rey de Nápoles, pusieron en el trono otra vez al soberano no deseado.

"Un régimen francés sitió a Roma, tomó el control el 2 de junio de 1849 y restauró el poder pontificio. Permaneció allí con ayuda de una división francesa de ocupación, la que salió de Roma después de las primeras derrotas en la guerra franco alemana de 1870".[37]

Este principio se veía muy prometedor.

"El golpe de estado del 2 de diciembre de 1851 resultó en la proclamación del emperador. Luis Napoleón, presidente de la República, había favorecido a los jesuitas en toda forma. Siendo ahora el emperador, no les negó nada a sus cómplices y aliados. El clero ofreció sus bendiciones y abundantes "tedeums" por las masacres y proscripciones del 2 de diciembre. Al responsable de esta abominable emboscada se le trataba como salvador providencial. El arzobispo de París, monseñor Sibour, que contempló las masacres en el bulevar, exclamó:

'Ha llegado el hombre que Dios preparó; el dedo divino nunca estuvo

36. Ibid., pp. 55, 66.
37. Larousse, VII, p. 371.

más visible que en los eventos que produjeron estos grandes resultados'".

El obispo de Saint-Flour dijo desde el púlpito: "Dios señaló a Luis Napoleón. Él ya lo había elegido para que fuera emperador. Sí, mis amados hermanos, Dios lo consagró de antemano mediante la bendición de Sus pontífices y sacerdotes. Él mismo lo aclamó, ¿no podemos reconocer al elegido de Dios?"

El obispo de Nevers saludó falsamente al "instrumento visible de la Providencia". "Estas múltiples adulaciones lastimeras merecían una recompensa. Ésta era la libertad total para los jesuitas mientras perdurara el emperador. La Sociedad de Jesús fue, literalmente, dueña de Francia por 18 años... Se enriqueció, multiplicó sus establecimientos y extendió su influencia. Sus acciones se sintieron en todos los eventos importantes de esa época, sobre todo en la expedición a México y la declaración de guerra en 1870".[38]

"El imperio significa paz", declaró el nuevo soberano. Pero, apenas dos años después de ascender al trono, empezó la primera de las guerras que libraron en forma sucesiva durante su reinado. La historia podría decir que las causas de esas guerras no estaban relacionadas, a menos que veamos lo que las unió: la defensa de los intereses de la Iglesia Romana. Un ejemplo es la guerra de Crimea, la primera de esas empresas absurdas que nos debilitaron y no produjo beneficio alguno para la nación.

No fue un opositor del clero, sino el abad Brugerette quien escribió: "Uno tiene que leer los discursos que el famoso teatino (padre Ventura) dio en la capilla de Las Tullerías durante Cuaresma en 1857. Habló de la restauración del emperador como obra de Dios... Alabó a Napoleón III por defender la religión en Crimea y hacer que los grandes días de las Cruzadas brillaran en el oriente por segunda vez... La guerra de Crimea se consideró como complemento a la expedición romana... El clero la elogió, admirado por el fervor religioso de las tropas que sitiaron Sebastopol. Saint Beuve relató en forma conmovedora cómo Napoleón III había enviado una imagen de la Virgen a la flota francesa".[39]

¿Cuál fue la expedición que despertó el entusiasmo del clero? Pablo

38. Adolphe Michel, op. cit., pp. 71-72.
39. Abad J. Brugerette, "Le Pretre francais et la societe contemporaine" (París: Lethielleux, 1933), I, pp. 168, 180.

León, miembro del Instituto, explica: "Una disputa entre monjes revivió el problema del oriente. Surgió por rivalidades entre la iglesia latina y la ortodoxa respecto a la protección de los lugares sagrados (en Palestina). ¿Quiénes cuidarían de las iglesias de Belén, quiénes tendrían las llaves y dirigirían el trabajo? ¿Por qué asuntos tan pequeños causaron pugnas entre dos grandes imperios?... Sin embargo, detrás de los monjes latinos estaba el partido católico francés, que contaba con antiguos privilegios y apoyaba al nuevo régimen; y detrás de las crecientes demandas de la iglesia ortodoxa, que había crecido numéricamente, estaba la influencia rusa".[40]

El zar pidió protección de la Iglesia Ortodoxa, a la que él debía brindar seguridad; para ponerla en efecto, pidió autorización para que su flota usara el paso de Dardanelles. Inglaterra, apoyada por Francia, negó el permiso y estalló la guerra.

"Francia e Inglaterra sólo podían llegar al zar por el mar Negro y la alianza turca... Desde ese momento, la guerra de Rusia se convirtió en la guerra de Crimea, centrándose por completo en sitiar a Sebastopol — un episodio costoso sin resultados positivos. Batallas sangrientas, epidemias mortales y sufrimientos inhumanos le costaron a Francia 100,000 muertos".[41]

Debemos indicar que esos 100,000 muertos fueron soldados de Cristo y gloriosos "mártires de la fe", según el monseñor Sibour, arzobispo de París, quien declaró en ese tiempo: "La guerra de Crimea entre Francia y Rusia no es política, sino una guerra santa. No se trata de un estado que lucha contra otro estado; personas que pelean contra otras personas, sino una guerra religiosa, una Cruzada".[42]

Tal admisión no es ambigua. ¿No se oyó lo mismo durante la ocupación alemana, explicada en términos idénticos por los prelados de Su Santidad Pío XII y por Pierre Laval mismo, presidente del Concilio de Vichy?

En 1863 se realizó la expedición a México. ¿Cuál era el objetivo? Transformar una república seglar en imperio, y ofrecérsela a Maximiliano, archiduque de Austria. Siendo Austria el principal pilar del papado, el objetivo era también levantar una barrera para detener la

40-41. Paul León, Institute "La guerre pour la Paix" (París: Ed. Fayard, 1950), pp. 321-323.
42. Citado por monseñor Journet, "Exigences chretiennes en politique" (París: Ed. L. V. F., 1945), p. 274.

influencia de los Estados Unidos —un país protestante— sobre los países sudamericanos, baluartes de la Iglesia Romana.

Alberto Bayet escribió sagazmente: "El propósito de la guerra es establecer un imperio católico en México y acortar el derecho del pueblo a gobernarse; como en la campaña siria y las dos campañas en la China, sirve especialmente a los intereses católicos".[43]

Como sabemos, en 1867, después que el ejército francés se embarcó otra vez, Maximiliano —desafortunado defensor de la Santa Sede— fue tomado prisionero cuando Querétaro se rindió y lo mataron de un tiro. Eso abrió el camino para una república, con el victorioso Juárez como presidente.

No obstante, Francia pagaría otra vez, y mucho más caro, por el apoyo político del Vaticano para lograr el trono imperial. Mientras el ejército francés derramaba su sangre en las cuatro esquinas del mundo, debilitándose cada vez más al defender intereses ajenos, Prusia, bajo la pesada mano del futuro "canciller de hierro", expandía su poderío militar para unir a los estados germanos en un solo bloque. Austria fue la primera víctima de su voluntad y poder. Después de llegar a un acuerdo con Prusia, que capturaría a la duquesa danesa de Schleswig y Holstein, Austria fue engañada por su cómplice. La guerra que estalló fue ganada por Prusia en Sadowa, el 3 de julio de 1866. Fue un golpe terrible para la antigua monarquía de los Hapsburg que estaba decayendo. El golpe fue igualmente duro para el Vaticano, ya que por mucho tiempo Austria había sido su fiel baluarte en las tierras germánicas. A partir de ese momento, la Prusia protestante ejercería su hegemonía sobre ellos, a menos que la Iglesia Romana encontrara un "brazo secular" capaz de detener por completo la expansión del poder "hereje".

Pero, ¿quién podía desempeñar ese papel en Europa, aparte del imperio francés? Napoleón III, "el hombre enviado por la Providencia", tendría el honor de vengar a Sadowa. El ejército francés no estaba listo. "La artillería es anticuada. Nuestros cañones aún hay que cargarlos por la boca", escribió Rothan, el ministro francés en Francfort que veía el inminente desastre. "Prusia sabe que es superior y que no estamos preparados", agregó como muchos otros observadores. Los instigadores de la guerra no estaban preocupados. La candidatura de un príncipe de la dinastía Hohenzollern, para ocupar el trono vacante de España, fue la

43. Albert Bayet, "Histoire de France" (París: Ed. du Sagittaire, 1938), p. 282.

excusa para esa guerra; además, Bismark la deseaba. Cuando falsificó el despacho de Ems, los defensores de la guerra tuvieron la situación bajo control y provocaron una reacción pública.

Francia misma declaró la guerra. Gastón Bally escribió que esa "guerra de 1870, como la historia demostró, fue obra de los jesuitas".

Adrien Dansette, eminente historiador católico, describe así la composición del gobierno que envió a Francia al desastre: "Napoleón III empezó sacrificando a Víctor Duruy, luego decidió nombrar en su gobierno a hombres del partido del pueblo (enero de 1870). Casi todos los nuevos ministros eran católicos sinceros, o eclesiásticos que creían en el conservadurismo social".[44]

Es fácil comprender ahora lo que era inexplicable: la prisa de este gobierno para encontrar una causa de guerra de ese despacho falsificado, aun antes de recibir una confirmación.

"Las consecuencias fueron: el colapso del imperio y, luego, el contragolpe por el trono papal... La estructura imperial y la estructura papal, con los jesuitas a la cabeza, cayeron en el mismo barro, a pesar de la Inmaculada Concepción y la infalibilidad papal; pero, cayeron sobre las cenizas de Francia".[45]

44. Adrien Dansette, "Histoire religieuse de la France contemporaine" (París: Flammarion, 1948), p. 432.
45. Gaston Bally, op. cit., pp. 100-101.

Parte IV

Capítulo 6

Los Jesuitas en Roma — El Syllabus

En un libro del abad Brugerette, en el capítulo titulado "El clero bajo el segundo imperio", leemos:

"Devociones particulares, antiguas o nuevas, se celebraban más y más en un tiempo cuando el romanticismo aún exaltaba los sentidos, en detrimento de la razón austera. La adoración de santos y reliquias —que el frío racionalismo había restringido por mucho tiempo— adquirió nuevo vigor. La adoración de la Santa Virgen, por apariciones en La Salette y Lourdes, obtuvo extraordinaria popularidad. Los peregrinajes a esos lugares favorecidos por milagros se multiplicaron.

"El episcopado francés... favorecía nuevas devociones. En 1854, con aprecio y gratitud, recibió la encíclica de Pío IX que proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción... Ese episcopado, convocado en París en 1856 para el bautismo del príncipe imperial, pidió también a Pío IX que la festividad del Sagrado Corazón... se instituyera como fiesta solemne de la iglesia universal".[46]

Esas declaraciones muestran la influencia preponderante que ejercieron los jesuitas bajo el Segundo Imperio, tanto en Francia como en la Santa Sede. Como vimos, habían sido y aún eran los propagadores de esas "devociones particulares, antiguas o nuevas". Esta piedad "perceptible" —casi sensual— tornó a la gente excesivamente recelosa en los asuntos religiosos, en especial a las mujeres. En ese aspecto, debemos admitir que eran realistas. Había pasado el tiempo —ya bajo Napoleón III— cuando el pueblo, tanto los letrados como los ignorantes, mostraban profundo interés en temas teológicos. Intelectualmente, el catolicismo había finalizado su carrera.

Así, por necesidad, más que por su formación, en los siglos 19 y 20 los hijos de Loyola procuraron despertar una religiosidad supersticiosa, sobre todo entre las mujeres que conforman la mayor parte del redil. El objetivo era contrarrestar el "racionalismo".

46. Abad J. Brugerette, op. cit., pp. 183-184.

Para la educación secundaria de las jóvenes, la Orden promovió la fundación de varias congregaciones de mujeres. "La más famosa y activa fue la Congregación de Damas del Sagrado Corazón. En 1830 contaba con 105 casas y 4,700 maestras, y tenía gran influencia sobre las clases altas".[47]

La adoración a María, tan valorada por los jesuitas, bajo el Segundo Imperio recibió gran ayuda con las "apariciones" oportunas de la Virgen a una pastorcita de Lourdes. Esto ocurrió dos años después de que Pío IX, inducido por la Compañía de Jesús, promulgara el dogma de la Inmaculada Concepción (1854). Los principales actos en este pontificado fueron victorias para los jesuitas, cuya poderosa influencia sobre la Curia romana se afirmó cada vez más.

En 1864, Pío IX publicó la encíclica "Quanta Cura", acompañada por el "Syllabus" que condenó los mejores principios políticos de las sociedades de ese tiempo.

"¡Sea anatema todo lo que la Francia moderna aprecia! La Francia moderna desea la independencia del estado; el Syllabus enseña que el poder eclesiástico debe ejercer autoridad sin el consentimiento y permiso del poder civil. La Francia moderna quiere libertad de conciencia y de culto; el Syllabus enseña que la Iglesia Romana tiene derecho de usar la fuerza y reinstalar la Inquisición. La Francia moderna reconoce la existencia de varios tipos de adoración; el Syllabus declara que se debe considerar al catolicismo como la única religión del estado, excluyendo a todas las demás. La Francia moderna proclama que el pueblo es soberano; el Syllabus condena el sufragio universal. La Francia moderna profesa que todos los franceses son iguales ante la ley; el Syllabus afirma que los clérigos están exentos de los tribunales civiles y criminales".

"Estas son las doctrinas que los jesuitas enseñan en sus colegios. Ellos están al frente del ejército de la contrarrevolución... Su misión consiste en instruir a la juventud que está bajo su cuidado, para que odie los principios en los que está fundamentada la sociedad francesa —principios establecidos a un alto costo por generaciones previas. Mediante sus enseñanzas tratan de dividir a Francia, cuestionando todo lo que se ha hecho desde 1789. Nosotros queremos armonía; ellos, discordia. Deseamos paz; ellos, guerra. Queremos que Francia sea libre; ellos quieren que esté esclavizada. Son una sociedad combatiente

47. H. Boehmer, op. cit., p. 290.

que recibe órdenes del exterior. Pelean contra nosotros; debemos defendernos. Nos amenazan; debemos desarmarlos".[48]

La permanente pretensión de la Santa Sede, de dominar a la sociedad civil, se reafirmó como Renan declaró en 1848, en el artículo "Liberalismo clerical": "Demostró que la iglesia condenaba la soberanía del pueblo, la libertad de conciencia y todas las libertades modernas. Presentó a la Inquisición como 'la consecuencia lógica de todo el sistema ortodoxo', como 'el sumario del espíritu de la iglesia'". Añadió: "Cuando pueda, la iglesia restablecerá la Inquisición; si no lo hace, es porque no puede".[49]

El poder de los jesuitas sobre el Vaticano se manifestó con más fuerza unos años después del Syllabus, cuando se promulgó el dogma de la infalibilidad papal. El abad Brugerette escribió que este dogma "cubriría los trágicos años de 1870-1871, que dejaron a Francia en duelo, con el resplandor de una gran esperanza cristiana".

Luego agregó: "Se puede decir que durante la primera mitad de 1870, la iglesia francesa no estaba en Francia. Se hallaba en Roma, apasionadamente ocupada en el Concilio General que Pío IX había convocado en el Vaticano". Según el monseñor Pie, este clero francés había "abandonado sus hábitos, sus máximas y sus libertades francesas o gálicas". Este obispo de Poitiers añadió que el clero hizo eso sacrificando el principio de autoridad, la sana doctrina y el derecho común; colocó todo bajo los pies del soberano pontífice, hizo con ello un trono para él y tocó la trompeta, diciendo: "El papa es nuestro rey; no sólo su voluntad es nuestro mandato, sino que sus deseos son nuestras reglas".[49a]

El clero "nacional" se entregó en manos de la Curia romana; por lo mismo, los católicos franceses se sometieron a la voluntad de un déspota extranjero que, con el pretexto del dogma o la moral, iba a imponerles su tendencia política sin oposición alguna. Los católicos liberales protestaron en vano contra la pretensión de la Santa Sede de dictar sus leyes en nombre del Espíritu Santo. Montalembert, superior del abad Brugerette, publicó un artículo en la "Gazette" de Francia; en él protestó contra los que "sacrifican la justicia, la verdad, la razón y la historia al ídolo que ponen en el Vaticano".[50]

48. Adolphe Michel, "Les Jesuites" (París: Sandoz et Fischbacher, 1879, pp. 77ss).
49-49a-50. Abad J. Brugerette, op. cit., pp. 221, 223.

Varios obispos notables —como los padres Hyacinthe Loyson y Gratry— adoptaron la misma posición. Éste dijo con vehemencia: "Él publicó sucesivamente sus cuatro Cartas al Monseñor Deschamps. En ellas no sólo discutía eventos históricos —como la condenación del papa Honorio, que, según él, se opuso a la proclamación de la infalibilidad papal—, sino que de manera clara y severa denunció que católicos de autoridad estaban menospreciando la verdad y la integridad científica. Uno de ellos, candidato eclesiástico al doctorado en teología, se atrevió a justificar decretos falsos ante la facultad de París, declarando que "no se trataba de un fraude despreciable". Gratry agregó: "Aun hoy se afirma que la condenación contra Galileo fue oportuna".

"¡Ustedes, hombres de poca fe, de corazones miserables y almas sórdidas! Sus artimañas son vergonzosas. El día en que la gran ciencia de la naturaleza se elevó sobre el mundo, ustedes la condenaron".

"No se sorprendan si los hombres, antes de perdonarlos a ustedes, esperan confesión, penitencia, profunda contrición y enmiendas por sus faltas".[51]

Está por demás decir que los jesuitas —que inspiraron a Pío IX y tenían todo poder sobre el Concilio— no estaban ansiosos de confesar ni hacer penitencia, contrición o reparación, especialmente cuando casi alcanzaban la meta fijada en el Concilio de Trento, a mediados del siglo 16. Laínez ya apoyaba entonces la idea de la infalibilidad papal.

Sólo significaba consagrar como dogma una pretensión casi tan antigua como el papado mismo. Hasta entonces, ningún otro concilio estuvo dispuesto a ratificarlo, pero el momento parecía apropiado. Además, el trabajo paciente de los jesuitas había preparado al clero nacional para renunciar a sus últimas libertades. Según los ultramontanos, el colapso inminente del poder temporal del papa —sucedió antes que votara el Concilio— demandaba un refuerzo de su autoridad espiritual. El argumento prevaleció y el "dictatus papae" de Gregorio VII —principios de la teocracia medieval— triunfó a mediados del siglo 19.

Lo que el nuevo dogma consagró especialmente fue la omnipotencia de la Compañía de Jesús en la Iglesia Romana.

"El papado ha tenido nuevas ambiciones bajo la cobertura de los

51. Padre Gratry, citado por Brugerette, op. cit., p. 229.

jesuitas, quienes se establecieron en el Vaticano cuando los poderes seculares los rechazaron en todos los países libres, considerándolos una sociedad de malhechores. Estos hombres malvados —que han convertido el evangelio en un espectáculo de lágrimas y sangre, y continúan siendo los peores enemigos de la democracia y la libertad de pensamiento— dominan a la Curia romana. Todos sus esfuerzos se concentran en mantener en la iglesia su perniciosa preponderancia y sus doctrinas vergonzosas.

"Dedicados a la causa de la centralización extrema, apóstoles de la teocracia, son los maestros reconocidos del catolicismo contemporáneo y estampan su sello en la teología, en su piedad oficial y en sus políticas fraudulentas.

"Como verdaderos jansenistas del Vaticano, inspiran todo, gobiernan todo, penetran en todo lugar, establecen la 'información' como sistema de gobierno, y son fieles a una casuística cuya profunda inmoralidad la historia ha revelado, inspirando las inmortales páginas de Pascal con sus burlas sublimes. Mediante el Syllabus de 1864, que ellos mismos formularon, Pío IX declaró la guerra a todo pensamiento libre; años después, reforzó el dogma de la infalibilidad, un verdadero anacronismo histórico al que la ciencia moderna no dio importancia".[52]

A los que, contra todas las probabilidades, insistan en considerar las citas anteriores como exageraciones y menosprecios, sólo podemos presentarles la confirmación misma de esos hechos de la pluma ortodoxa de Daniel-Rops. Esta confirmación tiene aún más peso porque se imprimió en 1959 en la publicación de los jesuitas, "Etudes", bajo este título: "El Restablecimiento de la Compañía de Jesús". Por tanto, en un verdadero mensaje de defensa, leemos:

"Por muchas razones la reorganización de la Compañía de Jesús tuvo gran importancia histórica. La Santa Sede redescubrió al grupo fiel y devoto a su causa, al cual pronto necesitaría. Muchos Padres ejercieron en ese siglo —como lo hacen ahora— una influencia discreta pero profunda en ciertas disposiciones adoptadas por el Vaticano. Incluso se escuchaba en Roma un proverbio: 'Los que controlan la pluma del papa son jesuitas'. Su influencia fue obvia en el desarrollo de la adoración al Sagrado Corazón, en la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, en la redacción del 'Syllabus' y en la definición de

52. Louis Roguelin, "L'Eglise chretienne primitive et le catholicisme" (París: Maurice Boivent, 1927), pp. 79-81.

'infalibilidad'. Se esperaba que la 'Civilta Cattolica', fundada por el jesuita napolitano Carlo Curci, reflejara el pensamiento de Pío IX durante la mayor parte de su pontificado".[53]

Esta confesión es clara. Sólo le recordaríamos al espíritu de este académico piadoso que, lógicamente, y a juzgar por el contexto previo, más bien el pensamiento del papa reflejaba las opiniones de la "Civilta Cattolica".

Los jesuitas, que gozaban de poder total en Roma por su espíritu y organización, procuraron una creciente intervención del papado en la política internacional. Louis Roguelin escribió: "Puesto que la Iglesia de Roma perdió su poder temporal, aprovechaba toda oportunidad para recuperar el terreno que fue forzada a abandonar; para ello, aumentaba sus actividades diplomáticas. Ya que su estrategia astutamente encubierta era dividir a fin de reinar, procuraba tornar cada conflicto a su favor".

Según el plan de los súbditos de Loyola, el dogma de la infalibilidad papal favoreció mucho esta acción de la Santa Sede. Su importancia es evidente puesto que la mayoría de los estados tienen un representante acreditado ante ella. Con el pretexto del dogma y la moral —temas que en principio limitan el término 'infalible'—, el papa dispone hoy de una autoridad ilimitada sobre la conciencia de los fieles.

Así, durante el siglo 20, el Vaticano participó activamente en la política interior y exterior de los países; incluso los gobernó por medio de los partidos católicos. Además, apoyó a hombres "providenciales" como Mussolini y Hitler que, con su ayuda, originaron las catástrofes más terribles.

El vicario de Cristo agradeció los servicios de la famosa Sociedad que trabajó eficaz y arduamente en su favor. La reputación de estos "hijos de Satanás" —como los calificaron algunos religiosos valientes— está empañada; pero ellos, por su parte, pueden alardear por el testimonio de aprobación del fallecido papa Pío XII, cuyo confesor era un jesuita alemán.

El 9 de agosto de 1955 "La Croix" publicó lo siguiente: "La iglesia no desea otros ayudantes sino los de esta Compañía... Esperamos que los hijos de Loyola se esfuercen por seguir los pasos de los anteriores..."

Hoy, al igual que en el pasado, están haciendo justamente eso, para el mal de las naciones.

53. Daniel-Rops, op. cit.

Parte IV

Capítulo 7

Los Jesuitas en Francia Desde 1870 Hasta 1885

El colapso del Imperio debería haber causado una reacción contra el espíritu ultramontano en Francia. Pero no fue así, como lo muestra Adolphe Michel:

"Cuando el trono cayó en el lodo de Sedán el 2 de diciembre, Francia quedó definitivamente derrotada, y la asamblea de 1871 se reunió en Bordeaux mientras esperaba ir a Versalles, el partido clerical fue más audaz que nunca. En todos los desastres que acontecían a la nación, hablaba como amo. ¿Quién puede olvidar las presuntuosas manifestaciones de los jesuitas y sus amenazas insolentes en los años previos? Está el caso del padre Marquigny, que anunció el entierro civil de los principios de 1789; Belcastel, que por decisión propia dedicó a Francia al Sagrado Corazón; los jesuitas, que construyeron una iglesia en la colina de Montmartre en París, actuando contra la Revolución; los obispos, que incitaron a Francia a declarar la guerra a Italia y restablecer el poder temporal del papa..."[54]

Gastón Bally explica muy bien la razón de esa situación aparentemente paradójica: "Durante ese cataclismo, los jesuitas como siempre se ocultaron rápidamente en su agujero, dejando que la República luchara sola para salir del problema. Pero, cuando la mayor parte del trabajo estaba hecho y nuestro territorio se liberó de la invasión de Prusia, ellos empezaron otra vez la invasión negra después de librarse de un desastre. El país estaba saliendo nuevamente de una pesadilla, de un sueño terrible, y era el tiempo oportuno para tomar el control de las masas dominadas por el pánico".[55]

Pero, ¿no sucede lo mismo después de cada guerra? Es indiscutible que la Iglesia Romana siempre se ha beneficiado de los grandes desastres públicos; y que la muerte, la miseria y toda clase de sufrimiento incitan a las masas a buscar el consuelo ilusorio en prácticas piadosas.

54. Adolphe Michel, op. cit., pp. 72-73.
55. Gaston Bally, op. cit., pp. 101, 107-109.

Así, las mismas víctimas fortalecen —o aumentan— el poder de quienes causan esos desastres. Al respecto, las dos guerras mundiales tuvieron las mismas consecuencias que la de 1870.

Francia, pues, fue conquistada. Y la Compañía de Jesús obtuvo una gran victoria en 1873, cuando se aprobó una ley autorizando construir la basílica del Sagrado Corazón en la colina de Montmartre. Esta iglesia, declarada un "deseo nacional", por una cruel ironía materializaría en piedra el triunfo del jesuitismo en el lugar donde se había originado.

La invocación al Sagrado Corazón de Jesús, ensalzada por los jesuitas, a primera vista puede parecer inocente aunque es fundamentalmente idólatra.

"Para comprender el peligro", escribió Gastón Bally, "tenemos que mirar tras la fachada, y observar la manipulación de las almas y el objetivo de sus diversas asociaciones: la Fraternidad de la 'Adoración Perpetua', la Hermandad de la 'Guardia de Honor', el Apostolado de la Oración, la Comunión Reparativa, etc. Tal como lo expresó la invitación de la señorita Alacoque, el propósito exclusivo de las hermandades, los asociados, apóstoles, misioneros, adoradores, defensores, guardias de honor, restauradores, mediadores y otros federados del Sagrado Corazón es unir su homenaje al de los nueve coros de ángeles".

Por tanto, está lejos de ser inocente. "Las hermandades declararon sus objetivos muchas veces. No pueden acusarme de difamarlos; sólo citaré algunos pasajes de sus declaraciones más claras y reuniré sus confesiones.

"La opinión pública mostró indignación por los comentarios del padre Olivier cuando sepultaron a las víctimas del Bazar de Caridad. En esa catástrofe, el monje había visto sólo otra prueba de la clemencia divina. Dios, sintiéndose triste por nuestros 'errores', nos invitaba tiernamente a corregirlos.

"Parecía monstruoso. La construcción de la basílica en Montmartre fue resultado del mismo 'razonamiento', pero había quedado en el olvido".[56]

Y, ¿cuál era el terrible pecado que Francia debía confesar? El autor antes mencionado responde: "LA REVOLUCIÓN".

"Ese es el crimen abominable que debemos 'expiar'.

"La Basílica del Sagrado Corazón simboliza el arrepentimiento de Francia ("Sacratissimo cordi Jesu Gallioe poenitens et devoter"); asimismo, expresa nuestra firme intención de reparar los errores. Es un monumento de expiación y reparación".[57]

56. Gaston Bally, op. cit., pp. 101, 107-109.

"Salva a Roma y a Francia en el nombre del Sagrado Corazón" llegó a ser el himno del Orden Moral.

"Así, pudimos esperar contra toda esperanza", escribió el abad Brugerette, "a la expectativa de que, en algún momento, viniera del 'cielo apaciguado' el gran evento de la restauración del orden y la salvación de la patria".[58]

Sin embargo, parecía que el "cielo", airado con la Francia de los derechos humanos, no estaba lo suficientemente "apaciguado" con la edificación de la famosa basílica y los tres famosos apagavelas como "restauración del orden", o la restauración monárquica estaba ocurriendo en forma muy lenta. El mismo autor explica:

"Aunque las manifestaciones gloriosas de la fe católica en los años posteriores a la guerra de 1870 parezcan impresionantes, se carecería de percepción si se juzgara a la sociedad francesa de esa época sólo por la piedad exterior; faltaría también el espíritu sicológico y estaríamos lejos de la verdad. Debemos preguntarnos, entonces, si el sentimiento religioso fue una respuesta directa —para toda esa sociedad— a la expresión de fe que revelaban los impresionantes peregrinajes organizados por los obispos y la sinceridad de las masas en las iglesias...

"Sin el deseo de atenuar la importancia del movimiento religioso en Francia, originado por las guerras de 1870 y 1914 que despertaron altas esperanzas, debemos admitir que ese avivamiento de la fe no tuvo la profundidad ni el alcance de una verdadera renovación religiosa...

"Porque, aun entonces, la iglesia francesa no sólo estaba formada por miles de incrédulos y adversarios, sino por un gran número de católicos nominales y sin convicción. Las prácticas religiosas se celebraban por hábito más que por convicción...

"Francia, en un acto desesperado, envió a una mayoría católica a la Asamblea Nacional; pero al parecer, pronto lo lamentó, porque cinco meses después cambió su posición en las elecciones complementarias del 2 de julio. Ese día el país debía elegir a 113 diputados. Fue una total derrota para los católicos y la victoria para unos 80 a 90 republicanos.

57. Gaston Bally, op. cit., pp. 101, 107-109.
58. Abad Brugerette, op. cit., II, pp. 10-14.

En todas las elecciones que siguieron a dicha consulta de sufragio universal, se vio la misma oposición republicana y anticlerical. Sería infantil pretender que no expresaban el sentimiento y los deseos de la sociedad".[59]

El abad Brugerette, al hablar de los grandes peregrinajes organizados en ese tiempo para "animar al país", admite que causaron "algunos errores y excesos", despertando sospechas de los "adversarios de la iglesia".

"Para ellos, los peregrinajes eran empresas organizadas por el clero para restaurar la monarquía en Francia y el poder pontifical en Roma. Y, la actitud del clero respecto a esos dos objetivos parecía justificar tal acusación de la prensa no religiosa; como veremos después, eso impulsó poderosamente el anticlericalismo. Sin alejarse de sus hábitos religiosos, reavivados después de la guerra, la sociedad francesa se rebeló contra ese 'gobierno de sacerdotes', como lo estigmatizó Gambetta. En lo profundo, el pueblo francés mantuvo un invencible instinto de resistencia contra todo lo que se asemejara, aun vagamente, al dominio político de la iglesia. En general la nación amaba la religión, pero el fantasma de la "teocracia", revivido por la prensa de oposición, la atemorizaba. La hija mayor de la iglesia no quería olvidar que también era la madre de la Revolución".[60]

No obstante, el clero —con los jesuitas a la cabeza— procuró persuadir al pueblo francés para que abjurara del espíritu republicano.

"Con la ley de Falloux en vigencia, los jesuitas expandieron libremente sus colegios, donde educaban a los hijos de las clases medias que tenían el poder, y, por supuesto, no les inculcaban mucho amor a la república...

"Los 'asuncionistas', creados en 1845 por el intransigente padre D'Alzon, deseaban devolverle a la gente la fe que había perdido..."[61]

Sin embargo, otras congregaciones celosas y dedicadas a la educación estaban prosperando: los oratorianos, los eudistas, la Tercera Orden de dominicos, los marianistas, los maristas —a los que Jules Simon llamaba "el segundo volumen" de jesuitas cubiertos con piel de asno—, y los famosos "Hermanos de las Escuelas Cristianas", más conocidos como "ignorantes", que enseñaban la "buena doctrina" a los

59. Abad Brugerette, op. cit., II, pp. 10-14.
60. Ibid., pp. 164-165.
61. Adrien Dansette, op. cit., p. 29.

hijos de las clases medias y a más de un millón y medio de niños de la gente común.

No es de sorprender que esa situación pusiera al régimen republicano a la defensiva. En 1879, Jules Ferry propuso una ley para eliminar al clero de los Concilios para la Educación Pública, en los que fue incluido por las leyes de 1850 y 1873. De ese modo, el estado recuperaría el derecho exclusivo para evaluar los títulos de los maestros. El artículo 7 de esa ley también especificaba: "A nadie se le permitirá participar en la enseñanza pública o libre si pertenece a una congregación religiosa no autorizada".

"Ese famoso artículo 7 apunta a los jesuitas antes que a ninguna otra persona. Los sacerdotes del decanato de Moret (Seine-et-Marne) declararon entonces que "estaban de parte de todas las comunidades religiosas, incluyendo a los venerables Padres de la Compañía de Jesús". "Atacarlos —escribieron— es atacarnos a nosotros mismos". La confesión es clara.

El abad Brugerette, que escribió ese pasaje, describe la resistencia que ofrecieron los católicos contra lo que él llama "un ataque traicionero", pero agrega:

"El clero aún ignora el inmenso progreso del laicado; no ha comprendido que, por su oposición a los principios de 1789, ha perdido toda influencia profunda sobre la dirección del espíritu público en Francia".[62]

El senado rechazó el artículo 7, pero Jules Ferry invocó las leyes existentes respecto a las congregaciones.

"En consecuencia, el 29 de marzo de 1880, el "Journal Officiel" contiene dos decretos obligando a los jesuitas a separarse, y a todas las congregaciones no autorizadas, de hombres y mujeres, a obtener reconocimiento y aprobación para sus regulaciones y estado legal dentro de tres meses..."

Sin demora se organizó un movimiento de oposición. Según Debidour, "la iglesia, profundamente herida, se levantó". Después del 11 de marzo, León XIII y su nuncio expresaron una protesta...

"Ahora les toca a todos los obispos defender enérgicamente a las órdenes religiosas".[63]

No obstante, los hijos de Loyola fueron expulsados. Veamos lo que dice el abad Brugerette al respecto: "A pesar de todo, los jesuitas,

62-63. Abad Brugerette, op. cit., II, pp. 164-167, 176, 185.

expertos en volver a entrar por las ventanas cuando son lanzados por la puerta, ya habían dejado sus colegios bajo el control de laicos o religiosos seculares. Aunque no residían en esos colegios, a ciertas horas del día se les veía llegar para desempeñar responsabilidades de dirección y supervisión".[64]

Sin embargo, se descubrió el engaño y finalmente se cerraron los colegios jesuitas.

Los decretos de 1879 se hicieron cumplir en 32 congregaciones que rehusaban someterse a las disposiciones legales. En muchos lugares los militares realizaron la expulsión mediante la fuerza de las armas, ante la oposición de feligreses incitados por los Padres. Éstos no sólo se negaron a solicitar la autorización legal, sino que rehusaron firmar una declaración negando toda oposición al régimen republicano. Esto habría bastado para que Freycinet —entonces presidente del Concilio y que los apoyaba— pudiera "tolerarlos" aún. Cuando las órdenes decidieron firmar esta declaración formal de lealtad, la maniobra ya había sido anulada y Freycinet se vio forzado a renunciar, por haber intentado negociar este acuerdo contra los deseos del parlamento y de sus colegas del gabinete.

Respecto a la declaración que las órdenes religiosas debían firmar y que consideraron tan repulsivas, el abad Brugerette comenta:

"Esta declaración de respeto por las instituciones que Francia se concedió a sí misma... quizá parezca benigna e inofensiva hoy, al compararla con el solemne juramento de lealtad demandado a los obispos alemanes por el concordato del 20 de julio de 1933, entre la Santa Sede y el Reich.

"Artículo 16: Antes de tomar posesión de su diócesis, los obispos jurarán lealtad ante el presidente del Reich o un 'Reichsstatthalter' en los siguientes términos:

"Ante Dios y sobre las Sagradas Escrituras, juro y prometo, como un obispo debe hacerlo, lealtad al Reich alemán y al Estado. Juro y prometo respetar, y hacer que mi clero respete, el gobierno establecido según las leyes constitucionales. Como es mi deber, trabajaré por el bien y los intereses del Estado alemán; en el ejercicio del santo ministerio que se me ha confiado, trataré de detener todo lo que sea perjudicial para él" (Concordato entre la Santa Sede y el Reich alemán).[65]

Existe una gran diferencia entre la mera promesa de no oponerse al

64-65. Abad Brugerette, op. cit., II, pp. 164-167, 176, 185.

régimen de Francia, y este juramento solemne de apoyar al estado nazi. La diferencia es tan grande como la que existía entre los dos regímenes: uno democrático y liberal, odiado por la Iglesia Romana; y el otro totalitario y brutalmente intolerante, deseado y establecido por los esfuerzos unidos de Franz von Papen, camarlengo secreto del papa, y del monseñor Pacelli, nuncio en Berlín y futuro Pío XII.

Brugerette, tras declarar que se había logrado el objetivo del gobierno en cuanto a la Compañía de Jesús, admite:

"No podríamos decir que se destruyó la institución de las congregaciones. No se les hizo nada a las congregaciones de mujeres; y las autorizadas, "tan peligrosas como las otras por el espíritu laico", aún estaban firmes. Sabíamos también que casi todas las congregaciones de varones, expulsadas de sus casas por los decretos de 1880, silenciosamente habían retornado a sus monasterios".[66]

Sin embargo, la tregua no duró mucho tiempo. El objetivo del estado de cobrar impuestos, y el derecho de sucesión sobre la riqueza de las comunidades eclesiásticas, provocaron una protesta general entre ellas ya que no tenían intención alguna de sujetarse a la ley común. "La organización de la resistencia fue obra de un comité dirigido por el padre Bailly, asuncionista; Stanislas, capuchino; y Le Dore, superior de los eudistas... El padre Bailly estaba reavivando el enorme celo del clero al escribir: 'Como San Laurencio, los monjes y monjas deben retornar al potro o a las empulgueras antes que rendirse".[67]

Como por accidente, Bailly, principal motivador de ese "gran celo", era asuncionista o, en realidad, un jesuita camuflado. Respecto al potro y las empulgueras, podríamos haberle recordado al Padre que esos instrumentos de tortura son parte de la tradición de la Santa Sede, no del estado republicano.

Finalmente, las congregaciones pagaron —aproximadamente la mitad de lo que debían— y el mencionado abad admite que "nada impidió que prosperara el trabajo que hacían", como bien podemos imaginar.

No podemos explicar en detalle las leyes de 1880 y 1886 que aseguraban la neutralidad confesional de los colegios estatales. Esa "secularización",[67a] natural para toda mente tolerante, fue rechazada por la Iglesia Romana, por ser un intento abominable de forzar las

66-67. Ibid., pp. 185, 196, 191.
67a. Véase Jan Cotereau, "Anthologie des grands textes laiques" (París: Fischbacher).

conciencias —algo que ella ha hecho siempre. Sólo se podía esperar que luchara por ese llamado "derecho" con la misma violencia con que defendía sus privilegios financieros.

En 1883, la "congregación romana del índice" —inspirada por el jesuitismo— entra en la lucha, condenando ciertos textos escolares sobre moral y enseñanza cívica. Por supuesto, el asunto es grave: uno de los autores, Paul Bert, se atrevió a escribir que aun la idea de los milagros "debe desaparecer de la mente crítica". Por tanto, más de 50 obispos promulgaron el decreto del índice con comentarios explosivos. Uno de ellos, el monseñor Isoard, declaró en su carta pastoral del 27 de febrero de 1883 que a los maestros, padres e hijos que rehúsen destruir estos libros se les prohibirá participar de los sacramentos.[67b]

Las leyes de 1886, 1901 y 1904, al declarar que ningún puesto de enseñanza podía ser ocupado por miembros de congregaciones religiosas, también iniciaron una corriente de protestas del Vaticano y del clero "francés". En realidad, los monjes y monjas que eran maestros *sólo tenían que "secularizarse". Con esas disposiciones legales*, el único resultado positivo fue que los profesores de las escuelas llamadas "libres" debían estar bien cualificados pedagógicamente. Esto fue favorable ya que, antes de la última guerra, en Francia había 11,655 escuelas católicas de primaria, con 824,595 alumnos.

Respecto a los colegios "libres", en especial los de jesuitas, si el número está disminuyendo se debe a diversos factores que nada tienen que ver con los problemas legales. La superioridad de la enseñanza universitaria, reconocida por la mayoría de los padres de familia, y el hecho de que no cambia, son las causas principales de su creciente popularidad. Además, la Sociedad de Jesús voluntariamente ha reducido el número de sus escuelas.

67b. Véase Jean Cornec, "Laicite" (París: Sudel).

Parte IV

Capítulo 8

Los Jesuitas, el General Boulanger y el Caso Dreyfus

La hostilidad de la que el partido religioso pretendía ser víctima a fines del siglo 19, de parte del estado republicano, no habría carecido de justificación; aunque esa hostilidad, o más bien desconfianza, había sido aun más evidente. Según el abad Brugerette, la oposición clerical al régimen que Francia misma se impuso, se manifestó en toda oportunidad. En 1873, a pesar del fuerte apoyo del clero, fracasó el intento de restaurar la monarquía con el conde de Chambord, porque quien pretendía el trono rehusó adoptar la bandera tricolor que, según él, era emblema de la Revolución.

"Tal como se ve, el catolicismo parece estar ligado a la política, o a cierta clase de política... En las regiones católicas del oeste y del sur, la lealtad a la monarquía se transmitió de generación a generación en las antiguas familias de la nobleza, así como en las clases medias y el pueblo común. Su nostalgia por un antiguo régimen idealizado, y visualizado en una Edad Media épica, se combinaba con los deseos de católicos fervientes, cuya principal preocupación era salvar la religión. Éstos apoyaron a Veuillot, con la legítima y devota familia real de Chambord, considerando que era la forma de gobierno más favorable para la iglesia. En la difícil situación después de la guerra, de la unión de estas fuerzas políticas y religiosas nació una forma de misticismo reaccionario, ejemplificado perfectamente por el monseñor Pie, obispo de Poitiers, y su mejor encarnación en el mundo eclesiástico: "Francia, que espera otro líder y pide un gobernante... recibirá de Dios otra vez 'el cetro del universo, que cayó de sus manos por un tiempo', en aquel día cuando aprenda nuevamente a ponerse de rodillas".[68]

Este cuadro, descrito por un historiador católico, es significativo. Ayuda a comprender los sucesos que, años después, siguieron al fallido intento de restauración en 1873.

68. Adrien Dansette, op. cit., II, pp. 37-38.

El mismo historiador católico describe así la actitud política del clero en aquel tiempo:

"En el período de elecciones, los presbiterios se convierten en centros para los candidatos reaccionarios; los sacerdotes y ministros llaman a los hogares para hacer propaganda electoral, difamando a la República y sus nuevas leyes pedagógicas. Declaran que quienes votan por los librepensadores, el gobierno actual o los masones, descritos como 'bandidos', 'gentuza' y 'ladrones', son culpables de pecado mortal. Alguien declara que una adúltera será perdonada más fácilmente que los que envían a sus hijos a escuelas laicas; otro dice que es mejor estrangular a un niño que apoyar al régimen; un tercero dice que no administrará los últimos sacramentos a quienes voten por los partidarios del régimen. Las amenazas se cumplen: los negociantes republicanos y anticlericales son boicoteados; se niega toda ayuda a la gente necesitada; y los trabajadores son despedidos".[69]

Estos excesos, cometidos por un clero cada vez más dominado por el ultramontanismo jesuita, resultan aun menos aceptables por provenir "de religiosos pagados por el gobierno, puesto que el Concordato aún está vigente".

La mayoría de la gente no está feliz con esta presión sobre las conciencias, como lo expresa el mencionado autor:

"Como vimos, el pueblo francés en general es indiferente a los asuntos religiosos, y no podemos confundir la observancia heredada de prácticas religiosas con una fe verdadera... La realidad es que el mapa político de Francia es idéntico a su mapa religioso... podemos decir que en las regiones donde es fuerte la fe, el pueblo francés vota por candidatos católicos; en otras partes, eligen deliberadamente a diputados y senadores anticlericales... No desean el clericalismo, que es el ejercicio de autoridad eclesiástica en asuntos políticos, llamado comúnmente 'gobierno de los sacerdotes'.

"Muchos católicos consideran suficiente que el sacerdote —un hombre problemático—, mediante sus sermones y las prescripciones del confesionario, interfiera en la conducta de los fieles, examinando pensamientos, sentimientos, actos, alimentos y bebidas, y aun las intimidades de la vida matrimonial. Quieren limitar su imperio, preservando al menos la independencia que tienen como ciudadanos".[70]

Nos gustaría ver tan vivo hoy ese espíritu de independencia.

69-70. Ibid., II, pp. 46-48.

Pero, a pesar de la opinión de los "muchos católicos", los ultramontanos no depusieron las armas; en cada oportunidad continuaron luchando contra el odiado régimen. Por un tiempo pensaron que habían hallado al "hombre providencial" en la persona del general Boulanger, el Ministro de Guerra en 1886. Este, que había organizado muy bien su propaganda personal, parecía ser un futuro dictador.

"Había un acuerdo tácito —escribió Adrien Dansette— entre el general y los católicos, y fue evidente en el verano... También concluyó un acuerdo secreto con miembros realistas del parlamento, como el barón de Mackau y el conde de Mun, fieles defensores de la iglesia en la asamblea...

"Constans, el flemático Ministro del Interior, amenazó arrestarlo y, el 1 de abril, el candidato a dictador escapó a Bruselas con su amante.

"Desde ese momento, el boulangismo decayó rápidamente. Francia no había sido tomada y se recuperó... El boulangismo fue derrotado en las elecciones el 22 de septiembre y el 6 de octubre de 1889..."[71]

El mismo historiador describe la actitud del papa de aquel tiempo respecto a ese aventurero. El papa era León XIII, quien en 1878 había sucedido a Pío IX, el papa del Syllabus, y que pretendió aconsejar a los fieles de Francia para que se unieran al régimen republicano:

"En agosto (1889), el embajador alemán ante el Vaticano quiso que el papa viera en el general (Boulanger) al hombre que derrocaría a la República de Francia y restablecería el trono. En un artículo, el 'Monitor de Roma' imaginó que el candidato dictatorial tomaría el poder y la iglesia 'podría beneficiarse grandemente'... El general Boulanger envió a uno de sus ex oficiales a Roma con una carta para León XIII, prometiéndole 'que el día en que él sostuviera en sus manos la espada de Francia, haría todo lo posible para que se reconocieran los derechos del papado'".[72]

Así era este pontífice jesuita. ¡Los clérigos intransigentes se oponían a su supuesto "liberalismo" excesivo!

La crisis boulangista reveló lo que el partido religioso había hecho contra la República laica bajo el disfraz del nacionalismo. Pero, a pesar de todo, por la falta de carisma del personaje principal y la oposición de la mayoría en el país, el intento fracasó. Aún así, las tácticas chauvinistas habían demostrado ser efectivas, sobre todo en París, y las usarían otra vez en una mejor oportunidad. Esta se presentó —¿o fue provocada?— y, por supuesto, los discípulos de Loyola encabezaron el

71-72. Ibid., II, pp. 114ss.

movimiento. "Sus amigos están aquí", escribió Pierre Dominique, "una nobleza intolerante, una clase media que rechaza a Voltaire, y muchos militares. Trabajarán especialmente en el ejército, y el resultado será la famosa alianza de 'la espada y el rociador de agua bendita'.

"En 1890 ya no gobernaban la conciencia del rey de Francia, sino al Estado Mayor o por lo menos a su jefe; luego, estalló el caso Dreyfus, una guerra civil que dividió a Francia".[73]

El historiador católico Dansette resume así el inicio del problema:

"El 22 de diciembre de 1894, el capitán de artillería Alfredo Dreyfus es declarado culpable de traición y condenado a ser deportado, para ser dado de baja y recibir cadena perpetua. Tres meses antes, nuestro Servicio de Inteligencia había descubierto en la embajada alemana una lista de documentos referentes a la defensa nacional; había cierta similitud entre la letra del capitán Dreyfus y la de la lista. De inmediato el Estado Mayor exclamó: 'Es él; es el judío'. Esta era sólo una suposición, ya que la traición no tenía explicación sicológica (Dreyfus tenía buena reputación, riqueza y una vida ordenada). El desafortunado hombre fue encarcelado. Un tribunal militar lo condenó tras una investigación tan rápida y parcial que el juicio tuvo que haber sido preconcebido. Peor aún, después se supo que a los jueces se les había entregado un documento sin que lo supiera el abogado del acusado...

"Pero, se filtró más información en el Estado Mayor después del arresto de Dreyfus. El comandante Picquart, director del Servicio de Inteligencia después de julio de 1895, supo de un proyecto llamado "petit bleu" (cartas urgentes) entre el agregado militar alemán y el comandante francés Esterhazy (de origen húngaro). Este hombre de mala reputación sólo expresaba odio y desprecio hacia su país de adopción. Pero el comandante Henry, oficial del Servicio de Inteligencia, agregó al expediente de Dreyfus —como veremos— un documento falso que, de ser genuino, sería devastador para el oficial judío; también borró y volvió a escribir el nombre de Esterhazy en las "cartas urgentes", para dar la impresión de que el documento era falso. Por tanto, Picquart cayó en desgracia en noviembre de 1896".[74]

La desgracia del director del Servicio de Inteligencia se comprende fácilmente: su celo por disipar las tinieblas acumuladas fue excesivo.

El testimonio más confiable se encuentra en "Carnets de Schwartzkoppen", publicado después de su muerte en 1930. El autor —entonces, primer agregado militar de la embajada alemana en París— no recibió de Dreyfus los documentos secretos sobre la defensa nacional francesa, sino de Esterhazy.

73. Pierre Dominique, op. cit., p. 239.
74. Adrien Dansette, ibid., pp. 263-264.

"Un tiempo antes, en julio, Picquart pensó que era tiempo de advertir por carta al jefe del Estado Mayor, que estaba entonces en Vichy, respecto a sus sospechas acerca de Esterhazy. La primera reunión ocurrió el 5 de agosto de 1896. El general Boisdeffre aprobó todo lo que Picquart había hecho hasta ese momento acerca de este caso, y le dio permiso para llevar a cabo su investigación.

"Al Ministro de Guerra, el general Billot, también se le informaron desde agosto las sospechas de Picquart; y él aprobó las medidas tomadas por éste. Esterhazy, a quien yo había dado de baja, usando sus conexiones con el diputado Jules Roche, intentó que lo asignaran al Ministerio de Guerra para tratar de estar en contacto conmigo otra vez, y había escrito cartas al Ministro de Guerra y a su edecán. A Picquart le entregaron una de esas cartas y, por primera vez, vio que su letra era igual a la de la "lista". Le mostró una foto de esa carta a Du Paty y a Bertillon, por supuesto, sin decirles quién la había escrito... Bertillon dijo: "¡Es la misma letra de la lista!"[75]

"Al no estar tan convencido ya de la culpabilidad de Dreyfus, Picquart decidió consultar el "pequeño archivo" que se había dado sólo a los jueces. El archivero Gribelin se lo entregó. Era de noche. Al quedarse solo en su oficina, Picquart tomó el sobre abierto de Henry, donde estaba la firma de éste escrita con lápiz azul... Grande fue su asombro al darse cuenta de que esos documentos carecían de validez e importancia; ninguno podía aplicarse a Dreyfus. Por primera vez supo que el hombre que estaba cumpliendo una condena en la Isla del Diablo, era inocente. Al día siguiente, Picquart escribió una carta al general Boisdeffre, exponiendo todos los cargos contra Esterhazy y lo que había descubierto recientemente. Cuando leyó acerca del "archivo secreto", el general exclamó: "¿Por qué no lo quemaron como se acordó?"[76]

Von Schwartzkoppen escribió también: "Mi posición se volvió extremadamente incómoda. El dilema era: ¿Debo decir la verdad y reparar así el horrible error, liberando al pobre hombre inocente? Si hubiera podido hacer lo que deseaba, ¡ciertamente habría hecho eso!

75. "Les Carnets de Schwartzkoppen" (París: Rieder, 1933), pp. 147-148, 162.
76. Armand Charpentier, "Histoire de l'affaire Dreyfus" (Fasquelle, 1933), p. 73.

Examinando el asunto en detalle, llegué a la conclusión de que no debía involucrarme, porque, en esas circunstancias, nadie me hubiera creído; además, las consideraciones diplomáticas impedían tal acción. Tomando en cuenta que el gobierno francés podía tomar las medidas necesarias para aclarar el asunto y reparar la injusticia, decidí no hacer nada".[77]

"Podemos ver en acción las tácticas del Estado Mayor", dice Dansette. "Si Esterhazy es culpable, los oficiales que causaron la condena ilegal de Dreyfus, y sobre todo el general Marcier —Ministro de Guerra en aquel tiempo— son también culpables. Los intereses del ejército requieren el sacrificio de Dreyfus; no debemos interferir con la sentencia de 1894".[78]

Aún parece increíble que usaran tal argumento para justificar —si osamos expresarlo así— una condenación tan inicua. Y eso ocurrió durante todo el caso, que recién empezaba. Por supuesto, nos encontrábamos entonces en una fiebre antisemita. Las disertaciones violentas de Eduardo Drumont, en "Libre Parole", cada día presentaba a los hijos de Israel como agentes de la corrupción y disolución nacionales. El prejuicio desfavorable que creaba, incitaba a un gran sector de la opinión pública a creer, a priori, que Dreyfus era culpable. Pero después, cuando la inocencia del acusado fue evidente, aún se mantenía el terrible argumento de la "infalibilidad" del tribunal militar, y desde ese momento lo hicieron con un cinismo declarado.

¿Estaba inspirando el Espíritu Santo a esos jueces uniformados que no podían cometer ningún error? Sería tentador creer en esa intervención celestial —tan similar a la que garantiza la infalibilidad papal— al leer acerca del padre jesuita Du Lac, que tuvo mucho que ver con el caso:

"Él dirigió el colegio de "Rue des Postes", donde los jesuitas preparaban a los candidatos para las escuelas más grandes. Era un hombre muy inteligente que tenía conexiones importantes. A Drumont, confesor de Boisdeffre y De Mun, lo convirtió en jefe del Estado Mayor del ejército, y lo veía todos los días".[79]

El abad Brugerette también menciona los hechos que cita Joseph Reinach: "¿No es este padre Du Lac —que convirtió a Drumont y lo instó a escribir 'La Francia Judía'— quien proporcionó los medios para crear la 'Libre Parole'? ¿No ve el general Boisdeffre al famoso jesuita

77. "Les Carnets de Schwartzkoppen" (París: Rieder, 1933), pp. 147-148, 162.
78. Adrien Dansette, ibid., pp. 263-264.
79. Pierre Dominique, op. cit., p. 240.

todos los días? El jefe del Estado Mayor no toma ninguna decisión sin antes consultar a su director".[80]

Allí, en la Isla del Diablo, merecedora de su nombre en ese clima mortal, la víctima del atroz complot fue tratado con extrema crueldad, ya que la prensa antisemita había difundido la noticia de que había intentado escapar. El Ministro para las Colonias, Andre Lebon, dio órdenes tomando en cuenta ese informe.

"El domingo 6 de septiembre por la mañana, el carcelero principal, Lebar, informó al prisionero que desde ese momento no podría caminar por el área de la isla que estaba reservada para él, quedando confinado a su cabaña. Al anochecer le informaron que permanecería encadenado toda la noche. Al pie de su cama, hecha con tres tablas, colocaron dos cadenas dobles de fierro que rodeaban los pies del convicto. Era un castigo doloroso, especialmente en las noches tórridas".

"Al amanecer, los guardias le quitaban las cadenas al prisionero, quien temblaba al ponerse de pie. Puesto que tenía prohibido salir de la cabaña, allí debía permanecer día y noche. Al anochecer lo encadenaban otra vez. Esto se repitió durante 40 noches. Después de un tiempo, sus tobillos estaban cubiertos de sangre y tuvieron que vendárselos. Sus guardias, por compasión, secretamente le cubrían los pies con telas antes de ponerle las cadenas".[81]

Sin embargo, el convicto aún proclamaba su inocencia. A su esposa le escribió: "En algún lugar, en esta hermosa y generosa tierra de Francia, debe haber un hombre honesto con el valor suficiente para buscar y descubrir la verdad".[82]

De hecho, la verdad ya no estaba en duda. Lo que faltaba era la voluntad para dejar que saliera a la luz. El abad Brugerette da testimonio al respecto:

"Las presunciones de inocencia en favor del convicto que está en la Isla del Diablo se multiplican en vano. Las declaraciones de Bulow en la Cámara Baja del Parlamento, y las que transmitió su embajador Munster al gobierno francés, también afirman en vano la inocencia de Dreyfus. Esta inocencia fue proclamada también por el emperador Guillaume, y se confirmó cuando Schwarzkippen (el agregado militar alemán) fue llamado a Berlín tan pronto como Esterhazy fue acusado por Mathieu Dreyfus (hermano del convicto). El Estado Mayor aún se

80. Abad Brugerette, op. cit., II, pp. 454, 432, 467.
81. Armand Charpentier, op. cit., p. 75.
82. "Lettres d'un innocent" (enero y febrero de 1895).

opone a reexaminar el juicio... Alguien está haciendo todo lo posible para encubrir a Esterhazy. Se le transmiten documentos secretos para su defensa, y no se permite comparar su letra con la de la 'lista'...

"Al estar protegido de ese modo, el villano Esterhazy tiene la audacia de solicitar un juicio ante el consejo de guerra. Allí, el 17 de enero de 1898, se le absuelve unánimemente después de una deliberación que duró tres minutos".[83]

Debemos mencionar que, unos meses después, cuando el coronel Henry fue declarado culpable de falsificación, Esterhazy huyó a Inglaterra; finalmente confesó ser el autor de la famosa "lista" atribuida a Dreyfus.

No es posible mencionar aquí todo lo sucedido en este drama; los numerosos documentos falsos que se presentaron para tratar de encubrir una verdad obvia; la destitución del jefe del Estado Mayor; la caída de ministros; el suicidio de Henry que, estando preso en el monte Valerien, se cortó la garganta, firmando así con su sangre la confesión de su culpabilidad.

En diciembre de 1898, la prensa alemana publicó esta nota semioficial: "Las declaraciones del gobierno imperial han mostrado que ningún personaje alemán, de alto o bajo rango, tuvo asociación alguna con Dreyfus. Por tanto, desde el punto de vista de Alemania, no vemos inconveniente en que se publique el archivo secreto completo".[84]

Finalmente, la corte decidió que se reabriera el caso. Dreyfus compareció otra vez ante el consejo de guerra en Rennes, el 3 de junio de 1899, marcando el inicio de otra tortura. "Él no pudo haber imaginado que enfrentaría mayor odio que cuando se fue, y que sus ex jefes, conspirando para enviarlo otra vez a la Isla del Diablo, no tendrían compasión de ese pobre ser desafortunado que creía haber sufrido todo lo que se puede soportar".[85]

"Por tanto", escribió el abad Brugerette, "el consejo de guerra en Rennes sólo agregó otra injusticia al juicio inicuo de 1894. Lo ilegal del juicio, la culpabilidad de Esterhazy, y las maniobras criminales de Henry fueron evidentes durante las 29 sesiones del juicio en Rennes. Pero el consejo de guerra... juzgó a Dreyfus por cargos de espionaje de los cuales jamás se le había acusado ni se había informado. Le atribuyeron todas las filtraciones previas de información, presentando documentos totalmente ajenos a él... Al final, y contra nuestras

83. Abad Brugerette, op. cit., II, pp. 454, 432, 467.
84. Maurice Paleologue, "Journal de l'Affaire Dreyfus" (París: Plon, 1955), p. 149.
85. Abad Burgerette, ibid.

tradiciones legales, se le demandó a Dreyfus mismo que probara que él no había entregado tal documento o papel, como si no fuera responsabilidad del fiscal presentar las pruebas del crimen".[86]

La parcialidad de los acusadores de Dreyfus era tan obvia que se levantó la opinión pública fuera de Francia. En Alemania, el diario semioficial "Cologne Gazette" publicó dos artículos durante el juicio —16 y 29 de agosto—, en los que leemos: "Después de las declaraciones del gobierno alemán y los debates de la corte suprema de apelaciones en Francia, si alguien aún cree que Dreyfus es culpable, sólo podemos decir que esa persona debe estar mentalmente enferma o que, en forma deliberada, quiere que un inocente sea condenado".[87]

Sin embargo, el odio, lo absurdo y el fanatismo no perdieron fuerza por ello.

Incluso usaron otros documentos falsos para remplazar los que habían perdido credibilidad. Es decir, fue una burla siniestra. Dreyfus fue condenado a 10 años de prisión, ¡con circunstancias atenuantes!

"Este juicio lamentable provocó asombro e indignación en todo el mundo, y el desprecio contra Francia. ¿Quién podría haber imaginado tan terrible dolor?",[88] exclamó Clemenceau al leer los diarios de Inglaterra y Alemania. Se necesitaba misericordia. Dreyfus la aceptó para "continuar", dijo él, "procurando que se revocara el terrible error militar del que era víctima". "Para tal revocación, de nada valía esperar la justicia de los concilios de guerra. ¡Ya se había visto esa justicia en acción! Una vez más tuvo que actuar la corte suprema de apelaciones que, después de una cuidadosa investigación y prolongados debates, anuló definitivamente el veredicto de Rennes. Unos días después, por voto solemne, la asamblea y el senado readmitieron a Dreyfus en el ejército, condecorándolo después con la Legión de Honor".[89]

La revocación, lograda con tanto esfuerzo, se debió a hombres "honestos y valientes", como los que esperaba ver en acción el prisionero inocente en la Isla del Diablo. El número de esos hombres fue aumentando a medida que la verdad salía a la luz. Cuando el consejo de guerra absolvió tan rápidamente al traidor Esterhazy, en enero de 1898, Emilio Zola publicó en la "Aurore", el diario de Clemenceau, su

86. Ibid., II, pp. 469, 471-472.
87. Maurice Paleologue, op. cit., p. 237.
88. "L'Aurore" (14 de septiembre de 1899).
89. Abad Brugerette, ibid.

famosa carta abierta titulada "Yo Acuso". Allí escribió: "Acuso al primer consejo de guerra de haber violado la ley, condenando a un acusado en base a un documento secreto, y acuso al segundo consejo de guerra de haber encubierto esa ilegalidad, cometiendo también un crimen jurídico al absolver conscientemente a un culpable".

Sin embargo, los "caballeros" de la famosa Compañía estaban atentos para acallar todo lo que pudiera instruir al público. El diputado católico De Mun llevó a Zola ante la corte de casos criminales de Seine. Allí, el valiente escritor fue condenado a un año de prisión —la sentencia máxima— tras ese juicio injusto.

La opinión pública fue engañada tan astutamente por las protestas de los "nacionalistas clericales", que las elecciones en mayo de 1898 favorecieron a éstos.

No obstante, la revelación pública de los documentos falsos, la destitución del jefe de Estado Mayor y la evidente parcialidad criminal de los jueces, les abrieron los ojos a los que sinceramente buscaban la verdad. Éstos, en forma casi exclusiva, eran protestantes, judíos o laicos.

"En Francia, pocos católicos estuvieron de parte de Dreyfus, y de ellos, pocos eran prominentes... La acción de ese pequeño grupo no tuvo mayor repercusión. La conspiración de silencio lo rodeaba..."[90]

"La mayoría de los sacerdotes y obispos aún están convencidos de la culpabilidad de Dreyfus", escribió el abad Brugerette. Georges Sorel declaró: "Mientras que el caso Dreyfus causó una división entre todos los grupos sociales, el mundo católico estuvo absolutamente unido para oponerse a que se reexaminara el juicio". Peguy admitió: "Todas las fuerzas políticas de la iglesia han estado siempre contra Dreyfus".

¿Necesitamos recordar las listas de suscripciones que abrieron "La Libre Parole" y "La Croix", en favor de la viuda del falsificador Henry que se suicidó? Los nombres de muchos sacerdotes suscritos iban acompañados de "comentarios no muy cristianos", como muestra Dansette al citar los siguientes:

"El abad Cros pide una alfombra hecha con piel de judío, para ponerla al lado de la cama y pisarla por la mañana y por la noche; un joven sacerdote quiere destruir la nariz de Reinach con el tacón de su zapato; tres sacerdotes desearían golpear la inmunda cara del judío Reinach".[91]

90. Adrien Dansette, op. cit., II, pp. 275-276.
91. Adrien Dansette, op. cit., II, pp. 275-276.

El clero secular mantenía cierta reserva, pero el ambiente en las congregaciones era más ponzoñoso:

"El 15 de julio de 1898, en la entrega de premios del Colegio de Arcueil, presidida por el generalísimo Jamont (vicepresidente del Consejo Superior de Guerra), el padre Didon, rector de la Escuela Albert-le-Grand, dio un discurso impetuoso. En él defendió el uso de la violencia contra aquellos que cometieran el crimen de denunciar valientemente algún error militar..."

El elocuente monje dijo: "¿Debemos permitir que el malvado quede libre? ¡Por supuesto que no! El enemigo es el intelectualismo que pretende menospreciar la fuerza, y los civiles que desean subordinar a los militares. Cuando falla la persuasión, cuando el 'amor' no es eficaz, debemos blandir la espada, difundir el terror, cortar cabezas, declarar la guerra, atacar..."

"Este discurso se lanzó como un desafío a los que simpatizaban con el desafortunado convicto".[92]

Pero, ¿cuántos de estos discursos hemos escuchado desde entonces? Estos llamados a la represión sangrienta provenían de clérigos gentiles, ¡especialmente durante la ocupación alemana! En cuanto a la declaración de odio contra el intelectualismo, encontramos el eco perfecto en la afirmación de cierto general: "Cuando alguien habla de inteligencia, saco mi revólver".

Destruir los pensamientos por la fuerza es un principio de la Iglesia Romana que nunca ha cambiado.

Sin embargo, el abad Brugerette se asombra al ver que el clero continuó creyendo en la culpabilidad de Dreyfus: "Un evento tan importante y dramático, que llegó como un trueno en el cielo azul e iluminó al Departamento respecto a las falsificaciones hechas en el Estado Mayor, debió abrirles los ojos, aun a los que no querían descubrir la verdad. Nos referimos a las falsificaciones hechas por Henry...

"¿No era tiempo de que el clero y los católicos franceses repudiaran un error que se había prolongado demasiado?... Los sacerdotes y feligreses hubieran podido ir juntos, y en la última hora, como los obreros mencionados en los evangelios, hubieran aumentado las filas de los defensores de la justicia y la verdad... Pero, los hechos más evidentes no siempre iluminan las mentes dominadas por prejuicios,

92. Abad Brugerette, op. cit., II, p. 451.

porque éstos se oponen al examen y, por su naturaleza, se rebelan contra las evidencias".[93]

¡Cuánto se esfuerzan para mantener en el error a los católicos! "¿Podían ellos imaginar que la prensa los estaba engañando vergonzosamente, *encubriendo todas las pruebas de inocencia*, los testimonios en favor del convicto de la Isla del Diablo, y que estaba decidida a impedir el curso de la justicia por todos los medios?"[94]

Al frente de esa prensa estaban "La Libre Parole", creada con ayuda del padre jesuita Du Lac, y "La Croix", del padre asuncionista Bailly. Siendo la orden de la Asunción una rama camuflada de la Compañía de Jesús, tenemos que atribuirle el inicio y el desarrollo de la campaña contra Dreyfus.

El padre Lecanuet, un testigo no muy suspicaz, escribió osadamente: "Los historiadores del Caso denuncian a las congregaciones, en especial a los jesuitas. Y, debemos admitir que éstos recibieron los primeros ataques con una temeridad imprudente".[95]

"Casi todos los periódicos católicos provinciales, como 'Nouvelliste' de Lyon, que son informativos y muy leídos, participan en ese oscuro complot contra la verdad y la justicia. Al parecer, la consigna era impedir que llegara la luz para mantener al público en oscuridad".[96]

En realidad, se necesitaría una ceguera peculiar para no discernir, tras el furor demostrado por "La Croix" en París y en las provincias, la "consigna" que mencionó el abad Brugerette. Y uno tendría que ser también muy ingenuo para no darse cuenta del origen.[96a]

Dansette dice: "La Orden Asuncionista en general, y con ella la iglesia, quedan expuestas por la campaña de 'La Croix'... El padre Bailly se jacta de que el 'Santo Padre' lo aprueba".[97]

¡Realmente no hay duda alguna respecto a esa aprobación! ¿No fueron los jesuitas —a quienes los asuncionistas prestan su nombre— los instrumentos políticos del papa desde que se fundó la Orden? Tenemos que sonreír frente a la historia astutamente difundida —y repetida por los historiadores apologistas— de que León XIII, al parecer, había "aconsejado moderación" a los directores de "La Croix".

93-94. Ibid., pp. 443-444, 448.
95. Padre Lecanuet, "Les Signes avant-coureurs de la Separation", p. 179.
96. Ibid., pp. 443-444, 448.
96a. El diario "La Croix" se publicaba entonces ampliamente (nota del autor).
97. Adrien Dansette, op. cit., p. 277.

Es una treta clásica, pero aún eficaz. ¡Algunas personas todavía creen que la voz oficial de la Santa Sede tiene cierta independencia!

Veamos lo que publicó en Roma la "Civilta Cattolica", publicación oficial de los jesuitas, bajo el título "El caso Dreyfus":

"La emancipación de los judíos fue resultado de los llamados principios de 1789, cuyo yugo pesa fuertemente sobre los franceses... Los judíos tienen en sus manos a la República, que es más hebrea que francesa... El judío fue creado por Dios para ser usado como espía dondequiera que se planea una traición... Los judíos no sólo deben ser eliminados de Francia, sino también de Alemania, Austria e Italia. Luego, al restablecerse la gran armonía de tiempos pasados, las naciones otra vez hallarán la felicidad que perdieron".[98]

En capítulos previos, dimos un breve resumen de la "gran armonía" y "felicidad" que disfrutaban las naciones cuando los hijos de Loyola escuchaban confesiones e inspiraban a los reyes. Como acabamos de ver, también reinaba la "armonía" cuando ellos eran confesores y consejeros de los jefes del Estado Mayor.

Según el abad Brugerette, el general Boisdeffre, penitente del jesuita Du Lac, experimentó el sabor amargo como otros antes de él, al ser engañados por estos "directores de conciencias". Las confesiones del falsificador Henry lo obligaron a renunciar. "Siendo un hombre honesto, declaró que había sido 'vergonzosamente engañado', y quienes lo conocían estaban conscientes de su amargura por el complot del que había sido víctima".[99]

Brugerette agrega que Boisdeffre cesó toda comunicación con su ex confesor; "incluso cuando estaba muriendo, rehusó verlo otra vez".

Después de leer esto, escrito y publicado en la "Civilta Cattolica", no es *necesario seguir hablando de la culpabilidad de la Orden*. Concordamos con lo que Reinach escribió entonces: "Como ven, los jesuitas planearon este caso siniestro. Y, para ellos, Dreyfus es sólo un pretexto. Lo que quieren, y ellos lo admiten, es reprimir al laicado y controlar la Revolución Francesa... abolir a los dioses extranjeros y los dogmas de 1789".

Está muy claro. Pero, como algunos insisten —contra todas las evidencias— que quizá hubo un desacuerdo entre el papa y su ejército secreto, entre las intenciones de uno y las acciones del otro, es fácil probar que eso no tiene fundamento. El caso de Bailly revela mucho al respecto.

98. "Civilta Cattolica" (5 de febrero de 1898).
99. Abad Brugerette, op. cit., II, pp. 435, 454.

¿Qué leemos en "La Croix" del 29 de mayo de 1956? Nada menos que esto: "Como anunciamos, Su Eminencia cardenal Feltin ordenó que se investigaran los escritos del padre Bailly. Éste fundó nuestra publicación y la 'Maison de la Bonne Press'. El texto de tal ordenanza, fechada el 15 de mayo de 1956, dice:

'Yo, Maurice Feltin, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica, cardenal-sacerdote de la Santa Iglesia de Roma cuyo título es Santa María de la Paz, arzobispo de París.

'En vista del plan que presentó la Congregación de los Agustinos de la Asunción, y aprobado por nosotros, para introducir en Roma la causa del siervo de Dios, Vincent-de-Paul Bailly, fundador de La Croix y Bonne Press.

'En vista de las disposiciones... e instrucciones de la Santa Sede respecto al acto de beatificación e investigación de los escritos de siervos de Dios:

'Hemos ordenado y ordenamos lo siguiente: Todo el que conoció a este siervo de Dios o que pueda decirnos algo especial acerca de su vida, debe hacérnoslo saber... Todo el que posea escritos de este siervo de Dios debe entregárnoslos antes del 30 de septiembre de 1956, ya sean libros impresos, notas escritas a mano, cartas, memorandos... aun instrucciones o consejos no escritos por él, pero que él dictó... Para todas estas comunicaciones designamos al canónigo Dubois, secretario de nuestro arzobispado y promotor de fe para esta causa".[100]

He aquí un "siervo de Dios" que recibiría, en forma de halo, la justa recompensa por sus servicios leales. Nos atrevemos a decir que respecto a sus "escritos", buscados tan cuidadosamente, el "promotor de fe" tendría mucho de qué escoger. En cuanto al material "impreso", la colección de "La Croix" —sobre todo entre 1895 y 1899— proporcionaría escritos muy edificantes.

"Su actitud (la de los diarios católicos), y especialmente la de 'La Croix', constituye para todas 'las mentes instruidas y rectas' lo que Paul Violet, miembro católico del Instituto, llama un 'escándalo indescriptible'. En el caso Dreyfus, este escándalo apoya los errores más sorprendentes, el engaño y el crimen contra la verdad, la rectitud y la justicia". Añade: "La corte de Roma y todas las cortes de Europa lo saben".[101]

En realidad, la corte de Roma sabía más que ninguna otra. Como

100. "La Croix" (29 de mayo de 1956).
101. Abad Brugerette, op. cit., II, p. 443.

vimos, en 1956 no había olvidado las hazañas piadosas de este "siervo de Dios" mientras preparaba su beatificación.

Sin duda, el promotor de fe le acreditó al futuro "santo" las famosas listas de suscripciones en favor de la viuda del falsificador Henry, de las cuales Brugerette dice: "Hoy, al considerar esos pedidos para restablecer la Inquisición, para perseguir a los judíos y para asesinar a los defensores de Dreyfus, nos parece oír las ideas delirantes de fanáticos salvajes y grotescos. No obstante, 'La Croix' los presenta como un gran espectáculo que consuela y anima".[102]

En vida, el padre Bailly no tuvo el gozo de ver cumplidos sus deseos para los judíos, en manos de esos fanáticos sin control que seguían la esvástica. Sólo "desde el cielo" pudo disfrutar de ese "gran espectáculo que consuela y anima"; aunque, allá arriba, los espectáculos de esa clase son muy comunes, según afirman los "instruidos", y especialmente Santo Tomás de Aquino, el ángel de la Escuela:

"Para que los santos disfruten más de su bienaventuranza, y aumente *su gratitud a Dios, se les permite contemplar lo espantoso de la tortura* de los impíos... Los santos se regocijarán con los tormentos de los impíos" ('Sancti de poenis impiorum gaudebunt').[103]

Como vemos, el padre Bailly, fundador de "La Croix", cumplió todos los requisitos para ser santo: persiguió a los inocentes, maldijo a sus defensores, los entregó para que fueran asesinados, apoyó con todas sus fuerzas la mentira y la iniquidad, provocó discordias y odio. Ante los ojos de la Iglesia Romana, esas características eran títulos firmes para recibir la gloria; por tanto, debemos entender por qué deseaba ponerle el halo al autor de esos actos piadosos.

Sin embargo, surge la pregunta: "¿Es también este 'siervo de Dios' un hacedor de maravillas? Pues, sabemos que para merecer tal promoción, uno debe haber realizado milagros que se hayan comprobado".

¿Qué milagros realizó el fundador y director de "La Croix"? ¿Fue acaso la transmutación, ante sus lectores, de lo negro a blanco y de lo blanco a negro? ¿Haber dicho una mentira como si fuera la verdad, y la verdad como si fuera mentira? Por supuesto. Pero, un milagro mayor fue que persuadió a miembros del Estado Mayor (y luego al público) de que, después de haber cometido un error, y habiéndose descubierto

102. Ibid., p. 450.
103. "Somme theologique", Supple, XCIV, I, 3.

éste, era para ellos un "honor" negar la evidencia; es decir, ¡transformó el error en abuso de poder! "Errare humanum est, perseverare diabolicum". El "siervo de Dios" no prestaba mucha atención a ese proverbio. En vez de permitir que lo inspirara, lo escondió bajo su sotana. En realidad, la "mea culpa" era para los feligreses comunes, no para los clérigos, y como vimos, tampoco para los jefes militares que tienen confesores jesuitas.

El resultado deseado era exaltar las emociones partidistas y dividir al pueblo francés.

El eminente historiador Pierre Gaxotte lo declara: "El caso Dreyfus fue el factor decisivo... Al ser juzgado por oficiales, involucró a la institución militar... El problema creció, se convirtió en conflicto político, dividió a familias y partió a Francia en dos. Tuvo el efecto de una guerra religiosa... Creó odio contra los cuerpos de oficiales... Inició el antimilitarismo".[104]

Cuando pensamos en la Europa de aquel tiempo, con Alemania *excesivamente armada y rodeada por sus dos aliados; cuando* recordamos la responsabilidad del Vaticano en los inicios de la guerra de 1941, no podemos creer que la disminución de fuerzas en nuestro potencial militar no haya sido premeditado.

¿Cómo no nos dimos cuenta de que el caso Dreyfus comenzó en 1894, el año cuando se realizó la alianza franco-rusa. Luego, los voceros del Vaticano hablaron abiertamente del acuerdo con un poder "cismático" que, en su opinión, era un escándalo. Incluso el monseñor Cristiani, "prelado de Su Santidad", se atrevió a escribir:

"Mediante políticas que no se consideraron sabiamente, nuestro país parecía complacerse en provocar inclinaciones bélicas en su poderoso vecino (Alemania)... De hecho, la alianza franco-rusa parecía amenazar con rodear a Alemania".[105]

Para el respetable prelado, la triple alianza (Alemania, Italia, Austria-Hungría) no era una amenaza para nadie y Francia estaba equivocada al no permanecer aislada ante tal bloque. Siendo tres contra uno, el "golpe" hubiera sido más fácil y el Santo Padre no habría tenido que lamentar en 1918 la derrota de sus defensores.

104. Pierre Gacotte, de l'Academie Francaise, "Histoire de Francais" (París: Flammarion, 1951), II, pp. 516-517.
105. Mgr. Cristiani, "Le Vatican politique" (París: Ed. du Centurion, 1957), p. 102.

Parte IV

Capítulo 9

Los Años Previos a la Guerra: 1900-1914

El abad Brugerette escribió: "Bajo la imagen de Jesús crucificado, símbolo divino de la idea de justicia, 'La Croix' había cooperado apasionadamente con el trabajo de engaño y crimen contra la verdad, la rectitud y la justicia".[106]

No obstante, al final la justicia triunfó. El abad Fremont, quien, al referirse al caso Dreyfus, no temió mencionar la siniestra cruzada dirigida por Inocencio III contra los albigenses, parecía ser un verdadero profeta cuando dijo:

"Los católicos están ganando y piensan que derrocarán a la *República debido al odio hacia los judíos. Pero, me temo que sólo se* derrotarán a sí mismos".[107]

Cuando la opinión pública estaba bien informada, la reacción era fatal. Ranc había aprendido la lección en el caso Dreyfus cuando exclamó: "La República destruirá el poder de las congregaciones o será estrangulada". En 1899 se formó un ministerio de "defensa republicana". El padre Picard —superior de los asuncionistas—, el padre Bailly —director de "La Croix"— y otros diez miembros de esa orden fueron llevados a juicio ante el tribunal de Seine, por violar la ley de las asociaciones. La congregación de los asuncionistas fue disuelta.

El 28 de octubre de 1900 Waldek-Rousseau, presidente del Consejo, declaró en un discurso en Toulouse: "Las órdenes religiosas, dispersas pero no reprimidas, se formaron otra vez más numerosas y más militantes; cubren el territorio con la red de una organización política, cuyos vínculos son innumerables y muy unidos como vimos en un juicio reciente".

Al fin, en 1901, se aprobó una ley ordenando que ninguna congregación podía formarse sin autorización, y las que no presentaran su solicitud dentro del tiempo legal, serían disueltas automáticamente.

Estas regulaciones —tan naturales de parte de autoridades públicas

106. Abad Brugerette, op. cit., II, p. 478.
107. Agnes Siegfried, "L'Abbe Fremont" (París: F. Alcan, 1932), II, p. 163.

que deben controlar toda asociación establecida en su territorio— se presentaron ante los católicos como un abuso intolerable. Un dicho afirma: "La casa de un hombre es su castillo", pero la iglesia no lo acepta; la ley común no es para ella.

La oposición de los clérigos a que se aplicara la ley sería suficiente prueba de cuánto se necesitaba. Esa resistencia llevó al gobierno a reforzar su actitud, sobre todo bajo el ministro Combes. La intransigencia de Roma, en especial cuando Pío I sucedió a León XIII, dio origen a la ley de 1904 que abolió a las órdenes dedicadas a la educación.

A partir de entonces, la fricción entre el gobierno francés y la Santa Sede fue constante. Además, se eligió al nuevo papa en circunstancias significativas.

"León XIII murió el 20 de julio de 1903. Después de varias votaciones, el cónclave reunido para nombrar a su sucesor le dio 29 votos al cardenal Rampolla (se necesitan 42 para elegir a un papa). Entonces el cardenal austríaco Puzyna se paró y declaró que Su Apostólica Majestad, el emperador de Austria y rey de Hungría, estaba inspirado oficialmente para excluir al secretario de estado de León XIII. Sabemos que el cardenal Rampolla favorecía a Francia".[108]

Finalmente el cardenal Sarto fue elegido. Mediante la maniobra de Austria, que tomó el lugar del Espíritu Santo para "inspirar" a los cardenales del cónclave, esa elección fue una victoria para los jesuitas. El nuevo pontífice, descrito como una mezcla de "sacerdote de pueblo y arcángel con una espada feroz", era el perfecto tipo de hombre que deseaba la Orden. Al respecto, Dansette declaró:

"Cuando amamos al papa, no limitamos el área en que puede y debe ejercer su voluntad".[109]

En su primer discurso consistorial dijo: "Sabemos que muchos se asombrarán cuando declaremos que necesariamente participaremos en la política. Pero, todo el que desee ser justo puede entender que el Soberano Pontífice, investido por Dios con autoridad suprema, no tiene el derecho de separar la política del campo de la fe y la moral".[110]

Por tanto, tan pronto como Pío X subió al trono de San Pedro, públicamente declaró que, en su opinión, la autoridad del papa debía sentirse en todas las áreas, y que el clericalismo político no era sólo un

108-110, Adrien Dansette, op. cit., pp. 317-319.

derecho sino un deber. Como secretario de estado escogió también a un prelado español, monseñor Merry del Val. Éste tenía 38 años de edad y, como él, apoyaba a Alemania y se oponía a Francia. Esto no nos sorprende cuando leemos estas palabras del abad Fremont:

"Merry del Val, a quien conocí en el Colegio Romano, era el 'discípulo favorito de los jesuitas'".[111]

Pronto las relaciones entre la Santa Sede y Francia sintieron los efectos de tal elección. El primer conflicto surgió por la nominación de obispos de parte del poder civil.

"Antes de la guerra de 1870, la Santa Sede conocía los nombres de los nuevos obispos sólo después que éstos eran nominados. Si el papa no aprobaba a alguno, se reservaba el derecho de impedir que fuera obispo reteniendo la institución canónica. Existían enormes dificultades ya que los gobiernos, bajo toda clase de régimen, eran cuidadosos para elegir a candidatos dignos del oficio episcopal".[112]

Tan pronto como Pío X asumió el papado, Roma rechazó la mayoría de las nominaciones para nuevos obispos. Además, según relata Dansette, el nuncio en París, Lorenzelli, era "un teólogo que no seguía la diplomacia en forma apropiada y era totalmente hostil hacia Francia". Algunos dirán: "¡Sólo fue uno más que se sumó a los otros!" Pero su elección para ese cargo mostró claramente las intenciones de la Curia romana en relación a Francia.

Esa hostilidad sistemática fue aún más evidente en 1904, cuando el presidente Loubet fue a Roma, correspondiendo a la visita que Víctor Emmanuel III, rey de Italia, le había hecho en París hacía un tiempo.

Loubet deseaba que también el papa lo recibiera. Pero la Curia romana presentó un supuesto "protocolo invencible": "El papa no podía recibir a un jefe de estado que, al visitar al rey de Italia en Roma, pareciera reconocer como legal la "usurpación" de ese antiguo estado pontificio. Sin embargo, había precedentes: dos veces, en 1888 y 1903, un jefe de estado —y no de los menos importantes— había sido recibido en Roma por el rey de Italia y el papa. Por supuesto, no había sido el presidente de una república, sino el emperador alemán Guillermo II... El mismo honor se le había otorgado a Eduardo VII, rey de Inglaterra, y al zar.

La intención ofensiva del rechazo era evidente, y aun lo enfatizaron

111. Agnes Siegfried, op. cit., p. 342.
112. Adrien Dansette, op. cit., p. 323.

con un mensaje que el secretario de estado, Merry del Val, envió a todas las cancillerías. Al respecto, el autor católico Charles Ledre escribió:

"¿Podía la diplomacia pontificia ignorar el objetivo tan importante que había tras la visita del presidente Loubet a Roma?"[113]

Por supuesto, el Vaticano conocía el plan para separar a Italia de sus socios de la Triple Alianza: Alemania y Austria-Hungría, dos poderes germánicos que la Iglesia de Roma consideraba como sus mejores armas seculares. Este era el punto crucial y, de hecho, la razón de los frecuentes arranques de ira del Vaticano.

Hubo también otros conflictos respecto a los obispos franceses, a los que Roma consideraba demasiado republicanos. Al fin, cansados de los constantes problemas por las violaciones del Vaticano a los términos del Concordato, el 29 de julio de 1904 el gobierno francés puso fin a las "relaciones que la Santa Sede había invalidado".

El rompimiento de las relaciones diplomáticas llevó después a la separación de iglesia y estado.

Dansette escribió: "Nos parece normal ahora que Francia mantenga relaciones diplomáticas con la Santa Sede, y que el estado y la iglesia sigan el régimen de separación. Las relaciones diplomáticas son necesarias porque, aparte de toda consideración doctrinal, Francia debe estar representada dondequiera que tenga intereses que defender. Pero también se necesita la separación porque, en una democracia fundada en la soberanía de un pueblo dividido por diversas creencias, el estado sólo le debe libertad a la iglesia".[114] Luego el autor agrega: "Esta es, al menos, la opinión general".

Estamos de acuerdo con esta opinión razonable, sin olvidar, claro está, que el papado nunca la aceptaría. En el transcurso de su historia, la Iglesia Romana nunca dejó de proclamar su preeminencia sobre la historia civil, y al no poder imponerla abiertamente, hizo todo lo posible para implantarla con ayuda de su ejército secreto: la Compañía de Jesús.

Fue en esa época cuando el padre Wernz, general de la Orden, escribió: "El estado está bajo la jurisdicción de la iglesia; por tanto, la autoridad secular está en sujeción a la autoridad eclesiástica y tiene que obedecerla".[115]

113. Charles Ledre, "Un siecle sous la tiare" (París: Bibliotheque catholique Amiot-Dumont, 1955), p. 125.
114. Adrien Dansette, op. cit., pp. 333, 361.
115. Pierre Dominique, op. cit., p. 241.

Esa es la doctrina de los intransigentes defensores de la teocracia, de los consejeros y los que ejecutan sus órdenes. Éstos han llegado a ser tan indispensables en el Vaticano que es imposible distinguir aun la más leve diferencia entre el "papa negro" y el "papa blanco"; ambos son el mismo. Y, cuando nos referimos a la política del Vaticano, simplemente nos referimos a la política de los jesuitas.

Junto con muchos otros observadores calificados, el abad Fremont admite esto diciendo: "Los jesuitas dominan el Vaticano".[116]

Frente a la enorme oposición de los jesuitas —todopoderosos en la iglesia— a la República, desde 1905 a 1908 el estado se vio forzado a aplicar la ley de la separación con varias enmiendas. El objetivo de esta ley no era disminuir la riqueza de la iglesia ni sus templos. Los fieles podían organizarse en asociaciones locales, bajo la dirección del sacerdote para que los dirigiera. ¿Qué haría Roma?

"En la encíclica 'Vehementer' (11 de febrero de 1906), Pío X condenó el principio de separación y el de las asociaciones locales. Pero, ¿fue más allá de los principios?"[117] Pronto lo sabremos. A pesar del consejo del episcopado francés, el 10 de agosto de 1906 rechazó todo el acuerdo mediante la encíclica 'Gravissimo'".

Esto causó otra decepción a los católicos liberales. Brunetiere exclamó: "Cuando pienso que lo que se les niega a los católicos franceses —sabiendo que tal negativa desatará una guerra religiosa en nuestro pobre país que tanto necesita la paz—, se les concede a los católicos alemanes, y que las 'asociaciones locales' han estado operando allí por 30 años para satisfacción de todos, no puedo evitar, como patriota y como católico, sentirme muy indignado".[118]

Es cierto que hubo algunos problemas al hacer inventario de las propiedades de la iglesia, pero no fue una guerra religiosa... Aunque los ultramontanos querían causar conflicto, la población en general permaneció calmada cuando la iglesia prefirió devolver al estado algunas de sus propiedades, en vez de someterse a las medidas conciliatorias establecidas por la ley.

¿Entendió totalmente el escritor Brunetiere por qué la Santa Sede trataba en forma diferente a los católicos franceses y a los alemanes? La Primera Guerra Mundial revelaría su significación.

116. Agnes Siegfried, op. cit., p. 421.
117. Adrien Dansette, op. cit., pp. 333, 361.
118. Adrien Dansette, op. cit., p. 363.

Aunque, con el Caso Dreyfus, los jesuitas habían trabajado eficazmente para dividir al pueblo francés y debilitar el prestigio de su ejército, en Alemania estaban haciendo lo opuesto.

Bismark, que en el pasado había promovido la Lucha Cultural contra la Iglesia Católica, estaba recibiendo innumerables favores de ésta. El escritor católico Joseph Rovan lo explica así:

"Bismark será el primer protestante que recibirá la 'Orden de Cristo' con joyas, uno de los más altos honores de la iglesia. El gobierno alemán permite que diarios dedicados a ese fin, publiquen que el canciller estaría dispuesto a defender las pretensiones del papa a una restauración parcial de su autoridad temporal".[119]

"En 1886, el Centro —partido católico alemán— se mostró hostil a los proyectos militares que presentó Bismark. León XIII intervino en los asuntos internos de Alemania para apoyar al canciller. Su secretario de estado le escribió al Nuncio de Munich: 'En vista de la inminente revisión de la legislación religiosa que, por buenas razones, creemos que se realizará de manera conciliatoria, el Santo Padre desea que el Centro promueva los proyectos de los militares en toda forma posible'".[120]

Joseph Rovan declara: "La diplomacia alemana interviene —es ya un antiguo hábito— en el Vaticano para hacer que el papa ejerza su influencia sobre el Centro (el partido católico), a fin de que apoye los proyectos militares... Los católicos alemanes hablarán de la gran 'misión política' de Alemania, que es a la vez una misión moral universal... El Centro también se hace responsable de la prolongación de un reinado débil que, con discursos de tono bélico sobre armamentos navales y otras arengas bélicas, llevó a Alemania a una catástrofe... El Centro fue a la guerra (de 1914) convencido de la rectitud, pureza e integridad moral de los líderes de su país, y de la armonía de sus planes y programas con los planes de la justicia eterna".[121]

Como vemos, el papado había logrado implantar esa convicción. Además, como el monseñor Fruhwirth dijo en 1914:

"Alemania es la base sobre la cual el Santo Padre puede y debe establecer grandes esperanzas".

119. Joseph Rovan, op. cit., pp. 121, 150ss.
120. Jean Bruhat, "Le Vatican contre les peuples" (Paralleles, 21 de diciembre de 1950).
121. Joseph Rovan, op. cit., pp. 121, 150ss.

Parte V

El Ciclo Infernal

Capítulo 1

La Primera Guerra Mundial

A la furia que despertó en el Vaticano la alianza franco-rusa, tan evidente en el Caso Dreyfus, y a la ira incitada por la unión franco-italiana, demostrada en el incidente de Loubet, se añadió un amargo resentimiento por el "Entente Cordiale" [acuerdo de amistad] con Inglaterra. Francia había decidido no oponerse sola a su "poderoso vecino" ni a Austria y Hungría. Según el monseñor Cristiani, los líderes máximos de la Iglesia Católica no vieron con agrado esa política tan "irracional e insensata". Porque, además de poner en peligro la "depuración radical" que necesitaba la Francia atea, esa política apoyaba a la cismática Rusia, una oveja perdida cuyo retorno la Iglesia Católica aún esperaba, aunque se necesitara una guerra para lograrlo.

Sin embargo, la Iglesia Ortodoxa permaneció firme en los Balcanes, especialmente en Serbia. Ésta, por el tratado de Bucarest que puso fin a la guerra en los Balcanes, se había convertido en centro de atracción para los eslavos del sur, sobre todo a los que estaban bajo el yugo austríaco. Los ambiciosos planes del Vaticano y el imperialismo apostólico de la dinastía Hapsburgo concordaban perfectamente, tal como en el pasado. Debido a su creciente poder, Serbia empezó a ser vista por Roma y Viena como el enemigo que debían derrotar.

Esto está registrado en un documento diplomático que se halló en los archivos austríacos-húngaros. Respecto a los diálogos que el príncipe Schonburg tuvo en el Vaticano en octubre y noviembre de 1913, al ministro austríaco Berchtold se le informó lo siguiente:

"Entre los temas discutidos la semana pasada con el cardenal Secretario de Estado (Merry del Val), como era de esperarse, surgió el asunto de Serbia. Ante todo, el cardenal se alegró por nuestra actitud firme y oportuna en los últimos meses. Durante la audiencia que tuve ese día con Su Santidad, el Santo Padre, que inició la conversación mencionando los pasos enérgicos que tomamos en Belgrado, él hizo algunos comentarios característicos. 'Por cierto, habría sido mejor —

dijo Su Santidad— si Austria-Hungría hubieran castigado a los serbios por todas las maldades que hicieron".[1]

Por tanto, ya en 1913 se manifestaron claramente los sentimientos bélicos de Pío X. Eso no nos sorprende si consideramos quiénes inspiraban la política romana.

"¿Qué debían hacer los Hapsburgo? Castigar a Serbia, una nación ortodoxa. Eso hubiera incrementado el prestigio de Austria-Hungría y de la dinastía Hapsburgo que, con los Borbones de España, eran los últimos partidarios de los jesuitas. Sobre todo, hubiera aumentado el prestigio del heredero, Francisco Ferdinando. Para Roma, este asunto adquirió importancia casi religiosa; la victoria de la monarquía apostólica sobre el zarismo se podría considerar como una victoria de Roma sobre el cisma del este".[2]

La situación continuó en 1913. Sin embargo, el 28 de junio de 1914 el archiduque Francisco Ferdinando fue asesinado en Sarajevo. El gobierno serbio no participó en el crimen, cometido por un estudiante macedonio, pero fue la excusa perfecta para que el esperador Francisco José atacara.

"El conde Sforza sostiene que el principal problema fue persuadir a Francisco José de que la guerra era necesaria. El consejo del papa y su ministro fue lo que más influyó en él".[3]

Este consejo, claro está, le fue dado al emperador; y fue el tipo de consejo que se hubiera esperado de ese papa y su ministro, "discípulo favorito de los jesuitas". Mientras Serbia procuraba mantener la paz, cediendo a los deseos del gobierno austríaco —que había enviado un mensaje amenazador a Belgrado—, el 29 de julio el conde Palffy, representante austríaco ante el Vaticano, le entregó al ministro Berchtold un resumen de su conversación del día 27 con el cardenal Secretario de Estado, Merry del Val. Este diálogo trató de asuntos que perturbaban a Europa en aquel tiempo".

El diplomático negó con desdén los rumores "imaginarios" sobre la supuesta intervención del papa, quien, al parecer, "había suplicado al emperador que librara a las naciones cristianas de los horrores de la guerra". Habiendo enfrentado esas "absurdas" suposiciones, expresó la "verdadera opinión de la Curia" que le transmitió el Secretario de Estado:

1. "Documento" P.A., XI/291.
2-3. Pierre Dominique, op. cit., pp. 245-246, 250.

"Hubiera sido imposible detectar un espíritu de indulgencia y conciliación en las palabras de Su Eminencia. Es cierto que calificó de severo el mensaje a Serbia, pero lo aprobó totalmente y, en forma indirecta, expresó el deseo de que la monarquía finalizara el trabajo. En verdad, agregó el cardenal, era una lástima que no se hubiera humillado a Serbia mucho antes, porque entonces se habría hecho sin grandes riesgos. Esta declaración concuerda con los deseos del papa, que en los últimos años a menudo lamentó que Austria-Hungría no hubiera 'castigado' a su peligroso vecino del Danubio".[4]

Esto era lo opuesto a los rumores "imaginarios" sobre la intervención pontificia en favor de la paz.

En realidad, el diplomático austríaco no fue el único que informó la "verdadera opinión" del pontífice romano y su ministro.

Un día antes, el 26 de julio, el barón Ritter, encargado de negocios ante el Vaticano, había escrito a su gobierno:

"El papa está de acuerdo con Austria en tratar severamente a Serbia. No cree que los ejércitos ruso y francés sean tan poderosos, y opina que no podrían lograr mucho en una guerra contra Alemania. El cardenal Secretario de Estado no sabe cuándo Austria podría declarar la guerra si no se decide ahora".[5]

Por tanto, la Santa Sede estaba consciente de los "grandes riesgos" que representaba una guerra entre Austria y Serbia, pero hizo todo lo posible por incitarla.

Al Santo Padre y a sus consejeros jesuitas no les importaba que las "naciones cristianas" sufrieran. No era la primera vez que éstas eran usadas para beneficiar la política de Roma. Al fin tenían la oportunidad anhelada de usar el arma secular germánica contra la Rusia ortodoxa, contra la Francia "atea" que necesitaba una "depuración radical", y, como un beneficio adicional, contra la Inglaterra "hereje". Todo parecía prometer una guerra "emocionante y feliz".

Pío X no vio el desarrollo ni el resultado de la guerra como esperaba. Murió cuando ésta se iniciaba, el 20 de agosto de 1914. Pero 40 años después, Pío XII canonizó a este augusto pontífice, y el Resumen de la Historia Santa, usado como catecismo parroquial, le dedicó estas edificantes palabras:

4. "Veroffentlichungen der Kommission fur Neuere Geschichte Osterreichs" (26 Wien-Leipzig, 1930), pp. 893-894.
5. Este comunicado apareció en "Bayerische Dokumenten zum Kriegssausbruch", III, p. 205.

"Pío X hizo todo lo posible para impedir que estallara la guerra de 1914, y murió de angustia al prever los sufrimientos que causaría".

Si fuera una sátira, ¡nadie la habría planeado mejor!

Unos años antes de 1914, Yves Guyot, un verdadero profeta, declaró: "Si estalla la guerra, escuchen, ustedes que creen que la Iglesia Romana es el símbolo de orden y paz, y no busquen al culpable fuera del Vaticano: éste será el instigador astuto, como en la guerra de 1870".[6]

Habiendo instigado la matanza, el Vaticano apoyó también con astucia a sus defensores austríacos y alemanes durante la guerra. La incursión militar en Francia, anunciada por el Káiser, fue detenida en el Marne y el agresor se vio forzado a defenderse tras sus feroces ataques. Pero, al menos la diplomacia pontificia le proveyó toda la ayuda posible. No debe sorprendernos ya que, al parecer, la Divina Providencia se complacía en favorecer a los imperios centrales.

El cardenal Rampolla, considerado defensor de Francia —y a quien, por lo mismo, un veto de Austria le impidió subir al trono pontificio—, falleció unos meses antes que Pío X. Fue, aparentemente, una muerte muy oportuna.

Pero esta no fue la intervención total "de Dios": Como había prometido antes de la votación, el nuevo papa, Benedicto XV, nombró al cardenal Ferrata como secretario de estado.

No obstante, el cardenal[7] ni siquiera tuvo tiempo de asumir totalmente su nuevo cargo. Después de ocupar el puesto de secretario a fines de septiembre de 1914, MURIó REPENTINAMENTE el 20 de octubre, víctima de una terrible indisposición luego de un "REFRIGERIO LIGERO".

"Estaba sentado frente a su escritorio y de pronto se sintió mal, desplomándose como si le hubiera caído un rayo. Los sirvientes acudieron rápidamente para atenderlo. El doctor, a quien llamaron de inmediato, se dio cuenta al instante de la gravedad de la situación y solicitó una consulta rápida. Ferrata había comprendido lo que estaba sucediendo y sabía que no tenía esperanza... Suplicó que no lo dejaran morir en el Vaticano... La consulta médica se realizó en su hotel, con seis doctores... Éstos rehusaron escribir un informe médico; el que se publicó no estaba firmado".[8] Él no padecía de ningún tipo de mal o enfermedad.

6. Yves Guyot, "Bilan politique de l'Eglise", p. 139.
7. Él no simpatizaba mucho con los jesuitas.
8. Abbe Daniel, "Le Bapteme de sang" (Herblay: Ed. de l'Idee Libre, 1935), pp. 28-30.

"El escándalo de esa muerte fue tal que no se pudo evitar una investigación. Este fue el resultado: En la oficina se había roto un frasco. Así se explicó la presencia de vidrio pulverizado en el azucarero que usaba el cardenal. ¡El azúcar granulada puede ser útil! Allí se detuvo la investigación..."[9]

El abad Daniel agrega que, días después, la salida repentina del criado del cardenal fallecido provocó muchos comentarios, sobre todo porque él, aparentemente, había trabajado para el Monseñor von Gerlach antes que su amo ingresara a las Santas órdenes. Este prelado germánico y espía notorio huyó de Roma en 1916. Luego fue arrestado y acusado de sabotear el barco de guerra italiano "Leonardo de Vinci", que explotó en la bahía de Tarente, causando la muerte de 21 oficiales y 221 marineros. Su juicio continuó en 1919. Von Gerlach no compareció y fue condenado a 20 años de trabajo forzado".[10]

Con el caso de este "chambelán participante", editor del "Osservatore Romano", tenemos una idea clara del estado de ánimo en las altas esferas del Vaticano.

Una vez más, el abad Brugerette describe el "ambiente de la Santa Sede": "Ningún obstáculo detiene a los profesores y clérigos en su esfuerzo para que el clero italiano y el mundo católico de Roma respeten y admiren al ejército alemán, y desprecien y aborrezcan a Francia".[11]

Ferrata, que prefería la neutralidad, había fallecido en el momento oportuno, y el cardenal Gasparri pasó a ser secretario de estado. Éste, en perfecta armonía con Benedicto XV, se esforzó para apoyar los intereses de los imperios centrales.

"Considerando esto, no nos sorprende que el papa Benedicto XV, en los meses siguientes, trabajara arduamente para mantener a Italia en el camino de la intervención, lo que beneficiaría más a los jesuitas, amigos de los Hapsburgo..."[12]

Al mismo tiempo, los aliados se habían desmoralizado grandemente, aunque no lo expresaban.

"El 10 de enero de 1915, un decreto firmado por el cardenal Gasparri, secretario de estado de Benedicto XV, ordenó que se observara un día de oración para que reinara la paz... Uno de los

9. Abbe Daniel, "Le Bapteme de sang" (Herblay: Ed. de l'Idee Libre, 1935), pp. 28-30.
10-11. Abad Brugerette, op. cit., III, pp. 553, 528-529.
12. Pierre Dominique, op. cit., p. 252.

ejercicios de piedad obligatorios era rezar la oración que Benedicto XV había escrito... El gobierno francés ordenó que se incautara el documento pontificio. Pensaban que esa oración por la paz era una manifestación debilitante y destructiva, capaz de aminorar el esfuerzo de los ejércitos en una época cuando las hordas alemanas estaban siendo presionadas a abandonar el territorio, y el Káiser podía ver el inminente castigo por sus crímenes imperdonables... El papa —se decía— deseaba la paz de cualquier manera, aunque en ese tiempo sólo podía favorecer a los imperios centrales. Al papa no le agradaba Francia; él era "alemán".[13]

Charles Ledre, otro escritor católico, lo confirma: "En dos ocasiones, mencionadas en artículos famosos de "La Revue de Paris", la Santa Sede, al pedir a Italia y luego a los Estados Unidos que se mantuvieran alejados de la guerra, no sólo deseaba que la guerra concluyera más rápidamente... Según el abad Brugerette, apoyaba los intereses de nuestros enemigos y actuaba contra nosotros".[14]

Sin embargo, las acciones de los jesuitas y, por tanto, las acciones del Vaticano, no sólo afectaron a Italia y a los Estados Unidos. Todo medio y todo lugar era bueno para ellos.

"No nos sorprende, pues, que la diplomacia pontificia procurara desde el principio que no recibiéramos alimentos, disuadiendo a los neutrales para que no se pusieran de nuestro lado y destruir la unión del 'Entente'... Nada era insignificante si podía ayudar en esta tarea, y si producía paz al provocar debilidad entre los aliados.

"Hubo algo peor: peticiones de una paz separada. Entre el 2 y el 10 de enero de 1916, algunos católicos alemanes fueron a Bélgica —en nombre del papa, dijeron— a predicar una paz separada. Los obispos belgas los acusaron de mentir, pero el nuncio y el papa permanecieron callados...

"Entonces, la Santa Sede pensó unir a Francia y Austria, esperando así hacer que Francia firmara un acuerdo de paz separada, o demandarle que negociara la paz general con sus aliados... Unas semanas después, el 31 de marzo de 1917, el príncipe Sixto de Borbón entregó la famosa carta del emperador Carlos al presidente de la República.

"Puesto que la maniobra falló en este lado de los Alpes, se tenía que

13. Abad Brugerette, op. cit., III, pp. 553, 528-529.
14. Charles Ledre, op. cit., p. 154.

intentar nuevamente en otros lugares, en Inglaterra, en los Estados Unidos y sobre todo en Italia...

"Destruir los poderes temporales del 'Entente' para detener sus ataques, y arruinar su prestigio moral a fin de debilitar su valentía y obligarlo a negociar... Estas dos acciones conforman la política de Benedicto XV, y todos sus esfuerzos han tenido y tienen el objetivo de destruirnos".[15]

Louis Canet, un conocido católico, escribió esas palabras. Y el abad Brugerette escribió:

"Recién cuatro años después, por las declaraciones de Erzberger publicadas en 'Germania' el 22 de abril de 1921, supimos que la propuesta de paz que el papa proclamó, en agosto de 1917, fue precedida por un acuerdo secreto entre la Santa Sede y Alemania".[16]

Otro dato interesante es que el diplomático eclesiástico que negoció el "acuerdo secreto" fue el nuncio de Munich, monseñor Pacelli, futuro Pío XII.

Uno de sus apologistas, el jesuita Fernesolle, escribió: "El 28 de mayo (1917), monseñor Pacelli presentó sus cartas de nombramiento al rey de Baviera... Procuró arduamente obtener la cooperación de Guillermo II y del canciller Bethmann-Holveg. El 29 de junio, el emperador Guillermo II recibió al monseñor Pacelli en su sede de Kreuznach".[17]

Así, el futuro papa inició sus 12 años como nuncio en Munich y luego en Berlín, tal como pensó realizar su trabajo. Durante esos años multiplicó las intrigas para derrocar a la república alemana que se estableció después de la Primera Guerra Mundial, y preparar la venganza de 1939 colocando a Hitler en el poder.

No obstante, cuando los aliados firmaron el tratado de Versalles en julio de 1919, conocían tan bien el papel que había desempeñado el Vaticano en el conflicto, que con cuidado lo mantuvieron alejado de la mesa de la conferencia. Lo más sorprendente es que Italia, el estado más católico, fue el que insistió en tal exclusión.

"Mediante el artículo XV del pacto de Londres (26 de abril de 1915),

15. Louis Canet, "Le Politique de Benoit XV" (París: Revue, 15 de octubre y 1 de noviembre de 1918).
16. Abad Brugerette, op. cit., III, p. 543.
17. R.P. Fernesolle, S.J., "Pro pontifice", Imprimatur 26 de junio de 1947 (París: Beauchesne, 1947), p. 15.

que definía la participación de Italia en la guerra, el barón Sonnino logró que los otros aliados prometieran oponerse a toda intervención del papado en los arreglos para lograr la paz".[18] Esta medida fue sabia pero insuficiente. En vez de aplicar las sanciones contra la Santa Sede, que ésta merecía por haber provocado la Primera Guerra Mundial, los vencedores no hicieron nada para prevenir las futuras intrigas de los jesuitas y del Vaticano. Veinte años después, tales intrigas condujeron a una catástrofe aún peor, quizá la peor que el mundo haya conocido.

18. Charles Pichon, "Histoire de Vatican" (París: Sefi, 1946), p. 143.

Parte V

Capítulo 2

Preparativos Para la Segunda Guerra Mundial

En 1919, los hijos de Loyola cosecharon los frutos amargos de su política criminal. Francia no había sucumbido a la "depuración radical". El imperio apostólico de los Hapsburgo —a los que incitaron para "castigar a los serbios"— se había desintegrado, librando a los eslavos ortodoxos del yugo de Roma. Rusia, en vez de volver al redil romano, se tornó marxista, anticlerical y oficialmente atea. Y, en el caos, la invencible Alemania colapsó.

Sin embargo, por el orgullo característico de la Compañía, ésta jamás iba a confesar un pecado. Cuando Benedicto XV falleció en 1922, estaba lista para empezar otra vez con nuevas fuerzas. ¿Acaso no era todopoderosa en Roma?

Pierre Dominique declara: "El nuevo papa, Pío XI, que según algunos es jesuita, intenta arreglar la situación. Le pide al jesuita D'Herbigny que vaya a Rusia para reunir lo que queda del catolicismo y, en especial, para ver qué se puede hacer. Es una esperanza grande y vaga: reunir alrededor del pontífice al mundo ortodoxo perseguido.

"En Roma hay 39 colegios eclesiásticos, cuya fundación marca la fecha de importantes contraofensivas. De éstas, muchas fueron dirigidas y realizadas por jesuitas: el colegio germánico (1552), inglés (1578), irlandés (1628, restablecido en 1826), escocés (1600), estadounidense (1859), canadiense (1888), etíope (1919, reconstituido en 1930).

"Pío XI crea el colegio ruso (Colegio Pontificio Ruso de Santa Teresa del Niño Jesús) y lo pone bajo el cuidado de los jesuitas. Éstos controlan también el Instituto Oriental, el Instituto de San Juan Damasceno, el colegio polaco y después el colegio lituano. ¿No nos recuerda esto al padre Possevino, a Iván el Terrible y al falso Demetrio? Se cumple así el segundo de los tres objetivos principales del tiempo de Ignacio. Una vez más los jesuitas son los agentes que inspiran y llevan a cabo tal operación".[19]

19. Pierre Dominique, op. cit., pp. 253-254.

En la derrota sufrida, los hijos de Loyola vislumbran una esperanza. Al eliminar la revolución rusa al zar, protector de la Iglesia Ortodoxa, ¿no ha decapitado al gran rival, ayudando a que entre la Iglesia Romana? ¡Deben atacar mientras haya oportunidad! Se crea entonces el famoso "Russicum" [colegio pontificio ruso] y sus misioneros clandestinos llevan las Buenas Nuevas a ese país cismático.[19a] Un siglo después de ser expulsados por el zar Alejandro I, los jesuitas emprenden otra vez la conquista del mundo eslavo. Desde 1915 su general es Nalke von Ledochowski.

Dominique dice: "¡Algunos pensarán que veo jesuitas en todas partes! Pero me siento obligado a señalar su presencia y sus actos; a declarar que apoyaban la monarquía de Alfonso XIII, cuyo confesor era el padre López; que, cuando se puso fin a la monarquía española y quemaron sus monasterios y colegios, ellos estaban ayudando a Gil Robles; después, cuando estalló la guerra civil, estaban con Franco. En Portugal apoyaron a Salazar. En Austria y Hungría, donde el emperador Carlos fue destronado tres veces (¿qué papel jugaron ellos en esos intentos de recuperar el trono de Hungría? ¡Nadie lo sabe!), ellos mantenían el asiento listo, sin saber para quién o para qué. Monseñor Seipel, Dolfuss y Schussnigg pertenecen a sus filas. Por un tiempo soñaban con una gran Alemania, y una mayoría católica a la que los austríacos tendrían que pertenecer necesariamente: una versión moderna de la antigua alianza del siglo 16, entre los Wittelsbach y los Hapsburgo. En Italia, apoyan primero a Don Sturzo, fundador del partido popular, y luego a Mussolini... El jesuita Tacchi Venturi, secretario general de la Compañía, actuó como intermediario entre Pío XI —cuyos confesores eran los jesuitas Alissiardi y Celebrano— y Mussolini.

"En febrero de 1929, en el período del Tratado Laterano, el papa llamó a Mussolini 'el hombre que la Providencia nos permitió conocer'. Roma no condenó lo que se conoce como la 'agresión etíope' y, en 1940, el Vaticano aún es el amigo sincero de Mussolini.

"Los jesuitas tienen en él un cuartel secreto. Desde allí observan a la Iglesia Universal *con el ojo frío y calculador del político*".[20]

Esto resume perfectamente la actividad de los jesuitas entre las dos guerras mundiales. El "cuartel secreto" de los hijos de Loyola era el

19a. Véase también Frederic Hoffet, "L'Equivoque catholique et le nouveau clericalisme" (París: Fischbacher).
20. Pierre Dominique, op. cit., pp. 253-254.

cerebro político del Vaticano. Los confesores de Pío XI eran jesuitas; los de su sucesor, Pío XII, también fueron jesuitas y, además, alemanes. No importaba si el complot resultaba evidente: al parecer, todo estaba listo para la venganza.

Pero, bajo el pontificado de Pío XI hubo un período de preparación. El "brazo secular" germano, al ser derrotado, soltó la espada. Mientras esperaba tomarla otra vez en sus manos, se preparaba en Europa un campo digno de sus futuras hazañas, y antes debían detener el auge de la democracia.

Italia sería el primer campo de acción. Allí había un jefe socialista alborotador, reuniendo a ex militares alrededor de él. Éste proclamaba una doctrina aparentemente intransigente, pero, a pesar de sus alardes irracionales, poseía suficiente ambición y lucidez para ver su situación precaria.

La diplomacia jesuita pronto lo ganaría para sus filas.

Francois Charles-Roux, del Instituto, y que era entonces embajador de Francia ante el Vaticano, dijo: "Cuando el futuro Duce era sólo un simple diputado, el cardenal Gasparri, secretario de estado, tuvo una entrevista secreta con él... El líder fascista estuvo de acuerdo en que el papa debía ejercer soberanía temporal sobre una parte de Roma...

"Cuando el cardenal Gasparri me informó de la entrevista, concluyó diciendo: 'Con tal promesa, estuve seguro de que si este hombre subía al poder, tendríamos éxito'.

"No mencionaré su relato sobre las negociaciones entre los agentes secretos de Pío XI y Mussolini..."[21]

Estos agentes secretos —siendo el principal el jesuita Tacchi Venturi— cumplieron muy bien su misión. No nos sorprende, sabiendo que dicho padre era secretario de la Compañía de Jesús y confesor de Mussolini. Según el relato de Gastón Gaillard, Halke von Ledochowski, general de su Orden, fue quien lo "dirigió" a ganarse la simpatía del líder fascista.[22]

El 16 de noviembre de 1922 el parlamento eligió a Mussolini con 306 votos a favor y 116 en contra. Allí el grupo católico de Don Sturzo, que *supuestamente era demócrata cristiano, votó unánimemente* por el primer gobierno fascista".[23]

21. Francois Charles-Roux, "Huit ans an Vatican" (París: Flammarion, 1947), pp. 47ss.
22. Gaston Gaillard, "La fin d'un temps" (París: Ed. Albert, 1933), p. 353.
23. Pietro Nenni, "Six ans de guerre civile en Italie" (París: Librairie Valois, 1930), p. 146.

Diez años después, la misma maniobra tuvo un resultado similar en Alemania. Mediante sus votos, el Centro Católico del monseñor Kass aseguró la dictadura del nazismo.

En 1922, Italia fue el terreno de prueba para la nueva fórmula del conservadorismo autoritario: el fascismo, con un disfraz más elegante si las circunstancias locales lo exigían, y algo de seudo socialismo. Desde ese momento, todos los esfuerzos de los jesuitas del Vaticano procuraban difundir esta "doctrina" en Europa, con una ambigüedad típica de ellos.

Ni la caída del régimen de Mussolini, ni la derrota ni la ruina fueron suficientes para desacreditar, ante los demócratas cristianos italianos, al dictador con delirio de grandeza que el Vaticano impuso en su país. Aunque lo repudiaron externamente, su prestigio siguió intacto en el corazón de los clérigos. La prensa publicó lo siguiente:

"Esto hemos decidido: Los visitantes, al llegar a Roma para las Olimpíadas de 1960, verán el obelisco de mármol que Benito Mussolini erigió en su honor, porque domina el estadio olímpico desde las orillas del Tíber. El monumento, de 33 metros de alto, lleva la inscripción 'Mussolini-Dux', y lo adornan mosaicos e inscripciones que alaban al fascismo. La frase 'Larga vida al Duce' aparece más de 100 veces; y el lema, 'Muchos enemigos significan mucho honor', se repite varias veces también. A cada lado del monumento hay bloques de mármol, conmemorando los eventos principales del fascismo, desde la fundación de la publicación 'Popolo d'Italia' por Mussolini, hasta el establecimiento del imperio fascista —de muy corta duración—, incluyendo la guerra en Etiopía. El plan era coronar el obelisco con una estatua gigante de Mussolini —representado como un atleta desnudo— de casi 100 metros de alto. Pero el régimen cayó antes que este extraño proyecto se llevara a cabo.

"Después de un año de controversias, el gobierno de Segni ha decidido que el obelisco del Duce debe permanecer".[24]

No importaban la guerra, la sangre que corría profusamente, las lágrimas y las ruinas. Eran detalles sin importancia, pequeñas manchas en el monumento erigido para la gloria del "hombre que la Providencia nos permitió conocer", como lo describió Pío XI.

Ningún defecto, error o crimen podía borrar su principal mérito: él

24. Press Italienne, New York Herald Tribune, Time y Paris Presse, 3 de noviembre de 1959.

restableció el poder temporal del papa, proclamó al catolicismo romano como la religión del estado, y, mediante leyes que aún están vigentes, le dio al clero poder total sobre la vida de la nación.

El obelisco de Mussolini debía estar en el corazón de Roma para dar testimonio de eso, para beneficio de turistas extranjeros que lo miraran con admiración, o burla; y con la esperanza de que llegaran mejores tiempos y se erigiera al "atleta desnudo" de 100 metros de alto, defensor simbólico del Vaticano.

El Tratado Laterano, con el que Mussolini le demostró su gratitud al papado, le dio a la Santa Sede —aparte del pago de 1,750 millones de liras— la soberanía temporal sobre el territorio de la ciudad del Vaticano. Monseñor Cristiani, prelado de Su Santidad, explicó la importancia del evento:

"Ciertamente la Constitución de la ciudad del Vaticano era de primordial importancia para establecer al papado como poder político".[25]

No perderemos tiempo intentando conciliar esta confesión con la frase tan escuchada: "La Iglesia Romana no participa en política". Sólo señalaremos la posición singular que tiene en el mundo un estado que es secular y sagrado, y de naturaleza ambigua, y las consecuencias de tal posición.

¿Cuáles son las astutas artimañas jesuíticas que emplea este poder; que, según las circunstancias, usa su carácter temporal o el espiritual para estar exenta de las reglas establecidas por las leyes internacionales?

Las naciones mismas han dado lugar a esos engaños y, al hacerlo, ayudaron a que el caballo de Troya del clericalismo penetrara en medio de ellas.

"El papa se identificaba demasiado con los dictadores",[26] escribió Francois Charles-Roux, embajador francés ante el Vaticano. Pero, ¿podía esperarse algo distinto cuando la Santa Sede misma había elevado a esos hombres al poder?

Mussolini, el prototipo, inauguró esa serie de hombres "providenciales", individuos armados con espada que prepararían la venganza para 1918. Desde Italia, donde el fascismo prosperó bajo el cuidado del jesuita Tacchi Venturi y sus acólitos, se exportaría pronto a Alemania. "Hitler recibe su ímpetu de Mussolini; el ideal de los nazis es el mismo que

25. Monseñor Cristiani, "Le Vatican politique", Imprimatur: 15 de junio de 1956 (París: Ed. du Centurion, 1957), p. 136.
26. Francois Charles-Roux, op. cit., p. 231.

existía en Italia... Puesto que Mussolini está a la cabeza, todos simpatizan con Berlín... En 1923, su fascismo se une con el nacionalsocialismo; él establece amistad con Hitler, proveyéndole armas y dinero".[27]

En aquel tiempo, el monseñor Pacelli —futuro Pío XII y el mejor diplomático de la Curia entonces— era Nuncio en Munich, capital de la Baviera católica. Allí comenzó a elevarse la estrella del futuro dictador alemán; él también era católico, como sus asociados más importantes. Respecto al país, cuna del nazismo, Maurice Laporte nos dice: "Sus dos enemigos se llaman protestantismo y democracia".

Por tanto, era comprensible la ansiedad que vivía Prusia.

"Es fácil imaginar el cuidado especial del Vaticano por Baviera, donde el nacionalsocialismo de Hitler recluta a sus más fuertes contingentes".[28]

Quitarle a la Prusia "hereje" el control del "brazo secular" alemán, y transferirlo a la Baviera católica, ¡qué hermoso sueño! El monseñor Pacelli hizo todo lo posible para realizarlo, actuando en convenio con el líder de la Compañía de Jesús.

"Después de la otra guerra (1914-1918), el general de los jesuitas, Halke von Ledochowski, concibió un vasto plan... crear, con o sin el emperador Hapsburgo, una federación de las naciones católicas del centro y este de Europa: Austria, Eslovaquia, Bohemia, Polonia, Hungría, Croacia y, por supuesto, Baviera.

"Este nuevo imperio central debía pelear en dos frentes: por el este, contra la Unión Soviética; por el oeste, contra Prusia, la Gran Bretaña protestante, y la Francia republicana y rebelde. En esa época el monseñor Pacelli era nuncio en Munich —entonces Berlín— y amigo íntimo del cardenal Faulhaber, principal colaborador de Von Ledochowski. El plan de éste era el sueño de juventud de Pío XII".[29]

Pero, ¿era sólo un sueño de juventud? La Europa central que Hitler trató de organizar se asemejaba mucho a este plan, sin la presencia de la Prusia luterana en ese bloque —una minoría no peligrosa— y las zonas reconocidas de influencia que —quizá temporalmente— pertenecían a Italia. En realidad, era el plan de Ledochowski, adaptado a las necesidades de ese tiempo; el Fuhrer estaba tratando de realizarlo bajo el patrocinio de la Santa Sede, con ayuda de Franz von Papen,

27. Antonio Aniante, "Mussolini" (París: Grasset, 1932), pp. 123ss.
28. Maurice Laporte, "Sous le casque d'acier" (París: A. Redier, 1931), p. 105.
29. "La Tribune des Nations", 30 de junio de 1950.

chambelán privado del papa, y el nuncio de Munich, monseñor Pacelli.

Charles-Roux escribió: "En la época contemporánea, la política mundial nunca sintió tanto la intervención católica como durante el ministerio del monseñor Pacelli".[30]

"Ahora la Baviera católica", dijo Joseph Rovan, "dará la bienvenida y protegerá a todos los que siembran problemas, a los confederados y asesinos de la Santa Vehm".[31]

Entre esos agitadores, los "regeneradores" de Alemania escogieron a Hitler, el destinado a superar los "errores de la democracia" bajo el estándar del Santo Padre. Por supuesto, él era católico como sus principales colaboradores.

"El régimen nazi es como el retorno al gobierno del sur de Alemania. Los nombres y el origen de sus líderes lo muestran: Hitler es austríaco, Goreing es bávaro, Goebbels es de la región del Rin, y así sucesivamente".[32]

En 1924, la Santa Sede firmó un Concordato con Baviera. En 1927, la "Gaceta de Colonia" afirmó: "Pío XI es el papa más alemán que se haya sentado en el trono de San Pedro".

Su sucesor, Pío XII, le quitó ese título. Pero, por el momento él estaba atendiendo su carrera diplomática —o su carrera política— en esta Alemania por la cual, como le dijo a Ribbentrop, "siempre sentiría un afecto especial".

Al nombrársele nuncio en Berlín, trabajó con Franz von Papen para destruir a la república de Weimar. El 20 de julio de 1932 se declaró estado de sitio en Berlín y los ministros fueron expulsados por la fuerza de las armas. Ese fue el primer paso hacia la dictadura hitleriana. Luego, se planearon nuevas elecciones que determinaron el triunfo de los nazis.

"Goering y Strasser, con la aprobación de Hitler, contactaron al monseñor Kass, jefe del partido Centro Católico".[33]

El cardenal Bertram, arzobispo de Breslau y primado de Alemania, declaró: "Nosotros, cristianos y católicos, no reconocemos a ninguna religión o raza..." Como muchos otros obispos, intentó advertir a los fieles acerca del "ideal pagano de los nazis". Obviamente este prelado no había entendido la política del papa, pero pronto se la enseñarían.

30. Francois Charles-Roux, op. cit., p. 93.
31. Joseph Rovan, op. cit., p. 195.
32. Gonzague de Reynold, "D'ou vient l'Allemagne" (París: Plon, 1939), p. 185.
33. Walter Gorlitz y Herbert A. Quint, "Adolf Hitler" (París: Amiot, Dumont, 1953), p. 32.

En 1934, el "Mercurio de Francia" publicó un estudio excelente:

"A principios de 1932, los católicos alemanes no creían haber perdido la causa; pero, en la primavera, sus líderes no sabían qué pensar: les habían dicho que 'personalmente, el papa estaba a favor de Hitler'.

"No debe sorprendernos que Pío XI simpatizara con Hitler... Según él, Europa experimentaría estabilidad sólo por medio de la hegemonía de Alemania... El Vaticano por mucho tiempo había pensado cambiar el centro alrededor del cual giraba el Reich, mediante la unificación (Anschluss), y la Compañía de Jesús trabajaba abiertamente con ese objetivo (plan de Ledochowski), sobre todo en Austria. Sabemos ya que Pío XI dependía de Austria para lograr lo que él llamaba su triunfo político. Tenía que evitar la hegemonía de la Prusia protestante y, puesto que el Reich debía dominar a Europa... tenía que reconstruir un Reich donde los católicos fueran los amos...

"En marzo de 1933, los obispos de Alemania, reunidos en Fulda, aprovecharon el discurso de Hitler en Potsdam para declarar: 'Debemos reconocer que el máximo representante del gobierno del Reich, que es a la vez líder del movimiento nacionalsocialista, presentó declaraciones públicas y solemnes por las cuales se reconoce la inviolabilidad de la doctrina católica, el trabajo y los derechos inmutables de la iglesia...' Von Papen se dirigió a Roma. Este hombre, con un pasado maligno, llega a ser un peregrino piadoso con la misión de concluir un Concordato con el papa (para Alemania entera). También tendría que imitar la conducta de Mussolini hacia el Vaticano".[34]

En ambos países sucedió lo mismo: en Italia, el partido católico de Don Sturzo aseguró el ascenso de Mussolini al poder; en Alemania, el Centro de monseñor Kaas hizo lo mismo por Hitler. Y, en ambos casos, un Concordato selló el pacto.

Rovan lo admite diciendo: "Gracias a Von Papen, el representante ante el Centro desde 1920 y dueño de la publicación oficial del partido, 'Germania', Hitler subió al poder el 30 de enero de 1933... El catolicismo político alemán, en vez de volverse demócrata cristiano, tuvo que otorgarle poder total a Hitler el 26 de marzo de 1933... Para votar a favor de poderes totales, se requería una mayoría de dos terceras partes, y se necesitaban los votos del Centro para alcanzarla".[35] El mismo autor agrega: "Bajo el régimen nazi, en la correspondencia y

34. "Mercure de France", "Pius XI and Hitler" (15 de enero de 1934).
35. Joseph Rovan, op. cit., pp. 197, 209, 214.

declaraciones de dignatarios eclesiásticos siempre hallaremos la ferviente aprobación de los obispos".[36]

Este fervor se explica fácilmente al leer lo que escribió Von Papen: "Los términos generales del Concordato fueron más favorables que todos los demás acuerdos similares que firmó el Vaticano", y "el canciller Hitler me pidió que le asegurara al secretario de estado papal (cardenal Pacelli) que de inmediato callaría al clan anticlerical".[37]

Esta promesa no se hizo en vano. En 1933, aparte de la masacre de judíos y los asesinatos perpetrados por nazis, existían ya 45 campos de concentración en Alemania, con 40.000 prisioneros de diversas opiniones políticas, pero mayormente liberales. Von Papen, chambelán privado del papa, definió perfectamente el significado del pacto entre el Vaticano y Hitler con esta frase, digna de grabarse: "El nazismo es una reacción cristiana contra el espíritu de 1789".

En 1937, presionado por la opinión mundial, Pío XI "condenó" las teorías raciales por ser incompatibles con la doctrina y los principios católicos. Lo hizo mediante lo que sus apologistas, en forma divertida, llaman la "terrible" encíclica "Mit brennender Sorge". Allí se condena el racismo nazi, pero no a Hitler, su promotor: "Distinguio". Y el Vaticano se cuida de no denunciar el "ventajoso" Concordato que cuatro años antes había concluido con el Reich nazi.

Mientras la cruz de Cristo y la esvástica cooperaban en Alemania, Benito Mussolini emprendió la fácil conquista de Etiopía con la bendición del Santo Padre.

"El soberano pontífice no había condenado la política de Mussolini, dejando al clero italiano en total libertad para colaborar con el gobierno fascista... Los clérigos, desde los sacerdotes de parroquias humildes hasta los cardenales, hablaban en favor de la guerra...

"Uno de los ejemplos más asombrosos fue el del cardenal arzobispo de Milán, Alfredo Ildefonso Schuster (jesuita), quien llegó al extremo de describir esta campaña como una cruzada católica".[38] Pío XI aclaró:

36. Joseph Rovan, op. cit., pp. 197, 209, 214.
37. Franz von Papen, op. cit., p. 207.
38. Es comprensible el entusiasmo del cardenal Schuster, ya que la Compañía de Jesús había enfrentado en Abisinia la misma situación que en los países europeos. Con la ayuda del usurpador Segud, a quien habían convertido y puesto en el trono, los hijos de Loyola trataron de imponer el catolicismo en toda la nación, provocando levantamientos y represiones sangrientas. Finalmente el Negus Basílides los expulsó.

"Italia considera que esta guerra se justifica por la apremiante necesidad de expansión..."

"Diez días después, cuando hablaba a una audiencia de ex militares, Pío XI expresó el deseo de que se cumpliera el anhelo legítimo de una nación grande y noble, de la cual —les recordó— descendía él".[39]

La agresión fascista contra Albania el Viernes Santo de 1939, se basó en el mismo "razonamiento", como relata Camille Cianfarra: "La ocupación italiana de Albania fue de gran provecho para la iglesia... De una población de un millón de albaneses que se convirtieron en súbditos de Italia, el 68% eran musulmanes, el 20% eran griegos ortodoxos, y sólo el 12% eran católicos romanos... Desde el punto de vista político, la anexión del país por un poder católico mejoraría la posición de la iglesia y agradaría al Vaticano".[40]

En España, la Curia romana aún consideraba el establecimiento de la república como una ofensa personal. "Nunca me atreví a mencionar el asunto de España a Pío XI", escribió Charles-Roux. "Probablemente me hubiera recordado que los intereses de la iglesia en esa gran tierra histórica de España, eran tan solo asunto del papado".[41]

Por tanto, a este "protegido territorio de cacería" se le dio un dictador, similar a los que habían tenido éxito en Italia y Alemania. La aventura del general Franco principió a mediados de julio de 1936. Pero, el 21 de marzo de 1934 ya se había sellado el Pacto de Roma entre Mussolini y los jefes de los partidos reaccionarios de España; uno de ellos era Goicoechea, líder de la Renovación Española. Con este pacto, el partido italiano fascista se encargó de proveer a los rebeldes el dinero, equipo de guerra, armas y municiones. Sabemos que hicieron aún más de lo prometido, y que Mussolini y Hitler constantemente abastecían a la rebelión española con equipo, aviones y "voluntarios".

El Vaticano, pasando por alto su propio principio —los fieles deben respetar al gobierno establecido—, oprimía a España con amenazas.

"El papa excomulgó a los líderes de la república española y declaró guerra espiritual entre la Santa Sede y Madrid. Luego, publicó la encíclica 'Dilectissimi Nobis'... El arzobispo Goma, nuevo primado de España, declaró la guerra civil".[42]

39-40. Camille Cianfarra, "La Guerre et le Vatican" (París: Le Portulan, 1946), pp. 46-48. El cardenal Schuster era también rector de esta extraña institución, "L'Ecole de mystique fasciste" (escuela de misticismo fascista).
41. Francois Charles-Roux, op. cit., p. 181.
42. Andre Ribard, "1960 et le secret du Vatican" (París: Libr. Robin, 1954), p. 45.

Los prelados de Su Santidad aceptaban sin problema los horrores de esta guerra fratricida. El monseñor Gomara, obispo de Cartagena, interpretó muy bien los sentimientos apostólicos de aquellos al decir: "Benditos son los cañones si, en los agujeros que éstos hacen, ¡el evangelio crece!"

El Vaticano incluso reconoció al gobierno de Franco el 3 de agosto de 1937, 20 meses antes que finalizara la guerra civil.

Bélgica también estaba protegida por la Acción Católica, una organización eminentemente ultramontana y jesuítica. ¡Tenían que preparar el terreno para la venidera invasión de los ejércitos del Fuhrer! Simulando una "renovación espiritual", el monseñor Picard (jesuita), el padre Arendt (jesuita), el padre Foucart (jesuita) y otros predicaban diligentemente el evangelio fascista hitleriano. Un joven belga, que cayó víctima de ellos como muchos otros, testificó: "En ese tiempo todos estábamos obsesionados ya con cierto tipo de fascismo... La Acción Católica, a la que yo pertenecía, simpatizaba con el fascismo italiano... Monseñor Picard proclamaba abiertamente que Mussolini era un genio y deseaba con fervor un dictador... Se organizaron peregrinajes para favorecer los contactos con Italia y el fascismo. Cuando fui a Italia con 300 estudiantes, al retornar a casa todos nos saludaban al estilo romano y cantaban 'Giovinezza'".[43]

Otro testigo declara: "Después de 1928, el grupo de León Degrelle colaboró regularmente con el monseñor Picard... [Éste] consiguió ayuda de León Degrelle para una misión muy importante: administrar una nueva casa de publicaciones en el centro de la Acción Católica. A esta casa editora se le puso un nombre que pronto se hizo famoso: Rex...

"El clamor por un nuevo régimen se multiplicó... Los resultados de esta propaganda en Alemania eran observados con mucho interés. En octubre de 1933, un artículo en el 'Vlan' nos recordó que en 1919 sólo había siete nazis, y que Hitler los trajo años después, sin otro recurso sino su talento para la publicidad... Habiéndose fundado con principios similares, el equipo 'rexista' inició un activo programa de propaganda en el país. Sus reuniones pronto atrajeron a centenares, y luego a miles de personas".[44]

43. Raymond de Becker, "Livre des vivants et des morts" (Bruselas: Ed. de la Toison d'Or, 1942), pp. 72-73, 175.
44. Jacques Saint-Germain, "La Bataille de Rex" (París: Les oeuvres francaises, 1937), pp. 67, 69.

Por supuesto, al igual que Mussolini con el fascismo, Hitler había traído al nuevo nacionalsocialismo mucho más que talento para la publicidad; ¡trajo el apoyo del papado!

Siendo tan solo una pálida sombra de aquellos dos, León Degrelle —líder del "Christus Rex"— recibió también el mismo apoyo, pero con un propósito muy distinto, ya que su trabajo fue abrirle las puertas de su país al invasor.

Raymond de Becker dice: "Yo colaboré con el 'Avant-Garde'... Esta publicación (del monseñor Picard) procuraba romper los lazos que unían a Bélgica, Francia e Inglaterra".[45]

Sabemos cuán rápidamente el ejército alemán derrotó a la defensa belga, traicionada por la quinta columna clerical. Tal vez recordemos también que el apóstol de "Christus Rex", vistiendo el uniforme alemán y acompañado de mucha publicidad, "peleó en el frente del este" a la cabeza de sus "Waffen SS", reclutados principalmente entre la juventud de la Acción Católica; luego, una retirada oportuna le permitió llegar a España. Pero, antes expresó con libertad sus sentimientos "patriotas" por última vez.

Maurice de Behaut escribió: "Hace diez años (en 1944) el puerto de Anvers, tercero en importancia en el mundo, cayó casi intacto en manos de las tropas británicas... Cuando parecía que terminarían los sufrimientos y privaciones de la población, cayó sobre ella el invento nazi más diabólico: las bombas voladoras V1 y V2. Este bombardeo, el más prolongado en la historia —día y noche durante seis meses—, se mantuvo oculto por orden del cuartel de los aliados. Por eso, aun hoy, la mayoría de la gente ignora el martirio que sufrieron las ciudades de Anvers y Liege.

"En la víspera del primer bombardeo (12 de octubre), algunas personas habían oído por Radio Berlín las alarmantes declaraciones del traidor "rexista", León Degrelle: "Le pedí a mi Fuhrer —exclamó— 20.000 bombas voladoras. Éstas castigarán a un pueblo necio. Les prometo que convertirán a Anvers en una ciudad sin puerto, o en un puerto sin ciudad".

"Desde ese día los bombardeos aumentaron, causando catástrofes y destrucción, mientras el traidor Degrelle gritaba por Radio Berlín, prometiendo cataclismos aún más terribles".[46]

45. Raymond de Becker, "Livre des vivants et des morts" (Bruselas: Ed. de la Toison d'Or, 1942), pp. 72-73, 175.
46. "Historia", diciembre de 1954.

Así se despidió de su tierra natal aquel producto cruel de la Acción Católica. Siendo un discípulo obediente del monseñor jesuita Picard; del padre jesuita Arendt; etc., el líder de "Christus Rex" siguió estrictamente las reglas papales.

"Los hombres de la Acción Católica —escribió Pío XI— no cumplirían su deber si, al presentárseles la oportunidad, no intentaran dirigir la política de su provincia y de su país".[47]

León Degrelle cumplió su deber, y el resultado —como vimos— fue proporcional a su celo.

En el libro de Raymond de Becker leemos: "Acción Católica halló en Bélgica a hombres excepcionales para dirigir sus asuntos, tales como el monseñor Picard (el más importante)... el canónigo Cardijn, fundador del movimiento 'jocista', un hombre visionario y de muy mal carácter..."[48]

Éste juró que nunca había "visto ni oído" a su compañero León Degrelle. Por tanto, los dos líderes de la Acción Católica belga, que trabajaban bajo el báculo del cardenal Van Roey, ¡al parecer nunca se habían conocido! ¿Cómo ocurrió ese milagro? Por supuesto, el ex canónigo no lo explica. Luego, Pío XII lo nombró monseñor y director de los movimientos 'jocistas' para el mundo entero.

Otro milagro: El monseñor Cardijn nunca conoció al reprensible líder de 'Rex' durante el gran congreso descrito por Degrelle:

"Recuerdo el gran congreso de la Juventud Católica en Bruselas en 1930. Yo estaba detrás del monseñor Picard, que estaba al lado del cardenal Van Roey. Unos 100,000 jóvenes marcharon frente a nosotros durante dos horas, vitoreando a las autoridades religiosas reunidas sobre la plataforma..."[49]

¿Dónde estaba escondido el líder de la Juventud Obrera Católica, cuyas tropas estaban participando en esa marcha gigantesca? ¿Hubo un decreto especial de la Providencia, condenando a esos dos hombres a estar juntos sin verse, tanto en plataformas oficiales como en el centro de la Acción Católica al que ambos iban constantemente?

El monseñor Cardijn, que era jesuita, va más lejos. Pretende también haber peleado "verbalmente" con el 'rexismo'.

47. Pío XI, "Peculari Quadam", citado por R.P. jesuita de Soras, en "Action catholique et action temporelle" (París: Ed. Spes, 1938), p. 105. Imprimatur: 1938.
48. Raymond de Becker, op. cit., p. 66.
49. Leon Degrelle, "La cohue de 1940" (Lausanne: Robert Crausaz, 1949), pp. 214-215.

En realidad, la Acción Católica era una organización peculiar. Los líderes de sus dos "movimientos" principales, J.O.C. y Rex, no sólo jugaban a las escondidas en los pasillos, sino que uno podía "pelear" contra lo que el otro hacía, con la total aprobación de la jerarquía.

Esto es indisputable: El monseñor Picard mismo puso a Degrelle como líder de 'Rex', bajo la autoridad del cardenal Van Roey y del nuncio apostólico, monseñor Micara. Así, según Cardijn, él desaprobaba lo que hacían sus colegas de la Acción Católica, bajo el patrocinio —al igual que él— del primado de Bélgica y sin ninguna consideración por el nuncio, su "protector y respetado amigo", de acuerdo con Pío XII".[50]

La afirmación es severa. Es más evidente aún al ver, después que Hitler invadió Bélgica, la actitud de personas como el monseñor Cardijn y sus colegas, que luego repudiaron a Degrelle y el 'rexismo'. En un libro que quedó 'oculto' tras ser publicado, el líder mismo del 'Rex' nos refrescó la memoria —como veremos después— y hasta donde sabemos, nunca se refutó lo que él dijo.

"Siendo un cristiano ferviente, conocedor de la interacción entre lo espiritual y lo temporal, no habría considerado colaborar (con Hitler) sin consultar con las autoridades religiosas de mi país... Solicité una entrevista con Su Eminencia, el cardenal Van Roey... Una mañana el cardenal me recibió en forma amigable en el palacio obispal de Malines... A él lo impulsaba un fanatismo agresivo y total... Si hubiera vivido unos siglos antes, habría cantado el 'Magnificat' al dar cuenta de los infieles con su espada, o a las ovejas desobedientes de su redil las hubiera quemado o arrojado a los calabozos del convento. Puesto que era el siglo 20, sólo contaba con el báculo, pero con él hacía un gran trabajo. Para él, todo era importante si contribuía a los intereses de la iglesia: si algo era bueno, lo apoyábamos, pero destruíamos lo malo. La iglesia tenía muchos medios de 'servicio': obras, partidos, periódicos, cooperativas agrícolas ('Boerenbond'), instituciones bancarias que aseguraban el poder temporal de la institución divina...

"Ahora puedo decir sinceramente lo que quiso decir el cardenal: 'La colaboración era lo correcto; en realidad, lo único que toda persona sensible haría'. Durante la entrevista, ni siquiera consideró que pudiera existir otra actitud. Para el cardenal, la guerra había concluido en el otoño de 1940. No mencionó la palabra 'inglés' ni expresó la

50. "La Croix", 24 de mayo de 1946.

suposición de una posible recuperación aliada... El cardenal no pensaba que, políticamente, fuera posible algo aparte de la colaboración... No objetó ninguno de mis conceptos y proyectos... Él podría haberme advertido —o debería haberlo hecho— si consideraba que mis ideas políticas se estaban desviando, ya que fui a él en busca de consejo... Antes de irme, el cardenal me dio su bendición paternal...

"En el otoño de 1940, otros católicos dirigieron la mirada hacia la torre de San Rombaut... Muchos fueron al palacio obispal para pedir consejo al monseñor Van Roey, o a sus allegados, respecto a la moralidad, utilidad o necesidad de la colaboración...

"Más de mil burgomaestres católicos, todos los secretarios generales, aunque fueron escogidos cuidadosamente, se adaptaron de inmediato a la nueva Orden... Todas esas personas buenas que fueron encarceladas o atacadas en 1944, quizá en 1940 se preguntaban: ¿Qué piensa Malines? Pero, quién hubiera imaginado que ni Malines, ni sus obispos ni sus sacerdotes habían podido aquietar sus mentes.

"De cada diez colaboracionistas belgas, ocho eran católicos...

"Durante esas semanas cruciales por la decisión que debía hacerse, Malines y los otros obispados nunca nos enviaron, a mí y a los otros colaboracionistas, ningún consejo escrito o verbal en contra.

"Aunque no sea agradable, esa es la verdad. La actitud del alto clero católico, en general, fortalecía la convicción de los feligreses de que la colaboración era perfectamente compatible con la fe... En Vichy, tras la entrevista de Hitler con Marshal Petain, los prelados franceses más importantes se tomaron fotografías con éste y Pierre Laval. En París, el cardenal Baudrillart declaró públicamente que era colaboracionista.

"En Bélgica, el cardenal Van Roey permitió que uno de los sacerdotes más famosos de Flandes —su principal intelectual católico—, el abad Verschaeve, durante una sesión solemne del senado el 7 de noviembre de 1940, declarara en presencia de un general alemán, el presidente Raeder: 'El deber del Concilio Cultural es edificar el puente que una a Flandes y Alemania...'

"El 29 de mayo de 1940, un día después de la rendición, el cardenal Van Roey describió la invasión como un regalo del cielo:

'Pueden estar seguros —escribió a los feligreses— de que presenciamos en este momento una intervención excepcional de la divina Providencia, que está mostrando su poder por medio de grandes eventos'.

"Así, Hitler parecía ser un instrumento purificador que castigaba providencialmente al pueblo belga".[51]

Algo muy similar ocurría en nuestro país (Francia), donde constantemente se nos recordaba que "la derrota es más fructífera que la victoria", como antes de 1914, cuando se deseaba para Francia un purificador "sangrado profundo".

En estas memorias que fueron olvidadas —o desechadas— encontramos también detalles muy interesantes acerca del "Boerenbond, la gran maquinaria católica, política y financiera del cardenal Van Roey, que financió extensamente al sector flamenco de la Universidad de Louvain..."[52]

"La casa publicadora Standaard mantenía ocupadas sus prensas, imprimiendo los llamados más colaboracionistas del V.N.V. ('Vlaamsch Nationalist Verbond'). Muy pronto el negocio estaba ganando mucho dinero... Siendo profundamente católicos y pilares de la iglesia de Flandes, los líderes de Standaard no se hubieran animado a colaborar a menos que el cardenal les hubiera dado primero su bendición clara y directa.

"Lo mismo ocurrió con toda la prensa católica..."[53]

El objetivo de esos esfuerzos era dividir a Bélgica, como nos lo recuerda el escritor católico Gastón Gaillard:

"Los católicos de habla flamenca y los católicos autonomistas de Alsacia justificaban su actitud, por el apoyo tácito que la Santa Sede daba siempre a la propaganda alemana. Al referirse a la memorable carta de Pío XI a su secretario de estado, el cardenal Gaspari, el 26 de junio de 1923, quedaron convencidos de que Roma aprobaba la política que ellos seguían, y, por supuesto, Roma no trató de contradecirlos. ¿No había apoyado hábilmente el nuncio Pacelli a los nacionalistas alemanes, y fomentado la población 'oprimida' de la Alta Silesia? ¿No había aprobado la iglesia las conspiraciones autonomistas de Alsacia, Eupen, Malmedy y Silesia, y no siempre en forma discreta? Por tanto, los flamencos fácilmente podían ocultar sus acciones contra la unidad de Bélgica tras las directivas romanas..."[54]

En 1942, el papa Pío XII le pidió a su nunciatura en Berlín que trasmitiera sus condolencias a París por la muerte del cardenal Baudrillart; así mostró que, para él, era un hecho la anexión del norte

51-53. Leon Degrelle, op. cit., pp. 213, 216ss., 219ss.
54. Gaston Gaillard, "La fin d'un temps" (París: Ed. Albert, 1933), II, p. 141.

de Francia por parte de Alemania. Confirmó una vez más el "apoyo tácito" que la Santa Sede, y él en particular, dieron siempre a la expansión alemana.

Ahora sólo podemos sonreír burlonamente al ver a los jesuitas de Su Santidad criticando algo tan obvio, y rechazando toda complicidad con la quinta columna que ellos mismos organizaron, en especial con Degrelle. Éste, encerrado en su refugio por saber demasiado, recordaba los famosos versos de Ovidio: "Mientras seas feliz, tendrás muchos amigos. Cuando aparezcan las nubes, solo estarás)".[55]

Las siguientes declaraciones del jesuita Fessard nos hacen sonreír:

"En 1916 y 1917 esperamos impacientemente los refuerzos de Estados Unidos. En 1939 vimos con tristeza que, aun después de declararse la guerra, muchos estadounidenses tenían un concepto favorable de Hitler, en especial los católicos. En 1941 y 1942, nos preguntábamos otra vez si Estados Unidos intervendría o no".[56]

Al parecer, el Santo Padre observó "con tristeza" los resultados que sus hermanos jesuitas habían logrado en los Estados Unidos. La razón era que —y este es un hecho histórico— el Frente Cristiano, un movimiento católico que se oponía a la intervención norteamericana, era dirigido por el jesuita Coughlin, conocido por su apoyo a Hitler.

"A esta organización religiosa no le faltaba nada y, desde Berlín, recibía abundante material de propaganda preparado por la oficina de Goebbel.

"A través de su publicación 'Justicia Social' y programas radiales, el padre Coughlin —apóstol de la esvástica— alcanzaba a un vasto público. También supervisaba 'células de comando' secretas en los principales centros urbanos, dirigidos conforme a los métodos de los hijos de Loyola y capacitados por agentes nazis".[57]

Un documento secreto del juicio de Wilhelmstrasse aclara el siguiente punto: "Al estudiar la evolución del antisemitismo en los Estados Unidos, notamos que el número de oyentes de los programas radiales del padre Coughlin, conocido por su antisemitismo, supera los 20 millones".[58]

55. Donec eris felix, multos numerabis amicos. Tempora si fuerint nubila, solus eris.
56. R.P. Fessard S.J., "Libre meditation sur un message de Pie XII" (París: Plon, 1957), p. 202.
57. Edmond Paris, "The Vatican against Europe" (Londres: P.T.S., 1959), p. 141.
58. Archivos secretos del Wilhelmstrasse, documento 83-26 19/1 (Berlín, 25 de enero de 1939).

¿Debemos recordar las acciones del jesuita Walsh, agente del papa, decano de la facultad de ciencias políticas en la Universidad de Georgetown, criadero político de la diplomacia estadounidense, y celoso propagandista de la política alemana?

En aquel tiempo, el general de la Sociedad de Jesús era, casualmente, Halke von Ledochowski, ex general del ejército austríaco. Sucedió al prusiano Wernz en 1915.

¿Acaso el R.P. Fessard olvidó también lo que "La Croix" escribió durante la guerra, diciendo en especial: "Nada se ganará con la intervención de tropas del otro lado del canal y del Atlántico"?[59]

¿No recuerda él el siguiente telegrama de Su Santidad Pío XII: "El papa envía su bendición a 'La Croix', la voz del pensamiento pontifical"?[60]

Ante tanto olvido, ¿debemos concluir que los miembros de la Sociedad de Jesús tienen mala memoria? Sin embargo, ni de sus enemigos recibieron este tipo de censura. Notemos que el R.P. Fessard sólo en 1957 expresó sus temores patrióticos respecto a los años 1941-1942. Sus "meditaciones libres" durante 15 años tuvieron cierto resultado, volviendo a leer un pasaje de los "Ejercicios Espirituales". Éste dice que "si la iglesia declara que lo que ve negro es blanco, el jesuita debe estar dispuesto a concordar con ella, aunque sus sentidos le indiquen lo contrario".[61]

En ese aspecto, el R.P. Fessard parece haber sido un jesuita excelente.

El 7 de marzo de 1936, Hitler llevó al ejército conocido como Wehrmacht a la región desmilitarizada del Rin, violando así el pacto de Locarno. El 11 de marzo de 1938 se llevó a cabo la unión de Austria y Alemania, y, por medio del Reich en Munich, el 29 de septiembre del mismo año Francia e Inglaterra impusieron la anexión de Sudetenland en Checoeslovaquia.

El Fuhrer había subido al poder gracias a los votos del Centro Católico sólo cinco años antes, pero la mayoría de los objetivos revelados cínicamente en "Mein Kampf" (Mi lucha) ya se habían realizado. Este libro, un desafío insolente a las democracias occidentales, fue escrito por el jesuita Staempfle y firmado por Hitler. Aunque muchos lo ignoran, la Sociedad de Jesús fue la que perfeccionó el famoso programa pangermanista que se presentó en esa obra, y el Fuhrer lo apoyó.

59. "La Croix", 10 de agosto de 1943.
60. Ibid., 28 de enero de 1942.
61. "... siquid quod oculis nostris apparet album, nigrum illaesse definierit debemus itidem quod nigrum sit pronuntiare". "Institutum Societatis Jesus" (edición romana de 1869), II, p. 417.

Parte V

Capítulo 3

La Agresión Alemana y los Jesuitas: Austria, Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia

Veamos cómo se preparó la unión o "Anschluss":

Primero, gracias a la sincronía "providencial", cuando Mussolini tomó el poder en Italia con ayuda de Don Sturzo —jesuita y líder del partido católico—, el monseñor jesuita Seipel llegó a ser canciller de Austria. Ocupó ese cargo hasta 1929, con una interrupción de dos años, conduciendo la política interna de Austria por un camino reaccionario y clerical. Al ser imitado por sus sucesores, el país fue absorbido por el bloque alemán. Debido a su represión sangrienta en los levantamientos de la clase obrera, se ganó el apodo de "Keine Milde Kardinal" o "Cardenal Inmisericorde".

"En los primeros días de mayo de 1936, Von Papen inició negociaciones secretas con el canciller austríaco Schussnigg. Aprovechando el punto débil de éste, le mostró lo ventajoso que la reconciliación con Hitler resultaría para el Vaticano. El argumento quizá parezca extraño, pero Schussnigg era muy devoto y Von Papen era el chambelán del papa".[62]

Así, el chambelán privado dirigió la operación que, el 11 de marzo de 1938, terminó con la renuncia del devoto Schussnigg (discípulo de los jesuitas), siendo sustituido por Seyss-Inquart, líder de los nazis austríacos. El siguiente día, después de la llegada de las tropas alemanas, el gobierno títere de Seyss-Inquart proclamó que Austria se unía al Reich. El arzobispo de Viena, el cardenal jesuita Innitzer, recibió con entusiasmo ese acontecimiento.

"El 15 de marzo la prensa alemana publicó esta declaración del cardenal Innitzer: 'Los sacerdotes y feligreses deben apoyar sin titubear al gran estado alemán y al Fuhrer, cuya lucha para establecer el poder, honor y prosperidad de Alemania armonizan con los deseos de la Providencia'.

62. G.E.R. Gedye, "Suicide de l'Autriche" (París: Union latine d'editions, 1940), p. 188.

"Los periódicos imprimieron una copia de la declaración para disipar toda duda sobre su autenticidad. En Viena y otras ciudades austríacas, también pusieron copias en las paredes. Sobre su firma, el cardenal Innitzer había escrito con su puño y letra: 'Und Heil Hitler'.

"Tres días después, el episcopado austríaco dirigió una carta pastoral a sus diocesanos. Esa carta, publicada por los diarios italianos el 28 de marzo, era una adhesión directa al régimen nazi, ensalzando grandemente sus virtudes".[63]

El cardenal Innitzer, máximo representante de la Iglesia Romana en Austria, escribió en su declaración: "Invito a los líderes de organizaciones juveniles a que se preparen para unirse a la organización del Reich alemán".[64]

Por tanto, el cardenal y arzobispo de Viena, seguido por su episcopado, no sólo se unió a Hitler sino que le entregó a la juventud "cristiana" para que la capacitara con los métodos nazis. Estos métodos habían sido "condenados oficialmente" en la "terrible" encíclica "Mit brennender Sorge".

El "Mercurio de Francia" con justa razón comentó: "Estos obispos no hicieron solos una decisión que afecta a la iglesia en su totalidad; la Santa Sede les dio instrucciones que ellos simplemente obedecieron".[65]

Era obvio. ¿Qué otras "instrucciones" podían esperarse de la Santa Sede que puso en el poder a Mussolini, Hitler y Franco, y que en Bélgica creó el 'Christus-Rex' de León Degrelle?

"Por tanto, se comprende por qué autores ingleses como F. A. Ridley, Secker y Warburg objetaban la política de Pío XI, que favoreció a los movimientos fascistas en todo lugar".[66]

Respecto a la unión (Anschluss), Charles-Roux explica por qué la iglesia la apoyaba: "Ocho millones de católicos austríacos, unidos a los católicos del Reich, harían que el cuerpo de católicos alemanes hiciera sentir su importancia".[67]

Polonia estaba en la misma situación que Austria cuando Hitler, tras invadirla, anexó parte de ella en el nombre de la madre patria. A la

63. Francois Charles-Roux, op. cit., pp. 118, 122.
64. Ernest Pezet, ex vicepresidente de la Comisión de Asuntos Extranjeros, "L'Autriche et la paix" (París: Ed. Self, 1945), p. 149.
65. Austria y Hitler, "Mercure de France", 1 de mayo de 1938, p. 720.
66. J. Tchernoff, "Les Demagogies contre les democracies" (París: R. Pichon y Durand-Auzias, 1947), p. 80.
67. Charles-Roux, op. cit., p. 114.

Santa Sede tenía que agradarle la idea de tener unos millones más de católicos para reforzar al contingente alemán bajo el dominio romano, a pesar de su amor por el "querido pueblo polaco". En realidad, no protestó por el cruel reagrupamiento de los católicos en Europa central según el plan de Halke von Ledechowski, general de los jesuitas.

Los turiferarios con licencia del Vaticano les recuerdan a sus lectores que en la encíclica "Summi Pontificatus", Pío XII "protestó" contra la agresión. Pero ese documento absurdo —como todos los de su clase—, de no menos de 45 páginas, sólo contiene una frase al final en relación a Polonia y la dominación de Hitler. Y, esa breve mención es un consejo al pueblo polaco para que rece mucho a la virgen María. Hay un marcado contraste entre las pocas y trilladas palabras de condolencia, y las páginas de elogio dedicadas a la Italia fascista y a la exaltación del Tratado Laterano. Este tratado fue firmado por la Santa Sede y Mussolini, colaborador de Hitler que, en el tiempo cuando el papa escribía su encíclica, dio un mensaje vergonzoso desafiando al mundo, comenzando con estas palabras: "¡Liquidata la Polonia!"

Pero, ¿qué riesgos se corren al usar esas palabras sin sentido al predicar a los convertidos? ¿Y cuántos querrían examinar tales referencias?

No obstante, al estudiar el comportamiento del Vaticano al respecto, ¿qué vemos? En primer lugar, el nuncio en Varsovia, monseñor Cortesi, insta al gobierno polaco a cederle todo a Hitler: Dantzig, el corredor, los territorios donde viven las minorías alemanas.[68] Luego, el Santo Padre ayuda al agresor cuando intenta que París y Londres ratifiquen la separación de una parte extensa de su "amada Polonia".[69]

Para los que se sorprenden por esa conducta hacia un país católico, mencionaremos un precedente famoso: después de la primera división de Polonia en 1772 —una catástrofe en la que las intrigas de los jesuitas tuvieron parte importante—, el papa Clemente XIV, al escribirle a la emperatriz María Teresa de Austria, expresó su satisfacción diciendo:

"La invasión y división de Polonia no se llevaron a cabo sólo por razones políticas; fue por el bien de la religión y porque, para el provecho espiritual de la iglesia, era necesario que la corte de Viena extendiera su dominio sobre Polonia tanto como fuera posible".

68. Véase "Journal" (1933-1939), Count Szembeck (París: Plon, 1952), pp. 499.
69. Véase Camille Cianfarra, op. cit., pp. 259-260.

Obviamente no hay nada nuevo bajo el sol, sobre todo en el Vaticano. En 1939 no fue necesario cambiar ni una palabra en esa cínica declaración, aparte del "provecho espiritual de la iglesia", que consistía entonces de varios millones de católicos polacos que se unieron al Gran Reich.

Esto explica fácilmente la parsimonia de las condolencias papales en "Summi Pontificatus".

En Checoslovaquia, el Vaticano hizo un trabajo aun mejor: a Hitler le proveyó uno de sus prelados, un chambelán privado que sería la cabeza de ese estado satélite del Reich.

El "Anschluss" había causado gran conmoción en Europa. Desde entonces, la amenaza hitleriana se cernía sobre Checoslovaquia y se hablaba de una posible guerra. Pero, en el Vaticano a nadie parecía preocuparle. Veamos lo que relata Charles-Roux:

"A mediados de agosto yo había intentado persuadir al papa para que hablara en favor de la paz —una paz justa, por supuesto... Mis primeros intentos fueron infructuosos. Pero desde principios de septiembre de 1938, cuando la crisis internacional alcanzó su peor nivel, en el Vaticano empecé a recibir impresiones tranquilizadoras que, en forma misteriosa, diferían con la situación que empeoraba rápidamente".[70]

"Todos mis intentos —agrega el ex embajador francés— recibían la misma respuesta de Pío XII: 'Sería inútil, innecesario e inoportuno'. No podía comprender su obstinación en permanecer callado".[71]

Los acontecimientos pronto explicarían su silencio. En primer lugar, el Reich, con el apoyo del Partido Social Cristiano, anexó el Sudetenland; el acuerdo de Munich ratificó la anexión y Checoslovaquia se dividió. Pero Hitler, que había decidido respetar la integridad territorial, en realidad deseaba anexar los países checos independientes de Eslovaquia, y reinar sobre ellos mediante la persona que él nombrara.

Era fácil para él lograr este objetivo, ya que la mayoría de los líderes políticos eslovacos eran eclesiásticos católicos, según afirma Walter Hagen.[72] Entre éstos, el jesuita Hlinka tenía a su disposición una "guardia" entrenada bajo los principios nazis S.A. de los grupos de asalto.

70. Charles-Roux, op. cit., pp. 127-128.
71. Ibid.
72. Cf. Walter Hagen, "Le Front Secret" (París: Les Iles d'Or, 1950).

Sabemos que, según la ley canónica, ningún sacerdote puede aceptar un cargo público o poder político sin consentimiento de la Santa Sede.

El jesuita De Soras lo confirma y explica: "¿Cómo podía ser de otra manera? Ya lo dijimos: un sacerdote, por el 'carácter' que le confiere la ordenación, por las funciones oficiales que ejerce en la iglesia y por la sotana que usa, está obligado a actuar como católico, al menos cuando se trata de un acto público. Donde está el sacerdote, está la iglesia".[73]

Por tanto, en el parlamento checoslovaco había miembros del clero con el consentimiento del Vaticano. Además, uno de esos sacerdotes tuvo que recibir aprobación de la Santa Sede cuando el Fuhrer lo invistió como cabeza del estado, y luego le confirió las más altas distinciones hitlerianas: la Cruz de Hierro y la condecoración águila Negra.

Como se esperaba, el 15 de marzo de 1939 Hitler anexó el resto de Bohemia y Moravia, y puso "bajo su protección" a Eslovaquia, la república que había creado con un trazo de su pluma. A la cabeza puso al monseñor jesuita Tiso, "que soñaba con combinar el catolicismo con el nazismo". Esta noble ambición se realizó fácilmente, puesto que los episcopados alemanes y austríacos ya lo habían hecho. El monseñor Tiso proclamó: "El catolicismo y el nazismo tienen mucho en común; trabajan lado a lado para reformar al mundo".[74]

Esa debió ser también la opinión del Vaticano, porque a pesar de la "terrible" encíclica "Mit Brennender Sorge", no discutió para aprobar al sacerdote dictatorial.

"En junio de 1940, Radio Vaticano anunció: 'La declaración de monseñor Tiso, jefe del estado eslovaco, proclamando su intención de formar a Eslovaquia de acuerdo a un plan cristiano, tiene la total aprobación de la Santa Sede".[75]

"El régimen de Tiso en Eslovaquia afectó especialmente a la Iglesia Protestante de ese país, que constituía la quinta parte de la población. Monseñor Tiso trató de reducir al mínimo la influencia protestante, y aun eliminarla... Los miembros influyentes de la Iglesia Protestante fueron enviados a campos de concentración".[76]

Éstos podían considerarse afortunados al considerar la declaración de Wernz, general prusiano de los jesuitas (1906-1915): "La iglesia puede

73. R.P. de Soras, op. cit., p. 96.
74-75. Henriette Feuillet, "France Nouvelle", 25 de junio de 1949.
76. "Reforme", 17 de agosto de 1947.

condenar a los herejes a la muerte, porque los derechos que tienen se deben sólo a nuestra tolerancia".

Veamos cuál fue la bondad apostólica que el prelado dictatorial Tiso mostró a los judíos: "En 1941, el primer contingente de judíos de Eslovaquia y del norte de Silesia llegó a Auschwitz; desde el principio, los que no podían trabajar eran enviados a la cámara de gas, en un *cuarto del edificio donde estaban los hornos crematorios*".[77]

¿Quién escribió esto? Un testigo que no podría ser refutado, Lord Russell, de Liverpool, abogado judicial que estuvo en los juicios de los criminales de guerra.

Por tanto, la Santa Sede no le "prestó" uno de sus prelados a Hitler en vano. El jefe de estado jesuita estaba realizando un buen trabajo, y por eso Radio Vaticano expresó su satisfacción. Ser el primero en proveer prisioneros a Auschwitz constituía una gran gloria para este hombre santo y para toda la Compañía de Jesús.

En realidad, ese triunfo fue total. Al realizarse la Liberación, los estadounidenses entregaron al prelado a Checoslovaquia. Allí, en 1946, lo condenaron a la pena capital y fue ejecutado en la horca, ¡la gloria para un mártir!

"Todo lo que hacemos contra los judíos, se debe al amor por nuestra nación. El amor a nuestro prójimo y a nuestro país se ha convertido en una lucha fructífera contra los enemigos del nazismo".[78]

En un país vecino, otro alto dignatario de la Iglesia Romana podría haberse apropiado de esta declaración de monseñor Tiso. Porque, si los fundamentos de la "Ciudad de Dios" eslovaca eran el odio y la persecución, según la inquebrantable tradición de la iglesia, ¡qué podría decirse del estado *eminentemente católico de Croacia*, producto de la colaboración entre el asesino Pavelic y monseñor Stepinac, con la ayuda del legado pontifical Marcone!

Retrocediendo a la conquista del Nuevo Mundo, tendríamos que unir los actos de los aventureros de Cortés y de los monjes, igualmente violentos al procurar la conversión de los nativos. Esos hechos podrían compararse a las atrocidades que cometieron los ustashis, a quienes los clérigos fanáticos apoyaban, impulsaban y daban órdenes. Lo que estos "asesinos en el nombre de Dios" —nombre muy apropiado que les dio

77. Lord Russell de Liverpool, "Sous le signe de la croix gammes" (Génova: L'Ami du livre, 1955), p. 217.
78. Feuillet, ibid.

Herve Lauriere— hicieron, por más de cuatro años, sobrepasa nuestra imaginación. Aunque los anales de la Iglesia de Roma contienen gran cantidad de material al respecto, no pueden proporcionar el equivalente de lo que ocurrió en Europa. ¿Es necesario agregar que el gran amigo de Ante Pavelic, un hombre sediento de sangre, era el monseñor Stepinac, otro jesuita?

El pueblo francés supo de la organización terrorista de Croacia, los ustashis dirigidos por Pavelic, debido al asesinato en Marsella del rey Alejandro I de Yugoslavia y nuestro ministro de Asuntos Extranjeros, Louis Barthou, en 1934. "Puesto que el gobierno de Mussolini obviamente estaba involucrado en el crimen",[79] el gobierno francés demandó la extradición de Pavelic, que se había refugiado en Italia. Por supuesto, el Duce no aceptó; la corte de Assize en Aix-en-Provence le impuso la sentencia de muerte al líder de los ustashis estando él ausente.

Este líder de terroristas, contratado por Mussolini, "trabajó" para lograr la expansión de Italia en la costa del Adriático. En 1941, cuando Hitler y Mussolini invadieron Yugoslavia y la dividieron, colocaron a este supuesto patriota croata como gobernante del estado satélite que crearon con el nombre de "Estado Independiente de Croacia". El 18 de mayo de ese año, en Roma, Pavelic le dio la corona de ese estado al duque de Spoleto, que adoptó el nombre de Tomislav II. Éste nunca pisó el territorio de su reino falso y manchado de sangre.

"Ese mismo día, Pío XII concedió una audiencia privada a Pavelic y sus 'amigos'; uno de ellos era el monseñor Salis-Seis, vicario general del monseñor Stepinac.

"*La Santa Sede no temía dar la mano a un criminal comprobado y* sentenciado a muerte, en ausencia, por la muerte del rey Alejandro I y Louis Barthou, ¡un líder terrorista que tenía en su conciencia los crímenes más horrendos! De hecho, el 18 de mayo de 1941, cuando Pío XII recibió a Pavelic y a su banda de criminales, la masacre de croatas ortodoxos estaba en su apogeo, a la vez que lograban conversiones forzadas al catolicismo".[79a]

El sector de la población que perseguían era la minoría serbia, como explica el autor Walter Hagen: "Gracias a los ustashis, el país pronto se

79. Charles-Roux, op. cit., p. 132
79a. Cf. Herve Lauriere, "Assassins in the Name of God" (París: Ed. Dufour, 1951), pp. 40ss).

transformó en un caos sangriento... El odio mortal de los nuevos amos estaba dirigido hacia los judíos y serbios, considerados oficialmente como criminales... Pueblos y aun regiones eran totalmente asolados en forma sistemática... Puesto que la antigua tradición quería que Croacia y la fe católica, y Serbia y la Iglesia Ortodoxa fueran sinónimos, a los creyentes ortodoxos se les obligaba a unirse a la Iglesia Católica. Con esas conversiones forzadas se completó la 'croatización'".[80]

El Ministro del Interior Andrija Artukovic fue el principal organizador de las masacres y conversiones forzadas. Sin embargo, según un testigo que ocupaba un alto cargo, él se defendía "moralmente".

Cuando el gobierno yugoslavo solicitó su extradición de los Estados Unidos, donde se había refugiado, alguien habló en su favor: el jesuita Lackovic, que también residía en los Estados Unidos y era secretario del monseñor Stepinac, arzobispo de Zagreb durante la última guerra.

"Artukovic —declara el jesuita— era el vocero laico del monseñor Stepinac. Entre 1941 y 1945, no pasó ni un día sin que él viniera a mi oficina o sin que yo fuera a la suya. Él pedía consejo del arzobispo respecto a todas sus acciones, en lo concerniente al aspecto moral".[81]

Al conocer cuáles eran las "acciones" de este verdugo, nos damos cuenta de la clase de consejo "moral" que le daba monseñor Stepinac.

Las masacres y "conversiones" continuaron hasta que se realizó la Liberación, y la buena voluntad del Santo Padre hacia los asesinos jamás cambió.

Sería interesante leer, en los diarios católicos de Croacia de aquel tiempo, el intercambio de halagos entre Pío XII y Pavelic, el "Poglavnik" a quien monseñor Saris, arzobispo jesuita de Sarajevo y poeta en su tiempo libre, dedicó versos impregnados de gozosa adoración.

Pero, eran sólo una muestra de cortesía: "Monseñor Stepinac llegó a ser miembro del parlamento ustashi.[82] Usaba las decoraciones de los ustashis, asistía a las manifestaciones ustashis oficiales en las que incluso daba discursos... ¿Cómo puede sorprendernos, entonces, que el estado satélite de Croacia tratara al monseñor Stepinac con tanto respeto, o que la prensa ustashi lo alabara? Es obvio que sin el apoyo

80. Walter Hagen, op. cit., pp. 168, 176, 198-199.
81. "Mirror News", Los ángeles, 24 de enero de 1958.
82. Con otros eclesiásticos católicos, tales como monseñor Aksamovic, los jesuitas Irgolis, Lonacir, Pavunic, Mikán, Polic, Severovic, Sipic, Skrinjar, Vuceti.

del monseñor Stepinac en lo religioso y político, Ante Pavelic jamás hubiera recibido ese grado de colaboración de los croatas católicos".[83]

Para comprender el alcance total de esa colaboración, tenemos que leer la prensa católica croata: "Katolicki Tjednik", "Katolick List", "Hrvatski Narod" y muchas otras publicaciones que parecían competir en su afán por adular al sangriento "Poglavnik". Pío XII, complacido de que fuera "católico practicante", trataba bien aun a sus cómplices.

El "Osservatore Romano" informa que el 22 de julio de 1941, el papa recibió a 100 miembros de la Policía de Seguridad Croata, dirigida por Eugen Kvaternik-Dido, jefe de la policía de Zagreb. Este grupo de la S.S. croata, principales verdugos y torturadores en los campos de concentración, fueron presentados al Santo Padre por el autor de crímenes tan monstruosos que, su propia madre, dominada por la desesperación, se suicidó.

La buena voluntad de Su Santidad Pío XII se explica fácilmente mediante el celo apostólico de estos asesinos. En agosto de 1941, Mile Budak, otro "católico practicante" y Ministro de Culto, dijo en Karlovac: "El movimiento ustashi está basado en la religión. Todo nuestro trabajo se fundamenta en nuestra lealtad a la religión y a la Iglesia Católica".[84]

El 22 de julio, en Gospic, el mismo Ministro de Culto definió muy bien el trabajo: "Mataremos a algunos serbios, deportaremos a otros y obligaremos al resto a aceptar la religión católica romana".[85]

Este programa perfecto se realizó al pie de la letra. Cuando la Liberación puso fin a esa tragedia, 300,000 serbios y judíos habían sido deportados, y más de 500,000 habían sido masacrados. Además, usando este medio la Iglesia Romana había forzado a 240,000 creyentes ortodoxos a unirse a ella... Éstos, al recuperar la libertad, retornaron a la religión de sus ancestros.

Pero, para lograr esos terribles resultados, ¡qué horrores sufrió el infortunado país! La obra de Herve Lauriere, "Assasins in the Name of God" (Asesinos en el nombre de Dios), describe las horrendas torturas que los ustashis —católicos practicantes— infligían a sus pobres víctimas.

El periodista inglés J. A. Voigt escribió: "La política croata consistía

83. "Le Monde", 27 de mayo de 1953.
84. Cf. Herve Lauriere, "Assassins in the Name of God", p. 97.
85. "L'Ordre de Paris", 8 de febrero de 1947.

en masacres, deportaciones o conversiones. Cientos de miles de personas fueron asesinadas, acompañando esas masacres con las torturas más crueles. Los ustashis arrancaban los ojos a sus víctimas; luego, con ellos hacían guirnaldas para usarlas o regalarlas como recuerdo".[86]

"En Croacia los jesuitas implantaron el clericalismo político".[87]

Este es siempre el regalo que la famosa Compañía da a las naciones que la reciben. El mismo autor agrega: "Con la muerte del tribuno croata Radic, Croacia perdió a su principal oponente al clericalismo político, el cual adoptó la misión de la acción católica definida por Friedrich Muckermann. En 1928, este jesuita alemán conocido antes que llegara Hitler, en un libro —cuyo prólogo fue escrito por el monseñor Pacelli— anunció lo que sucedería. Muckermann afirmó: "El papa apela en favor de la nueva cruzada de la Acción Católica. Él es el guía que lleva el estándar del reino de Cristo... La Acción Católica significa la unión del catolicismo mundial. Debe vivir su edad heroica.... La nueva época puede ser lograda por Cristo únicamente mediante el precio de sangre".[88]

Diez años después, el que escribió el prólogo del libro de Muckermann estaba sentado en el trono de San Pedro. Durante su pontificado, "la sangre por Cristo" literalmente corrió en Europa, pero Croacia sufrió los hechos más atroces de esa "nueva época".

Algunos sacerdotes no sólo abogaban desde el púlpito en favor de las matanzas, sino que marchaban al frente de los asesinos. Otros, además del ministerio sagrado, ocupaban cargos como prefectos o jefes de la policía ustashi, y aun como jefes de campos de concentración, donde los horrores cometidos no fueron superados ni por los de Dachau o Auschwitz.

A la sangrienta lista de honor debemos añadir al abad Bozidar Bralo, el sacerdote Dragutin Kamber, el jesuita Lackovic y el abad Iván Salic, secretarios del monseñor Stepinac, el sacerdote Nicolás Bilogrivic y numerosos franciscanos. De éstos, uno de los peores fue el fraile Miroslav Filipovic, organizador de las masacres, y jefe y verdugo en el campo de concentración de Jasenovac, el más maligno de esos infiernos terrenales.

Filipovic sufrió el mismo fin que el monseñor Tiso en Eslovaquia.

86. "Nineteenth Century and After", agosto de 1943.
87-88. Herve Lauriere, op. cit., pp. 82, 84-85.

Cuando llegó la Liberación, lo colgaron en la horca vistiendo la sotana. Muchos de sus rivales, sin ansias de recibir la gloria como mártires, huyeron a Austria con los asesinos a los que habían ayudado.

¿Qué hizo la "jerarquía" ante la sed de sangre de muchos de sus subordinados?

La "jerarquía" —el obispado y su líder, monseñor Stepinac— votó en el parlamento ustashi en favor de decretos sobre la conversión de los ortodoxos al catolicismo, envió "misioneros" a los aterrorizados campesinos, convirtió a pueblos enteros a la fuerza,[89] confiscó propiedades de la Iglesia Ortodoxa serbia y, siguiendo el ejemplo del papa Pío XII, sin cesar alabó y bendijo al Poglavnik.

En Zagreb, el representante personal de Pío XII era un monje eminente, el R.P. Marcone. Este "Sancti Sedis Legatus" ocupaba el lugar de honor en las ceremonias del régimen ustashi; además, se tomó fotografías con Pavelic —jefe de los asesinos— y su familia en la casa de ellos, donde lo recibían como amigo. "Dime con quién andas, y te diré quién eres".

Por tanto, siempre reinó la más sincera cordialidad entre los asesinos y los clérigos. Por supuesto, muchos de éstos ocupaban ambos cargos y nunca se les condenó por ello. "El fin justifica los medios".

Cuando Pavelic y sus 4,000 ustashis —incluyendo al arzobispo jesuita Saric, al obispo Garic y 400 clérigos— abandonaron la escena de sus hazañas, huyendo a Austria y luego a Italia, dejaron parte de sus "tesoros": películas, fotografías, mensajes grabados de Pavelic, cofres llenos de joyas, monedas de oro, platino y oro de dentaduras, brazaletes y aros de matrimonio. Este botín, tomado de las pobres víctimas que fueron asesinadas, estaba oculto en el palacio arzobispal, donde posteriormente fue hallado.

Los fugitivos, por su parte, aprovecharon los servicios de la Comisión Pontifical de Asistencia, creada para salvar a criminales de guerra. Esta institución de caridad los ocultaba en conventos, principalmente en Austria e Italia; además, proporcionaba pasaportes falsos a los jefes para que huyeran a naciones "amistosas", donde pudieran disfrutar en paz del fruto de sus robos. Esto hicieron en favor

89. En la diócesis del monseñor Stepinac, Kamensko, 400 volvieron al catolicismo romano en un día. El 12 de junio de 1942, Radio Vaticano anunció estas conversiones masivas, declarando que habían ocurrido "en forma espontánea y sin presión alguna de parte de autoridades civiles y eclesiásticas".

de Ante Pavelic, cuya presencia en Argentina se descubrió en 1957, cuando fue herido en un atentado contra su vida.

Tras ese incidente, el régimen dictatorial en Buenos Aires colapsó. Al igual que el ex presidente Perón, su protegido tuvo que salir de Argentina. Pasando primero por Paraguay, se dirigió a España, donde falleció el 28 de diciembre de 1959 en el hospital alemán de Madrid. En esa ocasión, la prensa francesa recordó la carrera sangrienta de Pavelic y —de modo más discreto— a los "cómplices poderosos" que lo ayudaron a escapar del castigo.

Bajo el título "Belgrado demandó su extradición en vano", en "Le Monde" leemos: "La escasa información publicada por la prensa esta mañana, revivió, en el pueblo yugoslavo, recuerdos de un pasado lleno de sufrimiento, y amargura contra aquellos que al esconder a Ante Pavelic por casi 15 años, obstruyeron el curso de la justicia".[90]

"Paris-Presse" menciona el último refugio que se le brindó al terrorista, usando esta frase breve pero significativa: "Terminó en un monasterio franciscano de Madrid".[91]

De allí, Pavelic fue llevado a un hospital donde pagó su deuda a la naturaleza, pero no a la justicia, menospreciado por sus "cómplices poderosos" a quienes es fácil identificar.

Monseñor Stepinac, que, según declaró, tenía la "conciencia limpia", permaneció en Zagreb, donde se le juzgó en 1946. Tras ser condenado a trabajo forzado, en realidad sólo se le obligó a residir en su pueblo natal. El castigo era fácil de cumplir, como se puede ver, pero la iglesia necesita mártires. Pío XII incluyó al arzobispo de Zagreb como miembro de su corte sagrada, confiriéndole el título de cardenal en reconocimiento por "su apostolado, que muestra la más pura nobleza".

Conocemos ya el significado simbólico de la púrpura cardenalicia: quien la recibe debe estar dispuesto a confesar su fe "usque ad sanguinis effusionem", es decir, hasta derramar sangre. No se puede negar que en Croacia hubo abundante derramamiento de sangre durante el apostolado de este religioso, pero no fue la de él, sino la de judíos y creyentes ortodoxos. Debe verse allí una "inversión de méritos".

En ese caso, no se puede cuestionar el derecho del monseñor Stepinac al cardenalato. En la diócesis de Gornji Karlovac, que forma parte de su arzobispado, de los 460 mil ortodoxos que vivían allí, 50

90. "Le Monde", 31 de diciembre de 1959.
91. "Paris-Presse", 31 de diciembre de 1959.

mil lograron esconderse en las montañas; 50 mil fueron enviados a Serbia; 40 mil fueron forzados a convertirse al catolicismo bajo el régimen de terror, y 280 mil fueron masacrados".[92]

En "Catholic France", del 19 de diciembre de 1958, leemos: "Para exaltar la grandeza y el heroísmo de Su Eminencia cardenal Stepinac, el 21 de diciembre de 1958, a las 4:00 p.m., se llevará a cabo una gran reunión en la cripta de Sainte Odile, 2, Avenida Stephane Mallarme, París 17. La presidirá Su Eminencia cardenal Feltin, arzobispo de París. Tomarán parte el senador Ernest Pezet y el R.P. Dragoun, rector nacional de la Misión Croata de Francia. Su Excelencia monseñor Rupp celebrará la misa y comunión".

De esta manera el cardenal Stepinac, un personaje nuevo e importante, enriqueció la galería de los Grandes Jesuitas.

Otro objetivo de la reunión del 21 de diciembre de 1958 en la cripta de Sainte Odile, fue el "lanzamiento" de un libro en defensa del arzobispo de Zagreb, escrito por el R.P. Dragoun. Monseñor Rupp, coadjutor del cardenal Feltin, escribió el prólogo. No podemos ofrecer aquí un análisis completo, pero diremos lo siguiente:

El libro, titulado "El Expediente del Cardenal Stepinac", parecía prometer al lector una exposición objetiva del juicio en Zagreb. En realidad, esta obra de 285 páginas contiene discursos completos de los dos consejeros del arzobispo, acompañados por extensas declaraciones del autor. No se mencionan, ni siquiera brevemente, los cargos ni el discurso del fiscal.

El R.P. Dragoun parecía ignorar el proverbio francés: "Qui n'entend qu'une cloche n'entend qu'un son" (hay dos lados en toda historia). ¡A menos que él la conociera muy bien!

En todo caso, la forma sistemática de ignorar el otro lado de la historia bastaría para cerrar el debate.

Sin embargo, veamos las razones que dieron para retirarle los cargos al arzobispo de Zagreb. Pero, consideremos antes esta pregunta: ¿Era el monseñor Stepinac el metropolitano de Croacia y Eslovenia? El libro del R.P. Dragoun no nos da la respuesta. En la página 142 de esa obra, leemos lo siguiente respecto a la copia de un informe del monseñor Stepinac, cuya autenticidad cuestionó el abogado defensor:

"En el texto de la copia se describe al arzobispo como 'Metropolita Croatiae et Slavoniae', pero el arzobispo no es metropolitano y nunca se presentó como tal".

92. Cf. Jean Hussard, "Vu en Yougoslavie" (Lausanne, 1947), p. 216.

Eso aclararía el asunto si en la página 114 no aparecieran estas declaraciones de Stepinac ante el tribunal:

"La Santa Sede a menudo recalcó que las naciones pequeñas y las minorías nacionales tienen el derecho de ser libres. ¿No debería yo, como 'arzobispo y metropolitano', tener el derecho de discutirlo?" Mientras más leemos, ¡menos entendemos!

Pero, no tiene importancia. Como se nos recuerda una y otra vez, monseñor Stepinac no podía influir en el comportamiento de su redil y su clero.

Para quienes mencionan los artículos de la prensa católica, alabando los logros de Pavelic y de sus asesinos contratados, la respuesta es: "Simplemente es absurdo responsabilizar al monseñor Stepinac por lo que escribió un periódico".

¡Aunque ese periódico fuera el "Katolicki List", la publicación católica más importante de Zagreb, diócesis del monseñor Stepinac!

Por tanto, ni siquiera nos molestaremos en mencionar el "Andjeo Cuvar" (ángel de la guarda) de los franciscanos; "Glasnik Sv. Ante" (La voz de San Antonio) de los conventuales; "Katolicki Tjednik" (El semanario católico) de Sarajevo, del obispo Saric; ni "Vjesnik Pocasne Straze Srca Isusova" (Publicación de la guardia de honor del Corazón de Jesús) de los jesuitas.

Se afirma, pues, que monseñor Stepinac —"metropolitano en disputa"— no influyó en esas publicaciones de las cuales era presidente, y que constantemente competían entre sí para adular a Pavelic y su régimen sangriento.

Tampoco tenía autoridad —dicen ellos— sobre obispos ustashis como Saric, Garic, Aksamovic, Simrak, etc., que abundaban en alabanzas al Poglavnik y aplaudían sus crímenes, ni sobre los Cruzados de la Acción Católica —ayudantes de los ustashis que forzaban las conversiones—, ni sobre los asesinos franciscanos, ni sobre las monjas de Zagreb que marchaban con la mano alzada, haciendo el saludo a Hitler.

¡Qué jerarquía tan extraña, sin autoridad alguna sobre nada ni nadie!

Aunque el arzobispo se sentaba con 10 sacerdotes católicos en el parlamento ustashi, eso no lo comprometía; o eso debemos suponer ya que se pasa por alto ese dato.

Tampoco debemos censurarlo por presidir conferencias obispales o el comité para aplicar el decreto acerca de la conversión de ortodoxos. En su apología explica hábilmente el pretexto "humanitario" por el que muchas personas entraron a la Iglesia Católica a la fuerza. Respecto a ese "terrible dilema" que enfrentó el monseñor Stepinac, leemos: "Su deber pastoral era mantener intactos los principios canónicos; pero, por otro lado, los disidentes que rehusaban aceptar el catolicismo eran masacrados; por tanto, él aminoró la severidad de las reglas".

Quedamos aún más desconcertados al seguir leyendo: "Él trató de resolver este dramático dilema en la circular del 2 de marzo de 1942, en la que ordenó a los sacerdotes que examinaran bien los motivos para la conversión".

Realmente este es un método extraño de "aminorar la severidad de las reglas" y resolver el "dramático dilema".

¿Estaba el monseñor Stepinac abriendo o cerrando las puertas de la Iglesia de Roma a los falsos convertidos? Es imposible saberlo si sólo se consideran estos argumentos de la defensa. Sin embargo, los abogados del arzobispo parecen indicar que las estaba "cerrando" al declarar: "Los casos de re-bautismos eran escasos en el territorio de la archidiócesis de Zagreb".[92a]

Lamentablemente, como dijimos, las estadísticas dicen lo contrario: "Tan solo en la diócesis de Gornji Karlovac, que forma parte del arzobispado de Zagreb, 40 mil personas fueron bautizadas otra vez".

Es evidente que esos resultados sólo pueden obtenerse en conversiones masivas de pueblos enteros, tales como Kamensko, en la misma archidiócesis del monseñor Stepinac, donde 400 ovejas perdidas volvieron al redil romano en un día, "en forma espontánea y sin presión alguna de las autoridades civiles y eclesiásticas".

Entonces, ¿por qué ocultan esas cifras? Si se debían a los "sentimientos caritativos" del clero católico de Croacia —no a la cínica explotación de terror—, debían enorgullecerse. La verdad es que, el velo con que tratan de ocultar esas infamias, es transparente y no lo suficientemente ancho. Para encubrir a Stepinac, hay que poner a otros al descubierto: los obispos Saric, Garic y Simrak; los sacerdotes Bilogrivic, Kamber, Bralo y sus asociados, los franciscanos y jesuitas, y finalmente la Santa Sede.

Quizá debamos permitir que este extraño arzobispo disfrute de su "conciencia limpia"; este primado de Croacia, supuestamente despojado de toda autoridad, que se atribuyó el título de

92a. R.P. Dragoun, "The Dossier of Cardinal Stepinac" (París: Nouvelles Editions Latines, 1958), pp. 46, 163.

"metropolitano" aunque no lo era, y que, para colmo, estaba abriendo puertas cuando las estaba cerrando. Pero, a su lado había otro prelado firme y corpulento, el R.P. Marcone, representante personal de Pío XII.

¿Estaba este "Sancti Sedis legatus" despojado también de autoridad sobre el clero croata? ¡Nadie lo sabe! El expediente, tan hábilmente expurgado, no menciona a esta gran persona. En verdad, podríamos ignorar por completo su existencia si no contáramos con otra información, como fotografías que lo muestran oficiando en la catedral de Zagreb, sentado entre los líderes ustashis y, sobre todo, comiendo con la familia de Pavelic, el católico "practicante" que organizó las masacres.

Al ser confrontados por ese documento, no nos sorprende que encubrieran al representante del papa. ¡Los místicos lo llamarían "oscuridad iluminadora"! Pero, las siguientes líneas del expediente revelan aún más:

"El procurador mismo, en su acta de acusación, menciona al secretario de estado de la Santa Sede, cardenal Maglione, que en 1942 había aconsejado al arzobispo Stepinac que entablara relaciones más cordiales y sinceras con las autoridades ustashis".[92b]

Bastan esas palabras para poner fin a todo subterfugio.

La confabulación entre el Vaticano y los asesinos ustashis se ve claramente. La Santa Sede instó al monseñor Stepinac a colaborar con aquellos, y el representante personal de Pío XII, al sentarse a la mesa de Pavelic, estaba poniendo en práctica la orden pontifical: entablar relaciones sinceras y cordiales con los asesinos de judíos y creyentes ortodoxos.

¡No nos sorprende!

Pero, ¿qué opinan los jesuitas, quienes insisten que la cooperación constante de los prelados de Su Santidad con los dictadores era una "opción" totalmente personal, no dictada por el Vaticano?

Cuando el cardenal Maglione envió las recomendaciones antes mencionadas al arzobispo de Zagreb, ¿estaba expresando su "opción personal" con el sello de su cargo como secretario de estado?

La prueba —antes mencionada— de la confabulación entre la Santa Sede y los ustashis, provista por Dragoun, pone fin a este capítulo.

Pero, veamos otra prueba de los sentimientos vehementes que se

92b. Ibid., p. 32.

propagaban, y aún se propagan, entre los seguidores de la Iglesia Católica Croata hacia los serbios ortodoxos.

La Federación de Obreros Croatas de Francia envió una invitación a la solemne reunión a celebrarse el domingo, 19 de abril de 1959, en el centro de la Confederación General de Obreros Cristianos en París, para celebrar el décimo octavo aniversario de la fundación del estado ustashi croata.

La invitación decía: "La ceremonia se iniciará con una santa misa en la Iglesia de Nuestra Señora de Loreto". Sin embargo, después de esas palabras piadosas, el lector quedaba desconcertado al leer esta exhortación directa: "¡MUERAN LOS SERBIOS!"[93]

Por tanto, el documento —de considerable importancia— expresaba pesar de que no se hubiera matado a un número mayor de estos "hermanos en Cristo".

El libro del R.P. Dragoun, rector de la Misión Croata en Francia, da a entender que la recepción de los católicos franceses a los refugiados croatas no fue muy cálida. En las páginas 59, 60, 280 y 281, el autor menciona la "decepción dolorosa" de los refugiados cuando "sus hermanos en la fe no mostraron comprensión al recibirlos".

Al considerar tal documento, es fácil entender esa falta de comprensión. Nos complace que nuestros compatriotas, a pesar de esas invitaciones grandiosas, no simpatizaron con esa piedad en la que el llamado a matar iba de la mano con la "santa misa", según la tradición romana y ustashi. Nos habría alegrado aún más si no hubieran permitido imprimir y distribuir en París esos tratados violentos.

El 10 de febrero de 1960, el infame arzobispo de Zagreb, Alois Stepinac, falleció en su pueblo natal, Karlovice, donde se le había ordenado residir. Su muerte le dio al Vaticano la oportunidad de organizar una de esas manifestaciones espectaculares por las que es conocido.

Puesto que muchos católicos no sabían del "caso" Stepinac, la Santa Sede se esforzó para darle toda la pompa posible a esa apoteosis. El "Osservatore Romano" y toda la prensa católica dedicaron muchas columnas para alabar al "mártir" y su "testamento espiritual", y para presentar los discursos de Su Santidad Juan XXIII, proclamando "su respeto y afecto sobrenatural". Estas razones —aunque el cardenal no era parte de la Curia— motivaron al papa a rendirle los honores de un

93. Cf. "Le Monde", 19 de abril de 1959.

servicio solemne en San Pedro, Roma, donde le concedió también la absolución general. Para completar la glorificación, la prensa anunció que pronto se iniciaría el proceso de beatificación de esa persona ilustre.

Vale reconocer que merecía toda esa alabanza y aun la aureola por su "santa obediencia"; él cumplió al pie de la letra la orden de la Santa Sede respecto a las "relaciones sinceras y cordiales" que debía haber entre él y los ustashis.

No obstante, esperamos que, aun entre los católicos, algunos disciernan que tras la exaltación de este futuro santo, y su entierro bajo flores con los recuerdos sangrientos de su "apostolado", se encuentra el deseo del Vaticano de encubrir su propio crimen.

Parte V

Capítulo 4

El Movimiento Jesuita en Francia Antes de la Guerra de 1939-1945 y Durante Ella

Como vimos, la Acción Católica, con León Degrelle y sus asociados a la cabeza, prepararon el camino para Hitler en la Bélgica del "Christus Rex". En Francia se realizó el mismo trabajo oculto. Empezó cuando Mussolini subió al poder y concluyó en 1940, con el colapso de la defensa nacional. En Bélgica, se dijo que los "valores espirituales" debían ser restaurados por el bien del país. Por tanto, se formó la Federación Católica Nacional (FCN) bajo la presidencia del General Castelnau, y unos tres millones de seguidores se unieron a ella. La elección del líder se hizo astutamente. El general, de 78 años de edad, era un militar de gran prestigio personal. Por supuesto, él desconocía el intenso programa de propaganda clerical fascista.

Es obvio que la FCN y la Acción Católica en general eran jesuitas. Pero, sabemos también que a los Padres, cuyo mayor pecado es el orgullo, les agrada poner su firma en todas sus creaciones. Y, eso hicieron en la FCN al consagrar a este ejército católico al Sagrado Corazón de Jesús, una adoración establecida por la Compañía. Fue desde su basílica, ubicada en la colina de Montmartre, de donde Ignacio de Loyola y sus compañeros partieron para conquistar el mundo.

Un libro sobre la FCN, cuyo prólogo escribió el R.P. Janvier, ha preservado para la posteridad el acto de consagración que el antiguo general leyó "en el altar". Citaremos sólo algunas frases:

"Sagrado Corazón de Jesús: Los líderes y representantes de los católicos franceses, postrados ahora ante ti, han reunido y organizado la Federación Católica Nacional para restablecer tu reino en esta tierra... Todos nosotros, los presentes y los ausentes, no siempre hemos sido irreprensibles... Llevamos la carga de los crímenes que la nación francesa cometió contra ti... Es, pues, con el objetivo de reparar y expiar, que hoy presentamos ante ti nuestros deseos y propósitos, y la resolución unánime de restablecer en toda Francia tu soberanía sagrada y real, y liberar las almas de sus hijos de una enseñanza sacrílega... No retrocederemos ante esta lucha para la cual te has dignado armarnos.

Deseamos dirigir y dedicar todo a tu servicio...

"Sagrado Corazón de Jesús: Te imploramos, por medio de la virgen María, que recibas el homenaje..."[94]

El mismo autor católico enumera los "crímenes de la nación francesa":

Palabras y directrices fatídicas: el socialismo es condenado... el liberalismo es condenado... León XIII mostró que la libertad de culto es injustificable. El papa también mostró que no se puede otorgar justificadamente la libertad de palabra y expresión... Por tanto, no se puede conceder la libertad de pensamiento, prensa, enseñanza y culto que algunos consideran como derechos naturales del ser humano...

"Debemos —dijo Pío XI— restablecer estas enseñanzas y reglas de la iglesia".

Ese era el principal objetivo de la FCN bajo el control de la jerarquía, garantizado por la descentralización de los comités diocesanos.

"En la Acción Católica, como en la guerra, la famosa palabra del General Castelnau es aún legítima: 'Adelante'".[95]

Estaba claro y explícito. Uno sabía qué esperar al leer las palabras de Pío XI: "La Acción Católica es el apostolado de los fieles..." (carta al cardenal Van Roey, 15 de agosto de 1929).

Realmente era un apostolado extraño, pues consistía en rechazar todas las libertades que las naciones civilizadas valoraban, y en ser los patronos del evangelio totalitario. ¿Es este "el derecho de comunicar a otras mentes los tesoros de la redención"? (Pío XI, "Non abbiamo bisogno").

En Bélgica, León Degrelle y sus amigos —héroes de la Acción Católica— difundieron estos "tesoros de la redención"... revisados y actualizados por el jesuita Staempfle, el discreto autor de "Mein Kampf".

Lo mismo sucedió en Francia, donde apóstoles laicos, "uniéndose a la actividad del apostolado jerárquico" (Pío XI, "Dixit"), se dedicaron a organizar otra "colaboración". Leamos lo que escribió al respecto Franz von Papen, chambelán privado del papa y mano derecha del Fuhrer:

"Nuestra primera reunión se celebró en 1927, cuando una delegación alemana —a la que tuve el honor de pertenecer— llegó a París para la 'Semana Social del Instituto Católico' bajo la presidencia del monseñor

94-95. Georges Viance, "La Federation nationale catholique"; prólogo escrito por el R.P. Janvier (París: Flammarion, 1930), pp. 186-188, 78.

Baudrillart. Ese primer contacto fue fructífero, marcando el inicio de un prolongado intercambio de visitas entre personajes importantes de Francia y Alemania.

"De parte de Francia, en esas conferencias estuvieron los jesuitas Delattre, de la Briere y Denset".[96]

Más adelante, el apóstol agrega que por momentos "esta conferencia de católicos alcanzó niveles sobrehumanos de grandeza".

Esa "grandeza" llegó a su apogeo el 14 de junio de 1940, el día en que la bandera adornada con la esvástica flameó victoriosamente sobre París. Sabemos que Goebbels, jefe de la propaganda hitleriana, señaló esa fecha tres meses antes, el 14 de marzo, y que la ofensiva alemana empezó el 10 de mayo.

La precisión del anuncio no es tan asombroso como pudiera parecer.

"Este es el informe secreto del agente 654 J.56 que trabaja para el Servicio Secreto alemán, quien envió estos datos a Himmler: 'París, 5 de julio de 1939. Puedo declarar que en Francia, la situación está ahora en nuestras manos. Todo está listo para el día J y todos nuestros agentes están en sus puestos. Dentro de unas semanas, la fuerza policial y el sistema militar caerán como un juego de naipes".

"Muchos documentos secretos relatan que los traidores habían sido escogidos mucho tiempo antes. Hombres como Luchaire, Bucard, Deat, Doriot... y Abel Bonnard (de la Academia Francesa)".[97]

(Éste huyó a España durante la Liberación. El 1 de julio de 1958 volvió a Francia y se entregó a las autoridades, pero el presidente del Tribunal Supremo de Justicia de inmediato lo dejó en libertad en forma temporal).

El libro de Andre Guerber —una obra muy bien documentada— detalla los pagos que el S.R. alemán dio a esos traidores. Estos en verdad se ganaron ese dinero porque realizaron un trabajo muy eficaz.

Además, el ambiente se había preparado por mucho tiempo. A fin de "regenerar" la tierra, como deseaba la Acción Católica, habían producido toda una generación de dictadores aprendices bajo el modelo de León Degrelle; hombres como Deat, Bucard y Doriot que —según Guerber— era el "agente 56 BK del Servicio Secreto alemán". De este grupo heterogéneo, él era también el más apreciado por el arzobispado

96. Franz von Papen, "Memoires" (París: Flammarion, 1953), p. 91.
97. Andre Guerber, "Himmler et ses crimes" (París: Les Documents Nuit et Jour, 1946), p. 101.

y quienes los apoyaban... y por supuesto, por Hitler, que después le otorgó poder total en Sigmaringen.

Doriot era la gran estrella. Pero, para el futuro inmediato, y para manejar cautelosamente la transición —tras la derrota prevista y deseada—, se necesitaba a otro hombre: un líder militar respetado, que pudiera encubrir el desastre y presentarlo como la "recuperación nacional".

En 1936 el canónigo Coube escribió: "El Señor que levantó a Carlomagno y a los héroes de las Cruzadas, aún puede levantar salvadores... Entre nosotros debe haber hombres que Él ha marcado con Su sello y que serán revelados cuando llegue su *tiempo*... Entre nosotros debe haber clérigos que trabajarán en las grandes restauraciones nacionales. Pero, ¿qué necesitan para cumplir esta misión? Cualidades naturales como inteligencia y carácter; también cualidades sobrenaturales, es decir, la obediencia a Dios y a Su Ley es indispensable, porque esta labor política es, ante todo, moral y religiosa. Estos salvadores son hombres con corazones generosos que trabajan sólo para la gloria de Dios".[98]

Cuando el discípulo de Loyola expuso estas ideas políticas y religiosas, sabía quién sería ese "salvador" piadoso. Como dice Francois Ternand, su nombre no era un secreto entre los clérigos y fascistas.

"Se inició una campaña astuta y persistente en favor de 'la dictadura de Petain'.

"En 1935, Gustavo Herve publicó un folleto que examinaremos... Se titula 'Necesitamos a Petain'... El prólogo es una apología entusiasta de la 'recuperación italiana' y 'la aún más asombrosa recuperación de Alemania', que exalta a los maravillosos líderes que las realizaron. ¿Y qué de la gente de Francia?... Hay *un hombre a quien podríamos* apoyar... Nosotros también tenemos a un hombre providencial... ¿Desea saber su nombre? Petain".

"'Necesitamos a Petain' porque la patria está en una situación peligrosa; y no sólo la patria, sino el catolicismo: 'La civilización cristiana está condenada a morir si no se establece un régimen dictatorial en todos los países'...

"Escuchen: En tiempo de paz, un régimen sólo puede ser derrocado

98. Canónigo Coube, "Sainte Therese de l'Enfant Jesus et les crises du temps present" (París: Flammarion, 1936), pp. 165ss. Imprimatur: 11 de enero de 1936.

con golpe de estado si existe la disposición, o si no tiene el apoyo del ejército y la administración. La operación sólo puede resultar mediante la guerra y, en especial, la derrota".[99]

Por tanto, el camino a seguir se indicó claramente en 1935. Para "recristianizar" a Francia, debían derrocar al régimen. Y el mejor método para lograrlo era sufrir una derrota militar que colocara al país bajo el yugo alemán. En 1943, Pierre Laval —conde del papa y presidente del gobierno de Vichy— lo confirmó diciendo:

"Espero que Alemania obtenga la victoria. Quizá suene extraño que el derrotado desee el triunfo del vencedor. Es porque esta guerra no es como las previas. ¡Esta es en verdad una guerra religiosa! Sí, una guerra religiosa".[100]

Esto era lo que deseaba la iglesia, aunque no le agrade al olvidadizo jesuita Fessard —antes mencionado—, que no desea saber lo que el padre Coughlin, su compañero loyolista, dijo en los Estados Unidos a los 20 millones de radioescuchas del programa "Christian Front" (Frente cristiano): "La guerra alemana es una batalla por el cristianismo".[101]

Pero, por ese tiempo, durante la ocupación en Francia, el cardenal Baudrillart —rector del Instituto Católico de París— hizo una declaración similar:

"La guerra de Hitler es una empresa noble, llevada a cabo para defender a la cultura europea".[102]

Así, en ambos lados del Atlántico y en todo el mundo, las voces de los clérigos alababan al nazismo victorioso.

En Francia, el cardenal Suhard, arzobispo de París, dio el ejemplo a todo el obispado mediante su "colaboración" total; lo mismo hizo el nuncio jesuita, monseñor Valerio Valeri.

Después de la Liberación, el gobierno solicitó al Vaticano que retirara por lo menos a 30 obispos y arzobispos que estaban profundamente comprometidos. Al final aceptaron retirar a tres de ellos.

"Francia se ha olvidado...", escribió Maurice Nadeau. "La Croix', el vocero más peligroso al servicio de la colaboración, ocupa su lugar

99. Francois Tenand, "L'Ascension politique du Marechal Petain" (París: Ed. du livre francais, 1946), pp. 40ss.
100. Radio Nacional, 2 de enero de 1943.
101. 7 de julio de 1941.
102. 30 de julio de 1941.

entre las publicaciones de la Francia liberada; los prelados que instaban a la juventud francesa a trabajar por la victoria de Alemania, aún no han sido juzgados".[103]

El 13 de diciembre de 1957 "Artaban" publicó lo siguiente:

"En 1944, el periódico 'La Croix' fue juzgado en la corte de París por ayudar al enemigo, pero el juez Raoult lo absolvió. El caso se discutió en la Cámara el 13 de marzo de 1946 (J. O. Debates Parlamentarios, pp. 713-714), y se supo que el Ministro de Justicia Menthon, deseoso de exonerar a la prensa francesa, había hablado en favor de 'La Croix'".

"La voz del pensamiento pontifical" —como la llamó Pío XII al enviarle su bendición en 1942— fue la única eximida de las medidas de represión aplicadas a los diarios durante la ocupación. Sin embargo, 'Artaban' nos recuerda:

"'La Croix' recibía órdenes del teniente alemán Sahm y, en Vichy, de Pierre Laval".

Por supuesto, el "pensamiento pontifical" y las órdenes hitlerianas coincidían. Esto se comprueba al estudiar las ediciones del periódico publicadas durante la guerra.

Una de las atribuciones de los jesuitas, entre las más importantes, era supervisar a la prensa católica. En los diversos escritos, adaptados a las necesidades de sus lectores, presentaban los distintos matices del "pensamiento pontifical" que, bajo sus variados aspectos, cumplía siempre sus propósitos. No existía una sola revista o diario "cristiano" que no recibiera la colaboración de jesuitas discretos.

Estos Padres, que son "de todo para todos los hombres", son los mejores si se trata de actuar como camaleones. Sabemos que eso es lo que hicieron. Pero, después de la Liberación, era sorprendente ver por doquier a Padres que "habían pertenecido a la resistencia" (¡se unieron a ella después que los otros!), y testificaban que la iglesia NUNCA, NUNCA había participado en la "colaboración".

Los artículos de 'La Croix' y otros diarios católicos, las órdenes obispales, las cartas pastorales, los comunicados oficiales de la Asamblea de Cardenales y Arzobispos, y las exhortaciones del cardenal Baudrillart a los jóvenes franceses —para que vistieran el uniforme nazi y sirvieran en el L.V.F. tras jurar lealtad a Hitler— quedaron en el

103. Prólogo de "L'Eglise a-t-elle collabore?" por Jean Cotereau (París: Spartacus, mayo de 1946).

olvido, se eliminaron y evaporaron. ¡Todo quedó en el pasado y se olvidó!

"La historia es una novela", dijo un pensador decepcionado. La nuestra cumplirá esa definición; la novela se está escribiendo ante nuestros ojos. Muchos "historiadores" —clérigos y laicos bienintencionados— están contribuyendo en ella, y podemos estar seguros de que el resultado será edificante: una novela católica, por supuesto. La contribución de los jesuitas es extensa, como dignos herederos del padre Loriquet, cuya "Historia de Francia" pintó un cuadro tan fantasioso de Napoleón.

Comparándolo con este trabajo tan hábil, sólo fue necesario camuflar la colaboración entre los clérigos y el ocupador alemán desde 1940 hasta 1944, y hacer que desapareciera. Esto continúa hoy. A lo largo de los años se han escrito muchos artículos en diarios, revistas y libros patrocinados por el Imprimatur, alabando a super patriotas que fueron juzgados erróneamente, como Suhard, Baudrillart, Duthoit, Auvity, Du Bois de Villerabel, Mayol de Luppe y otros. Cuántas páginas se han usado para exaltar la actitud —tan heroica— del obispado durante la guerra, cuando Francia enfrentó "una situación que llevó a los obispos franceses a convertirse en 'defensores de la ciudad'", como escribió alguien en forma irónica.[104]

"¡Calumnien y calumnien otra vez! Seguramente algo debe quedar", aconsejó Basilio, un jesuita perfecto. "Encubran y encubran otra vez", dicen sus sucesores, grandes escritores de las "novelas históricas".

Y el encubrimiento continúa de manera extensa.

Las futuras generaciones, sumergidas bajo un torrente de exageraciones, pensarán con gratitud —al menos, esperamos que lo hagan— en estos "defensores" de la ciudad, héroes de la Iglesia Romana y la patria, "vestidos con el lino blanco de la honestidad inocente" gracias al trabajo de sus defensores. ¡Algunos de ellos incluso fueron canonizados!

El 25 de agosto de 1944, el cardenal jesuita Suhard, arzobispo de París (desde el 11 de mayo de 1940) y líder de los colaboradores clericales, sin perturbarse decidió celebrar el Te Deum de la victoria en Notre Dame. Sólo "la firme protesta del capellán general de las FFI" nos libraron de esa farsa.

En el "France-Dimanche" del 26 de diciembre de 1948, leemos: "Su eminencia, cardenal Suhard, arzobispo de París, en el aniversario de su

104. R.P. Deroo, "L'Episcopat francais dans la melee de son temps" (París: Bonne Presse, 1955), p. 103. Imprimatur: 1955.

ingreso al sacerdocio, recibió una carta firmada por Su Santidad Pío XII, felicitándolo, entre otras cosas, por el papel que desempeñó durante la ocupación. Sabemos que, después de la Liberación, se criticó severamente la conducta del cardenal durante el período de ocupación. Cuando el general De Gaulle retornó a París en agosto de 1944, rehusó reunirse con el cardenal durante el Te Deum en Notre Dame. En ese tiempo al prelado se le acusó abiertamente por sus 'tendencias colaboracionistas'".

Por tanto, son comprensibles las congratulaciones del Santo Padre. Pero, hay otra historia aún más edificante acerca del Te Deum:

Después que desembarcaron los aliados, la ciudad de Rennes sufrió mucho durante la lucha que siguió. El oficial que comandaba la guarnición alemana se negó a evacuar a los civiles y muchos fallecieron. Cuando la ciudad fue tomada, se iba a celebrar el tradicional Te Deum, pero el arzobispo y primado de Britania, monseñor Roques, rehusó oficiarlo y tampoco permitió que se realizara en su catedral. Dar gracias a Dios por la liberación de su ciudad era un escándalo intolerable para este prelado. Por su actitud, las autoridades francesas lo confinaron a la residencia arzobispal.

Tal lealtad al "pensamiento pontifical" le valió una recompensa. Poco después recibió de Roma el sombrero de cardenal.

A Pío XII se le puede acusar de muchas faltas, pero debemos admitir que siempre "reconoció a los suyos". Envió una carta halagadora al cardenal Suhard, distinguido colaborador; y concedió la púrpura de cardenal al monseñor Roques, héroe de la resistencia alemana. Este "gran papa" practicaba una estricta justicia distributiva.

Por supuesto, estaba rodeado de personas que le daban sabios consejos: dos jesuitas alemanes, Leiber y Hentrich, eran los "secretarios privados y sus favoritos".[105] Su confesor era el jesuita alemán Bea. La monja alemana Pascualina supervisaba los asuntos de su casa y, sobre todo, cocinaba para él. Aun el canario, con su dulce nombre Dumpfaf, había sido importado de la tierra más allá del Rin.

Después que Hitler invadió a Polonia, ¿no le dijo el Soberano Pontífice a Ribbentrop que "siempre tendría un afecto especial por Alemania?"[106]

105. "La Croix", 10 de octubre de 1958.
106. En "Documentation catholique" del 15 de marzo de 1959, leemos: "Respecto a la amada nación alemana, seguiremos el ejemplo que nos dio nuestro predecesor (Pío XII)", firmado, Juan XXIII. El espíritu de continuidad es uno de los atributos del Vaticano.

Parte V

Capítulo 5

La Gestapo y la Compañía de Jesús

Si Pío XI y Pío XII nunca dejaron de mostrar buena voluntad y amistad hacia el Fuhrer —a quien habían llevado al poder—, debemos reconocer que éste cumplió todas las condiciones del pacto que lo ligaba al Vaticano. Puesto que había prometido "estrangular" a los enemigos del clero, los envió a los campos de concentración como había hecho con los liberales y los judíos. Y, sabemos cuál era el destino que el líder del Tercer Reich había elegido para los judíos: simplemente los masacraba o, cuando le resultaba más ventajoso, los obligaba a trabajar hasta que quedaban exhaustos y luego los liquidaba. En este caso, sólo se retrasaba la "solución final".

Pero, veamos primero cómo Franco, líder "autorizado" y Caballero de la Orden de Cristo, confirmó la confabulación entre el Vaticano y los nazis. Según "Reforme", la prensa del dictador español (Franco) publicó lo siguiente el 3 de mayo de 1945, el día en que Hitler murió:

"Adolfo Hitler, hijo de la Iglesia Católica, falleció mientras defendía al cristianismo. Es, pues, comprensible que no se hallen palabras para lamentar su muerte, cuando se hallaron tantas para exaltar su vida. Sobre los restos mortales se yergue su victoriosa imagen moral. Con la palma del mártir, Dios le da a Hitler los laureles de la victoria".[107]

Esta oración fúnebre en honor del líder nazi —y un desafío a los aliados vencedores— la expresó la Santa Sede misma, encubierta bajo el disfraz de la prensa de Franco. Fue un comunicado del Vaticano proclamado vía Madrid.

Por supuesto, el héroe desaparecido merecía la gratitud de la Iglesia Romana y ella no trataba de ocultarlo. Él le había servido fielmente: todos los que la iglesia señalaba como sus adversarios, experimentaban las consecuencias. Y este buen "hijo" admitía prontamente lo que le debía a su Santísima Madre, y en especial a los soldados de ésta en el

107. "Reforme", 21 de julio de 1945.

mundo.

"Aprendí mucho de la Orden de los Jesuitas", dijo Hitler. "Hasta ahora no ha existido en la tierra nada más grandioso que la organización jerárquica de la Iglesia Católica. Yo transferí a mi partido mucho de esta organización... Les diré un secreto... Fundaré una Orden... En la 'fortaleza' de mi Orden, formaremos una juventud que hará temblar al mundo... Hitler luego se detuvo, explicando que no podía decir más".[108]

Walter Schellenberg, otro hitleriano importante y ex jefe del contraespionaje alemán, completó esta confidencia del Fuhrer después de la guerra:

"Himmler constituyó la organización de la S.S. [cuerpo de protección] según los principios de la orden jesuita. Sus reglas, y los Ejercicios Espirituales prescritos por Ignacio de Loyola, fueron el modelo que Himmler trató de copiar exactamente... El "SS del Reichsfuhrer" —título de Himmler como jefe supremo de la SS— debía ser el equivalente del General de los jesuitas, y la estructura total de la dirección era una imitación cercana del orden jerárquico de la Iglesia Católica. Restauraron un castillo medieval cerca de Paderborn, en Westfalia, y lo llamaron Webelsbourg. Este llegó a ser lo que podría llamarse un monasterio de la SS".[109]

Los mejores autores teológicos, por su parte, trataban de mostrar la similitud entre las doctrinas católicas y nazis. Y los hijos de Loyola eran los más dedicados a ese objetivo. Por ejemplo, el teólogo jesuita Michaele Schmaus presentó al público una serie de estudios sobre el tema:

"Imperio e Iglesia" es una serie de escritos que debían ayudar a formar el Tercer Reich, ya que unen un estado nacionalsocialista al cristianismo católico... El movimiento nacionalsocialista es la protesta más fuerte y masiva contra el espíritu de los siglos 19 y 20... Es imposible lograr un compromiso entre la fe católica y el pensamiento liberal... Nada es más opuesto al catolicismo que la democracia... El significado renovado de "autoridad estricta" abre el camino otra vez a la verdadera interpretación de la autoridad eclesiástica... La

108. Hermann Rauschning, ex líder nacionalsocialista del gobierno de Dantzig, "Hitler m'a dit" (París: Ed. Cooperation, 1939), pp. 266-267, 273ss.
109. Walter Schellenberg, "Le Chef du contre-espionnage nazi vous parle" (París: Julliard, 1957), pp. 23-24.

desconfianza en la libertad se basa en la doctrina católica del pecado original... Los mandamientos nacionalsocialistas y los de la Iglesia Católica tienen el mismo objetivo..."[110]

Este objetivo era la "nueva edad media" que Hitler le prometió a Europa. Es obvia la similitud entre el apasionado antiliberalismo de este jesuita de Munich, y el fanatismo expresado durante el "acto de consagración de la F.C.N. en la basílica de Montmartre". Durante la ocupación, el R.P. Merklen escribió: "En estos días, la libertad ya no parece merecer aprecio alguno".[111]

Podríamos citar miles de declaraciones similares. ¿No era ese odio a la libertad —en todas sus formas— el carácter mismo del Amo romano? Es fácil también comprender por qué armonizaban tan bien la "doctrinas" católica y nazi. El jesuita Michaele Schmaus mostró hábilmente esa armonía, y, diez años después de la guerra, "La Croix" lo llamó "el gran teólogo de Munich".[112] A nadie puede sorprenderle que Pío XII lo hiciera "Príncipe de la iglesia".

Bajo tales circunstancias, ¿qué sucedió con la "terrible" encíclica "Mit brennender Sorge" de Pío XI, que supuestamente condenó al nazismo? Por supuesto, ningún casuista ha tratado de explicarlo.

El "gran teólogo" Schmaus tuvo muchos rivales, según explica un autor alemán que señala el "Katolisch Konservatives Erbgut" como el libro más extraño impreso por Publicaciones Católicas Alemanas:

"Esta antología, que reúne textos de los principales teóricos católicos de Alemania, desde Gorres hasta Vogelsang, nos hace creer que el nacionalsocialismo nació de ideas católicas".[113]

Al escribir esas palabras, el autor no sabía que lo estaba describiendo perfectamente. Franz von Papen —otra persona bien informada, que fue la causa principal del pacto entre la Santa Sede y Berlín, y chambelán privado del papa— fue aún más explícito:

"El Tercer Reich es la primera potencia mundial que no sólo reconoce,

110. "Begegnungen zwichen Katholischen Christentum und nazional-sozialitischer Weltanchaunung", por Michaele Schmaus, profesor de la Facultad de Teología de Munich (Aschendorf, Munster, 1933).
111. "La Croix", 2 de septiembre de 1951.
112. Ibid., 2 de septiembre de 1954.
113. Gunter Buxbaum, "Les Catholiques en Europe centrale" ("Mercure de France", 15 de enero de 1939).
114. Robert d'Harcourt, Academia Francesa, "Franz von Papen, l'homme a tout faire" (L'Aube, 3 de octubre de 1946).

sino que pone en práctica los elevados principios del papado".[114]

A esto agregaremos lo que resultó al "poner en práctica" esos principios: 25 millones de víctimas en campos de concentración, la cifra oficial publicada por la Organización de las Naciones Unidas.

Aquí debemos añadir algo, especialmente para quienes no creen que las masacres organizadas fueron uno de los "elevados principios" del papado. Por supuesto, tal incredulidad es alimentada por los que afirman: "¡Esos hechos crueles pertenecen al pasado!"

Eso dicen algunos apóstoles a los simples, mientras se encogen de hombros ante los no católicos, "para quienes aún arden las hogueras de la Santa Inquisición".[115]

Pero, dejemos de lado los innumerables testimonios sobre la crueldad clerical del pasado lejano, y consideremos el siglo 20.

Sin mencionar lo que hicieron hombres como Stepinac y Marcone en Croacia, y Tiso en Eslovaquia, sólo examinaremos la ortodoxia de algunos "elevados principios" que pusieron en práctica.

¿Han pasado de moda esos principios? ¿Han sido repudiados para seguir una "doctrina mejor informada"? ¿Los ha rechazado oficialmente la Santa Sede, junto con otros errores de un pasado sombrío? Es fácil descubrirlo.

Veamos, por ejemplo, "Great Apologetics" (Gran apologética) del abad Jean Vieujan, que no puede considerarse medieval porque data de 1937. ¿Qué leemos allí?

"Para aceptar el principio de la Inquisición sólo se necesita una mentalidad cristiana, y de esto carecen muchos cristianos... La iglesia no tiene ese temor".[116]

No podríamos haberlo expresado mejor.

¿Se necesita otra prueba, no menos ortodoxa y moderna? Veamos lo que declaró el R.P. Janvier, famoso orador de Notre Dame:

"En virtud de su poder indirecto sobre los asuntos temporales, ¿no debería la iglesia tener el derecho de esperar que los estados católicos opriman a los herejes, aun hasta la muerte, a fin de reprimirlos?

"Esta es mi respuesta:

"Yo abogo por esto, ¡aun hasta la muerte!... apoyados primeramente en la práctica, luego en la enseñanza de la iglesia misma; y estoy convencido

115. "Temoignage chretien", 6 de diciembre de 1957.
116. Abad Jean Vieujan, "Grande Apologetique" (París: Bloud et Gay, 1937), p. 1316.
117. Conferencia del 25 de marzo de 1912.

de que ningún católico diría lo contrario sin errar gravemente".[117]

No se puede acusar a este teólogo de hablar en acertijos. Su declaración es clara y concisa. Es imposible decir más con menos palabras. Todo está allí, respecto al derecho que se atribuye la iglesia para exterminar a los que tienen creencias diferentes a las de ella: la "enseñanza" que la compele, la "práctica" autenticada por la tradición, e incluso el "llamado a los estados católicos", de lo cual la cruzada hitleriana fue un ejemplo perfecto.

Las siguientes palabras tampoco son ambiguas ni se pronunciaron en la oscuridad de la Edad Media:

"La iglesia puede condenar a los herejes a la muerte, porque los derechos que tienen se deben sólo a nuestra tolerancia, y, al parecer, esos derechos no son reales".

El autor de esas palabras fue el general de los jesuitas, Franz Wernz (1906-1915). Siendo él alemán, su declaración adquiere aún más importancia.

También en el siglo 20, el cardenal Lepicier, conocido príncipe de la iglesia, escribió: "Si alguien confiesa públicamente que es hereje, o trata de pervertir a otros con sus palabras o ejemplo, no sólo se le puede excomulgar sino que con justicia se le puede ejecutar..."[118] Nadie puede negar que ese es un llamado a matar.

¿Deseamos conocer también la contribución del Soberano Pontífice? El papa jesuita moderno León XIII, cuyo "liberalismo" fue criticado por los clérigos intransigentes, dijo: "Sea anatema el que diga: el Espíritu Santo no quiere que matemos a los herejes".

¿Qué autoridad superior a esta podría invocarse, aparte de la del Espíritu Santo?

Aunque desagrade a los que manipulan la cortina de humo (los que hacen las señales de humo cuando se elige a un papa) —apaciguadores de conciencias preocupadas—, los "elevados principios" del papado no han cambiado. Entre otras cosas, la exterminación a causa de la fe es tan válida y canónica hoy como lo fue en el pasado. Esta conclusión es muy "iluminadora" —término favorito de los místicos— al considerar lo que ocurrió en Europa entre 1939 y 1945.

"Hitler, Goebbels, Himmler y la mayoría de los miembros de la 'vieja

118. "De stabilitate et progressu dogmatis", primera parte, art. VI 9 I (Roma: Typographia editrix romana, 1909). Véase también Sol Ferrer y Francisco Ferrer, "Un Martyr au Xxe siecle" (París: Fischbacher).

guardia' del partido eran católicos", escribió Frederic Hoffet. "No fue accidente que, por la religión de sus líderes, el gobierno nacionalsocialista haya sido el más católico que ha tenido Alemania... La afinidad entre el nacionalsocialismo y el catolicismo impresiona más aún al estudiar los métodos de propaganda y la organización interna del partido. Las obras de Joseph Goebbels son las que más información nos dan al respecto. Él estudió en un colegio jesuita y fue seminarista, antes de dedicarse a la literatura y la política... En cada página y cada línea de sus escritos recuerda la enseñanza de sus maestros. Por tanto, recalca la obediencia... el desprecio de la verdad... "¡Algunas mentiras son tan útiles como el pan!", proclamó debido al relativismo moral que extrajo de los escritos de Ignacio de Loyola".[119]

Hitler no le otorgó los laureles del jesuitismo a su jefe de propaganda; sin embargo, respecto al jefe de la Gestapo comentó con sus amigos: "Puedo ver a Himmler como a nuestro Ignacio de Loyola".[120]

El Fuhrer debió tener buenas razones para decirlo. Primero, notamos que Kurt Heinrich Himmler —Reichsfuhrer de la SS, la Gestapo y la fuerza policial alemana— parecía estar más impregnado de clericalismo que los otros miembros católicos del grupo de Hitler. Su padre había sido director de una escuela católica en Munich, y luego, tutor del príncipe Ruprecht de Baviera. Su hermano, monje benedictino, vivía en el monasterio de María Laach, uno de los lugares importantes del pangermanismo. Además, tenía un tío que ocupó el alto cargo de canónigo en la corte de Baviera, el jesuita Himmler.

El autor alemán Walter Hagen proporciona esta información discreta: "El general de los jesuitas, conde Halke von Ledochowski, estaba listo para organizar —sobre la base común del anticomunismo— cierta colaboración entre el Servicio Secreto alemán y la Orden Jesuita".[121]

Como resultado, se creó una organización dentro del Servicio de Seguridad Central de la SS, y la mayoría de los cargos fueron ocupados por sacerdotes católicos que vestían el uniforme negro de la SS. El padre jesuita Himmler fue uno de los oficiales superiores.

Después de la capitulación del Tercer Reich, el padre Himmler fue arrestado y llevado a la prisión de Nuremberg. Su audiencia ante el

119. Frederic Hoffet, "L'Imperialisme protestant" (París: Flammarion, 1948), pp. 172ss.
120. Adolfo Hitler, "Libres propos" (París: Flammarion, 1952), p. 164.
121. Walter Hagen, op. cit., p. 358.

tribunal internacional hubiera sido muy interesante, pero la "providencia" estaba muy atenta: el tío de Heinrich Himmler nunca compareció ante esa corte. Una mañana LO HALLARON MUERTO EN SU CELDA, y el público nunca supo la causa de su muerte.

No deshonraremos la memoria de este clérigo suponiendo que él se quitó la vida, contra las reglas solemnes de la Iglesia Romana.

Su muerte, sin embargo, fue tan repentina y oportuna como la de otro jesuita, el padre Staempfle, el autor no reconocido de "Mein Kampf" (Mi lucha). Fue una extraña coincidencia.

Pero, volvamos a Kurt Heinrich Himmler, jefe de la Gestapo, que, como tal, tenía en sus manos las riendas del poder del régimen. ¿Fue por sus méritos personales que obtuvo ese alto cargo? ¿Vio Hitler en él un genio superior cuando lo comparó con el creador de la Orden Jesuita? Realmente los que lo conocían no decían eso, ya que sólo veían mediocridad en él.

¿Acaso esa estrella brillaba con resplandor ajeno? ¿Era Kurt Heinrich Himmler, el jefe visible, quien reinaba sobre la Gestapo y los servicios secretos? ¿Quién estaba deportando a millones de personas por motivos políticos y enviando a los judíos a la muerte? ¿Era el sobrino o el tío, ex canónigo de la corte de Baviera, uno de los favoritos de von Ledochowski, padre jesuita y oficial superior de la SS?

Quizá parezca irresponsable, aun presuntuoso, echar una mirada indiscreta tras el escenario de la historia. El drama se desarrolla en el escenario, bajo el brillo combinado de candilejas y reflectores. Es lo normal en todo espectáculo. Si alguien intentara mirar detrás de la escenografía, dirían que quiere causar problemas y que carece de educación.

Sin embargo, los actores en quienes el público hechizado fija la mirada salen de detrás del escenario. Esto es evidente al estudiar a estos "monstruos sagrados", y comprobar que están lejos de ser como los individuos que deben representar.

Ese parece ser el caso de Himmler. Y, ¿no podría decirse lo mismo de Hitler, a quien ayudaba como su mano derecha?

Cuando vemos a Hitler gesticulando en las pantallas, o lo escuchamos vociferando histéricamente sus discursos, ¿no parece un autómata con resortes que requieren ajuste? Aun sus movimientos más simples y calmados nos hacen pensar en una marioneta mecánica. ¿Y qué podríamos decir de los ojos saltones e inexpresivos, la nariz informe y esa fisonomía hinchada, cuya vulgaridad no podía disimularse con aquel famoso mechón de pelo y el ridículo bigote, que

parecía estar pegado bajo su nariz.

¿Era realmente un líder ese individuo que gruñía en las reuniones públicas? ¿Era el "verdadero" amo de Alemania y un gobernante "auténtico", cuyo genio cambiaría totalmente al mundo?

¿O era tan solo un mal sustituto? ¿Era acaso un fantasma bajo una piel inflada para usarlo ante las masas, alguien que podía agitar al populacho?

Él mismo lo admitió al declarar: "Soy sólo un clarín". Francois Poncet, para entonces embajador de Francia en Berlín, confirmó que Hitler trabajaba poco, no leía mucho y permitía a sus colaboradores hacer lo que querían.

Sus ayudantes también parecían faltos de vida e irreales. El primero, Rudolf Hess —que voló a Inglaterra en 1941— parecía una persona extraña en su juicio en Nuremberg. Nunca se supo si estaba demente o si era sólo excéntrico. El segundo, Goering, era grotesco, vanidoso y obeso. Usaba los uniformes más espectaculares, como los de una ópera cómica; era ladrón de pinturas famosas y, para colmo, estaba adicto a la morfina.

Otros personajes importantes del partido eran semejantes a éstos. Durante los juicios en Nuremberg, un periodista expresó su asombro al informar que aparte de los defectos particulares de cada uno, esos héroes nazis carecían de intelecto y de carácter, y que eran más o menos insignificantes.

El único que sobresalía —no por su valía moral sino por su astucia— era Franz von Papen, chambelán de Su Santidad, "el hombre que lo hacía todo"... y que luego sería absuelto.

Si el Fuhrer parecía títere, ¿era su modelo mejor que él? Recordemos las demostraciones ridículas de aquel "César apropiado para un carnaval", moviendo sus grandes ojos negros bajo el extraño sombrero, decorado con borlas para cortina. Y, recordemos esas fotografías para hacer propaganda, tomadas desde abajo, mostrando sólo su mandíbula sobresaliente contra el trasfondo del cielo. Era el hombre maravilla, una roca inamovible —¡símbolo de una voluntad para la cual no había obstáculos!

¡Qué voluntad! Sin embargo, las confidencias de algunos de sus compañeros nos muestran a un hombre indeciso. Este "hombre formidable" que "invadiría todo" con fuerza elemental (como dijo el cardenal Ratti, futuro Pío XI), no pudo rechazar lo que el cardenal jesuita Gasparri, secretario de estado, le propuso en nombre del Vaticano.

Unas cuantas reuniones secretas persuadieron al revolucionario a alistarse bajo las normas del Santo Padre, para desarrollar la brillante carrera que todos conocemos. El conocido ex ministro Carlo Sforza escribió:

"Algún día, cuando el tiempo haya atenuado la amargura y el odio, se reconocerá —esperamos— que la orgía de crueldades sangrientas que convirtieron a Italia en prisión por 20 años, y en ruinas durante la guerra de 1940-1945, se originó en un caso histórico casi único: la desproporción absoluta entre la leyenda artificialmente creada alrededor de un nombre, y las verdaderas capacidades del hombre insignificante que poseía ese nombre, un individuo a quien la cultura no le puso obstáculos".[122]

Esta fórmula perfecta se aplica tanto a Hitler como a Mussolini: la misma desproporción entre la leyenda y las capacidades; la misma carencia de "cultura" en los dos aventureros mediocres con pasados casi idénticos. La única explicación de sus carreras relámpago es su habilidad para arengar a las masas, un talento que los lanzó a la publicidad.

Hoy la imagen del Fuhrer en las pantallas de Alemania causa risa, demostrando que esa leyenda se creó artificialmente.

Pero, ¿no fue por su obvia inferioridad que esos "hombres providenciales" fueron escogidos para elevarlos al poder? En realidad, esa misma carencia de cualidades personales se ve en todos los que el papado escogió como sus defensores.

En Italia y Alemania había verdaderos gobernantes, líderes auténticos, capaces de empuñar el timón y gobernar, sin recurrir al "místico" delirante. Pero, eran demasiado brillantes en lo intelectual y no muy maleables. El Vaticano —en especial el "papa negro", von Ledochowski— no hubiera podido sujetarlos "como bastón de mando en su mano", de acuerdo con la apasionada fórmula, obligándolos a servir para sus propósitos a todo costo, hasta enfrentar la catástrofe.

Ya vimos que los emisarios de la Santa Sede, prometiéndole poder al revolucionario Mussolini, lo manejaron a su gusto como cuando se da vuelta a un guante.

El inflexible Hitler resultó igual de maleable. El plan original de Ledochowski era crear una federación de naciones católicas en el

122. Conde Carlo Sforza, "L'Italie telle que je l'ai vue" (París: Grasset, 1946), p. 158.

centro y este de Europa, con el predominio de Baviera y Austria (gobernadas por el jesuita Seipel). A Baviera se le separó de la república alemana de Weimar —y, como por casualidad, el agitador Hitler, de origen austríaco, fue entonces un separatista bávaro.

Sin embargo, la posibilidad de organizar la federación y colocar a un Hapsburgo a la cabeza fue disminuyendo. Mientras, el monseñor Pacelli, el nuncio que fue de Munich a Berlín, cada vez estaba más consciente de la debilidad de la república alemana por el escaso apoyo de los aliados. Entonces, nació en el Vaticano la esperanza de tomar el control de Alemania en general, modificándose el plan de acuerdo a la necesidad:

"Tenía que impedirse la hegemonía de la Prusia protestante y, puesto que el Reich debía dominar a Europa —para eliminar el federalismo de los alemanes—, debían reconstituir un Reich en el que los católicos fueran los amos".[123]

Eso fue suficiente. Cambiando por completo junto con sus "camisas marrones", Hitler —que hasta entonces había sido separatista bávaro—, de la noche a la mañana se convirtió en el inspirado Apóstol del Gran Reich.

123. "Pius XI y Hitler", en "Mercure de France" (15 de enero de 1934).

Parte V

Capítulo 6

Los Campos de la Muerte y la Cruzada Antisemita

Hasta qué grado los católicos eran amos de la Alemania nazi, y la severidad con que habían aplicado los "elevados principios del papado", pronto resultó evidente.

Los liberales y los judíos tuvieron tiempo para comprobar que esos principios no habían pasado de moda; y esto lo confirmaron las voces más ortodoxas. En Auschwitz, Dachau, Belsen, Buchenwald y otros campos de muerte, la iglesia "puso en práctica" el derecho que se atribuye de exterminar —lenta o rápidamente— a los que la estorban.

La Gestapo de Himmler —"nuestro Ignacio de Loyola"— realizó diligentemente esas obras caritativas. La Alemania civil y militar tuvo que someterse "como un cadáver" ("perinde ac cadaver") a esa organización todopoderosa.

El Vaticano, por supuesto, se lavó las manos en relación a esos actos horrendos. Cuando Pío XII le concedió audiencia al Dr. Nerin F. Gun —periodista suizo que fue deportado y se preguntaba por qué el papa no intervino, proveyendo al menos alguna ayuda a tantas personas infortunadas—, Su Santidad tuvo el descaro de responder:

"Sabíamos que había persecuciones violentas en Alemania por razones políticas, pero nunca se nos informó de la naturaleza inhumana de la represión nazi".[124]

Dijo eso precisamente cuando el locutor de Radio Vaticano, el R.P. Mistiaen, declaraba que "habían recibido evidencias abrumadoras respecto a la crueldad de los nazis".[125]

Sin duda al Santo Padre tampoco le informaron lo que ocurría en los campos de concentración ustashis, aunque su propio legado estuvo en Zagreb.

Sin embargo, en una ocasión la Santa Sede se interesó en el destino de un grupo de personas condenadas a la deportación. Eran 528

124. "Gazette of Lausanne", 15 de noviembre de 1945.
125. R.P. Duclos, "Le Vatican et la seconde guerre mondiale" (París: Ed. Pedone, 1955), p. 255. Imprimatur: 1955.

misioneros protestantes, sobrevivientes entre los que fueron tomados prisioneros por los japoneses en las islas del Pacífico, e internados en campos de concentración en las Filipinas. Andre Ribard, en su excelente obra "1960 y el Secreto del Vaticano", revela la intervención pontifical en el caso de esas personas desafortunadas.

El texto lleva el número 1591, y se escribió en Tokio el 6 de abril de 1943, en un informe del Departamento de Asuntos Religiosos en territorios ocupados. De él citamos el siguiente extracto: "Expresaba el deseo de la Iglesia Romana de que los japoneses siguieran su política, impidiendo que ciertos propagadores de errores religiosos recuperaran la libertad a la cual no tenían derecho".[126]

Desde la perspectiva "cristiana", ese paso caritativo no requiere comentario; pero, ¿no es significativo en el aspecto político? En Eslovaquia, el monseñor Tiso —líder jesuita dictatorial— tenía libertad para perseguir a los "hermanos separados", aunque su estado era satélite de Alemania, una nación primordialmente protestante. ¡Eso muestra la influencia que la Iglesia Romana tenía en el Reich de Hitler!

Hemos visto también el papel de los representantes de esa iglesia en Croacia, en cuanto a la exterminación de los creyentes ortodoxos.

Respecto a la cruzada antijudía, obra maestra de la Gestapo, quizá no sea necesario mencionar otra vez el papel que tuvo Roma. Ya hemos descrito los hechos de monseñor Tiso, el primer proveedor para las cámaras de gas y los hornos crematorios de Auschwitz. Sin embargo, agregaremos algunos documentos característicos a su expediente.

Primero, veamos la carta de León Berard, embajador del gobierno de Vichy ante la Santa Sede:

"Señor Marshall Petain:

En su carta del 7 de agosto de 1941, me honró solicitando información respecto a preguntas y dificultades que pudieran surgir, desde el punto de vista católico romano, por las medidas que su gobierno adoptó en cuanto a los judíos. Tengo el honor de responderle que, en el Vaticano, nada se me ha dicho que pudiera interpretarse como crítica o desaprobación de las leyes o hechos directivos en cuestión..."[127]

126. Andre Ribard, "1960 et le secret du Vatican" (París: Librairie Robin, 38, rue de Vaugirard, 1954), p. 80; Frederic Hoffet, "Politique romaine et demission des Protestants" (demission des laiques) (París: Fischbacher).
127. Leon Poliakov, "Breviaire de la haine" (París: Calmann-Levy, 1951), pp. 345, 350-351.

El periódico "L'Arche", al mencionar esta carta en un artículo titulado "El silencio de Pío XII", habla de un informe subsecuente y complementario que Berard envió a Vichy el 2 de septiembre de 1941:

"¿Existe contradicción entre el estado de los judíos y la doctrina católica? Sólo una, y León Berard respetuosamente se la señala al jefe de estado. Radica en que la ley del 2 de junio de 1941 define a los judíos como raza... La iglesia —escribió el embajador de Vichy— nunca profesó que se deba dar los mismos derechos a todos los ciudadanos... Como me dijo una autoridad en el Vaticano, ustedes no enfrentarán dificultades por el estado de los judíos".[128]

Allí se ve, "traducida a la práctica", la "terrible" encíclica "Mit brennender Sorge" contra el racismo, a la cual se refieren ampliamente los apologistas.

Pero, en la obra de León Poliakov vemos algo aún mejor:

"La propuesta de la Iglesia Protestante de Francia, en el verano de 1942, para tomar medidas junto con la Iglesia Romana contra la persecución de judíos, fue rechazada por los dignatarios católicos".[129]

Muchos parisinos aún recuerdan cómo los niños judíos eran separados de sus madres, para enviarlos en trenes especiales a los hornos crematorios de Auschwitz. La deportación de niños está confirmada, entre varios documentos oficiales, en una nota del "SS Haupsturmfuhrer Danneker", fechada el 21 de julio de 1942.

La terrible insensibilidad de la Iglesia Romana —y de su líder en especial— inspiró estas palabras llenas de rencor del periódico "L'Arche":

"Por más de cinco años el nazismo fue autor de ataques, profanación, blasfemia y crimen. Por más de cinco años masacró a seis millones de judíos. De esos seis millones, 1'800,000 fueron niños. ¿Quién dijo una vez: 'Dejad a los niños venir a mí'? ¿Y por qué debían dejarlos 'venir a mí'? ¿Para matarlos? Tras el papa militante, siguió un papa diplomático".

Del París bajo la ocupación, vayamos a Roma, ocupada también por los alemanes después del colapso de los italianos. He aquí un mensaje dirigido a Von Ribbentrop, ministro nazi de Relaciones Exteriores:

"Embajada Alemana en la Santa Sede. Roma, 28 de octubre de 1943.

"Aunque lo han instado de todas partes, el papa no ha expresado

128. "L'Arche", noviembre de 1958.
129. Leon Poliakov, "Breviaire de la haine" (París: Calmann-Levy, 1951), pp. 345, 350-351.

ninguna censura clara por la deportación de judíos desde Roma. Él sabe que nuestros enemigos lo reprocharán por esa actitud, y que los protestantes de países anglosajones la explotarán en su propaganda contra el catolicismo. Al considerar este delicado asunto, el peligro que podían correr nuestras relaciones con el gobierno alemán fue el factor decisivo...

Firmado: Ernst von Weiszaeker".[130]

El 27 de julio de 1947, describiendo la carrera del barón Von Weiszaeker —enjuiciado como criminal de guerra "por haber preparado las listas de exterminación"—, "Le Monde" escribió:

"Percibiendo la derrota de Alemania, arregló para que lo asignaran al Vaticano, aprovechando la oportunidad para trabajar de cerca con la Gestapo".

Para beneficio de los lectores que aún no estén totalmente convencidos, citaremos un documento alemán oficial que establece las disposiciones del Vaticano, y de los jesuitas, hacia los judíos antes de la guerra:

"Estudiando la evolución del antisemitismo en los Estados Unidos, notamos con interés que el número de radioescuchas del padre Coughlin (jesuita), conocido por su antisemitismo, sobrepasa los 20 millones".[131]

El antisemitismo de los jesuitas en los Estados Unidos, y en todo lugar, no puede sorprender al provenir de estos ultramontanos, ya que concuerda perfectamente con la "doctrina". Veamos lo que dice Daniel Rops, de la Academia Francesa. Este autor se especializa en literatura religiosa y publica sólo con el patrocinio del Imprimatur. En una de sus obras más conocidas, "Jesús y Sus Tiempos", publicada en 1944 durante la ocupación alemana, leemos:

"Sin embargo, en el transcurso de los siglos, dondequiera que la raza judía era dispersada, corría sangre, y el clamor de muerte expresado en la corte de Pilato siempre apagó el clamor desesperado que se repetía miles de veces. El rostro de una nación judía perseguida llena la historia; pero no puede borrar este otro rostro, manchado de sangre y escupitajos, por quien la muchedumbre judía no tuvo compasión. Sin duda, Israel no tuvo alternativa en el asunto y tuvo que matar a su Dios después de repudiarlo; y así como, misteriosamente, la sangre pide

130. "Secret archives of the Wilhelmstrasse".
131. Ibid. (Berlín: Documento 83-26 19/I, 25 de enero de 1939).

sangre, quizá la caridad cristiana tampoco tenga alternativa. ¿No debe la voluntad divina compensar el insoportable horror (la crucifixión) con los horrores de la violencia masiva?"[132]

¡Muy bien expresado! O, dicho más claramente: Si millones de judíos tuvieron que pasar por las cámaras de gas y los hornos crematorios de Auschwitz, Dachau y otros lugares, ese era el castigo que merecían. Esta adversidad fue deseada por la "voluntad divina", y la "caridad cristiana" habría errado si hubiera actuado en favor de los judíos.

El eminente profesor Jules Isaac, presidente del "Amitie judeo-chretienne", al referirse a esas palabras, exclamó:

"Estas frases terribles y blasfemas provocan un horror insoportable". Éste es agravado por una nota que dice: "Entre los judíos hoy... algunos... tratan de eludir esta grave responsabilidad... En verdad, son sentimientos honorables, pero no podemos ir contra la evidencia de la historia... El terrible peso (de la muerte de Jesús) que Israel debe llevar es algo que los hombres no pueden rechazar".[133]

Jules Isaac nos dice que la casa editora alteró las frases en cuestión "en las ediciones más recientes" de este libro edificante, es decir, después de la Liberación. Hay "tiempo" para todo: los hornos crematorios eran anticuados.

Por tanto, desde la declaración doctrinal de los elevados principios del papado, hasta su implementación por parte de Himmler —"nuestro Ignacio de Loyola"—, el círculo se cierra. Podemos añadir que así, el antisemitismo irracional del Fuhrer pierde mucho de su misterio.

Pero, ¿no nos permite también conocer mejor a ese individuo desconcertante?

¡Es increíble todo lo que inventaron, antes de la guerra, para explicar la evidente desproporción entre el hombre y el papel que debía desempeñar! Había un vacío y todos podían percibirlo. Para llenar esa brecha, hubo numerosas leyendas; se difundieron historias para engañar a la gente; se recurrió al ocultismo y a magos orientales; y se dice que unos astrólogos inspiraron al ermitaño sonámbulo de Berchtesgaden. La decisión de usar la esvástica —originaria de la India— como insignia del partido nazi, parece corroborarlo.

132. Daniel-Rops, "Jesus en son temps" (París: Artheme Fayard, 1944), pp. 526-527. Imprimatur: 17 de abril de 1944.
133. Jules Isaac, "Jesus et Israel" (París: Albin Michel, 1948), p. 382.

Maxime Mourin refutó esa aseveración:

"Adolfo Hitler había estudiado en la escuela de Lambach y cantó en el coro de niños en la abadía del mismo nombre. Allí descubrió la esvástica, que era el símbolo heráldico del padre Hagen, administrador de la abadía".[134]

Las "inspiraciones" del Fuhrer también pueden explicarse fácilmente, sin recurrir a filosofías misteriosas o exóticas. Es obvio que este "hijo de la Iglesia Católica", como lo describió Franco, estaba sujeto a los impulsos de líderes misteriosos. Y sabemos que éstos no tenían asociación alguna con la magia oriental.

Los infiernos terrenales, que devoraron a 25 millones de víctimas, llevan otra marca que se reconoce fácilmente: la de aquellos que pasaron por una capacitación prolongada y meticulosa, como se ordena en los "Ejercicios Espirituales" (de los jesuitas).

134. Maxime Mourin, "Histoire des Grandes Puissances" (París: Payot, 1958), p. 134.

Parte V

Capítulo 7

Los Jesuitas y el Collegium Russicum

Entre las diversas causas por las que el Vaticano decidió iniciar la Primera Guerra Mundial —convenciendo al emperador Francisco José de Austria para que "castigara a los serbios"—, la principal, como vimos, fue asestar un golpe decisivo a la Iglesia Ortodoxa, su odiada rival por siglos.

Más allá de la pequeña nación serbia, el objetivo del Vaticano era Rusia, tradicional protectora de los creyentes ortodoxos en los Balcanes y en el oriente.

Pierre Dominique escribió:

"*Para Roma esto fue muy importante: la victoria de la monarquía apostólica sobre el zarismo podría considerarse como la victoria de Roma sobre el cisma del oriente*".[135]

A la Curia de Roma no le importaba que esa victoria sólo pudiera lograrse mediante un enorme holocausto. Aceptó el riesgo o, más bien, la certeza de éste, siendo inevitable debido a las alianzas. Compelido por su secretario de estado, el jesuita Merry del Val, Pío X no lo guardó en secreto y, en la víspera de la batalla, el encargado de negocios de Baviera escribió a su gobierno: "Él (el papa) no cree que el ejército francés y el ruso puedan ganarle a Alemania en una guerra".[136]

Este terrible cálculo resultó erróneo. La Primera Guerra Mundial, que arrasó con el norte de Francia y causó la muerte de millones, no satisfizo las ambiciones de Roma. Más bien, dividió a Austria y Hungría, privando al Vaticano de su principal fortaleza en Europa y liberando a los eslavos, que eran parte de la doble monarquía del yugo apostólico de Viena.

Además, la revolución rusa liberó del control del Vaticano a aquellos católicos romanos, mayormente de origen polaco, que vivían en el ex imperio de los zares.

La derrota fue total. Sin embargo, la Iglesia Romana, con paciencia

135. Pierre Dominique, op. cit., p. 246.
136. Bayerische Dokumente zum Kriegsausbruch, III, p. 206.

eterna, seguiría intentando establecer su política de la "Drang nach Osten" —marcha hacia el este—, que se combinaba tan bien con las ambiciones pangermánicas.

A eso se debieron, como vimos antes, la formación de dictadores y el inicio de la Segunda Guerra Mundial, con los horrores que le siguieron. Dos ejemplos crueles de éstos fueron la "purificación" de Wartheland en Polonia y la "catolización forzada" de Croacia.

No importaba que 25 millones de personas habían muerto en campos de concentración, que 32 millones de soldados habían muerto en los campos de batalla, y que otros 29 millones habían quedado heridos y mutilados. Estas son las estadísticas oficiales de la Organización de las Naciones Unidas,[137] mostrando la magnitud de la matanza. Esta vez, la Curia Romana pensó que había logrado sus objetivos. El "Basler Nachrichten" de Basilea declaró:

"La acción alemana en Rusia plantea el asunto de la evangelización de ese país; el Vaticano está sumamente interesado en ello".[138]

Un libro dedicado a glorificar a Pío XII dijo:

"El Vaticano y Berlín firmaron un pacto, permitiendo que los misioneros católicos del Colegio Russicum fueran a los territorios ocupados, y que los territorios bálticos fueran puestos bajo la nunciatura de Berlín".[139]

La "catolización" de Rusia se iniciaría bajo la protección del Wehrmacht y la SS, tal como Pavelic y sus asociados lo estaban haciendo en Croacia, pero en una escala mucho mayor. ¡Realmente era un triunfo para Roma!

Qué gran decepción sufrieron, entonces, cuando el avance hitleriano fue detenido en Moscú, y Von Paulus y su ejército quedaron atrapados en Stalingrado. Era la época de Navidad de 1942, pero el siguiente fue el increíble Mensaje —o el enérgico llamado a las armas— que el Santo Padre dirigió a las "naciones cristianas":

"No es tiempo de lamentar sino de actuar. Que el entusiasmo de las Cruzadas domine al cristianismo y se escuche el llamado '¡Dios lo quiere!'; que estemos preparados para servir y sacrificarnos, como los cruzados del pasado... Los exhortamos y les imploramos que comprendan la terrible gravedad de la situación presente... En cuanto a

137. "La Croix", 7 de septiembre de 1951.
138. "Basler Nachrichten", 27 de marzo de 1942.
139. Pío XII, "War messages to the world" (París: Ed. Spes, 1945), pp. 34, 257ss.

los voluntarios que participan en esta Santa Cruzada de los tiempos modernos, eleven alto el estandarte, declaren la guerra a las tinieblas de un mundo apartado de Dios".[140]

Ese día de Navidad estábamos lejos de la "paz de Cristo".

Este discurso de tono bélico no expresaba la "estricta neutralidad" que el Vaticano decía adoptar en asuntos internacionales. Resultaba aún más inapropiado porque Rusia era aliada de Inglaterra, Estados Unidos y la Francia libre. Sonreímos al leer la vehemente respuesta de los turiferarios de Pío XII, que afirman que la guerra de Hitler no fue una verdadera "cruzada", aunque el Santo Padre haya mencionado ese término en su mensaje.

Los "voluntarios" que el papa llamó a las armas fueron los de la División Azul y los que reclutó el cardenal Baudrillart en París.

"La guerra de Hitler es una empresa noble en defensa de la cultura europea", exclamó él el 30 de julio de 1941.

Sin embargo, notamos que al Vaticano ya no le interesaba defender esa cultura cuando vio que procuraba impulsar a las naciones africanas a rebelarse contra Francia. Pío XII dijo: "La Iglesia Católica no se identifica con la cultura occidental".[141]

Fueron interminables las mentiras y las crasas contradicciones de aquellos que acusaban a Satanás de ser el "padre de todas las mentiras".

La derrota que sufrieron en Rusia los ejércitos de Hitler, "estos nobles defensores de la cultura europea", incluyó también a los jesuitas que procuraban la conversión de la gente. ¡Tendríamos que preguntarnos qué estaba haciendo Santa Teresa antes de ese desastre! Pío XI la había proclamado "santa patrona de la infortunada Rusia", y el canónigo Coube la representó parada, "sonriente, pero tan terrible como un ejército listo para luchar contra el gigante bolchevique".[142]

¿Acaso la santa de Lisieux —que la iglesia usaba para toda clase de trabajos— sucumbió ante la tarea nueva y gigantesca que le asignó el Santo Padre? No nos sorprendería.

Pero, no fue la pequeña santa sino la Reina del cielo la que se

140. Pío XII, "War messages to the world" (París: Ed. Spes, 1945), pp. 34, 257ss.
141. "Le Monde", 13 de abril de 1956 (Congreso de estudiantes católicos de áfrica). Véase también Francois Mejan, "Le Vatican contre la France d'Outre-Mer" (Fischbacher).
142. Canónigo Coube, "Sainte Therese de l'Enfant Jesus et les crises du temps present" (París: Flammarion, 1936), pp. 6ss. Imprimatur: 11 de enero de 1936.

propuso en 1917, bajo ciertas condiciones, hacer que la cismática Rusia retornara al redil de la Iglesia Romana. Veamos lo que "La Croix" dijo al respecto:

"Les recordaremos a nuestros lectores que la Virgen de Fátima prometió la conversión de los rusos si todos los cristianos, sincera y gozosamente, practicaban todos los mandamientos de la ley evangélica".[143]

Según los Padres jesuitas, especialistas en asuntos milagrosos, la Mediadora celestial recomendó que era especialmente efectivo el uso diario del rosario.

Esta promesa de la Virgen incluso había sido sellada con una "danza del sol", lo que ocurrió otra vez en 1951 en los jardines del Vaticano, para beneficio de Su Santidad Pío XII.

No obstante, los rusos entraron en Berlín a pesar del llamado papal a la cruzada. Y, los compatriotas de Kruschev no mostraban intención alguna de ir al Vaticano a mostrar su arrepentimiento.

¿Qué falló? ¿Quizá los cristianos no "rezaron" todas las cuentas de sus rosarios? ¿O no cumplieron el número de "décadas" que requiere Dios?

Se podría pensar que esa fue la causa, si no fuera por un detalle difícil de explicar en la historia de Fátima. La promesa de la conversión de Rusia, dada a la clarividente Lucía en 1917, no fue "revelada" por ella sino hasta 1941, cuando ya era monja; y recién en 1942 fue dada a conocer al público por el cardenal Schuster, entusiasta partidario del Eje Roma-Berlín. Se hizo público a petición, o quizá por orden, de Pío XII, el mismo que tres meses después hizo el mencionado llamado a una Cruzada.

En verdad es muy "iluminador". Uno de los apologistas de Fátima admite que, por ese detalle, el asunto "evidentemente pierde algo de su valor profético..."[144] ¡Es lo más leve que se puede decir al respecto! Un canónigo, especialista en el tema del "milagro portugués", nos dice en forma confidencial: "Debo confesar que, en lo personal, con mucha renuencia añadí a mis primeras ediciones el texto que Su Eminencia cardenal Schuster reveló al público..."[145]

143. "La Croix", 11 de junio de 1947.
144. Michel Agnellet, "Miracles a Fatima"
(París: Ed. de Trevise, 1958), p. 54. Imprimatur: 1958.
145. Canónigo Barthas, "Fatima, merveille du XXe siecle"
(Toulouse: Fatima Editions, 1957), p. 81. Imprimatur: 1957.

Comprendemos lo que siente dicho canónigo:

En 1917 la Santa Virgen le dijo a la pastora Lucía: "Si mis deseos se cumplen, Rusia se convertirá", pero al mismo tiempo le encargó que los mantuviera en "secreto". Entonces, ¿cómo podían los cristianos conocer esos "deseos" y cumplirlos?

"Credibile quia ineptum".

Pareciera que desde 1917 hasta 1942, la "infortunada Rusia" no necesitaba oraciones en su favor. Las necesitó con urgencia sólo después que los nazis fueron derrotados en Moscú y cuando Von Paulus quedó atrapado en Stalingrado.

Al menos, esa es la única conclusión que permite esta revelación tardía. Lo sobrenatural —como dijimos— es algo poderoso, pero debe tratarse con cuidado.

Después de una conversación en Montoire, el general de los jesuitas, Halke von Ledochowski, hablaba altivamente de una reunión general que la Compañía realizaría en Roma cuando Inglaterra capitulara, indicando que la importancia y grandeza de ese evento no tendría igual en toda su historia.

Pero, la Providencia había determinado algo distinto a pesar de Santa Teresa y la Virgen de Fátima. Gran Bretaña se mantuvo firme contra el enemigo; Estados Unidos decidió participar en la guerra (a pesar de los esfuerzos del padre Coughlin para evitarlo); los aliados desembarcaron en el norte de áfrica; y la campaña rusa significó la derrota de los nazis.

Para Ledochowski, significó el colapso de su gran sueño. El Wehrmacht, la SS, los que "limpiaban" ciudades y los convertidores jesuitas se unieron en la retirada. La salud del general no resistió el desastre y falleció.

Sin embargo, conozcamos el "Russicum" que Pío XI y Von Ledochowski agregaron, en 1929, a la organización romana que era ya tan amplia y variada.

"Con la constitución apostólica "Quam Curam", Pío XI creó este seminario ruso en Roma, donde jóvenes apóstoles de todas las nacionalidades recibirían capacitación, "con la condición de que adoptaran, antes que nada, el rito bizantino-eslavo, y que determinaran consagrarse totalmente a la tarea de hacer que Rusia volviera al redil de Cristo".[146]

146. "L'Homme nouveau" (L'Avenir catholique), 7 de diciembre de 1958.

Ese era el objetivo del Colegio Pontifical Ruso, conocido como "Russicum", el Instituto Pontifical del Este y el Colegio Romano, tres centros administrados también por la Compañía de Jesús.

En el Colegio Romano —45, Piazza del Gesu— se encontraba el noviciado de los jesuitas. Entre los novicios, algunos eran llamados "russipetes", porque su destino era "petere Russiam" o "ir a Rusia".

Los creyentes ortodoxos debían estar vigilantes porque muchos paladines valerosos estaban decididos a derrotarlos. Veamos, no obstante, una afirmación del "Homme nouveau":

"El destino de todos estos sacerdotes es ir a Rusia. Pero, por el momento este proyecto no puede realizarse".[147]

Según esta publicación, la prensa soviética llamaba a esos apóstoles "paracaidistas del Vaticano". Y, por el testimonio de alguien muy bien informado sobre el tema, concluimos que el nombre era muy apropiado.

Esa persona era el jesuita Alighiero Tondi, profesor de la Universidad Pontificia Gregoriana, que rechazó los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola —provocando considerable escándalo— y renunció a la Compañía, con todo su boato y sus acciones.

Entre otras declaraciones, en la entrevista para un diario italiano, dijo lo siguiente:

"Las actividades del Collegium Russicum y de otras organizaciones asociadas con él son numerosas y diversas. Por ejemplo, con fascistas italianos y los que quedan del nazismo alemán, los jesuitas organizan y coordinan varios grupos antirrusos por orden de las autoridades eclesiásticas. El objetivo fundamental es estar preparados, en cualquier momento, para derrocar a los gobiernos del este. Las organizaciones eclesiásticas dominantes proveen las finanzas. A este trabajo se dedican los líderes del clero. Pero estos mismos, llevados por el dolor, rasgarían sus sotanas si se les acusara de intervenir en la política y de instar a los obispos y sacerdotes del este a conspirar contra sus gobiernos.

"Conversando con el jesuita Andrei Ouroussof, le dije que era una vergüenza que se afirmara, en el "Osservatore Romano" —voz oficial del Vaticano— y en otras publicaciones eclesiásticas, que los espías desenmascarados eran "mártires de la fe". Ouroussof se rió.

—Padre, ¿qué escribiría usted? —me preguntó— ¿Los llamaría

147. Ibid.

espías o algo peor? Hoy la política del Vaticano necesita mártires, pero por el momento es difícil hallarlos. Así que hay que inventarlos.

—¡Pero eso es deshonesto!

Con una expresión irónica y moviendo la cabeza, dijo:

—Padre, usted es ingenuo. Por su trabajo, usted, mejor que nadie, debería saber que los líderes de la iglesia siempre se han inspirado en las mismas reglas.

—¿Y qué de Jesucristo? —le pregunté. Riendo me dijo:

—Uno no debe pensar en Jesucristo. Si pensáramos en Él, terminaríamos en la cruz. Y es tiempo de colgar a otros en la cruz en vez de que nos cuelguen a nosotros".[148]

Como bien dijo el jesuita Ouroussof, la política del Vaticano necesita mártires, sean éstos voluntarios o no. Por tanto, "creó" millones de ellos en dos guerras mundiales.

148. Entrevista publicada en "Il Paese", 2 de octubre de 1954.

Parte V

Capítulo 8

El Papa Juan XXIII se Quita la Máscara

De todas las fantasías aceptadas en este mundo, quizá una de las más difíciles de desarraigar sea el espíritu de paz y armonía que se le atribuye a la Santa Sede, porque parece ser el espíritu inherente a la naturaleza del magisterio apostólico.

A pesar de lo que nos enseña la historia —que no se conoce bien o se olvida muy pronto—, el que dice ser el "vicario de Cristo" necesariamente debe encarnar, ante los ojos de mucha gente, el ideal de amor y fraternidad que enseña el evangelio. ¿No es eso lo que esperan la lógica y los sentimientos?

Pero, los hechos nos muestran que tal suposición debe desaparecer; hemos visto suficientes evidencias. Sin embargo, la iglesia es prudente —como se nos recuerda a menudo— y rara vez actúa sin tomar precauciones para cuidar las apariencias. "Bonne renommee vaut mieux que ceinture doree" (una buena reputación es mejor que un cinto de oro), dice el proverbio. Pero, es mejor aún poseer ambos. El Vaticano, que es inmensamente rico, se guía por esta máxima. Su codicia política de poder siempre adopta pretextos "espirituales" y humanitarios, proclamados "urbi et orbi" (en ciudad y mundo) mediante una intensa propaganda financiada por el cinto dorado; y la "buena reputación", preservada de ese modo, mantiene el ingreso del oro a ese cinto.

El Vaticano no se aparta de esa línea de conducta; y, cuando la actitud de su jerarquía revela su verdadera posición en asuntos internacionales, mantiene viva la leyenda de su imparcialidad absoluta publicando encíclicas solemnes y ambiguas y otros documentos pontificales. La era hitleriana incrementó esos ejemplos. ¿Podría esperarse algo distinto de un poder autoritativo que, supuestamente, es transcendente y universal a la vez?

Rara vez se ha visto caer esa máscara. Para que el mundo sea testigo de tal espectáculo, tiene que ocurrir una contingencia que, a los ojos de la Santa Sede, ponga en peligro sus intereses vitales. Sólo entonces deja de lado las ambigüedades y revela su verdadera intención.

Eso ocurrió en Roma el 7 de enero de 1960, cuando se hablaba de una conferencia "cumbre" que reuniría a líderes gubernamentales del oriente y del occidente. El objetivo era establecer las condiciones para una coexistencia pacífica entre los defensores de dos ideologías opuestas.

Por supuesto, no cabía duda respecto a la posición del Vaticano antes del proyecto. En los Estados Unidos, el cardenal Spellman la mostró claramente, incitando a los católicos a una conducta hostil hacia Kruschev cuando éste fue invitado por el presidente norteamericano. Su Santidad Juan XXIII por su parte, sin decir nada específico, en su mensaje navideño mostró poco entusiasmo respecto a la idea de reducir la tensión política. Su "esperanza" de que se estableciera la paz en el mundo —un deseo que tal documento "debía" incluir— sonó débil, y varias veces instó a los líderes occidentales a que fueran prudentes. Hasta ese momento, sin embargo, el Vaticano había mantenido las apariencias.

Pero, ¿qué ocurrió en menos de dos semanas? ¿Falló otra "esperanza", es decir, el deseo oculto de que no hubiera paz? ¿Fue la decisión del presidente italiano Gronchi, de ir a Moscú, lo que rebalsó la copa de la amargura en Roma?

Cualquiera que haya sido la causa, la tormenta estalló el 7 de enero. Los truenos eclesiásticos resonaron (con una furia sin precedentes) sobre los gobernantes "cristianos", culpables de anhelar el fin de la guerra fría. El 8 de enero "Le Monde" publicó lo siguiente:

"El día en que el presidente de la república de Italia partiría para realizar una visita oficial, y detalladamente preparada, a los líderes de Moscú, el cardenal Ottaviani —sucesor del cardenal Pizzardo como secretario de la congregación del Santo Oficio, o prefecto del tribunal supremo de la iglesia— presentó el discurso más desconcertante en la basílica de Saint Marie Majeure, durante un servicio matutino de propiciación por la "Iglesia del Silencio".

"Nunca antes un príncipe de la iglesia, en uno de los cargos más importantes del Vaticano, había atacado con tal furia a las autoridades soviéticas, ni reprendido con tanta severidad a las potencias occidentales que trataban con ellas".

"Le Monde" publicó partes del violento discurso, que justificaban calificarlo como el "más desconcertante". "Los tiempos de Tamerlane han retornado", afirmó el cardenal Ottaviani, describiendo a los líderes rusos como "nuevos anticristos", que "condenan a la gente a la deportación, prisión y masacre, dejando sólo desolación tras ellos". Al orador le asombraba que a nadie más "le asustara darles la mano", y que, "por el contrario, se prepare una carrera para ver quién será el

primero en hacerlo y en intercambiar sonrisas con ellos". Luego, les recordó a sus oyentes que Pío XII se retiró a Castelgandolfo cuando Hitler fue a Roma, olvidando que el pontífice había firmado con Hitler un concordato muy ventajoso para la iglesia.

Los viajes espaciales también fueron condenados: "El nuevo hombre... cree que puede violar el cielo realizando proezas en el espacio, demostrando una vez más que Dios no existe".

Los "políticos y gobernantes" occidentales que, según el cardenal, "se vuelven tontos por el temor", fueron criticados ásperamente, al igual que los cristianos que "ya no reaccionan ni actúan con ira..."

Finalmente llegó a esta conclusión mordaz y significativa:

"¿Podemos estar satisfechos con cualquier disminución de la tensión, cuando, en primer lugar, no puede haber calma en la humanidad si no hay respeto fundamental por la conciencia, nuestra fe, el rostro de Cristo cubierto otra vez con escupitajos, con la corona de espinas y azotado? ¿Podemos extenderles la mano a los que hacen esto?"

A pesar de esas palabras dramáticas, no podemos olvidar que el Vaticano no puede hablar de "respeto por las conciencias", puesto que con descaro las oprime en los países donde domina. Un ejemplo fue la España de Franco, donde los protestantes eran perseguidos. Es una desvergüenza, sobre todo de parte del secretario del Santo Oficio, demandar que otros observen el "respeto fundamental", cuando la Iglesia Romana lo rechaza por completo.

La encíclica "Quanta cura" y el "Syllabus" son explícitos:

"Anatema al que diga: todo hombre es libre para abrazar o profesar la religión que su juicio considere ser el correcto" (Syllabus, artículo XV).

"Es una locura pensar que la libertad de conciencia y culto sean derechos de todo ser humano" ("Quanta cura").

Juzgando por la forma en que trata a los "herejes", no nos sorprende que el Vaticano condene sistemáticamente todo intento de lograr un acuerdo entre naciones "cristianas" y las que son oficialmente ateas. "Non est pax impilis" —¡no hay paz para los impíos!

El jesuita Cavelli, como muchos otros antes que él, proclama que esa "intransigencia" es la "ley más imperativa" de la Iglesia Romana.

Para contrarrestar la explosión de furia del cardenal, citaremos otro artículo que apareció en la misma edición de "Le Monde", el 9 de enero de 1960:

"'La humanidad se acerca a una situación en la que es posible la aniquilación mutua. En el mundo hoy, no hay otro evento comparable a este en importancia... Por tanto, debemos procurar incesantemente una paz justa'. Eso afirmó el presidente Eisenhower ayer, jueves, ante el Congreso de los Estados Unidos, al mismo tiempo que el cardenal Ottaviani, en Roma, condenaba la coexistencia como si se tratara de participar en el crimen de Caín".

El contraste entre dos formas de pensamiento no podía ser mayor: la humana y la teocrática —y no podía ser más obvio el peligro mortal que se cernía sobre el mundo por ese núcleo de fanatismo ciego que llamamos Vaticano. Su egoísmo "sagrado" era tal que no le importaban las circunstancias, ni la necesidad urgente de un acuerdo internacional para evitar la exterminación casi total que amenazaba a la humanidad.

El secretario del Santo Oficio —tribunal supremo cuyo pasado se conoce muy bien— no tomaba en cuenta esas contingencias insignificantes. ¿Iban los rusos a misa? Eso era lo importante; y si el presidente Eisenhower no lo comprendía, era porque "parecía haberse vuelto tonto por el terror", usando las palabras del fiero "Porporato".

El discurso frenético del cardenal Ottaviani nos hace sonreír y también nos desconcierta. Muchos piensan que ese agitador no podía persuadir a los "cristianos" de que debían aceptar la bomba atómica con una actitud de gracia. ¡Pero debemos estar vigilantes! Tras este vocero de la Santa Sede se halla toda la organización pontifical y, en especial, el ejército secreto de jesuitas que no está formado por soldados comunes. Todos los miembros de la famosa Compañía trabajan desde posiciones de poder, y sus actos, sin hacer mucho ruido, pueden ser muy efectivos, es decir, malignos.

Se difundió el rumor de que la posición cruel del cardenal Ottaviani no reflejaba el pensamiento de la Santa Sede, sino el de un clan "integrista". La prensa católica, al menos en Francia, trató de minimizar la importancia de ese discurso violento. "La Croix" imprimió sólo un resumen, omitiendo todas las expresiones violentas. Fue un oportunismo astuto, pero no engañó a nadie. Era imposible que el secretario del Santo Oficio lanzara desde el púlpito de Sainte Marie Majeure una crítica tan aguda, de suma importancia política, sin tener la aprobación del líder de esa congregación, su "prefecto", el Soberano Pontífice en persona. Y, hasta donde sabemos, éste nunca desautorizó a su elocuente subordinado. El papa Juan XXIII no podía lanzar esa bomba, pero al hacer que uno de los dignatarios más importantes de la Curia tomara su lugar, quería que su confabulación resultara obvia ante todos.

Además, por una extraña "coincidencia", ocurrió una explosión más

leve al mismo tiempo mediante un artículo del "Osservatore Romano", condenando otra vez al socialismo —aun al no marxista— por ser "contrario a la verdad cristiana". Sin embargo, los que practicaban ese "error" político no eran excomulgados "ipso facto" como los comunistas. Tenían la esperanza de escapar del infierno, pero se mantenía la amenaza del purgatorio.

Al mostrar tan vehementemente su oposición a los intentos de unir el oriente y el occidente, ¿esperaba el Vaticano tener resultados positivos? ¿Esperaba intimidar a los gobernantes que procuraban la política de paz? ¿O esperaba provocar entre los fieles un movimiento contra la reducción de la tensión política?

Por irrazonable que parezca tal esperanza, es probable que haya obsesionado a esas mentes clericales. Sus extraños puntos de vista generalmente producen esas ilusiones. Además, no podían haber olvidado la fantasía que usaron por tanto tiempo para engañar a los que creían en ellos, y que al parecer compartían. Nos referimos a la "conversión de Rusia" que, aparentemente, la Santa Virgen anunció en Fátima en 1917 a la pastora Lucía; luego, ésta llegó a ser monja y testificó de ello mucho después, en 1942, en las memorias que escribió a pedido de sus superiores.

Este cuento de hadas quizá nos haga sonreír, pero el Vaticano —bajo el pontificado de Pío XII— lo propagó por el mundo en innumerables discursos, sermones, declaraciones solemnes, libros y folletos. Lo propagó también con las peregrinaciones de la estatua de la Virgen —una "Notre Dame" nueva y muy política— en todos los continentes, donde —según se nos dijo— aun los animales llegaban a honrarla. Los fieles recordaban la propaganda llamativa y las afirmaciones insensatas, como la siguiente que publicó "La Croix" el 1 de noviembre de 1952:

"Fátima se ha convertido en una encrucijada... El destino de las naciones puede decidirse mejor allí que alrededor de las mesas".

Sus turiferarios ya no podían refugiarse en ambigüedades. La alternativa era clara: "disminución de la tensión o la guerra fría". El Vaticano escogió la guerra y no lo ocultó.

Esa decisión no podía sorprender a nadie después de haber visto las experiencias pasadas, aun las recientes. Y, si alguien se sorprendió, quizá se debía a que la proclamación se hizo en forma directa, sin el usual disfraz.

Para comprender la razón de la violencia, hay que considerar lo que estaba en juego para el pontífice romano. Erraríamos al pensar que el

Vaticano podía renunciar a una esperanza tan antigua como el cisma mismo: lograr, por medio de una victoria militar, que los creyentes ortodoxos volvieran a obedecerle. El surgimiento de Hitler se debió a esa obstinada esperanza. Pero, la derrota final de su Cruzada no le abrió los ojos a la Curia Romana para ver lo absurdo de tal ambición.

Existe otro anhelo aún más urgente: liberar a la Iglesia del Silencio en Polonia, Hungría y Checoslovaquia, cuya situación se debió a sucesos inesperados para la Santa Sede en la Cruzada nazi. "Qui trop embrasse mal etreint" ("quien mucho abarca, poco aprieta") es un proverbio sabio que nunca ha inspirado a fanáticos.

Para reanudar la marcha hacia el este —el "Drang nach Osten" clerical— y recuperar las plazas perdidas, el Vaticano aún confiaba en el "brazo secular" germánico, su principal defensor europeo, que necesitaba ya nuevas fuerzas y vigor. A la cabeza de la Alemania Federal —sector occidental del gran Reich— puso a un hombre de confianza, el canciller Konrad Adenauer, chambelán privado del papa. En su política, por más de 15 años, se vio claramente el sello de la Santa Sede. Mostrando al principio gran cautela y una mentalidad "liberal" oportuna, "el Viejo Zorro" —como lo llamaban sus compatriotas— trabajó en el rearme de su país. Por supuesto, el rearme "moral" de la población, y en especial de la juventud alemana, era un complemento indispensable para el primero.

Por eso, en los cargos importantes de los ministerios y oficinas administrativas de Alemania occidental había personas con un conocido pasado hitleriano —la lista es extensa— y líderes industriales como Von Krupp y Flick. Éstos, que fueron condenados como criminales de guerra, pronto estaban al frente de las gigantescas empresas que les fueron devueltas. El fin justifica los medios. Y el fin era muy claro: forjar la nueva espada de Siegfried, el arma que necesitaban para la venganza en la que participaría también el Vaticano.

Así, en perfecta sincronía, en una entrevista con un periódico holandés, el canciller-chambelán se hizo eco del discurso violento del cardenal Ottaviani:

"La coexistencia pacífica de naciones cuyos puntos de vista son totalmente opuestos, es tan solo una ilusión que, lamentablemente, aún muchos apoyan".[150]

150. "Elseviers weekblatt", citado en "Combat" el 11 de enero de 1960.

El sermón "incendiario" del 7 de enero en Sainte Marie Majeure ocurrió —como por coincidencia— unos días antes de que Adenauer visitara Roma. Los reportes de la prensa recalcaron unánimemente el ambiente de amistad y simpatía de la audiencia privada que, Su Santidad Juan XXIII, concedió al canciller alemán y a Von Brentano, su Ministro de Asuntos Exteriores.

"L'Aurore" incluso informó lo siguiente:

"Esta reunión provocó una declaración inesperada del canciller, respondiendo a las palabras del pontífice que alabó el valor y la fe del jefe de gobierno alemán:

'Creo que Dios le ha dado al pueblo alemán un papel especial que desempeñar en estos tiempos difíciles: ser el protector del occidente contra las influencias poderosas del oriente que nos amenazan'".[151]

"Combat" muy bien comentó:

"Habíamos oído esto antes, pero en forma más condensada: 'Gott mit uns', o sea, 'Dios con nosotros'" (el lema que aparecía en la hebilla de las correas de los soldados alemanes en la guerra de 1914-1918).

Y ese diario añadió:

"La evocación del Dr. Adenauer acerca de la tarea atribuida a la nación alemana se inspiró en una declaración similar del pontífice previo. Por tanto, podemos suponer que si el Dr. Adenauer pronunció esta frase en las circunstancias presentes, pensaba que sus oyentes estaban preparados para oírla".[152]

En realidad, uno tiene que ser muy ingenuo y desconocer la diplomacia fundamental para pensar que esa declaración "inesperada" no era parte del programa. Además, estamos seguros de que no afectó "la prolongada conversación que Adenauer tuvo con el cardenal Tardini, secretario de estado de la Santa Sede, a quien invitó a almorzar en la embajada alemana".[153]

La espectacular intromisión del Santo Oficio en la política internacional, expresada por el cardenal Ottaviani, desconcertó aun a católicos que estaban acostumbrados a los abusos de la Iglesia Romana en asuntos del estado. Roma estaba consciente de ello. Pero, perpetuar la guerra fría era tan importante para el poder político del Vaticano, y aun para su prosperidad financiera, que no titubeó en repetir esas ideas políticas, a pesar de no haber sido bien recibidas.

151. "L'Aurore", 23 de enero de 1960.
152. "Combat", 23 de enero de 1960.
153. "Le Figaro", 23 de enero de 1960.

El viaje de Kruschev a Francia, en marzo de 1960, le dio otra oportunidad. Dijon era una de las ciudades que el líder soviético visitaría. Al igual que todos sus colegas, en tal situación el alcalde de Dijon debía recibir cortésmente a quien estaba visitando la república francesa. En Burgandy, una ciudad principal, el teniente de alcalde era un religioso, el canónigo Kir.

Según la ley canónica, la Santa Sede había autorizado al sacerdote para aceptar ese mandato doble, con todas las funciones y deberes que implicaba. Sin embargo, su obispo le prohibió al canónigo-alcalde que recibiera a Kruschev. En esa ocasión, la banda municipal tuvo que ceder el paso a la sotana.

El visitante fue recibido por un asistente que sustituyó al teniente de alcalde ausente. No obstante, la forma en que la "jerarquía" menospreció a la autoridad civil en esa ocasión provocó comentarios mordaces. El 30 de marzo "Le Monde" escribió:

"¿Realmente quién ejerce autoridad sobre el alcalde de Dijon: el obispo o el prefecto? Y, por encima de estos representantes del poder central: ¿el papa o el gobierno francés? Esta es la pregunta que todos se hacen..."

Sin duda la respuesta era: primero, la teocracia. ¿Significaba eso que, a los que visitaban Francia, tenían que darles boletos para la confesión si deseaban ser recibidos por el alcalde vestido de sotana?

En el artículo mencionado, el editor de "Le Monde" muy bien dice:

"Más allá de este asunto interno de Francia, la conducta de Kir nos lleva a considerar un problema mayor. La acción del Vaticano no tiene que ver tan solo con la relación entre un alcalde y su gobierno. Por la forma en que ocurrió, constituye una intervención directa y espectacular en la diplomacia internacional".

Esto es verdad, y las reacciones que provocó, casi en todas partes, muestran que la opinión mundial comprendió claramente su importancia. En los Estados Unidos, donde la gente había presenciado las demostraciones hostiles organizadas por los cardenales Spellman y Cushing durante la visita de Kruschev, empezaron a cuestionar si un presidente católico romano realmente podría mantenerse independiente de la Santa Sede.

Muchos temían que, en ese caso, la política extranjera del país se inclinaría en favor de los intereses de la Iglesia Romana, perjudicando los de la nación —eso es peligroso en toda circunstancia, pero más aún en la situación de aquel tiempo.

Después de la "bomba" lanzada por el cardenal Ottaviani, se organizó "abiertamente" la oposición a que se redujera la tensión entre el oriente y el occidente.

Algunos dirían que fue un instrumento absurdo, en comparación con la amenaza de dejar en ruinas —tarde o temprano— a las naciones que se atrevieran a permanecer en el punto muerto de un antagonismo complejo. Pero, vemos que el Vaticano, forzado a usar armas "espirituales", se propuso sacar el mayor provecho de ellas. Los jesuitas, que dirigían su diplomacia, hacían lo posible para evitar la peor "calamidad" que se había cernido sobre la Santa Sede: un acuerdo internacional que excluía el recurrir a la guerra.

¿Qué sucedería con el prestigio del Vaticano, con su importancia política, con las ventajas económicas y de otro tipo que recibían de ella si, por ese acuerdo, ya no podían confabular, usar su influencia, regatear respecto a su cooperación con los gobiernos, favorecer a algunos y amenazar a otros, oponerse a naciones, crear conflictos para lograr sus propios intereses, y si no podía encontrar más soldados para luchar por sus ambiciones sin control?

No podían engañar a nadie, y menos aún a los jesuitas. Un desarme general hubiera anunciado el fin de la Iglesia Romana como poder mundial. Y la cabeza "espiritual" tambalearía.*

Por tanto, era de esperarse que los hijos de Loyola se opusieran, con todo su arsenal de tretas, al deseo de lograr la paz entre las naciones y los gobiernos. Para derrumbar el edificio, cuyos fundamentos apenas se estaban colocando tentativamente, ellos no repararían en usar sus minas y contraminas. Era una guerra sin misericordia, una guerra santa, motivada por el discurso violento del cardenal Ottaviani. Y, la Compañía de Jesús la llevaría adelante con la obstinación ciega del insecto — "ad majorem papae gloriam"—, sin ansiedad alguna por las catástrofes que resultarían. El mundo debe perecer, ¡no la supremacía del Pontífice romano!

*NOTA DEL EDITOR:

Edmond Paris estaba en desventaja al no saber que habría un cambio en la "ramera" de Apocalipsis para que se cumpliera la profecía bíblica. Ella está preparada para toda eventualidad.

Los jesuitas hicieron cálculos respecto a una Tercera Guerra Mundial y concluyeron que E.U.A. perdería, y el Vaticano siempre se une al ganador. Desde entonces ha brindado su entusiasta apoyo a Moscú e incluso tuvo un papa comunista de Polonia. En secreto prepara un concordato con Rusia, impulsando un evangelio marxista a nivel mundial. Los jesuitas están actualmente detrás del movimiento de desarme para restringir a E.U.A.

Moscú servirá al Vaticano como el músculo para conquistar a naciones donde el catolicismo romano será la única religión que se tolerará en el mundo. Se incitará a Rusia para que ataque a Israel, cumpliendo las profecías de la Biblia (Ezequiel 38—39) y el anticristo del Vaticano esperará su condenación en la segunda venida de Cristo.

J.T.C.

Conclusión

En este libro, hemos resumido las principales manifestaciones de la multiforme actividad que la Compañía de Jesús ha desplegado durante cuatro siglos. Asimismo, hemos establecido que el carácter militante, incluso militar, de la famosa institución ultramontana justifica el título que a menudo se le atribuye: "ejército secreto del papado".

Al frente de la acción, para la gloria de Dios, y de la Santa Sede en especial. Tal es la orden a la que se dedicaron estos soldados religiosos y de la cual se enorgullecen. Al mismo tiempo, por medio de libros y la prensa religiosa que supervisan, en lo posible procuran encubrir como empresas "apostólicas" lo que hacen en su campo favorito: la política de las naciones.

Los jesuitas contaban con un camuflaje astuto, declaraban su inocencia y se mofaban de las "intrigas siniestras" que, según ellos, les atribuía sin fundamento la imaginación transtornada de sus enemigos. Sin embargo, tuvieron más validez la hostilidad unánime de la opinión pública hacia ellos, en todas partes y en todas las épocas, y la inevitable reacción a sus intrigas, que causaron su expulsión de todos los países, aun de los más católicos.

Las 56 expulsiones, contando sólo las principales, constituyen un argumento incuestionable. Es suficiente para demostrar la naturaleza maligna de la Orden.

¿Cómo no iba a ser perjudicial para las sociedades civiles, siendo el instrumento más eficaz del papado para imponer su ley en los gobiernos temporales, sabiendo que esta ley, por naturaleza, no considera los intereses nacionales? La Santa Sede, siendo esencialmente oportunista, apoya éstos cuando coinciden con los suyos —sucedió en 1914 y 1939—, pero si ella ayuda en esos casos, el resultado final no beneficia a esas naciones. Vimos esto en 1918 y 1945.

Si el Vaticano —una organización anfibia: clerical y política— es terrible con sus enemigos, o con los que se oponen a él, es aún más mortal para sus amigos. Si uno se mantiene vigilante, puede prever sus ataques secretos, pero sus abrazos son mortíferos.

Al respecto, en 1874, T. Jung escribió las siguientes palabras que no han perdido relevancia: "El poder de Francia está en proporción inversa a la intensidad de su obediencia a la Curia Romana".[1]

1. T. Jung, "La France et Rome" (París: Charpentier, 1874), p. 369.

Un testigo de años posteriores, Joseph Hours, al estudiar los efectos de nuestra "desobediencia" tan relativa, escribió:

"No cabe duda; a través del continente (y hoy quizá en todo el mundo), dondequiera que el catolicismo es tentado a volverse político, también es tentado a volverse antifrancés".[2]

El comentario es correcto, aunque el término "tentado" sea débil. No obstante, concluimos que "obedecer" sería más apropiado.

Realmente es mejor exponerse a esta hostilidad, en vez de llegar a la conclusión a la que llegó el coronel Beck, ex Ministro de Asuntos Exteriores de la Polonia católica:

"El Vaticano es uno de los principales responsables de la tragedia de mi país. Me di cuenta muy tarde de que nuestra política extranjera había servido sólo para los intereses de la Iglesia Católica".[2a]

Además, el destino del imperio apostólico de los Hapsburgo no era alentador. Alemania, tan amada por los papas y especialmente por Pío XII, finalmente no pudo ser complacida con los costosos favores que le brindaba Su Santidad.

Nos preguntamos si la Iglesia Romana obtuvo alguna ganancia de esta aspiración insensata de gobernar el mundo, una pretensión que especialmente los jesuitas mantuvieron viva. Durante los cuatro siglos en que estos agitadores propagaron disensión, odio, muerte y destrucción en Europa —desde la guerra de los Treinta Años hasta la Cruzada de Hitler—, ¿ganó algo la iglesia o sólo sufrió pérdidas?

Es fácil responder: el resultado más claro e incuestionable es la continua disminución de la "herencia de San Pedro", un fin triste para tantos crímenes.

¿Acaso la influencia de los jesuitas tuvo mejores resultados en el Vaticano? Es muy dudoso. Un autor católico escribió:

"Siempre procuran concentrar el poder eclesiástico que controlan. La infalibilidad papal exaspera a obispos y gobiernos; no obstante, la piden en el Concilio de Trento y la obtienen en el Concilio Vaticano (1870)... Dentro de la iglesia, el prestigio de la Compañía fascina tanto a sus adversarios como a sus amigos. La respetamos o, al menos, le tememos; creemos que es capaz de hacer cualquier cosa, y actuamos como corresponde".[3]

2. "L'Annee politique et economique" (19, quai Bourbon, París 4e, enero-marzo 1953), pp. 2ss.
2a. Declaración hecha el 6 de febrero de 1940.
3. Andre Mater, "Les Jesuites" (París: Reider, 1932), p. 118.

Otro escritor católico describió los efectos de esa concentración de poder en las manos del pontífice:

"La Sociedad de Jesús sospechaba de la vida, la fuente de herejías, y se opuso con autoridad a ella.

"El Concilio de Trento parece ser ya el testamento del catolicismo. Es el último concilio genuino.

"Después de él, sólo habría el Concilio Vaticano, que consagra la abdicación de los concilios.

"Todos conocemos la ganancia de los papas al final de los concilios.

"Qué simplificación —¡y qué empobrecimiento!

"El cristianismo romano toma posesión de su carácter de monarquía absoluta, basada ahora y siempre en la infalibilidad papal.

"El cuadro es hermoso, pero la vida tiene un costo.

"Todo viene de Roma, y a Roma se le permite apoyarse sólo en Roma".[4]

Más adelante, el autor resume lo que se le debe atribuir a la famosa Compañía: "Tal vez retardó la muerte de la iglesia, pero mediante una especie de pacto con la muerte".[5]

Bajo esa influencia moral, una forma de esclerosis, si no necrosis, se está extendiendo y corrompiendo a la iglesia. Los jesuitas son guardianes del dogma —cuyo carácter anticuado acentúan con su aberrante adoración a la virgen María—, y maestros de la Universidad Pontifical Gregoriana que fundó Ignacio de Loyola. Como tales, controlan la enseñanza de los seminarios, supervisan las misiones, reinan en el Santo Oficio, alientan a la Acción Católica, censuran y dirigen a la prensa religiosa en todos los países, y patrocinan con mucho amor los centros importantes de peregrinaje: Lourdes, Lisieux, Fátima, etc. En resumen, están en todas partes. Asimismo, es significativo que cuando el papa ministra en la misa, necesariamente lo asiste un jesuita; también su confesor es siempre un jesuita.

La Compañía, al perfeccionar la concentración de poder en las manos del Soberano Pontífice, en realidad trabaja para sí misma. El papa, aparente beneficiario de ese trabajo, podría repetir las palabras famosas: "Yo soy su jefe; por tanto, los sigo".

Así, cada vez resulta más difícil distinguir entre las acciones de la Santa Sede y las de la Compañía. Pero esta Orden, pilar de la iglesia, tiende a dominarla totalmente. Por mucho tiempo los obispos han sido

4-5. Henri Petit, "L'Honneur de Dieu" (París: Grasset, 1958), p. 88.

sólo "siervos civiles", ejecutores dóciles de las órdenes provenientes de Roma, o más bien del Gesú.

Sin duda alguna, ante los fieles, los discípulos de Loyola procuran ocultar la dureza de un sistema cada vez más totalitario. La prensa católica, bajo el control directo de ellos, presenta una inspiración variada para dar a sus lectores la impresión de ser independiente, de estar abierta a ideas "nuevas". Los Padres, que se adaptan a todo según les convenga, de buena gana utilizan esas artimañas que engañan sólo a los soñadores. Pero, detrás de todo esto, el eterno jesuita observa atentamente. Respecto a éste, un autor escribió: "La intransigencia es innata en él. Puede cambiar rápidamente, gracias a su astucia, pero sólo sobresale en su obstinación".[6]

Hallamos ejemplos excelentes de esa obstinación y tendencia insidiosa en el trabajo paciente de los miembros de la Compañía, conciliando —para bien o para mal— el espíritu "moderno" y científico al cual dan atención, con las demandas de la "doctrina" en general y, en especial con las formas idolátricas de devoción —adoración a María y prodigios—, de las cuales son aún los más celosos propagadores.

Afirmar que esos esfuerzos tienen éxito sería una exageración: cuando se mezcla agua y fuego, mayormente se obtiene vapor. Pero incluso la inconsistencia de esas nubes complace a ciertas mentes perspicaces, aun sabiendo que la obsesión por las ideas precisas presenta peligros para una piedad sincera. "Vade retro, Satanas".

En ese aspecto, los metafísicos alemanes son de gran ayuda. En ellos encontramos lo que necesitamos, e incluso lo contrario. Toda superstición pueril, si se maneja con pedantería, adquiere cierta apariencia de seriedad y aun profundidad. Resulta entretenido seguir ese juego en los boletines y revistas de diversos grupos culturales.

Allí, el que busca, halla el material que necesita —sobre todo el individuo que, por una tendencia anormal, disfruta al leer entre líneas.

Sin embargo, esos hombres llenos de amargura no viven sólo en el ámbito de lo especulativo. Los Padres se aseguraban de dar una sólida base temporal a su apostolado entre los "intelectuales". A los dones del Espíritu que otorgan generosamente a sus discípulos, añaden grandes ventajas. Además, se trata de una tradición antigua. En el tiempo de Carlomagno, los sajones convertidos recibían una camisa blanca. Ahora, los beneficiarios de una fe recién descubierta o renovada,

6. Andre Mater, op. cit., p. 192.

disfrutan de otros favores, en especial en el mundo académico y científico: el estudiante que no es muy brillante, pasa los exámenes sin dificultad; al profesor se le concede la cátedra que elige; el médico "creyente", además de tener pacientes adinerados, recibe trato preferencial si desea afiliarse a una sociedad importante, etc. Como es natural, estos reclutas selectos llevarán a otros y, puesto que la unión hace la fuerza, su trabajo unido será más eficaz en las altas esferas.

Se dice que esto puede verse en España y en otros lugares.

En "Le Monde", el 7 de mayo de 1956, Henri Fesquet dedicó un artículo importante al Opus Dei español. Definiendo las acciones de esta organización religiosa y ocultista, escribió: "Sus miembros... tienen el objetivo de ayudar a los intelectuales a alcanzar un estado religioso de perfección mediante el ejercicio de sus profesiones y santificar el trabajo profesional".

Esto no es nuevo, y Fesquet lo sabe, porque luego dice: "Se les acusa —y la realidad parece innegable— de querer ocupar los cargos clave en el país, y de estar en el centro de la administración y gobierno de la universidad, para impedir que ingresen en ella los no creyentes y los liberales, o aun expulsarlos de allí".

El Opus, al parecer, entró a Francia clandestinamente en noviembre de 1954, gracias a la labor de dos sacerdotes y cinco laicos, doctores o estudiantes de medicina. Es posible. Pero, dudamos que ese refuerzo de "Tras los Montes" fuera necesario, puesto que habían estado trabajando ya por mucho tiempo en Francia, especialmente en el campo médico y académico, como lo revelaron algunos escándalos en relación a exámenes y competencias.

En todo caso, la rama francesa de esta Acción, que debía ser "obra de Dios", no parecía ser clandestina a juzgar por lo que Francois Mauriac escribió:

"Recibí una extraña confidencia. En verdad era tan extraña que, si no hubiera tenido la firma de un escritor católico que es amigo mío, y en quien confío, habría pensado que era broma. Él había ofrecido un artículo a un periódico; éste lo aceptó pero nunca acusó recibo del mismo. Al pasar los meses, mi amigo se preocupó e hizo preguntas. Después de un tiempo recibió esta respuesta del director del periódico: 'Como usted probablemente sepa, en los últimos meses el Opus Dei ha estado revisando lo que publicamos. Y el Opus Dei rehusó absolutamente autorizar que se imprimiera ese texto'. Este amigo me preguntó: '¿Qué es el Opus Dei?' Y yo, franca y cándidamente hago la misma pregunta..."[7]

El eminente Francois Mauriac pudo haber planteado esa pregunta —que quizá no sea tan cándida como asegura— a gente que él conocía muy bien: escritores, editores, libreros, científicos, oradores, gente de teatro y cine, a menos que prefiriera indagar personalmente en los centros de publicación.

Respecto a la oposición de ciertos jesuitas contra el Opus Dei, se trataba tan solo de rivalidad de grupos. La Compañía —como hemos afirmado y probado— es "modernista" e "integrista" según la oportunidad, porque está decidida a tener un pie en cada lado. De hecho, "Le Monde" imprimió un artículo escrito por Jean Creach, irónicamente, invitándonos a admirar un "Auto de fe de los jesuitas españoles", que por suerte se limitaba a las obras de la literatura francesa. Realmente este censor jesuita no parece ser "modernista" a juzgar por lo que dice Jean Creach:

"Si el padre Garmendia tuviera el poder del cardenal Tavera, cuya mirada fue resucitada por el Greco como rayo en una máscara verdosa, sobre lo morado, España conocería nuestra literatura sólo por medio de autores débiles... o aun decapitados".

Después de citar varios ejemplos divertidos del celo purificador del Reverendo Padre, el autor ofrece esta pertinente reflexión:

"'¿Acaso son tan débiles los cerebros formados por nuestros jesuitas que no pueden enfrentar ni los peligros más pequeños para vencerlos por sí mismos?', susurró una lengua maliciosa. 'Dime, querido amigo, si son incapaces de ello, ¿qué valor tiene la enseñanza que los hace tan débiles?'"[8]

A este crítico humorístico podemos responderle que, la debilidad de los cerebros moldeados por los jesuitas es, en realidad, el principal valor de su enseñanza —así como su peligro.

Siempre volvemos a este punto. Por una vocación especial —y a pesar de algunas excepciones honorables y famosas—, son los enemigos declarados de la libertad de la mente: ¡Lavadores de cerebros a los que les han lavado el cerebro!

Esa es su fuerza, así como su debilidad y su poder destructivo. Andre

7. "Le Bloc-notes de M. Francois Mauriac", "Express", 29 de octubre de 1959.
8. "Le Monde", 31 de agosto de 1950.

Mater describió muy bien el totalitarismo de la Orden al escribir: "Mediante la disciplina que lo une en espíritu con todos sus colegas miembros, cada uno de ellos actúa y piensa con la intensidad de otros 30 mil. Esto es fanatismo jesuítico".[9]

Siendo más terrible ahora que nunca antes, ese fanatismo jesuítico, amo absoluto de la Iglesia Romana, la ha enredado profundamente en la competencia de la política mundial, en la que se deleita el espíritu militante y militar que distingue a la Compañía. Bajo su cuidado, la organización papal y la esvástica lanzaron un ataque mortal contra el odiado liberalismo, tratando de establecer la "nueva Edad Media" que Hitler había prometido a Europa.[10]

A pesar de los planes prodigiosos de Von Ledochowski, de Himmler —"nuestro Ignacio de Loyola"—, de los campos de muerte lenta, de la corrupción de las mentes realizada por la Acción Católica y la propaganda libre de los jesuitas en los Estados Unidos, el esfuerzo del "hombre providencial" fracasó, y la "herencia de San Pedro", en vez de crecer en el oriente, se redujo.

Una realidad innegable permanece: el gobierno nacionalsocialista, "el más católico que Alemania haya tenido",[10] fue también el más despreciable y cruel, sin excluir de la comparación las épocas de los bárbaros. Esta es una afirmación dolorosa para muchos creyentes, pero sería sabio meditar en ella. En los burgos de la Orden, donde el entrenamiento era copia del método jesuítico, el amo del Tercer Reich —al menos en apariencia— formó la "élite de la SS". Ante ésta, conforme a los deseos de él, el mundo "temblaba", pero también expresaba su desaprobación. Las mismas causas producen los mismos resultados. "Hay disciplinas tan intensas que el alma humana no puede soportar y que destruirían totalmente la conciencia... Crimen de alienación de uno mismo, disfrazado como heroísmo... Ningún mandamiento puede ser bueno si, en primer lugar, corrompe el alma. Cuando uno se ha comprometido por completo en una sociedad, otros seres pierden mucho de su importancia".[11]

En realidad, los líderes nazis no tenían consideración alguna por los "otros seres". ¡Lo mismo se puede decir de los jesuitas!

"La obediencia llegó a ser su ídolo".[12]

9. Andre Mater, op. cit., p. 193.
10. Frederic Hoffet, op. cit., p. 172.
11-12. Henri Petit, op. cit., pp. 25, 72-73.

Y aquellos que fueron acusados en Nuremberg, invocaron esta obediencia total como excusa de sus terribles crímenes.

Del mismo autor que analizó tan bien el fanatismo jesuítico, citamos este juicio final:

"Censuramos a la Compañía con su habilidad, su política y engaño; le atribuimos todos sus cálculos, motivos ocultos y ataques secretos; la censuramos aun con la inteligencia de sus miembros. Sin embargo, no hay un solo país donde la Sociedad no haya experimentado gran decepción, donde no haya actuado en forma vergonzosa y provocado ira justa contra ella.

"Si su maquiavelismo tenía la profundidad que generalmente se le atribuye, ¿se lanzarían constantemente estos hombres graves y pensativos en abismos que la sabiduría humana puede prever, en catástrofes que se podrían esperar porque la Orden había experimentado otras similares en todos los estados civilizados?

"La explicación es simple: un genio poderoso gobierna a la Sociedad, un genio tan poderoso que la arroja a veces contra obstáculos, como si pudiera destruirlos "ad majorem Dei Gloriam".

"Este genio no es el del general, de su consejo, de los provinciales ni de las cabezas de cada hogar...

"Es el genio viviente de este vasto cuerpo; es la fuerza inevitable que resulta de la unión de conciencias sacrificadas, de inteligencias esclavizadas; es la fuerza explosiva y la furia dominante de la Orden, producto de su naturaleza misma.

"Cuando se acumulan muchas nubes, hay rayos poderosos y empieza la tormenta".[13]

Entre 1939 y 1945, la tormenta mató a 57 millones de personas, destruyendo y arruinando a Europa.

Debemos estar vigilantes. Otra catástrofe, y aun peor, puede estar oculta en esas mismas nubes. Los rayos quizá caigan otra vez, lanzando al mundo a "abismos que la sabiduría humana puede prever", pero de los cuales, si permite que lo arrojen a ellos, ningún poder lo podrá rescatar.

A pesar de lo que los voceros de Roma puedan decir, no fue el "anticlericalismo" lo que nos motivó a estudiar con diligencia la política del Vaticano, o la de los jesuitas, y denunciar sus motivos y métodos de trabajo. Más bien, vimos la necesidad de revelar a la gente

13. Ibid., pp. 152-153.

las artimañas de fanáticos que no se detienen ante nada para lograr sus objetivos —el pasado lo ha demostrado muchas veces.

Hemos visto que, en el siglo 18, las monarquías europeas se unieron para demandar la represión de esta Orden malvada. En la actualidad, ella puede tramar en paz sus intrigas, y a los gobiernos democráticos no parece preocuparles.

El peligro al que se expone el mundo, debido a esta Compañía, es mucho mayor hoy que en la época del "pacto de familia", y peor aun que cuando estallaron las dos guerras mundiales.

Nadie puede imaginar las consecuencias fatales que tendría otra guerra.

BIBLIOGRAFÍA

ABOSCH Heinz. — *L'Allemagne sans mirage* (Julliard, Paris 1960).

ACOSTA F.P. — *Las Missiones del Paraguay* (Castello, Palamos 1920).

AGNEL (Abbé Arnaud d'). — *Benoît XV et le Conflit européen* (P. Lethielleux, Paris 1916).

*AGNELET Michel. — *Miracles de Fatima* (Edit. de Trévise, Paris 1958).

AMSLER Jean. — *Hitler* (Edit. du Seuil, Paris 1960).

*ANIANTE Antonio. — *Mussolini* (Grasset, Paris 1932).

*ARCHIVES SECRETES DE LA WILHELMSTRASSE (Berlin, 25 janvier 1959).

ARNOULT M.A. — *Les Jésuites* (Dutertre, Paris 1846).

*BALLY Gaston. — *Les Jésuites* (Imprimerie Nouvelle, Chambéry 1902).

*BARTHAS (Chanoine). — *Fatima* (Fatima-Editions, Toulouse 1957).

BAUDRILLART (Cardinal). — *Témoignages et souvenirs* (Flammarion, Paris 1943).

BAUDOIN et LESTCHINSKY. — *Innere Disziplin* (Sibyllen-Verlag, Dresde 1928).

*BAYET Albert. — *Histoire de France* (Sagittaire, Paris 1938).

*BECKER (Raymond de). — *Livre des vivants et des morts* (Edit. de la Toison d'Or, Bruxelles 1942).

BEGEGNUNGEN ZWISCHEN KATOLISCHEN CHRISTIENTUM UND NAZIONAL SOCIALISTER. — *Weltanschauung.*

BERTET Adolphe. — *Le Papisme et la Civilisation* (Ménard et Cie, Paris 1870).

*BOEHMER H. — *Les Jésuites* (Armand Colin, Paris 1910).

BONAVENTURA. — *Der Lebensbaum* (Herder, Fribourg 1888).

BOUCHER Adolphe. — *Les Jésuites* (Paris 1846).

BOUCHEZ Robert. — *Hitler que j'ai vu naître* (Jacques Melot, Paris 1945) — *Quo vadis Germania ?* (Edit. de Navarre, Paris 1956).

NOTA : Les titres marqués * sont référés également dans les notes de l'ouvrage.

BOULIER (Abbé Jean). — *Un prêtre prend position* (Edit. de Minuit, Paris 1949).

BOURGEOIS et CLERMONT. — *Rome et Napoléon III* (Armand Colin, Paris 1907).

BROU A. — *Les Exercices spirituels* (Téqui, Paris 1922).

*BRUGERETTE (Abbé J.). — *Le Prêtre Français et la Société contemporaine* (P. Lethielleux, Paris 1933, 3 tomes).

*BRUHAT Jean. — *Le Vatican contre les peuples* (Parallèles 21-12-50).

*BUCHER. — *Œuvres complètes* (Munich).

*BUXBAUM Gunther. — *Les catholiques en Europe* (Mercure de France, 15-1-39).

*CANET Louis. — *La Politique de Benoît XV* (Revue de Paris, octobre et novembre 1918).

*CARACCIOLI. — *Vie du Pape Clément XIV* (Desaut, Paris 1776).

*CARNETS DE SCHARTZKOPFEN (Rieder, Paris 1933).

CASTIELLO J. — *A humane psychology of education* (Sheed and Ward, New-York 1936).

CHAMFLEURY R. — *La Prodigieuse aventure humaine* (Collection des 3 Pensées, Paris 1961).

CHAMPION P. — *Paganisme et Réforme* (Calmann-Lévy, Paris 1933).

*CHARLES-ROUX François. — *Huit ans au Vatican* (Flammarion, Paris 1947).

*CHARMOT. — *La Pédagogie des Jésuites* (Edit. Spes, Paris 1943).

*CHARPENTIER Armand. — *Histoire de l'Affaire Dreyfus* (Fasquelle, Paris 1933).

CHAUSSIN Louis. — *Le Bénitier d'Argent* (Cornély et Cie, Paris 1905).

*CIANFARRA Camille. — *La Guerre et le Vatican* (Le Portulan, Paris 1946).

CISNEROS Gracia de. — *Schule des geistlichen Lebens* (Herder, Fribourg 1923).

COOPER R.W. — *Le procès de Nuremberg. Histoire d'un Crime* (Hachette, Paris).

CORRESPONDANCE DE VERBIEST (Bruxelles 1931).

COTEREAU Jean. — *L'Eglise a-t-elle collaboré ?* (Spartacus, Paris 1946).

COTEREAU Jean. — *Anthologie des grands textes laïques : I - Idéal laïque, concorde du monde - II - Laïcité, sagesse des peuples* (Fischbacher, Paris).

*COUBE (Chanoine). — *Sainte Thérèse de l'Enfant Jésus et les crises du temps présent* (Flammarion, Paris 1936).

*CREACH Jean in « *Le Monde* » (31-10-50).

*CRISTIANI (Mgr). — *Le Vatican politique* (Centurion, Paris 1957).

CROCE Benedetto. — *Histoire de l'Europe au XIXe siècle* (Plon, Paris 1959).

*DANIEL (Abbé). — *Le Baptême de sang* (Edit. L'Idée Libre, Paris 1935).

*DANIEL-ROPS, de l'Académie française. — *Jésus en son temps* (Fayard, Paris 1945) — *Un combat pour Dieu* (Fayard, Paris 1963).

*DANIEL-ROPS. — *Le rétablissement de la Compagnie de Jésus* (Etudes, septembre 1959).

*DANSETTE Adrien. — *Histoire religieuse de la France contemporaine* (Flammarion, Paris 1951).

*DEGRELLE Léon. — *La cohue de 1940* (Robert Cransaz, Lausanne 1949).

DELARUE Jacques. — *Histoire de la Gestapo* (Fayard, Paris 1962).

DEROMIEU Georges. — *L'Inquisition* (Presses Universitaires, Paris 1946).

*DEROO (R.P.). — *L'Episcopat français dans la mêlée de son temps* (Bonne Presse, Paris 1955).

DESCHNER Karlheinz. — *Warum ich aus der Kirche ausgetreten bin* (Kindler 1970).

DESQUEYRAT (R.P.). — *L'Enseignement politique de l'Eglise* (Spes, Paris 1963).

DIETRICH (Dr Otto). — *Hitler démasqué* (Grasset, Paris 1955).

DODD Martha. — *L'Ambassade regarde* (Aubier, Paris 1940).

*DOMINIQUE Pierre. — *La politique des Jésuites* (Grasset, Paris 1955).

DONNELLY F. — *Principles of Jesuit Education in Practice* (Kennedy, New-York 1934).

*DRAGOUN (R.P.). — *Le dossier du Cardinal Stepinac* (Nouv. Ed. Latines, 1958).

DRAPER, Professeur à l'Université de New-York. — *Les conflits de la science et de la religion* (Germer Baillière, Paris).

*DREYFUS. — *Lettres d'un innocent* (Paris 1895).

*DUCLOS Paul (R.P.). — *Le Vatican et la seconde guerre mondiale* (A. Pedone, Paris 1955).

DZELEPY E.N. — *Le mythe Adenauer* (Les Edit. Politiques, Bruxelles 1959).

ESPRIT (Revue). (Décembre 1961).

*FALCONI Carlo. — *Le silence de Pie XII* (Edit. du Rocher, Monaco 1965).

FARREL A. — *Development and scope of the Ratio Studiorum* (The Bruce publishing Co, Milwaukee 1938).

FAVRE Jules. — *Discours* (Hetzel, Paris 1867).

FEDER A. — *Ignatius von Loyola* (Pustet, Ratisbonne 1922).

FENDT L. — *Symbolik des römischen katholizismus* (De Gruyter, Berlin 1926).

*FERNESOLLE (R.P.). — *Pro pontifice* (Beauchesne, Paris 1947).

*FERRER Sol. — *Francisco Ferrer, un martyr au XXe siècle* (Librairie Fischbacher, Paris).

*FESSARD (R.P.). — *Libre méditation sur un message de Pie XII* (Plon, Paris 1957).

FICHTE J.G. — *Machiavellis Politik* (Reclam, Leipzig).

FITZPATRICK E. — *St Ignatius and the Studiorum* (Graw-Hill Book Co, New-York 1933).

FREMONT (Abbé), par Agnès Siegfried (Alcan, Paris 1932).

FRIDELL E. — *Kulturgeschichte der Neuzeit* (Beck, Munich 1928).

*FRIEDLANDER Saul. — *Pie XII et le IIIe Reich* (Edit. du Seuil, Paris 1964).

*FULOP-MILLER. — *Les Jésuites et le secret de leur puissance* (Plon, Paris 1933).

GAGEY R. et Ch. — *Histoire scandaleuse des Papes* (Paris).

GAGEY Roland. — *Le visage de l'Inquisition* (Paris 1932).

*GAILLARD Gaston. — *La fin d'un temps* (Edit. Albert, Paris 1933, 2 tomes).

GALEAZZI-LISI. — *Pie XII* (Flammarion, Paris 1960).

GALLO Max. — *L'Italie de Mussolini* (Perrin, Paris 1964).

*GAXOTTE Pierre, de l'Académie française. — *Histoire des Français* (Flammarion, Paris 1951).

*GEDYE G.E.R. — *Suicide de l'Autriche* (Union latine, Paris 1940).

GEISSLER Christian. — *La honte des fils* (Gallimard, Paris 1963).

GIORDANI Iginio. — *La Révolution de la Croix* (Alsatia, Paris 1938).

*GORLITZ (Walter) et Herbert A. QUINT. — *Adolf Hitler* (Amiot, Paris 1953).

*GORLITZ (Walter) et HERBERT A. — *Quint Adolf Hitler* (Amiot, Paris 1953).
GOURI H. — *La cage de verre* (Albin Michel, Paris 1964).
GRANDMOUGIN Jean. — *Les liens de Saint Pierre* (La Table Ronde. Paris 1963).
*GROSSER Alfred. — *Postface à Pie XII et le IIIᵉ Reich* (Seuil 1964).
*GUERBER André. — *Himmler et ses crimes* (Nuit et Jour, Paris 1946).
GUILLEMIN Henri. — *Cette curieuse guerre de* 1870 (Gallimard, Paris 1956).
GUNDLACH G. — *Zur soziologie der katholischen Ideenwelt und des Jesuitenordens* (Herder, Fribourg 1927).
*GUN Nerin F. (Dr), in « *Gazette de Lausanne* », 15-11-45.
*GUYOT Yves. — *Bilan politique de l'Eglise.*
*HAGEN Walter. — *Le front secret* (Les Iles d'Or, Paris 1950).
HAMMERSTEIN L. — *Die Jesuitenmoral* (Paulinus, Trèves 1893).
*HARCOURT (Robert d'), de l'Académie française. — *Catholiques d'Allemagne* (Plon, Paris 1938).
*HARCOURT (Robert d'). — *Franz Von Papen* (L'Aube, 3-10-36).
HARTMANN Albert (R.P.). — *Vraie et fausse tolérance* (Foi vivante, Paris 1958).
HEGNER H.S. — *Ascension et chute du IIIᵉ Reich* (Presses de la Cité, Paris 1960).
HEILER F. — *Der Katholizismus* (Reinhardt, Munich 1923).
*HERVE Gustave. — *C'est Pétain qu'il nous faut.*
HEUS A. — *L'Inquisition en Espagne* (L'Eglantine, Bruxelles 1934).
HEYDECKER et LEEB. — *Le procès de Nuremberg* (Corréa, Paris 1959).
HIRTH Frédéric. — *Hitler ou le guerrier déchaîné* (Edit. du Tambourin, Paris 1930).
HISTORIA (Revue) (décembre 1954).
HITLER Adolf. — *Libres propos* (Flammarion, Paris 1952).
HOCHHUTH Rolf. — *Le Vicaire* (Edit. du Seuil, Paris 1963).
HOESS Rudolf. — *Le Commandant d'Auschwitz vous parle* (Julliard, Paris 1959).
*HOFFET Frédéric. — *L'Equivoque catholique* (Fischbacher, Paris 1957).
*HOFFET Frédéric. — *Politique romaine et démission des protestants (Démission des Laïques)* (Librairie Fischbacher, Paris).
*HOFFET Frédéric. — *L'impérialisme protestant* (Flammarion 1948).
*HOSPITAL (Jean d'). — *Rome en confidence* (Grasset, Paris 1962).
*HUBER J. — *Les Jésuites* (Sandoz et Fischbacher, Paris 1875).
HUGUES T. — *Loyola and the Educational System of the Jesuits* (Scribner, New-York 1892).
HUREAU Emile. — *Les Jésuites* (Jules Rousset, Paris 1912).
*HOURS Joseph, in « *L'Année politique et économique* » (19, quai Bourbon, Paris 4ᵉ, Janvier 1953).
*HUSSARD Jean. — *Vu en Yougoslavie* (Lausanne, 1947).
IMBERT Georges. — *Le procès d'Hitler et du nazisme* (Les Edit. de Paris, 1945).
INGERSOLL Ralph. — *Ultra secret* (La Jeune Parque, Paris 1947).
*INSTITUTUM SOCIETATIS JESUS (Rome 1869).

*ISAAC Jules. — *Jésus et Israël* (Albin Michel, Paris 1948) — *Genèse de l'antisémitisme* (Calmann-Levy, Paris 1956).
JANVIER (R.P.) — *Conférences* (25-3-12).
JAMES W. — *The Varieties of Religions Experience* (Longmans, Green et Co, New-York 1910).
JEMOLO Arturo-Carlo. — *L'Eglise et l'Etat en Italie* (Edit. du Seuil, Paris 1960).
JEUNESSE DE L'EGLISE. — *Les événements de la foi* (Edit. du Seuil, Paris 1951).
*JOURNET (Mgr). — *Exigences chrétiennes en politique* (Edit. L.V.F., Paris 1945) — *Destinées d'Israël* (Edit. Egloff, Paris 1945).
JOVY E. — *Pascal et Saint Ignace* (Champion, Paris 1923).
*JUNG T. — *La France et Rome* (Charpentier, Paris 1874).
JUNG-INGLESSIS. — *Augustin Bea* (Edit. Saint-Paul, Paris 1963).
JUSTICE A. — *L'Infaillibilité du Pape* (F. Juven, Paris 1900).
*KATHOLISCH KONSERVATIV ERBGUT.
KOGON Eugen. — *L'Enfer organisé* (La Jeune Parque, Paris 1947).
KUNG Hans. — *Unfehlbar ?* (Benziger Verlag, 1970).
LAMENNAIS (Abbé F.). — *Œuvres* (Paulin et Chevalier, Paris 1855).
LANGEVIN Paul. — *La Pensée et l'Action* (E.F.R., Paris 1950).
*LAPORTE Maurice. — *Sous le casque d'acier* (A. Rédier, Paris 1931).
*LAURIERE Hervé. — *Assassins au nom de Dieu* (Edit. La Vigie, Paris 1951).
*LECANUET (R.P.) — *Les signes avant coureurs de la Séparation.*
LECOMTE DU NOUY. — *La dignité humaine* (La Colombe, Paris 1952).
*LEDRE Charles. — *Un siècle sous la tiare* (Amiot-Dumont, Paris 1955).
*LEGRAIN (Dr). — *Le mysticisme et la folie* (Edit. de l'Idée Libre, Paris 1931).
*LEON Paul. — *La guerre pour la paix* (Fayard, Paris 1950).
*LEPICIER (Cardinal). — *De Stabilitate et progressus dogmatis* (Rome 1908).
LEWY Guenter. — *L'Eglise catholique et l'Allemagne nazie* (Stock 1965).
LIPPERT P. — *Zur Psychologie des Jesuitenordens* (Kosel, Kempten 1912).
*LO BELLO Nino. — *L'or du Vatican* (Laffont 1968).
LORULOT A. — *Véridique histoire de l'Eglise* (L'Idée Libre).
LOWSKY F. — *Antisémitisme et mystère d'Israël* (Albin Michel, Paris 1955).
*LUGON Clovis. — *La République communiste chrétienne des Garanis* (Ed. Ouvrières, Paris).
MAC GUCKEN W. — *The Jesuits and Education* (The Bruce Publishing C°, Milwaukee 1932).
MADAULE Jacques. — *Pourquoi l'Inquisition ?* (Miroir de l'Histoire, Paris, janvier 1963).
MANHATTAN Avro. — *The Vatican and World Politics* (Horizon Press, New-York).
*MATER (Professeur André). — *Les Jésuites* (Rieder, Paris 1932).
*MAURIAC François, in « *L'Express* » (29-10-59).
*MAURIAC François, de l'Académie française. — *L'Affaire Dreyfus vue par un enfant* (Fasquelle, Paris 1962).
*MEJAN François. — *Le Vatican contre la France d'Outre-Mer* (Librairie Fischbacher, Paris).

*MICHEL Adolphe. — *Les Jésuites* (Sandoz et Fischbacher, Paris 1879).
*MICHELET et QUINET. — *Des Jésuites* (Hachette, Paris 1845).
MICHON (Abbé). — *Le Jésuite* (Lacroix, Verboeckhoven et Cie, Bruxelles 1865).
MILJUS. — *Les Habsbourg, l'Eglise et les Slaves du Sud* (R. Pichon et R. Durand-Auzias, Paris 1970).
MIROIR DE L'HISTOIRE (Janvier 1963).
*MITTERAND Jacques. — *La Politique extérieure du Vatican* (Dervy, Paris 1959).
*MOURIN Maxime. — *Histoire des Grandes Puissances* (Payot, Paris 1958).
MOURRE (Abbé Michel). — *Malgré le blasphème* (Julliard, Paris 1951).
NAPOLEON III. — *Œuvres* (Amyot et Plon, Paris 1856).
NARFON (Julien de). — *Vers l'Eglise libre* (Dujarric et Cie, Paris 1906).
NAUDEAU Ludovic. — *En écoutant parler l'Allemagne* (Flammarion, Paris 1925).
*NENNI Pietro. — *Six ans de guerre civile en Italie* (Librairie Valois, Paris 1930).
NITTI Francesco. — *La désagrégation de l'Europe* (Edit. Spes, Paris 1938).
NOBECOURT Jacques. — *Le Vicaire et l'Histoire* (Edit. du Seuil, Paris 1964).
ORSINI (Prince). — *Mémoires* (La Table Ronde, Paris 1964).
PADELLARO Nazareno. — *Pie XII* (Julliard, Paris 1950).
PADROSA Luis. — *Pourquoi j'ai quitté le catholicisme* (Croire et Servir, Paris 1964).
*PALEOLOGUE Maurice, de l'Académie française. — *Journal de l'Affaire Dreyfus* (Plon, Paris 1955).
PALLENBERG Corrado. — *Les secrets du Vatican* (Buchet-Chastel, Paris 1961).
*PAPEN (Franz von). — *Mémoires* (Flammarion, Paris 1953).
*PARIS Edmond. — *Le Vatican contre la France* (Librairie Fischbacher, Paris).
*PARIS Edmond. — *Le Vatican contre l'Europe* (Librairie Fischbacher, Paris).
*PETIT Henri. — *L'Honneur de Dieu* (Grasset, Paris 1958).
PETITFRERE Ray. — *La mystique de la Croix gammée* (Edit. France-Empire, Paris 1962).
*PEZET Ernest. — *L'Autriche et la paix* (Edit. Self, Paris 1945).
*PICHON Charles. — *Histoire du Vatican* (Sefi, Paris 1946).
PICHON et LONDON. — *Le Vatican et le monde moderne* (Edit. des Portiques, Paris 1933).
*PIE XII (Pape). — *Messages de guerre au monde* (Edit. Spes, Paris 1945).
*POLIAKOV Léon. — *Bréviaire de la haine* (Calmann-Levy, Paris 1951).
*PONNAT (Baron de). — *Histoire des Variations et Contradictions de l'Eglise romaine* (G. Charpentier, Paris 1882).
*POTTER (Louis de). — *Vie de Scipion de Ricci* (Bruxelles 1825) — *Histoire du Christianisme* (Paris 1836).
*QUINET Edgard et MICHELET Jules. — *Des Jésuites* (Hachette, Paris 1845).
*QUINT Herbert A. et GORLITZ Walter. — *Adolf Hitler* (Amiot-Dumont 1953).
RASHDALL H. — *The Universities of Europe in the Middle-Age* (University Press, Oxford 1895).
*RAUSCHNING Hermann. — *Hitler m'a dit* (Edit. Coopération, Paris 1939).

RECALDE (I. de). — *Ecrits des Curés de Paris contre la politique et la morale des Jésuites* (Edit. et Librairie, Paris 1921).
*REINACH Joseph. — *Pages républicaines* (Alcan 1894).
*REYNOLD (Gonzague de). — *D'où vient l'Allemagne* (Plon, Paris 1940).
RIBADEAU-DUMAS François. — *Grandeur et misère des Jésuites* (Les Productions de Paris, 1963).
*RIBARD André. — 1960 *et le secret du Vatican* (Librairie Robin, Paris 1954).
RINALDI E. — *La Fondazione del Collegio Romano* (Cooperativa tipografica, Arezzo 1914).
ROGUELIN Louis. — *L'Eglise chrétienne primitive et le catholicisme* (Albin Michel, Paris 1927).
*ROUQUETTE Robert. — *Saint Ignace de Loyola* (Albin Michel, Paris 1944).
*ROVAN Joseph. — *Le catholicisme politique en Allemagne* (Edit. du Seuil, Paris 1956).
RUL Georges. — 4ᵉ *Reich* (Edit. Perface, Paris 1946).
*RUSSELL (Lord Bertrand). — *Science et religion* (Gallimard, Paris 1957).
*RUSSELL OF LIVERPOOL (Lord). — *Sous le signe de la croix gammée* (L'Ami du Livre, Genève 1955).
RUSSO Domenico. — *Mussolini et le fascisme* (Plon, Paris 1923).
*SAINT-GERMAIN (Jacques de). — *La bataille de Rex* (Les Œuvres françaises, Paris 1937).
*SCHELLENBERG Walter. — *Le chef du contre-espionnage nazi vous parle* (Julliard, Paris 1957).
*SCHMAUS Michael. — *Rencontre entre le Catholicisme et la conception nazie* (Aschendorf, Munster 1933).
SCHWARTZKOPPEN. — *Les carnets de* (Rieder, Paris 1933).
SERAFIAN Michel. — *Le Pèlerin* (Plon, Paris 1964).
*SFORZA (Comte Carlo). — *L'Italie telle que je l'ai vue* (Grasset, Paris 1946).
SHIRER William L. — *Le Troisième Reich* (Stock, Paris 1961).
*SIEGFRIED Agnès. — *L'Abbé Frémont* (Félix Alcan, Paris 1932).
SORAS (R.P. de). — *Action catholique et action temporelle* (Spes 1938).
SMITH P. — *A History of Modern Culture* (Routhledge, London 1930).
SOINDRE (Paul de). — *La vérité sur les Jésuites* (Paris-Variétés, avril 1955).
SOUCHERE (Elena de la). — *Explication de l'Espagne* (Grasset, Paris 1962).
STEED H. Wickham. — *La monarchie des Habsbourg* (Armand Colin, Paris 1915).
SZEMBECK Comte. — *Journal* (Plon 1952).
TACCHI-VENTURI P. — *Storia della Compagnia di Gesu in Italia* (Dante Alighieri Societa editrice, Roma 1922).
*TCHERNOFF J. — *Les démagogies contre les démocraties* (R. Pichon et R. Durand-Auzias, Paris 1947).
*TERNAUD François. — *L'ascension politique de Pétain* (Livre Français 1946).
THOMPSON F. — *Saint Ignatius Loyola* (Burns et Oates, London 1909).
*TONDI Alighiero, in « *Il Paese* » (2-10-54).
VENTURA (Dr Polycarpe). — *Le Gouffre ou les Points noirs de la Doctrine jésuitique* (Fischbacher, Paris 1910).
VERMEIL (Professeur Edmond). — *L'Allemagne* (Gallimard, Paris 1945).

*VIANCE Georges. — *La Fédération nationale catholique* (Flammarion, Paris 1930).

*VIEUJAN (Abbé Jean). — *Grande Apologétique* (Bloud et Gay, Paris 1937).

VRAI Jean. — *Ephémérides de la Papauté* (Fischbacher, Paris 1904).

WATSON F. — *Vives : On Education* (University Press, Cambridge 1913).

WELLES H.G. — *La conspiration au grand jour* (Edit. Montaigne, Paris 1929).

WEYER M. Constantin. — *L'âme allemande* (Grasset, Paris 1945).

WINKLER Paul. — *L'Allemagne secrète* (Hachette, Paris 1946).

WISKEMANN E. — *L'Axe Rome-Berlin* (Payot, Paris 1950).

WOODWARD W. — *Studies in Education* (University Press, Cambridge 1921).

WORMSER et MICHEL. — *Tragédie de la déportation* (Hachette, Paris 1954).

*ZOLA Emile. — *J'accuse,* in « *L'Aurore* » de Georges Clemenceau.

PERIÓDICOS

L'Arche (Novembre 1958).

Archives Austro-Hongroises, Document PA XI/291.

Archives Secrètes de la Wilhelmstrasse, Doc. 83 - 26 191 I (25-1-39).

Artaban, 13-12-57.

Bayerische Dokumente zur Kriegsausbruch III, p. 206.

Le Crapouillot, N° 24.

La Croix (Folliet), 7-7-51 et 10-10-58.

Etudes, 1959.

La France Catholique, 19-12-58.

France-Dimanche, 26-12-48.

Historia, décembre 1954.

L'Homme Nouveau, 7-12-58.

Mercure de France, 15-1-34, 1-5-38, 15-1-39.

Mirror News, Los Angeles, 24-1-58.

Le Monde, 19-4-58, 31-12-59, 8-1-60.

New-York Hérald.

L'Osservatore Romano.

Paris-Presse, 3-11-59.

Réforme, 21-7-45, 17-8-47.

La Revue de Paris, 1-11-18.

La Tribune des Nations, 30-6-50.

Veröffentlichungen Kommission fur Neuere Geschichte Osterreichs 26 Wien, Leipzig 1930.

Tous ces livres (et environ 2.000 volumes) sont à la disposition des historiens et des chercheurs à la « Fondation Edmond Paris », Foyer Philosophique, 16, rue Cadet, Paris 9ᵉ.

Un SUPPLEMENT à l'ouvrage rédigé par Edmond Paris est envoyé GRATUITEMENT sur demande (accompagnée d'une enveloppe timbrée) par la Librairie FISCHBACHER, 33, rue de Seine, Paris 6ᵉ.